

Guerra y Paz

II

Por

León Tolstói

***Free*editorial** 

OCTAVA PARTE

I

Al empezar el invierno, el príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski y su hija llegaron a Moscú. Por su historia, su talento y su originalidad- y principalmente a causa del actual descenso de entusiasmo por el reinado del emperador Alejandro y de la corriente de opinión francófoba y patriótica que entonces existía en Moscú-, el príncipe Nicolás Andreievitch se convirtió enseguida en objeto de un respeto particular por parte de los moscovitas y el centro de oposición de Moscú.

El Príncipe había envejecido mucho aquel año. Los indicios irrecusables de la vejez eran bien manifiestos en él: somnolencias intempestivas, olvido de acontecimientos inmediatos y memoria de acontecimientos antiguos.

Ultimamente, la vida se había hecho muy penosa para la princesa María. En Moscú se veía privada de sus mayores alegrías: las conversaciones con gente devota y la soledad reconfortante de Lisia Gori, y no encontraba ninguna compensación en las alegrías de la capital. No frecuentaba el mundo; todos sabían que su padre no la dejaba salir sin él, y él mismo no podía salir por culpa de la salud y por ello no la invitaban ni a las reuniones y veladas ni a las cenas. La princesa María había abandonado la esperanza de casarse: veía con qué frialdad y con qué mal humor el príncipe Nicolás Andreievitch recibía y alejaba a los jóvenes que podían resultar pretendientes y que a veces iban a su casa. La vuelta del príncipe Andrés y el momento de su matrimonio se acercaban, y la misión de preparar a su padre no solamente no la había cumplido, sino que, al contrario, la cosa parecía totalmente confusa: recordar al anciano Príncipe la existencia de la condesa Rostov era exasperarle, tanto más cuanto que aun sin eso el mal humor casi nunca le abandonaba.

A últimos de enero, el conde Ilia Andreievitch llegó a Moscú con Sonia y Natacha. La Condesa, que estaba enferma, no había podido acompañarlos, y había sido imposible esperar su total restablecimiento. El príncipe Andrés era esperado en Moscú de un día a otro; era preciso hacer el ajuar, vender la casa de las cercanías de Moscú, y debía aprovecharse la estancia del anciano Príncipe en la ciudad para presentarle su futura nuera. La casa de los Rostov en Moscú no estaba en condiciones, venían por poco tiempo y la Condesa no les acompañaba; por todas estas razones, el Conde decidió quedarse en casa de María Dmitrievna Akhrosimovna, que en muchas ocasiones había ofrecido hospitalidad al Conde.

Dos días después de su llegada, y por consejo de María Dmitrievna, el conde Ilia Andreievitch fue con Natacha a casa del príncipe Nicolás Andreievitch. El Conde no estaba muy alegre al pensar que debía hacer esta visita. El Príncipe le daba miedo. La última entrevista que había tenido con él, cuando el alistamiento, durante el cual, en respuesta a su invitación a comer, había recibido una severa represión por no haber proporcionado bastantes hombres, la tenía clavada en la memoria. Natacha, que se había puesto su mejor traje, estaba, por el contrario, de muy buen humor. «No es posible que no me quieran; todo el mundo me ha querido siempre y yo estoy dispuesta a quererlos, porque él es su padre y ella su hermana; no tendrán ningún motivo para no quererme», pensaba Natacha.

Llegaron a la vieja casa sombría de Vozdvijenka y entraron en el vestíbulo.

-¡Que Dios nos ayude!- exclamó el padre, mitad de veras, mitad de broma. Natacha, sin embargo, observó que su padre se atribulaba al entrar en el vestíbulo y preguntaba tímidamente, en voz baja, si el Príncipe y la Princesa estaban en casa. Cuando se supo su llegada se produjo un cierto barullo entre los criados del Príncipe: el criado que había ido a anunciarlos era detenido por otro criado, y ambos hablaban en voz baja.

Una camarera corrió a la sala muy apresurada y dijo algo referente a la Princesa. Finalmente apareció un criado viejo; con cara severa informó a Rostov que el Príncipe no podía recibirlo, pero que la Princesa les rogaba que pasaran a sus habitaciones. La primera que salió a recibirlos fue la señorita Bourienne. Saludó a padre e hija con una cortesía particular y los acompañó adonde estaba la Princesa, que, con el rostro descompuesto, cubierta de manchas rojas, salió con paso tardo a recibir a los visitantes haciendo todo lo posible para aparentar aplomo y vivacidad. Natacha, al primer golpe de vista, no agradó a María. La encontraba demasiado bien vestida y le parecía frívola, alegre y vanidosa. La princesa María no se daba cuenta de que antes de conocer a su futura cuñada ya sentía una prevención involuntaria por su belleza y celos por el amor de su hermano. A más de esta antipatía invencible, en aquel momento la princesa María estaba aún emocionada porque, al tener noticia de la visita de los Rostov, el anciano Príncipe había dicho que no los necesitaba para nada, que la Princesa los podía recibir, si quería, pero que prohibía que los hicieran entrar en sus habitaciones. La Princesa se había decidido a recibirlos, pero sufría temiendo que el viejo Príncipe hiciera alguna de las suyas, ya que la llegada de los Rostov le había conmovido mucho.

-Estimada Princesa, ya lo veis, os traigo una cantatriz- dijo el Conde saludando y mirando a su alrededor como si temiera que el Príncipe entrase-. Estoy contentísimo de que tengamos ocasión de conocernos... Siento que el Príncipe continúe tan delicado.

Y después de pronunciar algunas frases triviales se levantó.

Si me lo permitís, Princesa, os dejaré a Natacha unos momentos. He de ir a dos pasos de aquí, a la plaza de los Perros, a casa de Ana Semionovna, y después pasaré a buscarla.

Ilia Andreievitch había inventado aquella estratagema diplomática para dar tiempo a la futura cuñada de su hija de explicarse con ella (después lo confesó a Natacha), y también para evitar la posibilidad de encontrarse con el Príncipe, al que temía de un modo extraordinario. No lo dijo a su hija, pero Natacha se dio cuenta del miedo y de la inquietud de su padre y se sintió ofendida. Se avergonzaba por su padre, se enojaba más aún por haberse puesto encarnada y, con mirada atrevida, provocadora, como para demostrar que ella no tenía miedo, miró a su futura cuñada. María agradeció la visita al Conde, le rogó que no tuviera prisa por volver e Ilia Andreievitch salió.

La señorita Bourienne no se iba, a pesar de las miradas significativas que le dirigía la Princesa, que quería encontrarse a solas con Natacha, y seguía imperturbable la conversación sobre la vida mundana de Moscú y los teatros. Natacha estaba ofendida por el barullo que se había producido en la antecámara, por el azoramiento de su padre y el tono forzado de la Princesa, que parecía hacerle un favor al recibirla, y por ello todo le era desagradable. La princesa María no le gustaba; la encontraba fea, afectada y seca. De súbito, Natacha se alzó moralmente y a pesar suyo tomó un tono negligente que la distanció aún más de la princesa María. A los cinco minutos de conversación penosa, forzada, se oyeron los pasos rápidos de unas pantuflas que se acercaban. El rostro de la princesa María expresó el espanto. La puerta de la sala se abrió y el Príncipe entró; iba con gorro de dormir blanco y bata.

-¡Ah, señoras!- dijo-. La señora Condesa, la condesa Rostov, si no me equivoco. Os pido perdón, excusadme, porque no lo sabía, señorita. Os aseguro que no sabía que os hubierais dignado hacernos el honor de una visita. ¡He venido al cuarto de mi hija con esta indumentaria! Os ruego que me excuséis; os aseguro que no lo sabía- repitió falsamente, recalcando las palabras en un tono tan desagradable que la princesa María, con los ojos bajos, no se atrevía a mirar ni a su padre ni a Natacha. Ésta se levantó y volvió a sentarse sin saber lo que tenía que hacer.

Sólo la señorita Bourienne sonreía agradablemente.

-Os ruego que me excuséis. ¡Dios sabe que lo ignoraba! murmuró de nuevo el viejo, y, examinando a Natacha de pies a cabeza, salió.

La señorita Bourienne fue la primera en serenarse después de aquella aparición y entabló conversación sobre la enfermedad del Príncipe.

Natacha y la princesa María se miraban en silencio, y mirándose así, sin

decir lo que querían decirse, se juzgaban la una a la otra. Cuando el Conde volvió, Natacha, con visible descortesía, se mostró muy satisfecha y se apresuró a marcharse.

En aquel momento casi aborrecía a aquella vieja y seca Princesa que la había puesto en aquella situación tan desagradable y había dejado pasar media hora sin decirle nada del príncipe Andrés. «No había de ser yo precisamente la primera en hablar de él ante aquella francesa», pensaba Natacha. Pero la princesa María también se decía lo mismo: sabía que había de decírselo, pero no podía, primero porque la presencia de la señorita Bourienne se lo privaba, y después porque, aún no existiendo ninguna razón particular, le era penoso hablar de aquel casamiento. Cuando el Conde hubo salido de la estancia, la princesa María se acercó rápidamente a Natacha, le tomó la mano y suspirando penosamente dijo: «Espérese..., yo... » Natacha, con un aire burlón que ni ella misma sabía explicarse, miró a la princesa María.

-Querida Natacha, ya sabéis que estoy muy contenta de que mi hermano haya encontrado la felicidad...

La princesa María se detuvo, porque no decía verdad. Natacha observó aquella vacilación y comprendió la causa.

-Creo, Princesa, que no es muy cómodo hablar de eso en este momento- dijo Natacha con una dignidad y una frialdad extraordinarias, y las lágrimas le apagaron la voz.

«¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? », pensó así que hubo Salido de la estancia.

Aquel día, Natacha se hizo esperar mucho a comer. Sentada en su dormitorio, lloraba como una niña y se sonaba ruidosamente. Sonia estaba a su lado y le besaba el pelo.

-Natacha, ¿qué tienes? Pero ¿qué importa todo eso? Ya pasará, Natacha- le decía Sonia.

-No, si supieras cómo hiera...

-No digas eso, Natacha, tú no tienes ninguna culpa. ¿Qué te importa? Abrázame.

Natacha levantó la cabeza, abrazó y besó a su amiga en los labios y descansó su rostro húmedo en el de Sonia.

-Ya lo sé que nadie tiene la culpa. La tengo yo. Pero todo eso hace mucho daño. ¡Ah!, ¿por qué no viene?- decía Natacha.

Cuando bajó a comer tenía los ojos enrojecidos. María Dmitrievna, que sabía cómo había recibido el Príncipe a los Rostov, daba a entender que no se

daba cuenta de la tristeza de Natacha, y durante la comida bromeó con mucha animación con el Conde y los demás visitantes.

II

Aquella noche, los Rostov fueron a la ópera; María Dmitrievna había adquirido las localidades. Natacha no quería ir, pero era imposible corresponder con una negativa a aquella atención que María Dmitrievna tenía precisamente para ella. Cuando, ya arreglada y a punto de salir, pasó al salón para esperar a su padre, se encontró bella al mirarse al espejo, muy bella y aún se entristeció más, con una tristeza dulce y afectuosa.

«Dios mío, si él estuviera aquí no sería como antes, estúpidamente tímida ante cualquier cosa, sino que lo abrazaría, lo apretaría muy fuerte, le obligaría a mirarme con aquellos ojos curiosos, como me miraba muy a menudo, y enseguida le haría reír a la fuerza, como reía entonces- pensaba Natacha-. ¿Qué tengo yo que ver con su padre y su hermana? Yo sólo le quiero a él; amo su rostro, sus ojos, su sonrisa viril e infantil a la vez... No, vale más no pensar en ello, olvidar, olvidarlo todo por ahora. No podría soportar esta espera y lloraría.» Se alejó del espejo haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas.«¿Cómo puede querer Sonia a Nicolás tan resignadamente, tan tranquilamente y esperar tanto tiempo con esta paciencia?», pensó mirando a Sonia, que entraba vestida y con un abanico en la mano. «No, ¡ella es muy diferente, pero yo no puedo!»

Natacha en aquel momento se sentía tan tierna, tan dulce, que no tenía bastante con amar y saberse amada; necesitaba besar al hombre amado, escucharle palabras de amor, porque su corazón desbordaba este sentimiento. Mientras iba hacia el carruaje al lado de su padre y miraba soñolienta las luces que se deslizaban sobre el cristal cubierto de escarcha, aún se sentía más tierna y más triste y hasta olvidaba con quién estaba y adónde iba. En la hilera de coches, el de los Rostov, haciendo crujir la nieve bajo sus ruedas, se acercaba al teatro. Natacha y Sonia bajaron ligeras recogiendo las faldas; el viejo Conde bajó ayudado por los criados, y, entre las damas y los caballeros que entraban y entre los vendedores de programas, los tres penetraron en el corredor de los palcos. Detrás de la puerta cerrada se oía la música.

-Natacha, el cabello- murmuró Sonia.

El criado, cortésmente, se deslizó ante ellas y abrió la puerta del palco. La música se oía más distintamente; la hilera iluminada de palcos brillaba de mujeres con los brazos desnudos y el patio chispeaba de uniformes.

La dama que entró en el palco contiguo observó a Natacha con una mirada de envidia femenina.

El telón aún no se había levantado, iniciábase la sinfonía. Natacha, alisándose el vestido, entró con Sonia y se sentó de cara a la fila iluminada de palcos del otro lado. La sensación, no experimentada desde hacía mucho tiempo, de centenares de ojos que le miraban los brazos y el cuello desnudos se apoderó de ella de súbito desagradablemente, y le excitaron una serie de recuerdos, de deseos correspondientes a aquella sensación.

Las dos muchachas, notablemente bonitas, acompañadas del conde Ilia Andreievitch, al que hacía tiempo no se le veía en Moscú, atraían la atención general. De otra parte, todo el mundo conocía vagamente las relaciones de Natacha con el príncipe Andrés; se sabía que los Rostov habían ido a vivir al campo, y la prometida de uno de los mejores partidos de Rusia era mirada con curiosidad.

Todo el mundo encontraba que Natacha, desde que vivía fuera de allí, había ganado en belleza, y aquella noche, a causa de la emoción, estaba más bella que de costumbre. Impresionaba por la plenitud de vida y de belleza ligada a la indiferencia para todo lo que la rodeaba. Sus ojos negros miraban a la gente sin buscar a nadie; su brazo delgado, desnudo hasta el codo, se apuntalaba en la barandilla, cubierta de terciopelo, e inconscientemente se abandonaba arrugando el programa según el ritmo de la sinfonía.

Ante la orquesta, en el centro, vuelto de espaldas al escenario, Dolokhov estaba de pie, con su pelo espeso, rizado, echado hacia atrás; llevaba traje persa. Era el punto de mira de toda la sala, y, con todo y saber que lo miraban, se mantenía con tanto aplomo como si estuviera en su casa. A su alrededor se agrupaba la juventud dorada de Moscú, y se veía bien que él la dirigía.

En el palco vecino apareció una dama bella y de buen porte, con una trenza enorme, la espalda y el pecho muy escotados, blancos y opulentos. El doble collar de gruesas perlas rodeaba su cuello. Tardó un buen rato en instalarse, haciendo crujir la falda de seda.

Natacha, a pesar suyo, miraba aquel cuello, aquellos hombros, aquellas perlas y aquel peinado y admiraba su belleza. Mientras Natacha la miraba por segunda vez, la dama se volvió y tropezó con la mirada del conde Ilia Andreievitch, que conocía a todo el mundo; el Conde se inclinó y le dirigió la palabra.

-¿Hace mucho tiempo que está aquí, Condesa? Iré a besarle la mano. Yo he venido para resolver unos negocios y he traído a las niñas. Dicen que Semionovna trabaja divinamente. ¿El conde Pedro Kirilovich se acuerda de nosotros? ¿Está aquí?

-Sí, tenía intención de venir- dijo Elena; y miró atentamente a Natacha.

El conde Ilia Andreivitch volvió a ocupar su sitio.

-Es hermosa, ¿eh?- murmuró el viejo Conde.

-Es una maravilla. Comprendo que se enamoren de ella- replicó Natacha.

En aquel momento sonaba el último acorde de la obertura y el director de orquesta golpeaba el atril con su batuta. En el patio, los caballeros que entraban retrasados se acomodaban en sus respectivos asientos.

Se levantó el telón.

Enseguida, en los palcos y en el patio se hizo el silencio; los hombres, viejos y jóvenes, de uniforme o de etiqueta, todas las damas, con sus bustos cubiertos de pedrería, fijaron ávidamente su atención en la escena. Natacha miró también.

III

Llegada del campo y en aquella disposición seria en que se encontraba Natacha, todo aquello, le pareció bárbaro y grosero. No podía seguir el curso de la ópera ni podía escuchar la música; veía sólo cartones pintados, hombres y mujeres extrañamente vestidos que, bajo una luz cruda, se movían de una manera rara, hablaban y cantaban. Sabía lo que quería representar todo aquello, pero en conjunto era tan fingido, tan poco natural, que tan pronto se avergonzaba por los comediantes como se reía. Miraba las caras de los espectadores a su alrededor, y buscaba en ellas el mismo sentimiento de extrañeza que ella experimentaba, pero todos estaban atentos a lo que pasaba en la escena y expresaban una admiración que a Natacha le parecía fingida. «Probablemente debe ser así», pensaba. Seguía mirando las hileras de cabezas llenas de pomada del patio, las damas escotadas de los palcos y, sobre todo, a su vecina Elena, que, apenas vestida, con una sonrisa quieta y tranquila, no apartaba los ojos del escenario; y sentía la luz clara que llenaba la sala y el aire que la multitud calentaba. Poco a poco, Natacha empezó a entrar en un estado de embriaguez que hacía mucho tiempo no había sentido. No se acordaba de quién era, ni sabía dónde estaba, ni lo que hacían ante ella.

Miraba y pensaba, y las ideas más raras, las más inesperadas, sin conexión, le pasaban por la mente. Tan pronto le acudía la idea de saltar al escenario, de cantar el aria que entonaba la actriz, como, con el abanico, quería tocar a un viejecito sentado cerca de ella o bien inclinarse hacia Elena y hacerle cosquillas.

En uno de aquellos momentos, cuando en la escena todo estaba silencioso esperando la entrada de un aria, la puerta de entrada al patio rechinó por el lado del palco de Elena y se oyeron pasos de hombres. «¡Kuraguin!», murmuró alguien. La condesa Bezukhov se volvió sonriente hacia el que entraba. Natacha miró en la misma dirección de los ojos de la Condesa y vio a un ayudante de campo de bella estampa, seguro y cortés a un tiempo, que se acercaba a un palco. Era Anatolio Kuraguin, que hacía tiempo no se dejaba ver y que era recordado desde el baile de San Petersburgo. Llevaba el uniforme de ayudante de campo, con unas charreteras de aiguillettes. Andaba con aire contenido y bravo, que hubiese sido ridículo si él no hubiera sido tan hermoso y si en su rostro no apareciera aquella expresión de satisfacción jovial y alegre. A pesar de haber empezado la representación, andaba por la alfombra del pasillo sin prisa, haciendo tintinear ligeramente las espuelas y el sable, alta la hermosa cabeza perfumada. Mirando a Natacha, se acercó a su hermana, apoyó la mano izquierda en la barandilla del palco, le hizo una seña con la cabeza e, inclinándose, le preguntó algo designando a Natacha.

-¡Muy bonita!- dijo refiriéndose evidentemente a Natacha, que más bien lo comprendía por el movimiento de los labios que por lo que oía. Enseguida se puso en primera fila, se sentó al lado de Dolokhov, al que tocó amistosamente con el codo y con negligencia, contrariamente a los demás, que lo trataban con tantos miramientos. Le sonrió, guiñando el ojo, y apoyó el pie delante.

-¡Cómo se parecen hermano y hermana! ¡Qué hermosos son ambos!- dijo el Conde.

El primer acto había terminado. Los músicos se levantaron y dejaron sus puestos.

El palco de Elena se llenaba, y ella, rodeada, por el lado del patio, de los hombres más espirituales y más ilustres, parecía querer envanecerse con su amistad.

Durante todo el entreacto, Kuraguin estuvo de pie cerca del escenario, al lado de Dolokhov, mirando el palco de los Rostov. Natacha veía que hablaban de ella y se sentía muy satisfecha. Se volvía de manera que la pudieran ver de perfil, porque creía que aquella posición la favorecía. Antes de empezar el segundo acto, Pedro, al que los Rostov aún no habían visto desde que habían llegado, apareció en el patio. Tenía cara triste y había engordado en el tiempo que Natacha no lo había visto. Sin fijarse en nadie, pasó a primera fila; Anatolio se le acercó y le dijo algo, señalando el palco de los Rostov.

Pedro se animó al ver a Natacha y, resuelto, atravesó las filas hasta llegar al palco. Apoyado en él, sonriente, conversó con Natacha.

Durante la conversación con Pedro, Natacha oía en el palco de Elena una

voz de hombre; adivinó que era la de Kuraguin. Se volvió y sus miradas se encontraron. Él, casi sonriendo, la miró de hito en hito a los ojos, con una mirada tan entusiasta y tan tierna, que a ella le pareció extraño encontrarse tan cerca de él, que la mirase de aquella forma, convencida de agradecerle y no conocerlo.

Durante el segundo acto, cada vez que Natacha miraba los asientos de la orquesta veía a Anatolio Kuraguin que, con el brazo apoyado en el respaldo de la butaca, la miraba. Natacha estaba encantada de verle tan entusiasmado con ella y no pensaba que en aquello pudiera haber nada malo.

Cuando hubo terminado el segundo acto, la condesa Bezukhov se levantó, se volvió hacia el palco de los Rostov (su escote era tan enorme que podía decirse que llevaba el pecho desnudo), con la mano enguantada hizo una seña al Conde y, sin hacer caso de los que entraban en su palco, se puso a hablar con él, sonriendo graciosamente.

-Pero presénteme usted a sus deliciosas hijas- le dijo-; todo el mundo habla de ellas y yo no las conozco.

Natacha se levantó e hizo una reverencia a la espléndida Condesa. El elogio de aquella deslumbradora beldad era tan agradable a Natacha que se sofocó de alegría.

-Ahora yo también me quiero volver moscovita- dijo Elena-. ¿Cómo no le da a usted vergüenza de haber enterrado unas perlas así en el campo?

La condesa Bezukhov tenía justa fama de mujer amable. Podía decir lo que no pensaba y agradara con sencillez y naturalidad.

-Querido Conde, me permitirá usted que me ocupe de sus hijas, aunque, lo mismo que usted, estoy aquí de paso. Procuraré distraerlas. He oído hablar mucho de usted en San Petersburgo y tenía muchas ganas de conocerla- dijo a Natacha, con una sonrisa amable y graciosa-. He oído hablar a mi paje Drubetskoi, ya saben que se casa, y del amigo de mi marido, Bolkonski, el príncipe Andrés Bolkonski- dijo con un acento particular, dando a entender que conocía el noviazgo de Natacha.

Para estrechar las relaciones, pidió que una de las muchachas pasara el resto de la velada en su palco, y Natacha pasó a él.

IV

En el entreacto, el aire frío se filtró en el palco de Elena; la puerta se abrió y Anatolio entró inclinándose, para no molestar a nadie.

-Permítame que le presente a mi hermano- dijo Elena; y sus ojos inquietos fueron de Natacha a Anatolio.

Natacha, por encima de los hombros desnudos, alargó la linda cabeza hacia el joven oficial y sonrió.

Anatolio, que tan guapo estaba de lejos como de cerca, se sentó a su lado, diciéndole que hacía mucho tiempo que anhelaba aquel placer, desde el baile de Naristchkin, donde había tenido el inolvidable gozo de verla.

Con las mujeres, Kuraguin era mucho más inteligente y sencillo que con los hombres; hablaba atrevidamente y con simplicidad, y Natacha estaba agradablemente sorprendida de aquel hombre del que se contaban tantas cosas y que no tan sólo no tenía nada de terrible, sino que, al contrario, poseía la sonrisa más ingenua, más alegre y más dulce del mundo.

Kuraguin le preguntó la impresión que le había producido el espectáculo, y contó que en la representación anterior Semionovna se había caído mientras representaba.

-¿Sabe usted, Condesa, que tendremos un baile de máscaras en nuestra casa? Debería usted venir. Se reunirán todos en casa de Kuraguin.

-Tiene usted que venir, de veras, se lo ruego le dijo de pronto, hablándole como si se tratara de una antigua amistad.

Y al decir esto no apartaba los risueños ojos del cuello y de los brazos desnudos de Natacha. Ella estaba segura de que él la admiraba; estaba contenta, pero no sabía por qué su presencia demasiado próxima le era penosa. Cuando no la miraba a los ojos, se imaginaba que le miraba fijamente los hombros, y, a su pesar, interponía su mirada, porque prefería que la mirase a los ojos. Pero cuando la miraba a los ojos sentía con espanto que entre los dos no existía ningún obstáculo, ni aun la incomodidad que siempre sentía entre ella y los demás hombres. Natacha, sin darse cuenta, a los cinco minutos se sentía enteramente próxima a aquel hombre. Cuando se volvió temía que le cogiese el brazo desnudo o que la besase en el cuello. Hablaron de las cosas más simples y, no obstante, sentía que entre ellos existía una intimidad que no había tenido nunca con ningún hombre. Natacha se volvió hacia Elena y su padre para preguntarles qué significaba aquello; pero Elena estaba abstraída en una conversación con un general y no correspondió a su mirada, y la de su padre no le dijo más que lo que le decía siempre: «¿Estás contenta? ¿Sí? ¡Pues yo también!»

Para romper un momento el silencio angustioso, durante el cual Anatolio, con los ojos brillantes, la miraba tranquilamente y con obstinación, Natacha le preguntó si le gustaba Moscú. Lo preguntó y se puso colorada; siempre le parecía que cometía una inconveniencia hablando con él. Anatolio sonrió

como si quisiera animarla.

-Al principio no me gustaba, porque lo que hace agradable una ciudad son las mujeres bonitas, ¿no le parece? Pero ahora Moscú me gusta mucho dijo mirándola gravemente-. ¿Vendrá usted por Carnaval, Condesa? Venga dijo alargando la mano al ramo de flores, y bajando la voz añadió:- Será usted la más linda. Venga, querida Condesa y, en prenda, deme esa flor.

Natacha no comprendió qué le decía ni él tampoco lo comprendía, pero ella adivinó en aquellas palabras incomprensibles una intención inconveniente. No sabía qué decir y se volvió como si no le hubiera entendido. Sentía que estaba muy cerca de ella. «¿Qué hace ahora? ¿Está confuso, enojado? ¿Habré de enmendar esta acción?», se preguntaba, y no pudo evitar volverse. Ella le miró de frente, a los ojos, y su proximidad, su aplomo, su ternura jovial, la vencieron. Ella también sonrió, mirándole francamente a los ojos. Y otra vez, con horror, sintió que entre él y ella no había ningún obstáculo. Algo la emocionaba y atormentaba, y aquel algo era Kuraguin, al que involuntariamente seguía con la mirada. Al salir del teatro, Kuraguin se les acercó, llamó su coche, les ayudó a subir y, al ayudar a Natacha, le oprimió el brazo por encima del codo. Natacha, agitada y colorada, le miró. Dos ojos brillantes y una sonrisa tierna se clavaban en ella.

Sólo al llegar a su casa pudo reflexionar Natacha claramente sobre todo lo que había pasado, y de pronto, mientras se preparaba a tomar el té de última hora, acordándose del príncipe Andrés, presa de horror, gritó en voz alta y delante de todos: «¡Oh!», y muy sofocada, huyó a su cuarto. «¡Dios mío! ¡Estoy perdida! ¿Cómo lo he podido permitir?», se decía. Durante mucho rato permaneció sentada, con la cara entre las manos, procurando rehacer con exactitud lo que había pasado, y no podía comprender lo que sintió. Todo le parecía sombrío, oscuro, terrible. Allí, en aquella sala inmensa, iluminada, al son de aquella música, unas niñas y unos viejos salían sobre unas tablas húmedas, y Elena lo miraba todo, descotada, con sonrisa tranquila y altiva, y todos habían gritado: «¡Bravo!» Allí, a la sombra de aquella Elena, todo era claro y simple, pero ahora, sola con ella misma, todo era incomprensible.«¿Qué es esto? ¿Qué significa este miedo que he pasado por él? ¿Qué quiere decir este remordimiento que ahora siento?», pensaba.

Sólo a la anciana Condesa, de noche, en la cama, hubiera podido explicar todo lo que pensaba. Sabía muy bien que Sonia, con sus principios severos y escrupulosos, no comprendería su confidencia y la aterrorizaría. Sola consigo misma, Natacha procuraba resolver lo que la atormentaba: «¿Estoy perdida para el amor del príncipe Andrés, sí o no?», se preguntaba, y con una sonrisa tranquila se respondía: «¡Qué tonta soy de preguntarlo! ¿Qué ha pasado? Nada; yo no he hecho nada, yo no he provocado a nadie. Nadie lo sabrá nunca ni lo verá nunca más. Está bien claro que no ha pasado nada, que no tengo

ningún motivo de arrepentimiento, que el príncipe Andrés puede amarme "tal" como soy. Pero ¿qué quiere decir "tal"? ¡Ah Dios mío! ¿Por qué no puedo salir de ahí?»

Natacha se tranquilizó por unos momentos, pero otra vez su instinto le decía que aunque todo ello era verdad, que si bien no había pasado nada, la antigua pureza de su amor por el príncipe Andrés se había acabado, y otra vez rehacía toda la conversación con Kuraguin, se representaba la cara, los gestos, la sonrisa tierna de aquel apuesto mozo que atrevidamente le apretaba el brazo.

V

Anatolio Kuraguin vivía en Moscú porque su padre lo había expulsado de San Petersburgo, donde gastaba más de veinte mil rublos al año y además contraía deudas, que los acreedores exigían al Príncipe.

El Príncipe declaró a su hijo que, por última vez, le pagaría la mitad de sus deudas, pero con la condición de irse a Moscú como ayudante de campo del general en jefe, cargo que había obtenido para él, y que procurase encontrar un buen partido. Le indicó la princesa María y Julia Kuraguin.

Anatolio se avino a ello y fue a Moscú, donde se instaló en casa de Pedro, que de momento lo recibió sin mucha alegría, pero luego se habituó a él; a veces salía a divertirse con él y le daba dinero en forma de préstamos puramente formularios.

Como se decía muy bien, desde que Anatolio estaba en Moscú sorbía el seso de todas las señoras, justamente porque no les hacía caso y prefería las bohemias y las artistas francesas, especialmente la señorita Georges, con la cual, según se decía, estaba en relaciones muy íntimas. No se dejaba perder ni una sola orgía en casa de Danilov y de otros amigos de Moscú. Se pasaba noches enteras bebiendo, se lo gastaba todo y frecuentaba todas las veladas y bailes del gran mundo. Se le atribuían algunas intrigas con cierta dama de Moscú, y en el baile cortejaba a algunas muchachas, sobre todo herederas ricas, la mayoría de las cuales eran feas, pero no pasaba de ahí, tanto más cuanto Anatolio, cosa que no sabía nadie aparte de sus amigos íntimos, hacía dos años que estaba casado. Dos años atrás, durante la estancia de su regimiento en Polonia, un señor polaco, no muy rico, le había obligado a casarse con una hija suya. Anatolio, al cabo de poco tiempo, abandonó a su mujer y, con la promesa de enviar dinero a su suegro, se había reservado el derecho de pasar por soltero.

Anatolio estaba siempre contento de su situación, de sí mismo y de los demás. Instintivamente, estaba convencido de que no podía vivir de otra manera de como vivía y también de no haber hecho nada malo en toda su vida. No pensaba y era incapaz de reflexionar en los efectos que sus actos podían producir en los demás o las consecuencias que pudiesen acarrear. Estaba convencido de que así como el pato está conformado para vivir en el agua, Dios lo había creado a él de aquella manera y que le hacían falta treinta mil rublos al año y una situación preponderante en sociedad. Estaba de tal manera convencido de ello que, al mirarle, los demás lo estaban también y no le negaban ni el lugar preponderante ni el dinero que tomaba prestado al primero que se presentaba sin tener intención de devolvérselo nunca más.

No era jugador, es decir, no deseaba ganar; no era vanidoso, no se preocupaba de lo que decían de él y no tenía la menor ambición; muchas veces había disgustado a su padre al perjudicarlo en su carrera riéndose de todos. No era avaro ni negaba un favor a nadie. Lo único que le gustaba eran las mujeres, y como, según su manera de pensar, aquel gusto no desdecía de su nobleza, como era incapaz de reflexionar sobre las consecuencias que la satisfacción de sus gustos pudieran tener sobre los demás, se consideraba un ser irreprochable, detestaba francamente a los falsos y a los malvados y llevaba la cabeza muy alta y la conciencia tranquila.

Los hombres calaveras tienen un sentimiento secreto de la inocencia, basado, como en la Magdalena, en el espíritu de perdón. «Todo le será perdonado porque ha amado mucho», y a ellos les será perdonado todo porque se han divertido mucho.

Dolokhov, que aquel año había reaparecido en Moscú después de una estancia y de unas aventuras en Persia y que llevaba la vida lujosa del juego y del libertinaje, se acercó a su antiguo compañero Kuraguin y se aprovechó de él para entretenerse.

Anatolio quería sinceramente a Dolokhov por su talento y su valor. Dolokhov tenía necesidad del nombre y de las relaciones de Anatolio Kuraguin para atraer a los jóvenes ricos a su pandilla de juego, y, sin que se lo diera a entender, se aprovechaba y se divertía con Kuraguin. Aparte del interés que Anatolio sentía por él, el hecho de gobernar la voluntad de otro era el placer habitual de Dolokhov y casi una necesidad.

Natacha había causado una gran impresión a Kuraguin. Durante la cena, después del espectáculo, en calidad de hombre experto, ante Dolokhov, examinó las cualidades de sus brazos, de sus cabellos, y declaró el propósito de enamorarla. ¿Qué podría pasar? Anatolio no podía pensarlo ni preverlo porque no había pensado nunca lo que resultaría de sus actos.

-De acuerdo, es linda, amigo mío, pero no es para nosotros- dijo Dolokhov.

-Podría decir a mi hermana que la invitara a comer, ¿no te parece?- dijo Anatolio.

-Espera a que se case...

Ya sabes que tengo una debilidad por las jovencitas: caerá en seguida dijo Anatolio.

-Ya te has enredado con una- replicó Dolokhov, que sabía lo de su casamiento.

-Por eso mismo no puedo enredarme con otra- dijo Anatolio riendo muy a gusto.

VI

A María Dmitrievna le gustaba celebrar el domingo y sabía hacerlo. El sábado quedaba la casa limpia y ordenada; el domingo no trabajaba ni ella ni los criados; vestían los trajes de las fiestas y todos iban a misa. A la comida de los amos se añadía algunos platos y se daba aguardiente al servicio, así como ocas asadas o lechones, pero en ninguna parte se observaba un aire de fiesta tan notable como en la casa de María Dmitrievna, que aquel día adquiría una expresión inmutable de felicidad.

Tras tomar café, después de la misa, en el salón en que habían quitado las fundas de los muebles, entraron a anunciar a María Dmitrievna que tenía el coche a la puerta; con aire severo, vistiéndose su chal de las fiestas que se ponía para ir de visita, se levantó y dijo que iba a casa del príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski para conversar respecto a Natacha.

Al poco rato de haberse marchado llegó la dependienta de casa madame Chalmet, y Natacha, muy contenta por la distracción que se le presentaba, pasó a un salón lateral, cerró la puerta y se ocupó de la prueba de los vestidos nuevos. Mientras se probaba el cuerpo hilvanado, sin mangas, volvía la cabeza y se miraba al espejo para ver cómo le caía la espalda, oía en el salón el sonido animado de la voz de su padre y otra voz de mujer que la hizo ponerse colorada: era la voz de Elena. No había acabado aún Natacha de quitarse el cuerpo de prueba cuando la puerta se abrió y entró en la sala la condesa Bezukhov con una sonrisa brillante, dulce y tierna, vestida con un traje de terciopelo lila oscuro y cuello alto.

-¡Ah, mi encantadora!- dijo a Natacha, que estaba muy colorada-. Vaya, no hay otra como ella, Conde- dijo a Ilia Andreievitch, que entró tras ella . ¡Y bien! ¡Vivir en Moscú y no ir a ninguna parte! No, no se lo permitiré. Esta

noche la señorita Georges declamará en mi casa; vendrán unos cuantos amigos y si no me trae a sus niñas, que son mucho más bonitas que la señorita Georges, me dará un disgusto. Mi marido está ausente; ha marchado a Tver; de no ser así, ya le habría hecho venir a buscarlas. Vengan, les espero; a las nueve todos estarán en casa. Confío en ello.

Saludó con la cabeza a la modista, que era conocida suya, la cual se inclinó respetuosamente, y luego se sentó en una silla cerca del espejo, extendiendo con arte su traje de terciopelo. No cesaba de hablar alegremente mientras admiraba la belleza de Natacha. Le examinaba los vestidos, los elogiaba, y hablaba con vanidad de su traje nuevo de «gasa metálica» que acababa de recibir de París y aconsejaba a Natacha que se hiciera uno igual.

-Pero a usted todo le está bien, querida- decía.

Del rostro de Natacha no se borraba una sonrisa de satisfacción. Se sentía feliz y orgullosa con los elogios de aquella deslumbrante condesa Bezukhov que antes le parecía una dama tan inaccesible y tan importante y que ahora era tan amable para ella. Natacha se ponía alegre, se sentía casi enamorada de aquella mujer tan hermosa y tan sencilla.

Elena, por su parte, admiraba sinceramente a Natacha y deseaba distraerla. Anatolio le había pedido que lo presentase y se la presentase, y por esto ella había ido a casa de los Rostov. La idea de aproximar su hermano a Natacha la divertía.

Por más que le hubiese tenido rencor porque en San Petersburgo le había quitado a Boris, ahora ya no se acordaba, y de todo corazón deseaba suerte a Natacha. Al partir habló un momento aparte con su protegida.

Ayer mi hermano comió en casa; nos moríamos de risa: no comió nada y es por culpa de usted, querida. Está enamorado como un loco, enamorado de usted.

Natacha se sonrojó vivamente.

-¡Ay, cómo se pone colorada! ¡Mi niña querida! Si está usted enamorada de alguien, no hay motivo para que se esconda en un rincón; aunque esté prometida, no dudo que su novio preferirá que se divierta, cuando él está ausente, a que se muera de aburrimiento. Venga, debe usted venir- dijo Elena.

«Así, ya sabe que estoy prometida; con su marido, con Pedro, con este buen Pedro, hablan de esto y se ríen. Luego todo esto no es nada malo.» Y otra vez, bajo la influencia de Elena, aquello que antes le parecía terrible, ahora lo encontraba sencillo y natural. «Y ella, una dama tan distinguida, tan elegante, bien se ve que me quiere de todo corazón... ¿Por qué no me he de divertir, pues?», pensaba Natacha mirando a Elena con los ojos muy abiertos.

María Dmitrievna regresó seria y taciturna; evidentemente había sido mal recibida en casa del Príncipe. Estaba demasiado emocionada aún para poder contar lo que le había pasado. A las preguntas del Conde contestó que todo iba bien y que mañana ya se lo explicaría. Cuando supo la visita de Elena y la invitación para la noche, dijo:

-No me gusta la amistad de la señora Bezukhov y no os la recomiendo; pero si le has prometido ir, ve y te distraerás- añadió dirigiéndose a Natacha.

VII

El conde Ilia Andreievitch acompañó a sus hijas a casa de la condesa Bezukhov. Había mucha gente, pero Natacha casi no conocía a nadie. El conde Ilia Andreievitch observó con disgusto que toda aquella reunión estaba formada principalmente de hombres y mujeres conocidos por la libertad de sus costumbres. La señorita Georges, rodeada de jóvenes, estaba en un rincón de la sala. Había algunos franceses, entre ellos Mitivier, que desde la llegada de Elena era asiduo de la casa.

El conde Ilia Andreievitch decidió no jugar a los naipes para no separarse de las niñas y marchar así que la señorita Georges hubiese declamado.

Anatolio, cerca de la puerta, esperaba evidentemente la entrada de los Rostov. Después de saludar al Conde, se acercó enseguida a Natacha y la siguió. Así que Natacha lo vio, lo mismo que en el teatro, se apoderó de ella el placer vanidoso de agradarle y el miedo que le daba el no encontrar obstáculos entre ella y él. Elena recibió alegremente a Natacha y admiró su belleza y su vestido. Al poco tiempo de haber llegado, la señorita Georges se retiró de la sala para vestirse. Empezaron a instalar sillas en la sala y Anatolio acercó una a Natacha y quiso sentarse a su lado, pero el Conde, que no apartaba los ojos de su hija, ocupó la silla y Anatolio se colocó detrás.

La señorita Georges, con sus robustos brazos desnudos, un chal arrollado y caído encima de los hombros, salió al espacio libre que habían dejado delante de las sillas y se detuvo en actitud estudiada. Se oyeron voces de entusiasmo. La señorita Georges miró al público con severidad y empezó a recitar versos franceses en los que se trataba de su amor criminal hacia su hijo. En ciertos pasajes levantaba la voz, en otros hablaba bajo, levantando la cabeza triunfalmente, o se detenía y daba un ronquido, abriendo mucho los ojos.

-¡Adorable! ¡Divino! ¡Delicioso!- se oía por todas partes.

Natacha miraba a la corpulenta Georges, pero no comprendía nada de lo que pasaba delante de ella. De nuevo se sentía apresada completamente por

aquel mundo extraño, loco, tan alejado del otro, por aquel mundo en el cual era imposible saber lo que está bien, lo que está mal, lo que es razonable y lo que no lo es. Anatolio estaba sentado detrás de ella y tan cerca que, asustada, temía cualquier cosa.

Después del primer monólogo, todos rodearon a la señorita Georges y le expresaron el entusiasmo que sentían.

-¡Qué hermosa es!- dijo Natacha a su padre, que se levantó con los demás, atravesó la multitud y se acercó a la actriz.

-Si la miro a usted, yo no la encuentro nada hermosa-dijo Anatolio, que seguía a Natacha. Se lo dijo en un momento en que sólo podía oírle ella-. Es usted encantadora..., desde el día que la vi no he dejado...

-Natacha, ven. Sí que es hermosa- dijo el Conde volviéndose y buscando a su hija.

Natacha, sin decir nada, se acercó a su padre y le miró con ojos interrogadores.

Después de declamar algunos monólogos, la señorita Georges se retiró y la condesa Bezukhov invitó a sus huéspedes a pasar al salón.

El Conde quería irse, pero Elena le rogó que no lo hiciera para no desencuadrar el baile que se preparaba. Los Rostov se quedaron. Anatolio sacó a Natacha en el vals y, mientras bailaban, apretándole la cintura con el brazo, le dijo que era encantadora y que la quería. Durante la escocesa, que bailó con él, Anatolio no le dijo nada, sólo la miró. Natacha se preguntaba si aquello que le había dicho mientras bailaba era sólo un sueño. Al acabar la primera figura, otra vez le apretó la mano. Natacha levantó los ojos asustada, pero en su mirada dulce y en su sonrisa había tanta ternura que al mirarle no pudo decirle lo que quería y bajó los ojos.

-No me diga otra vez lo de antes; estoy prometida y amo a otro- pronunció muy rápidamente.

Natacha le miró. Anatolio no estaba desconcertado ni entristecido por aquellas palabras.

-No me lo diga, ¿qué importa?- replicó él-; sé que estoy locamente enamorado de usted. ¿Qué culpa tengo yo si es tan encantadora...? Es usted la que tiene la culpa.

Natacha, animada y desazonada, con los ojos muy abiertos, asustados, miraba a su alrededor y parecía más alegre que de costumbre. Casi no comprendía nada de lo que pasaba aquella noche. Bailaban la polonesa y la escocesa. Estuviera donde estuviese, hablara con quien hablase, siempre sentía su mirada sobre ella. Luego recordó que había pedido permiso a su padre para

ir al tocador a arreglarse el vestido, que Elena la había acompañado y, riendo, le había hablado del amor de su hermano, y que en el pequeño diván se había encontrado otra vez con Anatolio, que Elena había desaparecido, que se habían quedado solos y que él, cogiéndole la mano, le había dicho con voz tierna:

-No puedo ir a su casa, pero ¿no nos veremos más? La amo locamente. ¿De veras nunca más...?

Y mientras le cerraba el paso había acercado su cara a la suya. Unos grandes ojos de hombre, relucientes, estaban tan cerca de los suyos que no veía nada más.

¡Natalia!- murmuraba estrechándole fuertemente la mano . ¡Natalia!

«No comprendo nada, no sé qué decir», le respondían sus ojos.

Unos labios ardientes se posaron sobre los suyos y, en aquel preciso instante, se sintió libre otra vez, y a su vera se oía ruido de pasos y el crujir de las faldas de Elena. Natacha la vio; enseguida, agitada y temblorosa, la miró con aire aterrado, interrogador, y se dirigió a la puerta.

-¡Una palabra, una palabra nada más, por Dios!- dijo Anatolio.

Natalia se turbó. Le era preciso escuchar aquella palabra que le explicaría lo que había pasado y a la cual contestaría.

-Natalia, una palabra, una...- repetía sin cesar, no sabiendo qué decir; y hasta lo repitió cuando Elena estuvo a su lado.

Elena salió con Natacha del salón. Los Rostov no se quedaron a cenar y se marcharon.

Natacha no durmió en toda la noche. La cuestión insoluble: «¿Amaba a Anatolio o al príncipe Andrés?», la atormentaba. Amaba al príncipe Andrés, recordaba vivamente cómo le amaba; pero también amaba a Anatolio, esto era indiscutible. «De otra manera, ¿hubiera sido posible lo que pasó?», pensaba. «Después de lo que ha pasado, si al decirle adiós he podido responder a su sonrisa con una sonrisa, si he podido hacer tal cosa, es que le amo, que le he amado desde el primer momento. Es bueno, noble, apuesto, y es imposible no amarle. ¿Qué he de hacer si le quiero y también quiero a otro?», se decía sin encontrar respuesta a estas terribles preguntas.

VIII

Llegó la mañana siguiente y con ella volvió la agitación. Todos se

levantaron, todos se agitaron y empezaron a hablar. Vinieron de nuevo las modistas, María Dmitrievna salió y llamaron para el té. Natacha, con los ojos muy abiertos, como si quisiera recoger todas las miradas fijas en ella, miraba a todos lados con inquietud y procuraba poner la misma cara de siempre. Después de comer, María Dmitrievna-era su mejor momento-, sentada en su sillón, llamó a Natacha y al viejo Conde.

-¡Y bien! Amigos, he reflexionado sobre todo eso y he aquí mi parecer-empezó-: ayer estuve en casa del príncipe Andrés y hablé con él... Él se puso a gritar y yo más que él... ¡Se lo dije todo!

-¿Y qué?- preguntó el Conde.

-¿Él? Está loco... No quiere saber nada. Y bien, no hay nada a hacer, ya hemos atormentado bastante a la pobrecita. Para mí es cosa de arreglar vuestros asuntos y volveros a casa, a Otradnoie, y esperar...

-¡Oh, no!- exclamó Natacha.

-Sí. Hay que marchar y esperar allí. Si el novio llega ahora, habrá altercados. Él solo, de tú a tú, se explicará con el viejo, y luego irá a vuestra casa.

Ilia Andreievitch aprobó este parecer, que enseguida le pareció muy juicioso.

-Si el viejo se amansa- añadió-, siempre estaréis a tiempo de ir a su casa, a Moscú, o de ir a verle a Lisia-Gori; si el casamiento se efectúa contra su voluntad, necesariamente ha de celebrarse en Otradnoie.

Exacto, y ya siento haber ido a su casa y haber llevado allí a mi hija-replicó el Conde.

No, eso no; ¡por qué lo has de sentir! Estando aquí debíais ir por cortesía. Pero si no lo quiere, es cosa suya- dijo María Dmitrievna buscando alguna cosa en su bolso-. El ajuar está dispuesto. ¿Qué habéis de esperar aún? Lo que falte ya os lo enviaré. Siento que os vayáis, pero valdrá más que hagáis esto, y que Dios os acompañe.

Finalmente encontró lo que buscaba en su bolso y lo dio a Natacha. Era una carta de la princesa María.

-Te ha escrito; la pobre siente mucha pena, teme que te figures que ella te hace la contra.

-¡Claro que me la hace!- exclamó Natacha.

-¡No digas tonterías!- gritó María Dmitrievna.

-Digáis lo que digáis, no creeré a nadie. Sé muy bien que no me quiere-

replicaba atrevidamente Natacha tomando la carta. Y su rostro expresó una resolución fría y mala que obligó a fruncir las cejas a María Dmitrievna y a mirarla severamente.

-Niña, no hables así- dijo-; lo que te he dicho es la verdad. Escríbele.

Natacha no respondió y se fue corriendo a su cuarto para leer la carta de la princesa María.

En ella decía que estaba desolada a causa de la mala inteligencia que había habido entre ellas; le rogaba que quisiera creer, fuesen los que fueran los sentimientos del anciano Príncipe, su padre, que ella la amaba como a la mujer escogida por su hermano a cuya felicidad estaba decidida a sacrificarlo todo.

«No obstante- escribía-, no crea que mi padre esté mal dispuesto contra usted. Es un hombre enfermo y viejo, hay que excusarlo; pero es bueno, es magnánimo, y querrá a la que hará feliz a su hijo.» La princesa María rogaba a Natacha fijara el día en que la podría recibir.

Después de leer la carta, Natacha se sentó a la mesa para escribir la respuesta:

«Querida Princesa», escribió rápidamente, mecánicamente, y se detuvo. ¿Qué podía escribirle después de lo que había pasado la noche anterior? «Sí, sí, todo aquello era así, pero ahora es muy diferente.» ¡Es necesario! ¡Es horrible...! Y para olvidar aquellos pensamientos terribles fue a buscar a Sonia y ambas empezaron a escoger bordados.

Después de comer, Natacha fue a su cuarto y volvió a leer la carta de la princesa María. «¿Todo se ha acabado? ¿Ha sido todo tan rápido que todo el pasado ha desaparecido?» Recordaba la fuerza de su amor por el príncipe Andrés, se representaba el cuadro, tantas veces presente en su imaginación, de la felicidad que gozaría con él, y a la vez se inflamaba de emoción recordando todos los detalles de su entrevista de la noche anterior con Anatolio. «¿Por qué no puede ser todo a la vez?- pensaba muchas veces, completamente aturdida-. De esta manera sería feliz del todo; pero sin uno de ellos no puedo serlo. Decir al príncipe Andrés todo lo que ha pasado u ocultárselo es igualmente imposible. Y "con ello" aún queda todo igual. ¿Pero he de renunciar para siempre a la felicidad del amor del príncipe Andrés, a la cual me he acostumbrado desde hace tanto tiempo?»

-Señorita- dijo la camarera, que entró en el cuarto con aire misterioso-: un hombre me ha encargado que le diera esto- y le alargó una carta-. ¡Por amor de Dios, Condesa...!- continuó, mientras Natacha, con un movimiento involuntario, abría el sobre y leía una carta de amor de Anatolio, de la que no comprendía nada aparte de que era de él, del hombre que amaba. Sí, lo amaba, pues, de no ser así, ¿habría podido pasar todo lo que había pasado? Aquella

carta amorosa suya, ¿podría encontrarse en sus manos?

Natacha tenía entre sus manos temblorosas aquella carta apasionada que Dolokhov había escrito para Anatolio y leyéndola encontraba el eco de todo lo que creía sentir.

La carta empezaba con estas palabras:

«¡Desde ayer mi destino está decidido! Ser amado por usted o morir, no tengo otra salida.» A continuación escribía que sus padres no le daban el consentimiento debido a ciertas causas misteriosas que sólo podía explicar a ella misma, pero que si ella le amaba, si pronunciaba una palabra, ninguna fuerza humana podría impedir su felicidad: el amor lo vencería todo. La raptaría y se la llevaría al otro extremo del mundo.

«¡Sí, sí, le quiero!», pensaba Natacha volviendo a leer una y otra vez aquella carta y buscando en cada palabra un sentido particular, profundo.

Aquella noche, María Dmitrievna fue a casa de los Arkharov y propuso a las niñas que la acompañaran. Natacha pretextó una jaqueca y se quedó en casa.

IX

A la vuelta, ya al anochecer, Sonia entró en el cuarto de Natacha y, con gran sorpresa suya, encontró que se había dormido vestida en el diván. La carta de Anatolio, abierta, estaba cerca de ella encima de la mesita. Sonia la tomó y la leyó.

Leía y miraba a Natacha dormida, buscando en sus facciones la explicación de lo que leía, y no sabía encontrarla. La cara de Natacha era tranquila, dulce, feliz. Con la mano en el pecho, para no ahogarse, Sonia, pálida, temblorosa de miedo y de emoción, se sentó en una silla y se deshizo en lágrimas.

«¿Cómo no he visto nada? ¿Cómo es posible que haya llegado tan lejos? Ya no quiere al príncipe Andrés. ¿Cómo ha podido permitir eso a Kuraguin? Es un falso, un perverso, esto está bien claro. ¿Qué dirá Nicolás, él que es tan bueno, cuando lo sepa? He aquí lo que significaba aquel rostro trasmudado, resuelto y nada natural de ayer y anteayer. Pero ¡no puede ser que le quiera! Probablemente ha abierto esta carta sin saber qué era. Debe estar muy ofendida. ¡Es imposible que haga tal cosa!», pensaba Sonia.

Se secó las lágrimas, se acercó a Natacha y otra vez le miró atentamente la cara.

-¡Natacha!- dijo muy bajito.

Natacha despertó y se dio cuenta de la presencia de Sonia.

-¡Ah! ¿Ya habéis vuelto?

Y, con la decisión y la ternura propias del momento de despertar, abrazó a su amiga. Pero al ver la confusión de Sonia, su cara expresó enseguida el disgusto y la desconfianza.

-Sonia, ¿has leído la carta?- dijo.

-Sí- repuso dulcemente Sonia.

Natacha sonrió triunfalmente.

-No, Sonia. No puedo ocultártelo más. Ya lo sabes, nos queremos, Sonia; me ha escrito, Sonia...

Sonia, como si no quisiera creer lo que oía, miró a Natacha con los ojos muy abiertos.

-¿Y Bolkonski?- le dijo.

-¡Ah, Sonia! ¡Ah! ¡Si pudieras comprender lo feliz que soy! Tú no sabes lo que es amor.

-Pero, Natacha, ¿lo otro ya ha pasado del todo?

Natacha, con los ojos muy abiertos, miraba a Sonia como si no comprendiese lo que le preguntaba.

-¿Qué? ¿Dejar, pues, al príncipe Andrés?- dijo Sonia.

-¡Ah! ¿No lo comprendes? No digas tonterías. Escucha- dijo Natacha con despecho.

-No, no lo puedo creer- repitió Sonia-; no comprendo cómo has podido querer a un hombre un año entero y de pronto... Pero si sólo lo has visto tres veces. No te creo; bromeas. En tres días has podido olvidar y...

-¡Tres días! ¡Si me parece que hace cien años que le quiero! Me parece que no he estado enamorada nunca de nadie más que de él. Tú no lo puedes comprender, Sonia.- Natacha la abrazó-. Me habían dicho que estas cosas pasan; quizá tú también lo has oído decir, pero hasta ahora no he sentido el amor. Esto no es como aquello de antes. En seguida que le vi presentí que haría lo que quisiera de mí, que era su esclava y que lo tenía que amar por fuerza. ¡Sí, esclava! Haré todo lo que él me mande. Tú no me comprendes. ¿Qué he de hacer, Sonia?- dijo Natacha con rostro alegre y a la vez desesperado.

Pero piensa lo que haces; yo no puedo dejarte así. ¡Cartas misteriosas!

¿Cómo lo has podido consentir?- pronunció con un asco, con un horror que no acertaba a disimular.

-Te digo que no tengo voluntad. ¿No quieres entenderlo? ¡Le quiero!

-¡Ah, no permitiré yo eso! Voy a decirlo ahora mismo- exclamó Sonia con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

-¿Qué dices? Si lo cuentas es querer perderme, quieres que nos separen...

Ante este temor de Natacha, Sonia lloró de vergüenza y de compasión por su amiga.

-¿Qué ha habido entre los dos?- le preguntó-¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no viene a hablar con los de casa?

Natacha no respondió nada.

Por Dios, Sonia, no lo digas a nadie, no me hagas sufrir. Piensa que nadie se puede meter en nuestros asuntos. Yo te he confesado...

-Pero ¿por qué todo este misterio? ¿Por qué no viene a casa? ¿Por qué no te pide? El príncipe Andrés ¿te ha dejado en libertad...? Pero no lo puedo creer, Natacha. ¿Has pensado cuáles pueden ser las «causas misteriosas»?

Natacha miró a Sonia con ojos interrogadores. Evidentemente, esta pregunta se le ocurría por primera vez y no sabía qué responder.

-¿Qué causas? No lo sé, pero bien debe haberlas.

Sonia suspiró y bajó la cabeza con desconfianza.

-Si las hubiere...- dijo Sonia.

Pero Natacha, ante aquella duda, la interrumpió horrorizada.

-Sonia, no se puede dudar de él, no se puede dudar.

-¿Él te quiere?

-¿Si me quiere?- repitió Natacha con una sonrisa de compasión por la poca inteligencia de su amiga-. ¿No has visto cómo escribe, no lo has visto?

-¿Y si no fuera un hombre digno?

-¿Él un hombre indigno? Si lo conocieras...

-Si lo es, ha de declarar su intención o ha de dejar de verte. Y si tú no quieres obligarle a ello, lo haré yo. Yo le escribiré, lo diré a papá- gritó con energía.

-¡Pero si no puedo vivir sin él!- exclamó Natacha.

-Natacha, no te entiendo. ¿Ya sabes lo que dices? Acuérdate de tu padre, de

Nicolás.

No necesito a nadie. No quiero a nadie sino a él. ¿Cómo te atreves a decir que no es digno? ¿Ignoras que le quiero?- gritó Natacha-. Sonia, ¡vete! No quiero disgustarme contigo, pero ¡vete, por Dios, vete! ¡Ya ves cómo sufro!- exclamó rencorosamente Natacha con voz de enojo y de desesperación.

Sonia se fue llorando a su cuarto.

Natacha se acercó a la mesa y, sin reflexionar un momento, escribió a la princesa María la respuesta que no había podido hallar durante toda la mañana. Escribió brevemente que la incomprensión entre ellas dos había terminado; que aprovechando la magnanimidad del príncipe Andrés, que al marchar la había dejado totalmente en libertad, le rogaba olvidarlo todo y perdonarla si no se comportaba como él merecía, pero que no podía ser su esposa. Todo aquello, en aquel momento, le parecía muy claro, muy simple y muy fácil.

El viernes, los Rostov habían de marchar al campo. El miércoles, el Conde acompañó al comprador de la hacienda cercana a Moscú.

El día de la marcha del Conde, Sonia y Natacha debían asistir a una gran comida en casa de los Kuraguin y María Dmitrievna las acompañó.

Durante la comida, Natacha encontró otra vez a Anatolio, y Sonia observó que ella le hablaba a escondidas y que durante toda la comida estaba muy turbada. Cuando llegaron a casa, Natacha fue la primera en dar la explicación que la otra esperaba.

-¿Ves, Sonia? Has dicho muchas tonterías hablando de él- empezó Natacha con voz dulce, con aquella voz que emplean los niños cuando quieren que se les dé la razón-. Hoy nos hemos explicado.

-¿Y qué? ¿Qué te ha dicho? ¡Qué contenta estoy de que ya se te haya pasado el disgusto conmigo! Dímelo todo, toda la verdad. ¿Qué te ha dicho?

Natacha quedó pensativa.

-¡Ah! Sonia, si tú le conocieras como lo conozco yo. Ha dicho... Me ha preguntado cómo me prometí con Bolkonski. Está contentísimo de que sólo depende de mí dejarlo.

Sonia suspiró tristemente.

-¿Pero no habrás roto con tu novio?

-¡Quién sabe! Tal vez sí, tal vez todo se ha acabado entre él y yo. ¿Por qué piensas tan mal de mí?

-Yo no, pienso nada; pero no comprendo...

-Espérate, Sonia, ya lo comprenderás todo. Ya verás qué hombre. No pienses mal ni de mí ni de él.

-Yo no pienso mal de nadie. Yo quiero y compadezco a todo el mundo. Pero ¿qué he de hacer?

Sonia no se rendía al tono tierno que Natacha usaba. Cuanto más se enternecía la expresión del rostro de Natacha, más seria y severa se volvía Sonia.

-Natacha- le dijo-, me has pedido que no te hablara de ello y no lo he hablado; ahora eres tú la que ha empezado. Natacha, no tengo confianza en él. ¿Por qué este misterio?

-¡Otra vez!- interrumpió Natacha.

-Natacha, tengo miedo por ti.

-¿De qué tienes miedo?

-Tengo miedo a que te pierdas- dijo resueltamente Sonia, asustada de lo que acababa de decir.

Las facciones de Natacha expresaron de nuevo la cólera.

-¡Me perderé! ¡Me perderé! ¡Mejor! Eso no es cosa vuestra. Peor para mí; yo lo pagaré y no vosotros. Déjame sola, déjame sola. ¡Te aborrezco!

-¡Natacha!- gritó Sonia, horrorizada.

-Te aborrezco. Te aborrezco. Para mí siempre serás mi enemiga.

Natacha no hablaba con Sonia y la evitaba. Con la misma expresión de extrañeza y de emoción y con la conciencia de una falta andaba por la casa haciendo ahora una cosa, ahora otra, para dejarlo todo enseguida.

Aunque resultara muy penoso para Sonia, ésta la seguía con gran atención.

La víspera del regreso del Conde, Sonia observó que Natacha se pasaba la mañana sentada cerca de la ventana de la sala como si esperase alguna cosa y luego la vio hacer una seña a un militar que pasaba por la calle y que le pareció que era Anatolio.

Sonia se propuso observar más atentamente a su amiga y vio que Natacha, durante toda la comida y durante la tarde, estaba muy rara y tenía un aire que no era natural. Respondía sin escuchar las preguntas que le hacían, empezaba a decir cosas que no terminaba y se reía de todo.

Después del té, Sonia descubrió que la camarera esperaba temblorosa cerca de la puerta a que Natacha pasara. Sonia la dejó pasar y, escuchando detrás de la puerta, supo que Natacha acababa de recibir ocultamente otra carta.

Inmediatamente comprendió que Natacha tenía algún plan para aquella noche. Llamó a la puerta de Natacha, que se negó a recibirla. «Huirá con él- pensó Sonia-. Es capaz de todo. Hoy su cara tenía un aspecto triste y resuelto. Ha llorado cuando ha dicho adiós al tío. Sí, es seguro que va a huir con él. ¿Qué puedo hacer? - pensaba Sonia recordando todos los indicios que pudiesen aclarar que Natacha escondía un proyecto terrible-. El Conde no está aquí. ¿Qué hacer? Ir a casa de Kuraguin y pedirle una explicación. Pero ¿quién le obliga a contestarme? Escribir a Pedro, como dijo el príncipe Andrés que se hiciera si pasaba alguna desgracia. Pero ¿quién sabe si ella ya ha roto con Bolkonski? Ayer escribió a la princesa María. ¡Y el tío no está aquí!» Decirlo a María Dmitrievna, que tanta confianza tenía en Natacha, le parecía terrible. «Sea como sea- pensaba Sonia en el corredor oscuro-, ahora o nunca es la hora de probar que me acuerdo de lo que ha hecho por mí la familia y que quiero a Nicolás. No, me pasaré tres noches sin dormir, no me moveré de aquí. La privaré de salir, a la fuerza si es preciso, y no permitiré que la vergüenza caiga sobre su familia.»

X

Ultimamente Anatolio vivía en casa de Dolokhov. El plan del rapto de la señorita Rostov había sido ideado y preparado por Dolokhov, y el día que Sonia escuchaba detrás de la puerta de Natacha y decidió salvarla el plan debía ser ejecutado. Natacha había prometido a Kuraguin que se reuniría con él a las diez de la noche, por la escalera de servicio. Kuraguin la había de recoger en una troika que los esperaría y los conduciría el pueblecito de Kamenka, a sesenta verstas de Moscú; allí; un pope destituido los casaría.

Desde Kamenka, un coche los conduciría a la carretera de Varsovia, y de allí, en coche de posta, huirían al extranjero. Anatolio tenía el pasaporte, el billete de ruta, diez mil rublos tomados a su hermana y otros diez mil que le habían prestado por mediación de Dolokhov.

Dos testigos, Khvostikov, antiguo funcionario que Dolokhov hacía servir de gancho en el juego, y Makarin, húsar retirado, hombre ingenuo y débil, que sentía una amistad sin límites por Kuraguin, estaban sentados en la sala de espera tomando el té.

En su espacioso despacho, adornado de arriba abajo con tapices persas, pieles de oso y armas, Dolokhov, en traje de viaje y botas altas, estaba sentado en su escritorio abierto en el que tenía cuentas y los paquetes de billetes de Banco. Anatolio, con el uniforme desabrochado, iba de la sala donde estaban los testigos al despacho y a la sala de atrás, donde su criado francés, con otros

servientes, preparaban la última maleta. Dolokhov contaba el dinero y tomaba nota.

Dolokhov encerró el dinero en el cajón, llamó a un criado para que preparara la comida y bebida para el camino y luego entró en la sala donde le esperaban sentados Khvostikov y Makarin.

Anatolio se había tendido en un diván con las manos bajo la cabeza; sonreía pensativamente y sus labios murmuraban palabras tiernas.

-¡Vamos, come algo!- exclamó Dolokhov desde la otra habitación.

-No tengo hambre- replicó Anatolio sin perder su sonrisa.

Mira, Balaga ya está aquí.

Anatolio se levantó y entró en el comedor.

Balaga era un cochero de troika muy conocido, que guiaba muy bien. Dolokhov y Anatolio se servían muy a menudo de su troika. Muchas veces, cuando el regimiento de Anatolio estaba en Tver, se lo llevaba de Tver al anochecer, a la madrugada llegaban a Moscú y el día siguiente estaba de regreso. Muchas veces había salvado a Dolokhov de la persecución. Muy a menudo, en la ciudad, los había paseado con bohemias y damitas, como decía Balaga. Muchas veces, conduciéndolos a Moscú, había atropellado a gente del pueblo y a cocheros, y siempre había podido escaparse. Con ellos había reventado muchos caballos. Muchas veces se había peleado por ellos; muy a menudo le habían emborrachado de champaña y de madera, vino que le gustaba extraordinariamente, y él sabía muchas aventuras, cada una de las cuales merecía un descanso en Siberia. En sus orgías invitaban muy a menudo a Balaga, le hacían beber y bailar en casa de los cíngaros y por sus manos pasaban muchos millares de rublos. Sirviéndolos, exponía la vida veinte veces al año, y por ellos había matado más caballos que dinero le habían dado. Pero les quería. Le gustaban aquellas carreras locas de dieciocho verstas por hora; le gustaba volcar cocheros y aplastar viandantes y recorrer a galope tendido las calles de Moscú. Le gustaba oír a sus espaldas: «¡Corre más! ¡Corre más!» cuando ya le era imposible alargar más el galope. Le gustaba medir con un latigazo las espaldas de un campesino que sin aquella advertencia también se habría apartado. «¡Qué grandes señores!», pensaba el pobre hombre.

Anatolio y Dolokhov querían a Balaga por el conocimiento artístico que tenía del oficio y porque a ellos también les gustaban las mismas cosas.

Era un campesino de veintisiete años, rubio, de cara colorada y triste, el cuello encarnado, fuerte, rechoncho, nariz arremangada, ojos pequeños, brillantes, y perilla. Usaba un caftán de paño azul forrado de seda, que siempre se ponía encima de la zamarra.

Se persignó, de cara a un rincón, y se acercó a Dolokhov, tendiéndole su pequeña mano morena.

-¡Buenos días, Excelencia!- dijo a Kuraguin, que entró y le estrechó la mano.

-Balaga, ¿me quieres o no me quieres? ¡Es lo que te pregunto! dijo Anatolio pasándole la mano por la espalda-. Si me quieres me has de prestar un servicio. ¿Qué caballos has traído?

Los que me habéis ordenado; los que consideráis mejores dijo Balaga.

-Pues escucha; revientalos, pero has de llegar allí a las tres. ¿Lo oyes?

-Eso depende de como esté el camino, realmente. Pero ¿por qué no hemos de poder llegar? Hemos ido a Tver en siete horas. ¿No lo recordáis, Excelencia?

-Una vez, por Navidad, salí de Tver- dijo Anatolio dirigiendo una sonrisa a Makarin, que con ojos admirados contemplaba a Kuraguin enternecido-, ¿y me creerás, Makarin, que no podíamos respirar de tanto como corríamos? Encontramos un convoy y saltamos por encima de los carros, ¿recuerdas?

-¡Qué caballos!- continuó Balaga-. Había enganchado a los costados unos caballos jóvenes- y dirigiéndose a Dolokhov-: ¿Lo creeréis, Fedor Ivanitch? Las bestias corrieron sin pararse sesenta verstas seguidas; no podía contenerlas; las manos se me habían hinchado. Helaba y había soltado las riendas. ¿Recordáis, Excelencia? Dejé marchar así el trineo. Entonces no solamente no era necesario pegarles, sino que no se les podía retener. En tres horas hicimos el viaje. Parecía que los diablos nos llevaran. Sólo reventó el de la izquierda.

XI

Anatolio salió del cuarto y al cabo de un momento volvió con la pelliza ceñida con un cordón de plata y una gorra de cebellina ladeada, que le estaba muy bien.

Ante la puerta había dos troikas con dos criados. Balaga se sentó en la troika de delante y levantando los codos arregló las riendas con calma. Anatolio y Dolokhov se instalaron en el vehículo y Makarin y Khvostikov se acomodaron en el otro.

-¿Estáis dispuestos?- preguntó Balaga-. ¡Adelante!- chilló arrollándose las bridas en la mano, y la troika voló hacia el bulevar Nikitzki.

-¡Eh! ¡Atención!- gritaban Balaga y el mozo que iba a su lado. La troika embistió a un coche en la plaza de Arbat, y algo se rompió; se oyó un grito y la troika escapó hacia el Arbat.

Después de dar dos vueltas por el bulevar Podnovuiski, Balaga empezó a moderar los caballos y los paró en la esquina de la calle de los Establos Viejos.

El mozo bajó del asiento para sostener a los caballos por la brida. Anatolio y Dolokhov se situaron en la acera.

Cerca de la puerta cochera, Dolokhov silbó. Enseguida le respondió otro silbido y una camarera apareció en la puerta.

-Entrad en el patio, de lo contrario os verían; ella saldrá enseguida- dijo la camarera.

Dolokhov se quedó al pie de la puerta; Anatolio siguió a la camarera al patio, torció a la derecha y subió los peldaños de entrada.

Gavrilo, un criado alto de María Dmitrievna, se encontró con Anatolio.

-¿Venís a ver a la señora?- le preguntó en voz baja cerrándole el paso de la puerta.

-¿A quién decís?- preguntó Anatolio con voz sofocada.

-Venid, si gustáis. Me han mandado que os hiciera entrar.

-¡Kuraguin! ¡Márchate! ¡Te han traicionado! ¡Márchate!- gritó Dolokhov.

Dolokhov, que no se había movido del portal, luchaba con el portero, que quería cerrar la puerta detrás de Anatolio. Dolokhov, usando de toda su fuerza, empujó al portero y tirando de la mano a Anatolio, que se le había acercado, le hizo salir y ambos corrieron hacia la troika.

XII

María Dmitrievna encontró a Sonia llorando en el corredor y le obligó a confesárselo todo. Cogió la carta de Natacha y, después de haberla leído, entró en el cuarto de la muchacha.

-¡Desvergonzada! ¡Cabeza sin seso!- le dijo-. No quiero escucharte.

Y empujando a Natacha, que tenía los ojos completamente secos, la encerró con llave y dio orden al portero de hacer entrar por la puerta cochera a las personas que se presentaran aquella tarde, y recalcó que una vez dentro no dejara salir a nadie; mandó al criado que acompañara a las referidas personas

hasta donde estaba ella, y después de eso se instaló en el salón esperando los acontecimientos.

Cuando Gavriilo anunció a María Dmitrievna que las personas que vinieron habían huido, se levantó, frunció las cejas y con los brazos detrás de la cintura se paseó mucho rato por el salón reflexionando lo que tenía que hacer. A medianoche buscó la llave del cuarto de Natacha, que se había puesto entre las otras en el bolsillo, y fue a ver a la reclusa. Sonia, sentada en el corredor, lloraba.

-María Dmitrievna, dejadme entrar, por el amor de Dios- dijo Sonia.

María Dmitrievna, sin contestarle, abrió la puerta y entró.

«¡Malvada, desvergonzada...! ¡Y en mi casa...! ¡Es una mala cabeza...! El único que me inspira lástima es su padre- pensaba María Dmitrievna procurando en vano calmarse-. Aunque sea muy difícil, daré órdenes a todos de callarse y lo ocultaré a su padre.,,

María Dmitrievna entró en el cuarto con paso resuelto. Natacha yacía en el diván, con la cabeza escondida entre las manos, y no se movía... Estaba en la misma posición en que la había dejado María Dmitrievna.

-¡Buena la has hecho! ¡Tener entrevistas con tus amantes en mi casa! ¡Oh, no es necesario que te excuses! Escucha cuando te hablo- María Dmitrievna le tocó la mano-. Escucha cuando te hablo. Has obrado como una perdida. Pero ya nos arreglaremos tú y yo. Por el único que lo siento es por tu padre. Pero procuraré que no sepa nada.

Natacha no se movía, pero todo su cuerpo empezaba a agitarse con sollozos nerviosos, sordos, que la ahogaban. María Dmitrievna miró a Sonia y se sentó en el diván al lado de Natacha.

-Ha tenido la suerte de escapar, pero yo lo encontraré- dijo con voz ruda-. ¿Oyes lo que te digo, Natacha?

Cogió con su manaza la cara de Natacha y la volvió hacia ella.

María Dmitrievna y Sonia quedaron admiradas de la expresión del rostro de Natacha.

Tenía los ojos brillantes, secos; los labios, contraídos; las mejillas, hundidas:

-Dejadme... ¡No me importa! ¡Me moriré!- pronunció desprendiéndose de María Dmitrievna y recobrando su posición anterior.

-Natalia- dijo María Dmitrievna-, lo hago por tu bien. Como quieras. No te muevas, descansa, no te muevas, que no te tocaré, pero escucha: no quiero reprocharte lo que has hecho; demasiado sabes tú lo que era. Y bien, tu padre

llega mañana, ¿qué le voy a decir?

Otra vez el cuerpo de Natacha fue sacudido por los sollozos.

-Lo sabrá tu padre, tu hermano y hasta tu novio.

-Ya no es mi novio, le devolví la palabra- gritó Natacha.

-No importa- continuó María Dmitrievna-. Lo sabrán, y ¿crees que lo dejarán pasar así como así? Conozco muy bien a tu padre; irá a encontrarle y lo desafiará. ¿Te parece bien esto?

-Bueno, dejadme. ¿Por qué lo habéis impedido? ¿Quién os metía en eso?- gritó Natacha levantándose del diván y mirando con ira a María Dmitrievna.

-¿Qué quieres decir?- exclamó María Dmitrievna exaltándose otra vez-. ¿Quién le impedía venir a casa? ¿Por qué te había de robar como a una gitana? Bueno: ¿crees que no os habríamos encontrado alguno de nosotros, tu padre, tu hermano o tu prometido? Es-un sinvergüenza, un mal hombre, helo aquí.

-¡Vale más que todos vosotros!- exclamó Natacha levantándose-. Si no me privasen... ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Qué hace aquí Sonia? ¿Qué quiere decir todo eso? ¡Marchaos!

Y lloró con desesperación, como se llora un dolor del cual uno se siente culpable.

María Dmitrievna se puso a hablar, pero Natacha gritó:

-¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Me aborrecéis, me despreciáis!

Y otra vez se dejó caer sobre el diván. María Dmitrievna continuó un rato aún consolando a Natacha y le dio a entender que quería esconder todo aquello al Conde, asegurándole que nadie sabría nada si empezaba ella misma por olvidarlo y adoptaba ante la gente una actitud de no haber pasado nada.

Natacha no respondió. No, lloraba, pero tenía escalofríos y temblaba de frío. María Dmitrievna le puso una almohada, dos mantas y le trajo una taza de tila, pero Natacha no respondió ni una palabra.

-Bien, que duerma- dijo María Dmitrievna saliendo del cuarto pensando que Natacha se había dormido.

Pero Natacha no dormía: tenía los ojos abiertos, la cara pálida y la mirada fija. No durmió en toda la noche, lloró y no contestó a Sonia, que se levantó muchas veces para ver lo que hacía.

Al día siguiente, a la hora de almorzar, el conde Ilia Andreievitch regresó de la hacienda de las cercanías de Moscú. Estaba muy alegre. Se había entendido con el comprador, había terminado el trabajo de Moscú y no había de separarse ya de la Condesa, separación que le ponía muy triste. María

Dmitrievna le recibió y le contó que Natacha se había puesto enferma, que había mandado por el médico y que ya estaba mejor.

Natacha estaba sentada ante la ventana con los labios apretados y los ojos secos e inmóviles; miraba ansiosa a los transeúntes y se volvía febrilmente para ver quién entraba en su cuarto. Evidentemente, aún esperaba algo de él; esperaba que se presentaría él mismo o que le escribiría.

Cuando el Conde entró, Natacha se volvió, inquieta, al oír pasos y su rostro adquirió una expresión fría y hostil. Se levantó y se dirigió a su padre.

-¿Pues qué tienes, hija mía? ¿No te encuentras bien?- preguntó el Conde.

-Sí, estoy enferma- replicó.

A las preguntas inquietas del Conde sobre el aspecto triste que le observaba, y sobre si había pasado algo con su prometido, ella le tranquilizó diciéndole que no había pasado nada y le rogó que no se preocupase. María Dmitrievna confirmó las palabras de Natacha.

El Conde, después de la enfermedad de su hija, enfermedad que él creía fingida, por la perturbación que notaba y por las caras confusas de Sonia y María Dmitrievna, comprendió claramente que había pasado alguna cosa en su ausencia. Pero le era tan penoso creer que había sucedido algo malo a su hija preferida, estimaba tanto la propia tranquilidad, que evitaba las preguntas y procuraba convencerse de que no había pasado nada de particular. Sólo le dolía que a causa de aquella enfermedad tuviera que diferir su marcha.

XIII

Desde que su mujer había vuelto a Moscú, Pedro procuraba ausentarse a menudo para no encontrarse con ella.

Al cabo de poco tiempo de la llegada de los Rostov a Moscú, la impresión que le causó Natacha le obligó a apresurar la realización de sus intenciones.

Cuando Pedro volvió a Moscú, le entregaron la carta de Maria Dmitrievna en la que le invitaba a ir a su casa por un asunto muy importante referente a Andrés Bolkonski y su prometida.

Pedro evitaba a Natacha porque sentía por ella un sentimiento más fuerte que el que ha de tener un hombre casado para la prometida de un amigo, pero el azar siempre los ponía en presencia uno de otro.

«¿Qué ha pasado? ¿Por qué me necesitan? pensaba vistiéndose para ir a casa de María Dmitrievna-. ¡Que el príncipe Andrés venga pronto y se case!»,

se decía al ir a casa de la señora Akhrosimov.

En el bulevar Tverskaia alguien lo llamó.

-¡Pedro! ¿Hace mucho que has llegado?- le preguntó una voz conocida.

Pedro levantó la cabeza. Anatolio con su compañero Makarin, pasaba en un trineo tirado por dos caballos grises.

Anatolio iba sentado, muy tieso, en la posición clásica de los oficiales elegantes; el cuello y la parte baja del rostro los tenía envueltos por un cuello de piel e inclinaba un poco la cabeza. Tenía la cara colorada y fresca, llevaba la gorra con la pluma blanca ladeada y por debajo le salían los rizos del pelo, untados y espolvoreados de nieve fina.

«¡Ah, he aquí un sabio! Para él sólo hay su placer. No le preocupa nada. Por eso siempre está alegre y satisfecho. ¿Qué no daría yo para ser como él?», pensaba Pedro con envidia.

Al abrir la puerta del salón, Pedro vio a Natacha que estaba sentada al pie de la ventana, el rostro alargado, pálida y malhumorada.

Natacha se volvió frunciendo las cejas y, con una expresión de fría dignidad, salió de la estancia.

-¿Qué ha pasado?- preguntó Pedro al entrar en la habitación de María Dmitrievna.

-¡Una cosa muy gorda! Hace cincuenta y ocho años que estoy en el mundo y nunca había visto una desvergüenza como ésta.

Y después de haber obtenido la palabra de honor de Pedro de que no diría nada de todo lo que iba a explicarle, María Dmitrievna le contó que Natacha había devuelto su palabra a su prometido sin advertir a sus padres, que la causa de aquella negativa era Anatolio Kuraguin, con el cual le había puesto en relaciones la mujer de Pedro y con quien intentaba huir aprovechando la ausencia de su padre para casarse secretamente.

Al oír esta explicación, Pedro se encogió de hombros y abrió del todo la boca sin acabar de creer lo que oía. La prometida del príncipe Andrés, amada tan apasionadamente, aquella Natacha Rostov tan bonita, cambiaba a Bolkonski por aquel imbécil de Anatolio, que era casado- Pedro conocía su matrimonio secreto-, y estaba lo bastante enamorado de él para consentir en una fuga. Todo ello era una cosa que Pedro no podía comprender ni imaginar.

La impresión encantadora de Natacha, a la que él conocía de pequeña, no se podía mezclar en su alma con aquella nueva representación de su bajeza, de su tontería y de su maldad. Pensó en su mujer. «Todas son iguales», se dijo, pensando que no era él el único hombre unido a una mala mujer. No obstante,

compadecía hasta verter lágrimas al príncipe Andrés, sufría por su orgullo; y como compadecía a su amigo, con mayor desdén y asco pensaba en aquella Natacha que hacía un momento pasara ante él con aire de fría dignidad.

No sabía que el alma de Natacha estaba llena de desesperación, de vergüenza, de humillación, y que no era suya la culpa si su cara expresaba una dignidad tranquila y severa.

Pero ¿cómo se podían casar? A él le era imposible porque ya lo está-contestó Pedro a las palabras de María Dmitrievna.

-¡Pues no faltaba más que eso!- dijo María Dmitrievna . ¡En verdad que es un bravo mozo! Y ella hace dos días que lo espera; a lo menos, que acabe de perder las esperanzas. Hay que decírselo todo.

Después de conocer por Pedro los detalles del casamiento de Anatolio, María Dmitrievna, expresando con injurias la rabia que sentía contra él, explicó a Pedro por qué le había mandado buscar. Temía que el Conde o Bolkonski, que podía llegar de un momento a otro, y a los cuales tenía intención de ocultar todo lo ocurrido, desafiase a Kuraguin; por ello le pedía que obligara a su cuñado a alejarse de Moscú, con la prohibición de volver nunca más. Pedro prometió complacerla, haciéndose cargo del peligro que había para el conde Nicolás y el príncipe Andrés.

Después de haberle explicado brevemente esta petición lo acompañó a la sala.

-Anda con cuidado, su padre no sabe nada. Haz como si tú tampoco supieses nada- le dijo-. Yo iré a decirle que no hay ninguna esperanza. Tú quédate a comer, si quieres- dijo María Dmitrievna.

Pedro se encaró con el anciano Conde. El buen hombre estaba avergonzado y descompuesto: aquella mañana Natacha le había comunicado la ruptura con Bolkonski.

¡Qué desgracia, qué desgracia, querido!- dijo a Pedro- La ausencia de la madre es una desgracia para esas chicas. Siento haber venido, se lo digo con franqueza. ¿Se lo habría imaginado nunca? Se deshace del novio sin decir nada a nadie. Ciertamente, a mí no me había gustado nunca este casamiento; es un buen muchacho, pero contra la voluntad del padre es muy difícil que haya nunca tranquilidad. Por otro lado, a Natacha no le faltará marido. Pero eso ha durado demasiado tiempo. ¿Cómo es posible hacer una cosa así sin consultar con el padre y con la madre? Ahora está enferma y Dios sabe lo que tiene. Las hijas, sin la madre, son mala cosa, créame.

Pedro, viendo al Conde tan acongojado, procuraba cambiar de conversación, pero él siempre volvía al mismo tema.

Sonia entró en el salón con las facciones descompuestas.- Natacha no está nada bien. Está en su cuarto y quisiera hablaros. María Dmitrievna está con ella y también os ruega que vayáis.

-Es usted amigo de Bolkonski y seguramente le quiere pedir algo- dijo el Conde-. ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Tan bien como iba todo!

Y pasando la mano por sus cabellos grises, el Conde salió de la casa.

María Dmitrievna había dicho a Natacha que Anatolio era casado. Natacha no lo quería creer y exigía que Pedro se lo confirmase.

Sonia contó a Pedro todo aquello mientras lo acompañaba por el corredor hasta el cuarto de Natacha.

Natacha, pálida, severa, estaba sentada al lado de María Dmitrievna; recibió a Pedro con una mirada febril e interrogadora. No sonrió ni hizo ningún movimiento con la cabeza. Le miraba fijamente y su mirada sólo le preguntaba una cosa: él, Pedro, ¿era amigo o enemigo de Anatolio como los demás? Evidentemente, Pedro, por sí mismo, no existía para ella.

-Él lo sabe todo- dijo María Dmitrievna, señalando a Pedro y dirigiéndose a Natacha-: que te diga si he dicho la verdad o no.

La mirada de Natacha, como la de un animal herido que mira a los perros y a los cazadores, iba del uno al otro.

-Natalia Ilinitchna- pronunció Pedro bajando los ojos movido de piedad por ella y de repugnancia por lo que había hecho-, os ha de ser indiferente que sea verdad o no, porque...

-Así, pues, ¿no es cierto que sea casado?

-Sí, es cierto.

-¿Y hace mucho tiempo que es casado? ¿Palabra de honor?

Pedro le dio su palabra de honor.

-¿Y aún está aquí?- preguntó Natacha rápidamente.

-Sí, hace un momento lo he visto.

Evidentemente, no tenía fuerzas para hablar más e hizo seña de que la dejaran sola.

XIV

Pedro no se quedó a comer. Después de aquella conversación salió de la

estancia y se marchó. Corrió por la ciudad en busca de Anatolio Kuraguin. Pensando en él, la sangre le afluía al corazón y casi no podía respirar. No estaba en las peñas, ni entre los cingaros, ni en casa de Komoneno. Pedro fue al club. Allí todo marchaba como siempre. Los huéspedes llegados a comer estaban sentados formando grupos; saludaron a Pedro y hablaron de las noticias de la ciudad. El criado, al saludarlo, le advirtió (conocedor de sus amistades y de sus costumbres) que tenía un sitio reservado en un saloncito, que el príncipe N. estaba en la biblioteca, que T. no había llegado aún.

Uno de los amigos de Pedro le preguntó, entre otras cosas, si no había oído decir nada respecto al rapto de la señorita Rostov por Kuraguin, del cual se hablaba en la ciudad y se daba por cierto.

Pedro respondió, sonriendo, que era una broma, ya que hacía un momento él mismo había estado en casa de los Rostov. Preguntó a todos si habían visto a Anatolio. Un señor le dijo que aún no había llegado; otro añadió que debía venir a comer. A Pedro le pareció extraño mirar a aquella gente tranquila e indiferente; aquella gente no sabía nada de lo que pasaba en su alma. Se paseaba por la sala, esperando que todos llegasen, y sin haber visto a Anatolio y sin comer se volvió a su casa.

Anatolio había comido aquel día en casa de Dolokhov, con quien discutía la manera de reparar el golpe fallido. Le parecía necesario ver a la señorita Rostov. Por la noche fue a casa de su hermana para hablarle de la manera de preparar una entrevista. Cuando Pedro, que había recorrido sin resultado todo Moscú, entró en casa, el criado le anunció que el príncipe Anatolio estaba con la Condesa.

El salón de la Condesa estaba lleno de invitados. Pedro, sin saludar a su mujer, a la que no había visto desde su llegada (en aquel momento la aborrecía más que nunca), entró en el salón, vio a Anatolio y se dirigió a él.

-¡Ah, Pedro!- dijo la Condesa acercándose a su marido-. ¿No sabes lo que le pasa a Anatolio...? - se detuvo al observar la cabeza baja de su marido, sus ojos brillantes, su aspecto resuelto, aquella expresión terrible de furor y de fuerza que ella conocía y que había experimentado personalmente después de su desafío con Dolokhov.

Donde tú estás está siempre el libertinaje y la maldad- dijo Pedro a su mujer-. Anatolio, ven; tengo que hablarte- le dijo en francés.

Anatolio miró a su hermana, se levantó dócilmente y siguió a Pedro. Éste le tomó por el brazo con energía y salieron de la sala.

-Si en mi salón lo permites...- dijo Elena en voz baja.

Mas Pedro, sin contestar, salió de la sala.

Anatolio le seguía con el aire altivo de costumbre, pero en su rostro-era fácil leer la inquietud. Así que estuvieron en su despacho, Pedro cerró la puerta y se dirigió a Anatolio sin mirarlo.

-¿Has prometido a la condesa Rostov que te casarías con ella y la has intentado raptar?

-Querido- replicó Anatolio en francés; toda la conversación la sostuvieron en este idioma-, no me creo obligado, a responder a ninguna pregunta hecha en ese tono.

El rostro.de Pedro, ya completamente pálido, se desfiguró de furor. Con su ancha mano agarró a Anatolio por el cuello del uniforme y lo zarandeó de un lado a otro hasta que la cara de Anatolio adquirió una expresión de dolor y de espanto.

-He dicho que teníamos que hablar.

-¡Bueno, pero eso es una tontería!- dijo Anatolio sintiendo que el botón del cuello saltaba junto con el paño.

-¡Eres un cobarde, un miserable crapuloso! ¡Y no sé por qué no te aplasto la cabeza aquí mismo! dijo Pedro, que hablaba tan artificiosamente porque lo hacía en francés.

Tomó un pesado pisapapeles de encima de la mesa y lo blandió con aire amenazador, y enseguida, rápidamente, lo volvió a su sitio.

-¿Le habías prometido que os casaríais?

-Yo..., yo... no he pensado..., y no puedo habérselo prometido porque...

Pedro le interrumpió:

-¿Tienes sus cartas? ¿Las cartas de ella?- repitió Pedro acercándose a Anatolio.

Pedro le miró, y enseguida Anatolio metió la mano en el bolsillo y sacó su cartera. Pedro cogió la carta que le alargó y, apartando la mesa, que le estorbaba, se dejó caer sobre el diván.

-No seré violento, no temas- dijo Pedro en respuesta a un movimiento de temor de Anatolio-. La carta...- dijo Pedro como si repitiese una lección-. En segundo lugar- continuó después de un momento de silencio, levantándose y paseando de un lado a otro-, mañana mismo te marcharás de Moscú.

Pero ¿cómo quieres...?

-Tercero- continuó Pedro sin escucharlo-, no dirás jamás ni una palabra de lo que ha pasado entre tú y la Condesa. Ya sé que no puedo privarte de hablar, pero si aún te queda un resto de conciencia...

Pedro dio unas cuantas vueltas en silencio por la habitación. Anatolio, sentado a la mesa, arrugaba las cejas y se mordía los labios.

-Tú no puedes comprender que al lado de tus placeres está la felicidad y la tranquilidad de otras personas, a las que destruyes la vida simplemente porque te quieres divertir. Diviértete con mujeres como la mía, con éstas estás en tu derecho, sabes bien lo que buscan. Están armadas contra ti con la misma experiencia del libertinaje, pero prometer casarse con una niña..., engañarla..., quererla raptar. ¿No ves que eso es una cobardía tan grande como la de pegar a un viejo o a un niño?

Pedro calló y miró a Anatolio ya sin ira pero interrogativamente.

-No lo sé- replicó Anatolio, que recobraba la audacia a medida que Pedro se dominaba-. No lo sé, ni quiero saberlo- dijo sin mirar a Pedro y con un ligero temblor de la barba-. Pero me has dicho tales palabras... que yo, como hombre de honor, no puedo permitir a nadie...

Pedro, extrañado, le miraba sin comprender qué quería.

-Aunque estamos solos, no puedo...- continuó Anatolio.

-¿Qué? ¿Quieres una satisfacción?- replicó Pedro en tono de burla.

-Por lo menos puedes retirar las palabras que has dicho, ¿eh...?, si quieres que acepte tus condiciones, ¿eh?

Retiradas, retiradas...- dijo Pedro-. Perdóname. Y te daré dinero para el viaje si es preciso.

Anatolio no pudo menos que echarse a reír.

Aquella risa, tímida y temerosa, que conocía por su mujer, exasperó a Pedro.

-¡Raza de cobardes y de gente sin corazón!- exclamó saliendo de la estancia.

Al día siguiente, Anatolio marchaba a San Petersburgo.

XV

Pedro fue a casa de María Dmitrievna para comunicarle que su deseo estaba cumplido: Kuraguin había salido de Moscú. Toda la casa estaba amedrentada y emocionada. Natacha había empeorado y María Dmitrievna le confió en secreto que aquella noche, cuando vio claro que Anatolio era casado, había intentado envenenarse con arsénico, que se había proporcionado a

escondidas. Cuando se hubo tragado una pequeña cantidad se asustó tanto que llamó a Sonia y le explicó lo que acababa de hacer. Había sido posible administrarle a tiempo el contraveneno, y ahora ya estaba fuera de peligro. No obstante, se encontraba tan decaída que no era posible pensar en su traslado, y habían enviado a buscar a su madre. Pedro vio al Conde descompuesto y a Sonia deshecha en lágrimas, pero no pudo ver a Natacha.

Pedro, aquel día, comió en el círculo. Por todos lados oía conversaciones sobre la tentativa de raptó de la señorita Rostov, y las desmentía todas, afirmando obstinadamente que no había nada de todo aquello, que su cuñado había hecho pedir a la señorita Rostov, que había sido rechazado y que no había nada más. Pedro creía que tenía obligación de ocultar aquel hecho y de restablecer la reputación de la señorita Rostov.

Esperaba con miedo la llegada del príncipe Andrés y cada día iba a buscar noticias a casa del anciano Príncipe.

El príncipe Nicolás Andreievitch sabía por la señorita Bourienne todos los rumores que corrían por la ciudad y en la habitación de la princesa María había leído la carta en que Natacha devolvía la palabra a su prometido. Estaba más alegre que de costumbre y esperaba a su hijo con gran impaciencia.

Al cabo de unos cuantos días de la marcha de Anatolio, Pedro recibió una noticia del príncipe Andrés anunciándole su llegada y rogándole pasara por su casa.

Tan pronto como llegó a Moscú, el príncipe Andrés había recibido por su padre la carta de Natacha a la princesa María en la cual retiraba su promesa- la señorita Bourienne había robado la carta de la habitación de la princesa María y la había entregado al viejo-, y escuchó de su padre la narración del raptó de Natacha, con los comentarios siguientes.

Pedro fue a su casa a la mañana siguiente.

El príncipe Andrés cogió a Pedro del brazo y se lo llevó al cuarto que tenía preparado para él: había allí una cama, una maleta y dos cofres abiertos. El príncipe Andrés se acercó a uno y tomó una cajita. De ella sacó un rollo envuelto en papel. Hacía todo esto en silencio y muy deprisa. Se levantó, tosió. Tenía la cara hosca y los labios apretados.

-Perdóname si te pido un favor...

Pedro comprendió que el príncipe Andrés quería hablarle de Natacha, y su ancho rostro expresó el sentimiento y la compasión. Esta expresión de la cara de Pedro molestó al príncipe Andrés. Con voz sonora, resuelta y desagradable continuó:

-He recibido la negativa de la condesa Rostov. Los rumores que han

llegado hasta mí de que tu cuñado ha pretendido su mano o una cosa por el estilo ¿son exactos?

-Lo son y no lo son- empezó Pedro; pero el príncipe Andrés le interrumpió:

-Aquí hay sus cartas y su retrato- tomó el pliego de papeles de encima de la mesa y lo dio a Pedro-. Devuélveselo a la Condesa si la ves.

-Está muy enferma- dijo Pedro.

-¡Ah! ¿Aún está aquí? ¿Y el príncipe Kuraguin?- preguntó rápidamente el príncipe Andrés.

-Hace días que está fuera. Ella está muy enferma.

-Te aseguro que lo siento.

Sonrió fríamente, de una manera hostil y desagradable, tal como acostumbraba hacerlo su padre.

-¡Así, pues, el señor Kuraguin no se ha dignado ofrecer su mano a la condesa Rostov! dijo Andrés atragantándose muchas veces.

-Ciertamente, no podía casarse con ella porque ya lo está- respondió Pedro.

El príncipe Andrés, con su cara desdeñosa y hostil, recordaba otra vez a su padre.

-¿Y dónde está ahora tu cuñado? ¿Puedo saberlo?

-En San Petersburgo..., y, si quieres que te diga la verdad, no lo sé de cierto.

Lo mismo me da. Di a la condesa Rostov que era y continúa siendo completamente libre y que le deseo toda la felicidad posible.

XVI

Aquella misma noche, Pedro fue a casa de los Rostov a cumplir su cometido. Natacha estaba en la cama, el Conde en el círculo. Pedro entregó las cartas a Sonia, después entró a ver a María Dmitrievna, que deseaba saber cómo había recibido la noticia el príncipe Andrés. A los diez minutos, Sonia entraba en la habitación de María Dmitrievna.

-Natacha quiere ver de todas maneras al conde Pedro Kirilovitch- dijo.

-Pero ¿cómo es posible que entre? ¡Todo lo tenemos de cualquier modo!- respondió María Dmitrievna.

-Dice que se vestirá e irá al salón- dijo Sonia.

María Dmitrievna se limitó a encogerse de hombros.

A ver, ¿cuándo vendrá? Cree que me da mucha guerra. Anda con cuidado, no se lo digas todo- recomendó a Pedro-, porque yo no tengo ni aliento para reñirla al verla tan desgraciada.

Natacha, de negro, pálida, severa- pero no avergonzada, como esperaba Pedro-, estaba en medio del salón. Cuando Pedro apareció en la puerta, Natacha palideció; visiblemente estaba indecisa: ¿avanzaría hacia Pedro o le esperaría?

Pedro se acercó a ella rápidamente. Creía que ella le alargaría la mano, como siempre, pero Natacha se acercó mucho a él, respiró con fuerza y dejó caer los brazos como hacía cuando se ponía en el centro de la sala para cantar, pero con una expresión totalmente distinta.

-Pedro Kirilovitch- empezó rápidamente-, el príncipe Bolkonski era amigo de usted y aún lo es- añadió (le parecía que todo había pasado y que ahora era todo diferente)-, y me dijo que en toda ocasión podía acudir a usted.

Pedro, silencioso, respiraba profundamente mientras la miraba. Hasta aquel momento la condenaba y procuraba despreocuparla, pero ahora la compadecía de tal manera que en su alma no había lugar, para la menor recriminación. .

-Aligra está aquí. Dígale... que me per..., que me perdone.

Se detuvo y empezó a respirar más regularmente, pero sin llorar.

-Bueno..., se lo diré...- empezó Pedro; pero no sabía qué añadir.

Natacha estaba visiblemente asustada de los pensamientos que podían ocurrírsele a Pedro.

-No. Sé muy bien que todo ha terminado- dijo ella rápidamente . No; eso no puede volver jamás. La única cosa que me tortura es el daño que le he hecho. Decidle solamente que le pido que me perdone de todo...

Todo el cuerpo le temblaba. Se sentó en una silla.

La compasión invadió totalmente el alma de Pedro.

-Se lo diré, se lo diré; pero quisiera saber una cosa...

«¿Qué?», preguntó Natacha con la mirada.

-Quisiera saber si ama usted...- Pedro no sabía cómo nombrar a Anatolio y se puso colorado pensándolo-. Si ama usted a aquel mal hombre.

-No le llame mal hombre- exclamó Natacha-. No sé contestarle.

Se puso a llorar.

El sentimiento de compasión, de ternura, de amor, se apoderó más vivamente aún de Pedro. Sentía que las lágrimas empezaban a turbar sus lentes, y tenía la esperanza de que Natacha no lo notaría.

-No hablemos más de ello, pues- dijo Pedro. Natacha sintió extrañeza al oír de pronto aquella voz dulce, tierna-. No hablemos más de ello, se lo diré todo. Sólo le pido una cosa: considéreme como un amigo... y si le conviene que alguien la ayude, si necesita usted un consejo, si quiere simplemente abrir el corazón a alguien, no ahora, sino cuando la luz se haya hecho en su interior, dígamelo.- Le tomó la mano y se la besó-. Me consideraría tan feliz si pudiera...- Pedro se calló, confuso.

-No me hable de esta manera porque no lo merezco- exclamó Natacha. Quería salir de la habitación, pero Pedro la retuvo por la mano. Sabía que aún debía decirle otras cosas, pero cuando las dijo él mismo se admiró de sus palabras.

-¡Basta, basta! Para vos la vida aún ha de empezar- dijo él.

-¿Para mí? No. Para mí todo está perdido- replicó ella en tono avergonzado y humilde.

-¡Todo está perdido!- repitió Pedro-. Si yo no fuese yo, sino el hombre más apuesto, más espiritual, el mejor del mundo, si fuese libre, ahora mismo, de rodillas, pediría su mano y su amor.

Natacha, por primera vez desde hacía muchos días, lloró de agradecimiento y de ternura y salió del salón dirigiendo una larga mirada a Pedro.

Inmediatamente, Pedro corrió a la antecámara reteniendo las lágrimas de emoción y de felicidad que le ahogaban. Se entretuvo unos momentos buscando las mangas de la pelliza, que finalmente se pudo poner, y se instaló en el trineo.

-¿Adónde?- preguntó el cochero.

-¿Adónde?- repitió Pedro-. ¿Adónde podría ir ahora? ¿Es hora de ir al círculo? ¿De hacer visitas?

Todos los hombres le parecían miserables, pobres en comparación con aquel sentimiento de emoción y de amor que experimentaba, en comparación con aquella mirada dulcificada, reconocida, que ella le había dirigido por última vez a través de sus lágrimas.

-¡A casa!- dijo, y a pesar de los diez grados bajo cero se desabrochó la pelliza de piel de oso y respiró gozosamente a pleno pulmón.

Hacia un frío claro. Por encima de las calles sucias, medio iluminadas, por encima de los tejados negros, se elevaba el cielo oscuro, estrellado. Al mirar aquel cielo era cuando Pedro sentía más intensamente la bajeza impresionante de las cosas terrenales, en comparación con la elevación en que se encontraba su alma. Al entrar en el palacio de Arbat, una gran extensión de cielo estrellado, oscuro, se desplegaba ante sus ojos. Casi en el centro del cielo, encima del bulevar Pretchistski, un cometa enorme, brillante, rodeado de estrellas, se distinguía de todas ellas por su proximidad a la tierra, por su luz blanca y larga cola. Era el cometa de 1812, que, según se decía, anunciaba todos los terrores del fin del mundo; mas para él, aquella estrella clara, con su larga cabellera resplandeciente, no anunciaba nada terrible, sino muy al contrario. Con los ojos humedecidos de lágrimas, Pedro contemplaba gozoso aquella estrella clara que con una rapidez vertiginosa recorría, en una línea parabólica, un espacio incalculable y, como una flecha, agujereaba la atmósfera en aquel lugar que había escogido en el cielo sombrío, se detenía desmelenándose la cabellera y lanzando rayos de luz blanca entre aquellos astros radiantes. Para él, aquella estrella parecía corresponder a lo que había en su alma animosa y enternecida, abierta a una vida nueva.

NOVENA PARTE

I

Hacia finales de 1811 comenzó el armamento intensivo y la concentración de fuerzas de la Europa occidental, y en 1812, estas fuerzas- millones de hombres, incluyendo a aquellos que transportaban y avituallaban aquel ejército- avanzaron de Oeste a Este, en dirección a las fronteras rusas, donde, todavía desde 1811, se hallaban las tropas del Zar. El 12 de junio, los ejércitos de la Europa occidental cruzaron las fronteras de Rusia y la guerra fue una realidad.

Después de conversar con Pedro en Moscú, el príncipe Andrés marchó a San Petersburgo por asuntos particulares, según dijo a su familia, pero en realidad con la idea de encontrar al príncipe Anatolio Kuraguin, al que creía necesario provocar. Llegado a San Petersburgo, averiguó que Kuraguin no se encontraba allí. Pedro había advertido a su cuñado que el príncipe Andrés le buscaba. Anatolio Kuraguin recibió inmediatamente orden del Ministerio de la Guerra y partió hacia el ejército en Moldavia.

En San Petersburgo, el príncipe Andrés encontró a Kutuzov, su antiguo general, siempre bien dispuesto con él, que le propuso llevárselo consigo al ejército de Moldavia, del que había sido nombrado generalísimo. El príncipe Andrés, después de recibir su nombramiento de oficial del Cuartel General, marchó a Turquía.

El príncipe Andrés no encontraba muy fácil escribir a Kuraguin para provocarlo sin dar un nuevo pretexto al desafío. Pensaba que una provocación por su parte comprometería a la condesa Rostov, y por eso trataba de hallar una cuestión personal que fuera motivo suficiente para tener un duelo con Kuraguin. Pero en el ejército turco no tuvo la fortuna de encontrar a Kuraguin, que a poco de la llegada del príncipe Andrés había vuelto a Rusia.

En un país nuevo y bajo nuevas condiciones de vida, el príncipe Andrés se encontró más a gusto. Después de la traición de su prometida, decepción que más le hería cuanto más ocultaba a todos el efecto que le había producido, las condiciones de vida en que antes se sentía feliz se le hicieron penosas, resultándole mucho más desagradable la libertad y la independencia con las cuales tan bien se encontraba hasta entonces. No solamente no mantenía aquellos pensamientos que habían acudido a su mente por primera vez al mirar el campo de batalla de Austerlitz, pensamientos de los que le gustaba hablar con Pedro y que llenaron su soledad en Bogutcharovo y después en Suiza y en Roma, sino que incluso temía recordarlos por cuanto le descubrían un horizonte infinito y diáfano. Entre tanto, el interés inmediato, sin lazos con el pasado, ocupaba su espíritu, pero cuanto más se unía a este interés concreto, más las ideas antiguas se crecían y afirmaban en él. Aquella bóveda infinita que se alejaba del cielo por encima de él, de momento parecía transformarse en una bóveda baja y determinada que le ahogaba, bajo la cual todo era preciso, sin nada eterno ni misterioso.

De las funciones a que podía dedicarse, el servicio militar era la más sencilla y la más conveniente. Como general agregado al Estado Mayor de Kutuzov, se ocupaba con perseverancia y celo de los asuntos, dejando admirado al generalísimo por la exactitud y fervor con que ejecutaba su trabajo. No encontrando a Kuraguin en Turquía, el príncipe Andrés no creyó necesario correr detrás de él por toda Rusia; sabía que un día a otro lo encontraría y que, a pesar del desprecio que por aquel hombre sentía, a pesar de todas las razones que tenía para considerar indigno el rebajarse a luchar con él, comprendía que, si lo encontraba, no podría evitar provocarlo, del mismo modo que el hambriento no puede dejar de coger el trozo de pan que encuentra en su camino. La conciencia de no haber podido vengar aquella ofensa, de tener todavía la rabia en el corazón, envenenaba aquella calma ficticia que el príncipe Andrés conservaba en Turquía, bajo la apariencia de una actividad ambiciosa y vana.

En 1812, cuando la noticia de la guerra contra Napoleón llegó a Bucarest- donde Kutuzov pasó seis meses, día y noche, con su amante, una valaca-, el príncipe Andrés pidió al generalísimo que lo destinara al ejército del Oeste. Kutuzov, que ya empezaba a cansarse de la actividad de Bolkonski, ya que parecía un reproche constante a su ociosidad, le dejó marchar de buena gana con una misión para Barclay de Tolly.

II

A últimos de junio llegó el príncipe Andrés al Cuartel General. Las tropas del primer cuerpo de ejército, en el que se encontraba el Emperador, hallábanse dispersas por el campamento de Drissa. Las del segundo retrocedían para unirse a las del primero, del que se decía que habían sido separadas por las fuerzas francesas.

Todos, en el ejército ruso, estaban descontentos de la marcha de la guerra, pero nadie creía en el peligro de invasión de las provincias rusas, pues no podían suponer que la guerra fuera llevada más allá de las provincias de la Polonia occidental.

El príncipe Andrés se había reunido a Barclay de Tolly en la ribera del Drissa. Como no existía ni un solo pueblo grande o una ciudad en los alrededores del campamento, los numerosos generales y cortesanos que seguían al ejército se hallaban instalados en las casas más confortables de la comarca, en una zona de diez verstas a ambas orillas del río. Barclay de Tolly se encontraba a cuatro verstas del Emperador.

Recibió a Bolkonski fríamente, con sequedad, diciéndole con su acento alemán que hablaría de él con el Emperador y rogándole que, entre tanto, quedara en su Estado Mayor. Anatolio Kuraguin, a quien el Príncipe esperaba encontrar en el ejército, no estaba allí. Había ido a San Petersburgo.

Antes de empezar la campaña, Nicolás Rostov recibió una carta de sus parientes, explicándole brevemente la enfermedad de Natacha y su ruptura con el príncipe Andrés- cuya causa atribuían a una negativa de Natacha-, rogándole, además, que presentara su dimisión y volviera a casa.

Nicolás, después de recibir aquella carta, ni siquiera intentó obtener una licencia o el retiro; se limitó a escribir a sus padres lamentando vivamente la enfermedad de Natacha y la ruptura de sus relaciones, añadiendo que haría cuanto estuviera en su mano para atender a sus deseos. Escribió particularmente a Sonia:

«Adorada amiga de mi alma:

»Nada, fuera del honor, podría retenerme aquí, pero ahora, antes de empezar las hostilidades, me consideraría deshonorado no sólo con respecto a mis compañeros, sino ante mis propios ojos, si prefiriera mi propia felicidad al deber y al amor de la patria. Sin embargo, ésta es la última separación. Ten por cierto que, después de la guerra, si todavía vivo y tú me quieres aún, correré a tu lado para estrecharte para siempre contra mi pecho enamorado.»

En efecto, sólo el principio de la guerra retenía a Rostov, impidiéndole partir para casarse con Sonia, como se lo había prometido.

En otoño, en Otradnoie, con sus cacerías; el invierno, con las fiestas navideñas y el amor de Sonia, le mostraban la perspectiva del dulce bienestar de un gentilhomme y de una calma que antes no conocía pero que le atraía poderosamente.

«¡Una dulce esposa, hijos, una trailla de perros corredores, diez o doce parejas de galgos, los trabajos del campo, los vecinos y las funciones electivas!», he aquí lo que pensaba.

Pero ahora estaban en guerra y era necesario continuar en el regimiento, y aunque aquella perspectiva le atrajera, Nicolás Rostov, por su carácter, estaba satisfecho de la vida que llevaba y que sabía hacerse agradable.

De vuelta de su permiso y recibido con gran alegría por sus compañeros, Nicolás fue destinado a la remonta, en la pequeña Rusia, de la que volvía con magníficos caballos que le enorgullecían y que le merecieron la felicitación de sus jefes. Durante su ausencia había sido ascendido a capitán, y cuando el regimiento, en pie de guerra, completó sus cuadros, recibió de nuevo el mando de su antiguo escuadrón.

Había empezado la campaña. Su regimiento fue enviado a Polonia, percibiendo doble sueldo. Llegaban nuevos oficiales, nuevos hombres y más caballos, y la excitante y alegre impresión que acompaña el principio de la guerra se manifestaba por todas partes. Rostov, viendo su ventajosa situación en el regimiento, se entregaba totalmente a los placeres y a los intereses de la vida militar, aunque sabía que, más tarde o más temprano, tendría que dejarla.

Las tropas se alejaban de Vilna por diversas y complicadas causas de Estado, de política y de táctica. Cada retroceso se traducía, en el Estado Mayor, en un complicado juego de intereses, proyectos y pasiones. Para los húsares del regimiento de Pavlogrado, aquella marcha en la mejor época del verano y con abundantes provisiones era lo más sencillo y divertido. El fastidio, el nerviosismo, la crítica, sólo tenía objeto en el Cuartel General, pero en el ejército nadie se preguntaba cómo y por qué retrocedían. Si lamentaban la marcha era sólo porque debían dejar el alojamiento a que se habían acostumbrado, o a alguna mujer bonita; y si a alguien se le ocurría que las

cosas andaban mal, tal como corresponde a un militar valiente, el que había tenido aquella idea procuraba mostrarse alegre y no pensar más en la marcha general de aquellas cuestiones.

Al principio, el tiempo transcurría muy divertido cerca de Vilna, donde todo se reducía a entablar conocimiento con los propietarios polacos en las revistas del Emperador o de otros jefes importantes. Luego llegó la orden de retirarse de Sventziany y de destruir todas las provisiones que fuera imposible llevarse. Sventziany dejó memorable recuerdo en los húsares, como «campamento de los borrachos», como llamaba todo el ejército al alto efectuado cerca de aquella ciudad, porque allí hubo muchas quejas contra las tropas, que, aprovechando la orden de tomar las provisiones de casa de los campesinos, se llevaron caballos, coches y alfombras de los hacendados polacos. Rostov recordaba a Sventziany porque al entrar en este pueblo arrestó a un sargento y no pudo dominar a sus soldados borrachos por haber robado cinco barriles de cerveza vieja.

De Sventziany retrocedieron hasta Drissa, y de Drissa se retiraron hasta alcanzar las fronteras rusas.

El 13 de julio, los de Pavlogrado tuvieron su primera acción.

El día 12, víspera de la batalla, durante la noche estalló una fuerte tormenta con granizo. El verano de 1812 en general fue muy tempestuoso.

Dos escuadrones del regimiento de Pavlogrado vivaqueaban entre unos campos de cebada, pisoteados y destrozados por soldados y caballos. Llovía torrencialmente. Rostov, con Ilin, un joven oficial al que protegía, se hallaban sentados bajo un cobertizo rápidamente construido. Un oficial de su regimiento, con grandes bigotes, que volvía del Estado Mayor y al que la lluvia había sorprendido a mitad del camino, acercándose a ellos, le dijo:

-Conde, vengo del Estado Mayor. ¿Ha oído usted hablar de la hazaña de Raievsky?- y seguidamente el oficial comenzó a contar los detalles de la batalla de Saltanovka como la relataban en el Estado Mayor.

Rostov, levantándose el cuello, que se le mojaba, fumaba en pipa y, sin prestar mucha atención a lo que oía, miraba de vez en cuando al joven oficial Ilin, que se sentaba a su lado. Era este oficial un muchacho de dieciséis años, lo que él había sido para Denisov siete años antes. Ilin procuraba imitar en todo a Rostov y estaba enamorado de él igual que de una mujer.

El oficial de los grandes bigotes, Zdrjinski, contaba, emocionado, la hazaña de Raievsky, que había realizado un acto digno de la antigüedad clásica, pues la acción de Saltanovka fue la de las Termópilas rusas.

Zdrjinski contaba cómo Raievsky, acercándose con sus dos hijos al

parapeto, se había lanzado al ataque con ellos. Rostov escuchaba el relato, pero no procuraba animar el entusiasmo de Zdrjinski, sino que, por el contrario, hacía el efecto de un hombre avergonzado por lo que se le explica, aunque no tuviera la más pequeña intención de objetar nada. Rostov, después de las campañas de Austerlitz y de 1807, sabía por propia experiencia que cuando se cuentan aventuras siempre se miente, como mentía él cuando las contaba; por otra parte, tenía bastante experiencia para saber que en la guerra no pasa nunca nada del modo que nos lo imaginamos y del modo que se cuenta. Por eso le disgustaba el relato de Zdrjinski y el propio Zdrjinski, que, con su bigote y siguiendo su costumbre, se acercaba mucho a su interlocutor, empujándole hacia el pequeño cobertizo. Rostov le miraba en silencio.

«Primeramente, sobre el parapeto, sería tanta la confusión que si Raievsky hubiera llevado consigo a sus dos hijos, excepto una docena de hombres de los que más cerca de él estaban, nadie hubiera podido darse cuenta-pensaba Rostov . Los demás no podían ver cuándo ni con quién saltaba Raievsky el parapeto. Incluso los que lo hubieran visto no se hubiesen sentido muy entusiasmados, pues ¿qué interés les despertarían los tiernos y paternales sentimientos de Raievsky, preocupados como estarían por salvar su propia piel? Además, que del hecho de que se apoderaran o no del parapeto de Saltanovka no dependía, como en las Termópilas, la suerte de la patria. ¿Por qué aquel sacrificio? ¿Por qué mezclar a los hijos con la guerra? Yo no sólo no me llevaría a Petia, sino que ni a Ilin, este muchacho tan bueno, al que procuraría dejar en lugar seguro», continuaba pensando Rostov mientras oía a Zdrjinski. Pero no expresaba sus pensamientos; su experiencia se lo vedaba, pues sabía que aquel relato contribuía a la gloria del ejército y, por esta razón, no podía dudarse de él.

-Yo no puedo ya más- dijo Ilin, que advirtió que la narración de Zdrjinski enojaba a Rostov . Las medias, la camisa, todo yo estoy mojado. Voy a buscar algún sitio donde resguardarme, pues creo que la lluvia disminuye.

Ilin salió, partiendo también Zdrjinski. Al cabo de cinco minutos, Ilin, con barro hasta la nariz, entró en el cobertizo.

-¡Hurra! Corramos, Rostov. ¡Ya lo he encontrado! A doscientos pasos de aquí hay una hostería; los nuestros están allí todos. Nos secaremos. Además, también está María Henrikovna.

María Henrikovna era la esposa del médico del regimiento, una alegre alemana con la cual el doctor se había casado en Polonia. El doctor, sea por falta de recursos, sea porque en los primeros tiempos no quería separarse de su mujer, hacía que le siguiera con el regimiento, siendo los celos del médico el tema habitual de distracción para los oficiales de húsares.

Rostov, echándose el capote a la espalda, mandó a Lavruchka que le

llevara sus cosas a la portería, y después, acompañado de Ilin, echó a andar por el barro, bajo la lluvia que disminuía, y en la noche oscura, que el resplandor de los relámpagos alumbraba a intervalos. De vez en cuando se decían:

-¿Dónde estás, Rostov?

Aquí. ¡Qué relámpagos!, ¿eh?

III

A las tres de la madrugada, cuando todavía nadie había dormido, llegó un sargento con la orden de marchar hacia Ostrovna.

Sin dejar de hablar y reír, los oficiales se vistieron rápidamente. Prepararon de nuevo el samovar con agua sucia, pero Rostov, sin aguardar al té, marchó con su escuadrón. La lluvia había cesado y las nubes se dispersaban. Empezaba a salir el sol. Se sentía la humedad y el frío, particularmente al contacto de sus uniformes a medio secar.

Al salir del mesón, Rostov e Ilin, a la indecisa luz del alba, dieron ambos una ojeada al interior del coche del doctor, que rezumaba agua por todas partes, y por debajo del toldo vieron las piernas del doctor y al fondo, sobre una almohada, una gorra de dormir femenina, mientras se oía respirar pausadamente.

Te lo aseguro: es bonita, pero de verdad- dijo Rostov a Ilin, que le seguía.

-Una delicia- replicó Ilin con la gravedad de sus dieciséis años.

Al cabo de una media hora, el escuadrón, correctamente formado, estaba en la carretera. Se oyó gritar al corriandante: «¡A caballo!» Los soldados, santiguándose, cabalgaron detrás de Rostov, que había dado la orden de marchar, en formación de a cuatro, con ruido de herraduras sobre la tierra mojada, chirridos de sables y rumor de conversaciones en voz baja, sobre la ancha carretera, rodeada de árboles, siguiendo los húsares a la infantería y a la artillería, que marchaban delante.

Las nubes, de un azul violáceo, volvíanse de púrpura bajo el sol, mientras la brisa las barría. Avanzaba el día. Ya se distinguían limpiamente las hierbas, húmedas de la lluvia nocturna, que siempre orillan los caminos vecinales. Las ramas de los árboles, todavía muy mojadas, eran sacudidas por el viento, goteando de ellas agua limpia.

Las caras de los soldados se iban dibujando poco a poco. Rostov pasaba

entre dos filas de árboles con Ilin, que seguía a su lado.

En campaña se permitía la libertad de montar un caballo cosaco y no el de reglamento que correspondía. Pero Rostov, conecedor y gran aficionado, se había procurado un magnífico caballo del Don, alto y de estampa, que no tenía rival. Para Rostov era un placer montar aquel caballo. Pensaba en el animal, en la madrugada, en la esposa del doctor, y ni una sola vez en el peligro que le aguardaba.

En otras ocasiones, cuando Rostov marchaba al ataque, sentía miedo; ahora no sentía nada parecido. No tenía miedo, no porque se hubiera acostumbrado al fuego- nunca el hombre puede acostumbrarse al peligro-, sino porque sabía dominar su alma. Habíase acostumbrado a pensar en todo cuando iban al ataque, excepto en aquello que parecía lo más esencial: el peligro inminente. En sus primeros tiempos de servicio, a pesar de sus esfuerzos y de reprocharse continuamente su cobardía, no podía dominarse, pero ya había aprendido con los años. Ahora, marchando con Ilin entre los árboles, cabalgaba con actitud tranquila y tan despreocupado como si fuera de paseo. De vez en cuando rompía las ramas que le venían a la mano; otras, tocaba con el pie a su caballo; también otras ofrecía, sin volverse, su pipa al húsar que le seguía, para que se la llenara. Todo para no mirar la cara de Ilin, que, nervioso, hablaba mucho. Conocía por experiencia aquel estado de inquietud, de espera y de miedo de morir en que se encontraba Ilin, sabiendo, además, que sólo el tiempo acabaría curándole.

Cuando sobre el cielo puro apareció el sol, calmóse el viento, como si no quisiera turbar aquella mañana de verano después de la tempestad. Todavía caían gotas, pero muy escasamente, mientras todo se calmaba. El sol, ya sobre el horizonte, se escondió detrás de una nube larga y estrecha; pocos minutos después, desgarrando aquella nube, apareció más claro todavía por encima de la masa oscura. Todo se aclaraba brillando por aquel resplandor al que, como si quisieran saludar, dispararon algunos cañones.

Rostov no había tenido tiempo de reflexionar ni tan sólo de calcular la distancia a que se encontrarían aquellos cañones, cuando el ayudante de campo del conde Osterman Tolstoy llegó a galope de Vitebsk con la orden de ponerse al trote por la carretera.

El escuadrón pasó delante de la infantería y de la batería, que, apresurándose, bajaban de la colina, y, pasando a través de un pueblo que sus habitantes habían abandonado, volvieron a encontrarse en la montaña. Los caballos empezaron a cubrirse de sudor, y los hombres se hallaban ya muy excitados.

-¡Alto! ¡En línea!- ordenó el jefe que iba delante-. ¡A la izquierda! ¡Mar!-Y los húsares pasaron al flanco izquierdo de la posición, situándose detrás de los

ulanos, que cubrían la primera fila. A la derecha se encontraba una fuerte columna de infantería: era la reserva. Más arriba, en la montaña, se divisaban, en aquel aire tan puro y bajo la luz oblicua, como recortados en el horizonte, los cañones rusos. Del valle llegaba el rumor de los soldados rusos, que habían empezado la lucha y alegremente tiroteaban al enemigo.

Estos sonidos, que Rostov no oía, hacía ya mucho tiempo, animáronle como si fuera la música más divertida. «Ta, ta, ta, ta...». Se oían muchos tiros, a veces simultáneamente; otras, espaciados. Después, otra vez quedaba todo en silencio, hasta que de nuevo empezaba el estallido de los cohetes, porque tal impresión le producía.

Los húsares estuvieron casi una hora en el mismo lugar; entre tanto, comenzaba el cañoneo. Pasó el conde Osterman, con su séquito, por detrás del escuadrón, y después de hablar con el jefe del regimiento siguieron hacia arriba, hacia la montaña, donde se encontraban los cañones.

Cuando Osterman se hubo marchado dióse a los ulanos la orden de:

-¡En columna! ¡Al ataque!

La infantería dejó paso a la caballería. Los ulanos, empuñando las picas vacilantes, bajaron al trote por la ladera, lanzándose contra la caballería francesa, que aparecía por el flanco izquierdo.

Dióse orden a los húsares, cuando los ulanos hubieron partido, de que ocuparan su lugar, cubriendo la batería. Mientras cumplían las órdenes, silbaban las balas lejanas, sin llegar, empero, ninguna a la línea que cubrían.

Aquel ruido, que Rostov no había oído desde hacía tanto tiempo, le alegraba, excitándole más que los cañonazos. Sé levantaba sobre los estribos para examinar el campo de batalla, que desde la montaña se descubría, participando con toda su alma en las evoluciones de los ulanos. Estas tropas se encontraban ya muy cerca de los dragones franceses. En medio del humo se produjo una gran confusión. Al cabo de cinco minutos pudo verse a los ulanos galopando hacia sus bases de salida. Entre los ulanos, montados en caballos alazanes, y detrás veíase como una gran masa el uniforme azul de los dragones franceses, que montaban caballos grises.

IV

Rostov, con sus penetrantes ojos de cazador, fue uno de los primeros en darse cuenta de que los dragones franceses perseguían a los ulanos. La formación de éstos había sido rota y los dragones franceses, sus perseguidores,

iban acercándose. Podía verse a aquellos hombres que parecían tan pequeños, al pie de la colina, cómo se atacaban los unos a los otros y cómo blandían brazos y sables.

Rostov miraba lo que pasaba allá abajo como quien mira una cacería. Comprendía que si en aquel momento se lanzaba sobre los dragones franceses, no le resistirían, pero en caso de decidirse a hacer tal cosa debía hacerla enseguida, pues de lo contrario sería demasiado tarde. Miró a su alrededor; el capitán encontrábase a dos pasos sin apartar tampoco los ojos de la caballería que allá abajo se divisaba.

Andrés Sebastianitch- dijo Rostov-, podríamos aplastarlos.

-Sería una buena hazaña. ¿Lo intentamos?

Rostov, sin terminar de oírle, espolé a su caballo, colocándose delante del escuadrón. No había dado la orden cuando todo el escuadrón, que experimentaba un sentimiento igual al suyo, se conmovió detrás de él. Rostov mismo ignoraba cómo y por qué hacía aquello. Obraba igual que en una cacería, sin reflexionar, sin calcular. Veía que los dragones estaban cerca, que corrían, que estaban desorganizados, y sabía que resistirían. Sabía que aquel momento era único, que no volvería a presentarse y que debía aprovecharlo. Las balas silbaban a su alrededor tan excitantes, su caballo piafaba con tal ardor, que no podía contenerle. Aflojó las bridas, dio una orden, oyendo al mismo tiempo el ruido que el escuadrón hacía al marchar al trote. Empezó a descender por el torrente hacia abajo. No habían andado muchos pasos cuando, involuntariamente, el trote del regimiento se transformó en un galope que crecía a medida que se acercaban a los ulanos y a los dragones franceses que les perseguían.

Los dragones se encontraban muy cerca. Los que iban delante, en cuanto se dieron cuenta de la presencia de los húsares, volvieron grupas. Los que se encontraban más atrás, detuviéronse. Rostov, con el mismo espíritu con que corría para cortar la retirada al lobo, dejó flotando la brida de su caballo del Don y corrió a cortar el camino a los dragones franceses, que habían perdido la formación. Un ulano se detuvo. Un soldado de infantería se arrojó al suelo para no ser aplastado; un caballo sin jinete corría entre los húsares. Casi todos los dragones franceses huían. Rostov, luego de elegir uno que montaba un caballo azulado, empezó a perseguirlo. Chocó contra una raíz, el caballo saltó por encima del obstáculo y Nicolás tuvo grandes dificultades para mantenerse en la silla; sin embargo, un instante después, luchaba contra el enemigo que había elegido. Aquel francés, probablemente un oficial a juzgar por el uniforme, galopaba tendido sobre su caballo, al que excitaba con el sable. Su caballo estuvo a punto de ser derribado por el de Rostov al chocar el pecho del de éste contra la grupa del otro. Entonces Rostov, sin saber exactamente lo que

hacía, tiró de su sable e hirió al francés.

En aquel mismo instante, toda la animación de Rostov desapareció de improviso. El oficial había caído no tanto por el efecto del sablazo, que le dio de refilón en el codo, como por el topetazo del caballo y del miedo sufrido. Rostov, mientras contenía a su caballo, buscaba con los ojos al enemigo que había herido. El oficial francés saltaba con un pie en el estribo y el otro en el suelo y miraba con espanto a Rostov. De rostro pálido, de pelo rubio, joven, con la barbilla de un niño, cubierto por completo de barro, no producía la impresión de un hombre de guerra en campo de batalla, sino la de un hombre completamente normal. Antes de que Rostov hubiera decidido lo que debía hacer, el oficial gritó:

-¡Me rindo!

Y muy apurado trataba de sacar el pie del estribo, sin que lo consiguiera, mientras miraba a Rostov con sus azules y espantados ojos. Los húsares ayudáronle a librar su pie del estribo y le subieron de nuevo a la silla. Los húsares se batían en muchos lugares con los dragones; un herido, con la cara llena de sangre, no dejaba mover a su caballo. Otro, montado en la grupa del caballo de un húsar, luchaba como una fiera, sin armas. Un tercero acomodábase en la silla ayudado por un húsar.

La infantería francesa acudió disparando. Los húsares se retiraron a toda prisa llevándose los prisioneros. Rostov siguió a todos con el corazón encogido por un sentimiento desagradable. Algo vago, confuso, que no podía explicarse, habíase despertado en él con la captura del oficial francés y con el sablazo que le había propinado.

El conde Osterman Tolstoy se encontró con los húsares que volvían. Llamó a Rostov, al que dio las gracias, diciéndole que pondría en conocimiento del Emperador su acto de heroísmo y le proponería para la cruz de San Jorge. Cuando Rostov fue llamado por el conde Osterman, recordó que había efectuado aquel ataque sin órdenes de nadie y creyó que el jefe le mandaba llamar para decirle lo que hacía al caso; por ello las halagadoras palabras de Osterman y la promesa de una condecoración deberían haberle causado una mayor sorpresa. Pero, sin embargo, aquel sentimiento le turbaba interiormente. «¿Qué es lo que me atormenta? - se preguntaba al separarse del general-. ¿Por qué pienso en Ilin? No, está bueno y sano. ¿He hecho algo vergonzoso? Tampoco.» Algo parecido, sin embargo, a un remordimiento le atormentaba.

«Sí, sí, aquel oficial con cara de niño.... Me acuerdo de cómo mi brazo se me ha paralizado al levantarlo.»

Rostov vio a los prisioneros y los siguió para ver al francés. Tenía un hoyuelo en la barbilla. Con su uniforme extranjero montaba el caballo de un

húsar, mientras miraba con ojos de espanto a su alrededor. Su herida no tenía importancia. Dirigió una sonrisa a Rostov y con la mano le hizo un ligero saludo. Rostov se sintió feliz a la vez que avergonzado. Todo aquel día y el siguiente, los amigos y los compañeros de Rostov observaron que, sin estar enfadado, ni mucho menos malhumorado, seguía callado, pensativo, silencioso, bebía sin ganas, procurando quedarse solo, sin abandonar su talante preocupado.

Rostov pensaba continuamente en su acto de guerra, que, con gran extrañeza por su parte, le valía la cruz de San Jorge y la reputación de valiente y en el que había algo que no podía comprender en modo alguno. «Así, pues, ¿son todavía más cobardes que nosotros? ¿Hice aquello por la patria? ¿Y qué culpa tiene el oficial de los ojos azules y cara de niño? ¿Qué miedo tenía! ¡Creyó que le iba a matar! ¿Y por qué había de hacerlo? Mi mano temblaba, y me dan la cruz de San Jorge. No acabo de comprenderlo.»

Pero mientras Nicolás planteábase estas preguntas, sin que pudiera darse cuenta de lo que le conmovía tanto, la rueda de la fortuna giraba a su favor. Fue ascendido después de la acción de Ostrovna, confiándosele un batallón de húsares, y siempre que se precisaba un oficial valiente para alguna misión, se le requería a él.

V

Todos los domingos, algunos amigos íntimos comían en casa de los Rostov. Pedro fue a su casa esperando encontrarlos solos. Pedro había engordado aquel año de tal modo que hubiera resultado horrible de no poseer aquella estatura, aquellos sus miembros tan fuertes y no llevar con tan gran facilidad su carga. Subió, sin embargo, la escalera resoplando y murmurando algo. El cochero ya no le preguntó si debía aguardarlo; sabía que su señor estaría hasta medianoche en casa de los Rostov.

Los criados se apresuraron a quitarle el abrigo y recoger su bastón y su sombrero. Pedro, por costumbre de clubman, dejó el sombrero y el bastón en la antesala. La primera persona que vio en casa de los Rostov fue a Natacha. Antes de verla, mientras se quitaba el abrigo, la había oído hacer escalas al piano. Como sabía que desde su enfermedad no cantaba, el sonido de su voz, aunque le produjo un sentimiento de extrañeza, le alegró. Abrió la puerta despacio, viendo a Natacha, con su traje de color lila, que se paseaba por la habitación cantando. Cuando abrió la puerta, Natacha estaba de espaldas, por cuyo motivo no le vio, pero al volverse, cuando descubrió la mirada curiosa de Pedro, enrojeció y se le acercó vivamente.

-Estoy haciendo esfuerzos para recuperar mi voz-dijo . Al fin y al cabo, no deja de ser un pasatiempo- añadió, como excusándose.

-Muy bien.

-¡Qué contenta estoy de que haya venido! ¡Soy muy feliz hoy!- advirtió, animada como hacía mucho tiempo no la veía Pedro-. ¿Sabe usted, Pedro? Nicolás ha sido condecorado con la cruz de San Jorge. ¡Me siento tan orgullosa por ello!

-Sí, yo fui quien les mandó la orden. Pero no quiero estorbarla añadió, mientras hacía acción de pasar a la sala, pero Natacha le detuvo.

-Conde, ¿cree que hago mal en cantar?- dijo ruborizándose, aunque sin bajar los ojos, mientras le miraba interrogativamente.

No... ¿Por qué...? Al contrario... Pero ¿por qué me lo pregunta?

-Ni yo misma lo sé. Pero no quisiera hacer nada que pudiera molestarle- respondió precipitadamente-. Tengo una gran confianza en usted. No sabe la importancia que tiene para mí; y todo lo que ha hecho por mí- hablaba deprisa, sin darse cuenta de que Pedro enrojecía oyéndola-. En la misma orden que nos ha mandado usted he visto que él, Bolkonski- pronunció el nombre rápidamente y a media voz-, está en Rusia y de nuevo en el servicio. ¿Cree usted que me perdonará alguna vez? ¿Me odiará? ¿Qué le parece?- dijo apresuradamente, tumultuosamente, por miedo a desfallecer.

Me parece... que no tiene que perdonarle nada... Si yo fuera él...

Por asociación de ideas, Pedro se trasladó momentáneamente al día en que, para consolarla, habíale dicho que si él fuera el mejor hombre del mundo, y libre, pediría su mano de rodillas, y el mismo sentimiento de ternura y de amor le dominó, mientras sus labios iban a pronunciar las mismas palabras. Ella, empero, no le dio tiempo de hablar.

-Sí, usted, usted- dijo Natacha, pronunciando las palabras con entusiasmo , usted es distinto: mejor, más magnánimo y más generoso que usted, no conozco hombre alguno, y no creo que pueda existir. Si entonces usted no hubiera aparecido, si ahora mismo no se encontrara aquí, no sé qué haría, porque...- Se le llenaron los ojos de lágrimas, se volvió y, acercando a sus ojos un fragmento de música, afinó y otra vez empezó a pasear por la sala.

En aquel momento, Petia apareció corriendo en el salón. Se había convertido en un mozarrón de quince años, muy fuerte y estirado, y, con los labios muy rojos, parecía extraordinariamente a Natacha. Se preparaba para ingresar en la Universidad, pero últimamente, con su compañero Obolenski, habían decidido ser húsares.

Petia habló de todo ello con su homónimo. Le había pedido que se

informara de si le aceptarían en los húsares. Pedro paseaba por el salón sin oír a Petia, que le tiraba de la manga para obligarle a prestar atención.

-¿Cómo están mis asuntos, Pedro Kirilovitch? Dígamelo. Usted es mi última esperanza- dijo Petia.

-¡Ah, sí, la cuestión de los húsares! Ya me informaré, ya me informaré. Hoy mismo lo sabré todo.

-Querido amigo, ¿ha conseguido usted el manifiesto?- preguntó el Conde-. La Condesa ha ido a misa a la capilla de los Razumovski, donde ha oído la nueva oración, que dicen que está muy bien.

-Sí, sí, tengo el manifiesto- respondió Pedro-. El Emperador llegará mañana; se reunirá una asamblea extraordinaria de la nobleza; dicen que se pedirá un alistamiento supernumerario. Le felicito por la cruz de Nicolás.

-Gracias, Conde, que el Señor sea alabado. ¿Qué se dice en el ejército?

-Los nuestros han retrocedido de nuevo; dicen que se encuentran sobre Smolensk.

-¡Dios mío, Dios mío!- exclamó el Conde-. ¿Tiene el manifiesto?

-¿El manifiesto? ¡Ah, sí!- Pedro empezó a buscar en sus bolsillos, pero sin lograr dar con el papel. Mientras buscaba en sus bolsillos, besó la mano a la Condesa, que acababa de entrar en el salón. Al mismo tiempo miró en torno suyo muy inquieto al ver que Natacha no aparecía en el salón, a pesar de no seguir cantando.

-¡Palabra que no sé dónde lo he metido!- dijo.

-Todo lo pierde- explicó la Condesa.

Natacha entró con el rostro emocionado, dulce, y sentóse silenciosamente, mirando a Pedro. En cuanto ella apareció, aclaróse la fosca cara de Pedro. La miró muchas veces mientras seguía buscando en sus bolsillos.

-Volveré a casa, pues debo habérmelo dejado allí.

-No tendrá tiempo antes de comer.

-El cochero ha marchado ahora precisamente.

Sonia, que había salido a la antecámara a ver si encontraba el papel, lo descubrió en el sombrero de Pedro, donde cuidadosamente lo había dejado. Pedro trató de leerlo.

-No, después de comer- dijo el Conde, que parecía prometerse un gran placer con aquella lectura.

En la comida, bebieron champaña a la salud del nuevo caballero de San

Jorge. Se habló de los rumores que circulaban por la ciudad: la enfermedad de la vieja princesa Georgina; la salida de Metivier de Moscú; la detención de un viejo alemán enviado a Rostopchin, que declaró que era un champignon- esto lo explicaba el propio Rostopchin-y al que se ordenó poner en libertad, mientras se decía al pueblo que no era un champignon, sino simplemente un viejo alemán.

-Sí, sí, se efectúan detenciones. Yo he advertido ya a la Condesa que no hable tanto en francés; no es éste el momento.

-¡Ah!, ¿ya lo sabe? El príncipe Galitzin ha tomado un preceptor ruso. Ahora aprende ruso. Empieza a ser peligroso hablar francés por las calles.

-Conde Pedro Kirilovitch, cuando movilicen a la milicia se verá usted obligado a montar a caballo- dijo el viejo Conde dirigiéndose a Pedro.

Pedro había permanecido silencioso durante toda la comida.

Como no comprendía lo que se le decía, miró al Conde.

-¡Ah, sí, sí, la guerra...! ¡Pero no, qué soldado haría yo! ¡Todo es muy extraño, muy extraño! Ni yo mismo lo entiendo, ni yo lo sé. No tengo ninguna afición a la milicia, pero en los tiempos en que nos encontramos nadie puede asegurar nada.

Al terminar de comer, el Conde se instaló cómodamente en su sillón y con rostro muy serio pidió a Sonia, que tenía la reputación de ser una lectora consumada, que leyera el manifiesto.

-«A Moscú, nuestra primera capital: El enemigo, con fuerzas considerables, ha entrado en Rusia. Quiere arruinar a nuestra bien amada patria»- leía Sonia con su vocecita. El Conde escuchaba con los ojos cerrados, y en muchos pasajes exhalaba profundos suspiros. Natacha, rígida en su silla, miraba alternativamente los rostros del Conde y de Pedro. Éste, que notaba sobre sí aquella mirada, procuraba no volverse. La Condesa, después de cada expresión solemne del documento, inclinaba la cabeza con aire de disgusto y recriminación. En todas aquellas palabras sólo veía la Condesa una cosa: que los peligros que rodeaban a su hijo no llevaban camino de acabarse.

Después de haber leído lo que se decía sobre «los peligros que amenazaban a Rusia y las esperanzas que el Emperador tenía en Moscú, y particularmente en su nobleza», Sonia, con un temblor en la voz producido por la atención con que era escuchada, leyó las últimas palabras: «Sin descanso permaneceremos en medio de nuestro pueblo, en esa capital o en otros lugares de nuestra tierra, para aconsejar y guiar a todas nuestras milicias, igual que a las que hoy obstruyen el camino al enemigo que a las que mañana se formarán para combatirlo en cualquier lugar en que se le encuentre. Que la perdición a la que

ha soñado llevarnos se vuelva contra él, para que Europa, libre de la esclavitud, glorifique el nombre de Rusia.»

-¡Muy bien, eso es!- exclamó el Conde abriendo sus humedecidos ojos, e interrumpiéndose muchas veces por su asma, añadió: Que el Emperador pronuncie una palabra y todo lo sacrificaremos sin conservar nada.

-¡Qué bello, papá!- dijo Natacha mientras le abrazaba, mirando de nuevo a Pedro con aquella inconsciente coquetería que se apoderaba de ella cuando se sentía animada.

-¿Han observado ustedes- notó Pedro- que en el manifiesto se dice «por consejo general»?

-Bueno, ¿qué importa, sea como fuere?

En aquel momento, Petia, del cual nadie hacía caso, se acercó a su padre y muy encendido, con voz entre grave y aguda y unas veces grave y otras aguda, le dijo:

Padre, te pido a ti y a mamá también que me dejéis entrar en el ejército, porque no puedo más...

La Condesa dirigió sus espantados ojos al cielo, golpeóse las manos y dirigiéndose a su marido exclamó:

-¡Vaya, te has lucido!

El Conde se repuso enseguida y replicó:

-Está bien, está bien. ¡Otro que me sale soldado! Tonterías, déjate de historias; lo que has de hacer es estudiar.

-No son tonterías, papá. Fedia Obolenski, que es más joven que yo, ya está a punto de partir para el ejército. Lo demás es inútil, no puedo aprender nada mientras...- Petia se detuvo y, encendido hasta las orejas pero valiente, prosiguió:- ¡La patria está en peligro!

-Bueno, basta de idioteces...

-¡Pero si tú acabas de decir que lo darías todo!

-Petia, cállate- exclamó el Conde mientras miraba a su mujer, que, pálida, no apartaba los ojos de su hijo menor.

-Te digo, papá, que... Mira, Pedro Kirilovitch te dirá también que...

-Vuelvo a decirte que son tonterías. ¡Acaba de salir del cascarón y ya quiere ser soldado!

-Sí, quiero serlo.

El Conde cogió de nuevo el papel con la intención de releerlo, probablemente en su despacho, y salió del salón.

-Pedro Kirilovitch, vamos a fumar...

Pedro se sentía confundido e indeciso. Los ojos de Natacha, brillantes y animados como nunca-sin duda le miraban con más ternura que a los demás-, le habían puesto en aquella situación a la que tan poco estaba acostumbrado.

-Perdón, no puedo... He de marcharme a casa.

-¡Cómo a casa! Pasará la velada aquí... Cada día se vuelve usted más raro, y la pequeña sólo está contenta cuando le tiene a usted delante- dijo el Conde señalando a Natacha.

-Es cierto, pero es que me había distraído... He de volver a casa sin excusa... Unos asuntos...- añadió Pedro sin saber exactamente lo que decía.

-Bueno, bueno, adiós, y hasta la vista- repuso el Conde saliendo de la habitación.

-¿Por qué se va usted? ¿Por qué está tan nervioso? ¿Por qué?- preguntó Natacha a Pedro mirándole a la cara con aire provocativo.

«¡Porque te quiero!», iba a decir. Pero no lo dijo, y enrojeció hasta el blanco de los ojos, mientras miraba al suelo.

-Porque para mí sería más conveniente no venir con tanta frecuencia..., porque... No, no puedo, tengo trabajo en casa.

-Pero ¿por qué? ¡Dígamelo...!- empezó Natacha.

Sin embargo, no continuó. Miráronse horrorizados. Intentaron sonreír, pero no pudieron. La sonrisa de Pedro era una sonrisa de dolor. Le besó la mano y, sin decir nada, salió.

Pedro resolvió, en su interior, no volver más a casa de los Rostov.

DÉCIMA PARTE

I

Durante el mes de julio, el viejo príncipe Bolkonski se mantuvo en una gran animación y actividad.

Mandó plantar un nuevo jardín y construyó un edificio para la servidumbre. La única cosa que inquietaba a la Princesa era que el anciano dormía poco y había renunciado a su costumbre de dormir en su gabinete de trabajo; cada día cambiaba su cama de habitación. Tan pronto ordenaba que le llevaran su cama de campaña a la galería, como quedábase en el salón sobre el diván o sobre un sillón, sin desnudarse y bostezando. La señorita Bourienne no le leía ya, reemplazándola en esto el criado Petrutcha. A veces pasaba la noche en el comedor.

A primeros de agosto llegó una carta del príncipe Andrés. Escrita en los alrededores de Vitebsk, explicaba que los franceses habían ocupado aquella ciudad, conteniendo además una descripción sumaria de toda la campaña, con un croquis del plano y consideraciones sobre la marcha que seguiría.

En la misma carta, el príncipe Andrés hacía observar a su padre la incomodidad de su residencia cerca del teatro de la guerra, en la línea del movimiento de las tropas, aconsejándole su marcha a Moscú.

Aquel día, durante la comida, cuando Desalles, el preceptor, dijo que, según los rumores que circulaban, los franceses estaban en Vitebsk, el viejo Príncipe recordó la carta del príncipe Andrés.

-Hoy he recibido carta del príncipe Andrés- dijo-. ¿No la has leído, María?

-No, padre- respondió la Princesa. No podía haber leído una carta que no sabía que hubiera llegado.

-Habla de la guerra- continuó el Príncipe con sonrisa desdeñosa, habitual en él cuando hablaba de la guerra.

Al pasar al salón dio la carta a la princesa María, desplegando delante de ella el plano de las nuevas construcciones, en el que fijó la vista mientras ordenaba a su hija que leyera en voz alta.

Cuando la princesa María hubo acabado de leer miró interrogativamente a su padre, que contemplaba con fijeza el plano, inmerso en sus pensamientos.

-¿Qué opináis, Príncipe?- se atrevió a preguntar Desalles.

-¿Yo? ¿Yo?- replicó el viejo Príncipe como si despertara enfurruñado, sin apartar los ojos del plano de las construcciones.

-Es muy posible que el teatro de la guerra se extienda hasta muy cerca de nosotros...

-¡Ah, ah, ah! El teatro de la guerra- exclamó el viejo Príncipe . He dicho y he repetido que el teatro de la guerra es Polonia y que el enemigo no pasará el Niemen jamás.

Desalles, admirado, miró al viejo Príncipe, que hablaba del Niemen

precisamente cuando el enemigo se hallaba casi en las orillas del Dnieper. La princesa María, que había olvidado la situación geográfica del Niemen, pensó que su padre tenía razón.

-Cuando llegue el deshielo se hundirán en los pantanos de Polonia. Ahora no pueden darse cuenta...- dijo el Príncipe pensando visiblemente en la campaña de 1807, que le parecía que fuera ayer-. Benigsen debió haber entrado antes en Prusia, y entonces las cosas hubieran tomado otro cariz.

-Pero, Príncipe- objetó tímidamente Desalles-, en la carta se habla de Vitebsk.

-¡Ah! En la carta sí- replicó, descontento, el Príncipe-. Sí...

Entonces oscurecióse su cara y calló.

-Sí, sí, escribe que los franceses han sido aplastados, cerca de un río, ¿qué río?, ¿en qué ribera?

Desalles bajó la vista.

-El Príncipe no escribe nada de todo eso- dijo en voz muy baja.

-¿No lo escribe? ¡Pues yo no lo he inventado!

Calláronse todos un buen rato. El viejo siguió luego:

-Sí, sí..., ¡vaya!, Mikhail Ivanovitch- dijo de repente, levantando la cabeza e indicando el plano de construcciones , explica cómo entiendes tú las obras que se realizarán.

Mikhail Ivanovitch se acercó al plano, y el Príncipe, después de hablar con él, miró malhumorado a la princesa María y a Desalles, yéndose a su despacho.

La princesa María había observado la mirada confusa y extraña que dirigió Desalles a su padre, su silencio, y estaba admirada de que su padre hubiera olvidado la carta de su hijo sobre la mesa del salón. Pero no sólo sentía miedo de hablar y preguntar a Desalles por la causa de su confusión, sino que también lo sentía de sólo pensarlo.

Por la tarde, Mikhail Ivanovitch estuvo en la habitación de María de parte del Príncipe para buscar la carta del príncipe Andrés, olvidada en el salón. La princesa María, a pesar de serle desagradable, permitióse preguntar a Mikhail Ivanovitch qué hacía su padre.

-Trabajando siempre- dijo Mikhail Ivanovitch con una respetuosa sonrisa que hizo palidecer a la Princesa-. Se preocupa mucho de las nuevas construcciones. Ha leído un ratito, y ahora- bajó la voz- se encuentra en el despacho y probablemente se ocupa de su testamento.

De un tiempo a aquella parte, una de las ocupaciones predilectas del Príncipe era examinar los papeles que quería dejar para después de su muerte y que él llamaba su testamento.

-¿Enviaré, sin embargo, a Alpatich a Smolensk? - preguntó la princesa María.

¡Ya lo creo! Hace mucho tiempo que está preparado.

II

Cuando Mikhail Ivanovitch entró con la carta en el despacho, el Príncipe tenía las gafas puestas y se hallaba sentado ante el escritorio, con una vela a su lado; con la mano muy apartada sostenía unos papeles que leía en una actitud bastante solemne. Aquellos papeles, observaciones, como él los llamaba, debían remitirse al Emperador cuando él hubiera muerto. Cuando Mikhail Ivanovitch entró, las lágrimas provocadas por el tiempo que había leído y por lo que leía llenaban los ojos del Príncipe. Arrebató de las manos de Mikhail Ivanovitch la carta del príncipe Andrés, que se metió en el bolsillo, arregló sus papeles y llamó a Alpatich, que aguardaba hacía un rato.

En una hojita acababa de escribir todo lo que debía comprarse en Smolensk, y mientras paseaba daba órdenes a Alpatich, que aguardaba al pie de la puerta.

-Primeramente papel de cartas, ¿entiendes?, ocho manos; aquí tienes el modelo, de borde dorado. Éste es el modelo y han de ser absolutamente iguales. Barniz, cera, según la nota de Mikhail Ivanovitch.

Paseábase por la habitación mirando su carnet.

-Después entregarás personalmente una carta al gobernador.

Luego le encargó las cerraduras para las puertas de las nuevas construcciones, hechas según un modelo que él había imaginado. Enseguida una cajita que habían de hacer, cajita destinada a guardar su testamento. La relación de encargos a Alpatich duró más de dos horas. El Príncipe ni le dejó hablar. Después se sentó y, cerrando los ojos, se quedó dormido. Alpatich hizo un movimiento.

-Vete, vete; si te necesito ya mandaré a buscarte.

Alpatich salió. El Príncipe se acercó otra vez al escritorio, tocó sus papeles, los volvió a ordenar, sentándose después ante la mesa para escribir la carta al gobernador.

Era ya tarde cuando se levantó, después de haber sellado la carta. Quería dormir, pero sabía que en la cama no cerraría el ojo, presentándose a su imaginación los peores sentimientos. Llamó a Tikhon. Atravesó la habitación para decirle dónde quería que le preparara la cama aquella noche. Se paseó escudriñando todos los rincones. Ningún sitio le parecía bueno, pero particularmente su diván, en el despacho, le parecía horrible, probablemente a causa de las penosas ideas que en él había tenido. Ningún sitio le parecía conveniente. El mejor sería quizás un rinconcito en el diván detrás del piano. No había dormido allí nunca todavía.

Tikhon, ayudado por el mayordomo, llevó allí la cama y empezaron a armarla.

-¡No, así no, así no!- gritó el Príncipe, empujándola él mismo, aunque luego la apartó de nuevo. «Vaya, por último he podido arreglarlo y podré descansar», pensó el Príncipe, dejando que Tikhon le desnudara. El Príncipe frunció el ceño por la molestia causada por los esfuerzos para quitarse caftán y pantalones. Después, pesadamente, se dejó caer sobre la cama y pareció que reflexionaba, mientras miraba desdeñoso sus delgadas y amarillas piernas. No reflexionaba, pero dudaba ante el esfuerzo de levantar las piernas para meterse en la cama. «¡Oh, qué pesado es! Por lo menos que acabe pronto este trabajo y me dejen tranquilo.» Cerró fuertemente los labios y se hundió en la cama después de hacer aquel esfuerzo por milésima vez.

Cuando se hubo echado, toda la cama tembló, como si tuviera escalofríos. Cada noche pasaba lo mismo. Abrió los ojos, que se le cerraban.

-¡No podéis estaros tranquilos, malditos!- gruñó colérico. «Sí, queda todavía algo importante que me he reservado para leer en la cama. ¿Las cerraduras? No, eso ya se lo he dicho... No, no, es algo que ha pasado en el salón. La princesa María ha dicho alguna idiotez; Desalles, ese estúpido, no sé qué le ha contestado...; en el bolsillo... No, no me acuerdo bien.»

-¡Titchka! ¿De qué hemos hablado durante la comida?

-Del príncipe Andrés.

-¡Calla, calla!- y el Príncipe dio un puñetazo en la mesita de noche-. ¡Ah!, sí, ya lo recuerdo. La carta del príncipe Andrés: la princesa María la ha leído; Desalles ha dicho algo sobre Vitebsk. Ahora la leeré.

Ordenó que le trajeran la carta, que tenía en el bolsillo, y que le acercasen a la cama la mesita con la limonada y la vela de cera; después cogió las gafas y empezó a leer. Sólo al releer la carta, en el silencio de la noche, a la luz débil de la vela, bajo la pantalla verde, comprendió por primera vez toda la importancia que tenía.

Los franceses están en Vitebsk. En cuatro jornadas pueden encontrarse en Smolensk. Quizá ya están cerca. Titchka- Tikhon levantóse instantáneamente-. No, no es preciso- gritó el viejo.

Dejó la carta sobre el candelero y cerró los ojos. Se le representó el Danubio, los días claros, los cañaverales, el campamento ruso, y él, joven general sin una arruga, valiente y alegre, entrando en la tienda de Potemkin. Un sentimiento de envidia contra el favorito le sacudió más fuerte que otras veces. Recordó todas las palabras de su entrevista con Potemkin. Delante de él apareció una mujer gruesa, pequeña, con cara afable y amarillenta; era la emperatriz: recordó su sonrisa y sus palabras cuando le recibió por primera vez tan graciosamente. También recordó su cara sobre el trono y la discusión con Zubov ante su tumba por el derecho de acercar la mano.

«Ah, aprisa, aprisa, volvamos a aquellos tiempos, que termine pronto, muy pronto, lo de ahora, y me dejen todas tranquilo.»

III

Lisia-Gori, la finca del príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski, se encontraba a sesenta verstas más allá de Smolensk y a tres verstas de la carretera de Moscú.

Aquella misma noche en que el Príncipe daba órdenes a Alpatich, Desalles pidió ser recibido por la Princesa, a la que dijo que el Príncipe no se encontraba muy bien y que no tomaba ninguna disposición para su seguridad, cuando, por la carta del príncipe Andrés, aparecía claro que la permanencia en Lisia Gori no era segura; respetuosamente pedía él permiso para escribir una carta al gobernador de Smolensk haciéndole saber los peligros que amenazaban Lisia Gori y un resumen de la situación general. Desalles escribió luego la carta al gobernador, la firmó y la mandó entregar a Alpatich, con la orden de transmitírsela al gobernador, y, en caso de peligro, volver a toda prisa.

Después de haber recibido todas las órdenes, Alpatich, acompañado de sus criados, con su blanca gorra regalo del Príncipe-, con un bastón como el viejo Príncipe-, salió para instalarse en el cabriolé forrado de cuero y tirado por tres vigorosos caballos.

Los cascabeles se habían colocado de modo que no sonaran y las campanas se habían rellenado de papel. El Príncipe no permitía a nadie en Lisia Gori que hiciera sonar los cascabeles. Pero amaba su sonido cuando iba de camino. El acompañamiento de Alpatich estaba compuesto por el intendente, el tenedor

de libros, el groom, los cocheros y diversos domésticos, que iban con él. Su hija le ponía detrás de la espalda y sobre el asiento almohadones de pluma, mientras su vieja cuñada le entregaba, a escondidas, un paquete. Uno de los cocheros le ayudó a subir agarrándole por los sobacos.

Al llegar a Smolensk, la tarde del día 4 de agosto, Alpatich se quedó al otro lado del Dnieper, en el barrio de Gachensk, en el mesón de Ferapontov, donde hacia treinta años que acostumbraba parar.

Durante toda la noche, las tropas desfilaron por la calle frontera al mesón. Al día siguiente, Alpatich se vistió el caftán, que sólo usaba en la ciudad, yéndose a su trabajo. El día era muy soleado y a las ocho ya hacía calor. «Buen día para la cosecha», pensó Alpatich.

Desde la madrugada se oían cañonazos en los arrabales de la ciudad.

Después de las ocho, las descargas de fusilería se unieron a los cañonazos. Por las calles había mucha gente que huía hacia algún lugar determinado, y muchos soldados, pero, como de costumbre, circulaban los cocheros, los comerciantes no se movían de sus tiendas y en las iglesias se celebraban las correspondientes funciones religiosas.

Alpatich visitó tiendas, oficinas, la estafeta y la casa del gobernador.

En todas partes se hablaba de la guerra y de que el enemigo estaba a las puertas de la ciudad.

Cuando llegó a casa del gobernador hubo de esperar en la antesala con otras personas.

Poco después, el gobernador recibía a Alpatich, diciéndole muy apesadumbrado.

-Diles al Príncipe y a la Princesa que no sé nada. Obro según órdenes superiores, eso es todo- y dio un papel a Alpatich-. Entre tanto, y ya que el Príncipe se encuentra delicado, yo le aconsejaría que se fuera a Moscú. Yo parto ahora mismo. Dile...

Pero no acabó la frase. Un oficial sudoroso, sin resuello, corrió hacia la puerta, poniéndose a hablar en francés.

En la cara del gobernador se manifestó el horror.

-Vete- dijo a Alpatich, y después de saludarlo con la cabeza empezó a hablar con el oficial.

Cuando Alpatich salió del despacho del gobernador, las miradas espantadas de todos los reunidos le asaltaron. Ahora, al oír, a pesar suyo, que los cañonazos se acercaban y se hacían más frecuentes, Alpatich se dirigió corriendo hacia el mesón. El papel que le había dado el gobernador contenía lo

siguiente:

«Os aseguro que Smolensk no está todavía en peligro ni puede creerse que lo haya estado nunca. Yo, por una parte, y el príncipe Bagration, por la otra, marchamos para reunirnos delante de Smolensk. Esta reunión se realizará el día 22, y los dos ejércitos, una vez hayan juntado sus fuerzas, se lanzarán a defender a los compatriotas de la provincia que tenéis confiada, hasta que nuestros esfuerzos alejen al enemigo de la patria o hasta que sucumba el último soldado de las filas heroicas. Ya veis que con esto podéis calmar a los habitantes de Smolensk, puesto que quien se halla defendido por dos ejércitos tan valientes puede estar seguro de la victoria.» (Orden de Barclay de Tolly al gobernador civil de Smolensk, barón Aschu, 1812.)

El pueblo andaba por las calles inquieto. Carros cargados de vajillas, de armarios, de sillas, salían de todas las puertas y obstruían las calles. Delante de la casa vecina a la de Ferapontov hallábanse unos carros parados y unas mujeres llorando, mientras se despedían. Un perro de guarda daba vueltas, husmeando, alrededor de los caballos del tiro.

Alpatich, con paso más vivo que de costumbre, entró en el patio, dirigiéndose recto hacia el establo por sus caballos y el coche. El cochero dormía; despertóle, ordenándole que enganchara, y se fue al vestíbulo. En la habitación de los dueños se oían llantos de criaturas, lamentaciones de una mujer y los gritos roncós y rabiosos de Ferapontov. Cuando Alpatich entró, salía la cocinera al vestíbulo como una clueca embravecida.

-¡Ha pegado al ama una paliza de muerte! ¡La ha destrozado! ¡La ha arrastrado!

-¿Por qué?- preguntó Alpatich.

Ella quería marchar: manía de mujer. «¿Quieres perdernos a mí y a nuestros hijos?- le decía ella-. Todos se van, y nosotros ¿qué vamos a hacer?» Entonces él ha empezado a pegarle, y la ha destrozado...

Alpatich inclinó la cabeza al oír aquellas palabras, como si las aprobara, y, deseando no saber más de la cuestión, se fue en dirección opuesta a la de la habitación de los dueños, a la habitación en la que guardó las compras realizadas.

-¡Mal hombre! ¡Bandido!- gritó en aquel momento una mujer delgada, pálida, con un crío en los brazos, la cabeza envuelta en una pañoleta, que, saliendo por la puerta, se escapaba escaleras abajo, hacia el patio. Ferapontov la seguía. Al observar a Alpatich se arregló el chaleco, se pasó la mano por el pelo, bostezó y entró en la habitación detrás de Alpatich.

-¿Ya quieres irte?- preguntó.

Sin contestarle ni mirarle, mientras repasaba el paquete de las compras, le preguntó cuánto le debía.

Ya lo arreglaremos. ¿Has ido a casa del gobernador?- le preguntó Ferapontov-. ¿Qué te ha dicho?

Alpatich respondió que el gobernador no le había contestado nada en concreto.

-Podríamos marchar con todo lo de casa- dijo Ferapontov-; hasta Dorogobuge piden siete rublos por carretada. ¡Yo les he dicho ya que son unos herejes! Selivanov, el jueves pudo vender la harina a la tropa a nueve rublos el saco... ¿No tomaréis el té?- añadió.

Mientras enganchaban, Alpatich y Ferapontov tomaron el té hablando del precio del trigo y del buen tiempo para la cosecha.

-Parece que el cañoneo empieza a calmarse- dijo Ferapontov levantándose después de haber bebido tres tazas de té-. Seguramente hemos vencido. Han dicho que no los dejaríamos pasar... ¿Te das cuenta de lo que es la fuerza...? También han dicho que últimamente Matieu Ivanitch Piatov les ha perseguido hasta el río Morina: parece que de una vez se han ahogado dieciocho mil hombres.

Alpatich ató los paquetes, que dio al cochero; pagando después la estancia.

La calle estaba llena de ruido de ruedas, de herraduras y de los cascabeles de las carretas que partían.

Era más del mediodía. La mitad de la calle se encontraba en la sombra, la otra se hallaba vivamente iluminada por el sol. Alpatich miró por la ventana y se dirigió a la puerta.

De pronto se oyó un extraño ruido de silbidos y tiroteo lejanos. Después estalló la tormenta confusa del cañoneo, que hizo temblar los cristales.

Alpatich salió a la calle. Dos hombres corrían en dirección al puente. Por todas partes se oía el silbido, los cañonazos y la explosión de las granadas que caían dentro de la ciudad. Aquellos tiros eran poca cosa y no atraían tanto la atención de los habitantes como los cañonazos que se oían fuera de la urbe. Era el bombardeo de Smolensk que Napoleón había ordenado empezar a las cinco de la tarde, con ciento treinta bocas de fuego.

Al principio, el pueblo no comprendió el significado de aquel bombardeo.

El terremoto de las bombas y de las granadas no hacía más que excitar la curiosidad. La mujer de Ferapontov, que no cesaba de protestar cerca del establo, calló y con el crío en brazos salió a la puerta. Miraba en silencio a la gente mientras prestaba atención a los ruidos.

La cocinera y un comerciante también salieron a la puerta del establo. Todos con alegre curiosidad intentaban seguir a las balas que pasaban por encima de sus cabezas.

De un rincón de la calle aparecieron algunas personas hablando animadamente.

-¡Qué fuerza!- decía uno-. Ha destrozado el techo y la pared.

Ha hecho un agujero en el suelo en el que cabría un cerdo- observó otro-. Vaya, ya está bien, ¡qué interesante!- añadía riendo.

-Pues has tenido suerte de saltar tan ligero; ha estado en un tris que no te haya alcanzado. Ahora estarías tieso como una vara.

Algunos paseantes se dirigieron a aquellos hombres. Se paraban y explicaban que las granadas les habían caído muy cerca, dentro de casa. Al propio tiempo, otras bombas, con un silbido lúgubre, volaban sin interrupción por encima de la muchedumbre. Ni una caía cerca. Todas iban muy lejos. Alpatich se instaló en su carruaje.

El patrón se encontraba en el umbral de la puerta.

-¿Qué diablos miras?- gritóle la cocinera, que con las mangas subidas y un corpiño rojo se acercaba para oír, mientras agitaba los brazos, desnudos hasta el codo.

Otra vez, algo como un pajarito que volara de arriba abajo silbó, pero esta vez muy cerca.

El fuego brilló en mitad de la calle. Estalló algo y se llenó de humo la calle.

-¡Perezosa! ¿Qué haces aquí?- gritó el dueño corriendo hacia la cocinera. Pero en el mismo instante, y de diversos lugares, empezáronse a oír lamentos de mujeres, mientras las criaturas, espantadas, empezaban a llorar, y la gente, con la cara muy pálida, se reunía en silencio en torno de la cocinera. Entre aquella multitud dominaban los lamentos y los gritos de la mujer.

-¡Oh, oh, mis palomas! ¡Mis blancas palomas! ¡Me las matarán!

Cinco minutos después no quedaba nadie en la calle. La cocinera, con una herida en la pierna, producida por la explosión de una granada, era transportada a la cocina.

Alpatich, su cochero, la mujer de Ferapontov con sus críos, y el portero, todos hallábanse sentados en el subterráneo, muy atentos. El ruido de los cañones, el silbido de las bombas, los gritos de dolor de la cocinera, que dominaban a todos los demás, no cesaban en ningún instante.

La dueña tan pronto balanceaba y calmaba al niño como en tono plañidero preguntaba a los que entraban al subterráneo dónde estaba su marido, que había quedado fuera, en la calle. Un tendero que entró le dijo que el dueño se había dirigido con una multitud a la catedral, donde se hacían rogativas delante del milagroso icono de Smolensko.

A la caída de la tarde, el cañoneo empezó a calmarse. Alpatich salió del subterráneo y paróse delante de la puerta. El cielo, tan claro antes, habíase oscurecido con la humareda, a través de la cual la luna en cuarto creciente brillaba extrañamente. Después del ruido terrible de los cañones, la cosa se calmó, y el silencio fue interrumpido solamente por el ruido de los pasos; los lamentos, los gritos y el chisporroteo de los incendios dominaban en la ciudad.

Los lamentos de la cocinera habían cesado. Por dos lados se levantaban y desaparecían las negras nubes de los incendios. Por las calles pasaban y corrían soldados, no en formación, sino como hormigas de un hormiguero revuelto, con diversos uniformes y con direcciones distintas. A la vista de Alpatich, uno entró corriendo en el patio de Ferapontov. Alpatich salió hacia la puerta del establo. Un regimiento que venía muy deprisa llenaba toda la calle.

-La ciudad se rinde, ¡marchaos, marchaos!- le gritó un oficial al observarle. Dirigióse enseguida al soldado, gritándole:

-¡Ya te enseñaré a correr por los patios!

Alpatich entró en la isba, llamó al cochero y le mandó marcharse. Todos los familiares de Ferapontov salieron detrás de Alpatich y del cochero. Al ver el fuego y el humo de los incendios que se proyectaban en la noche, las mujeres, silenciosas hasta entonces, empezaron a gritar de pronto.

Como si les respondieran, se oyeron gritos y chillidos desde otras calles.

Alpatich y el cochero desengancharon con temblorosas manos las riendas de los caballos.

Cuando Alpatich salió del establo percibió en la abierta tienda de Ferapontov a una docena de soldados que hablando muy alto llenaban sacos y mochilas de harina, de salvado y de granos de girasol. En aquel momento, Ferapontov entró en la tienda; cuando vio a los soldados quiso gritar, pero pensándolo mejor y mesándose los cabellos, empezó a reír, con risa llena de sollozos.

-Tomadlo todo, hijos míos. ¡Que los diablos no encuentren nada!- gritó cogiendo un saco y echándolo a la calle.

Algunos soldados, espantados, huyeron corriendo; los demás continuaron llenando los sacos.

Al ver a Alpatich, Ferapontov se dirigió a él.

-Rusia ha acabado- exclamó-. Alpatich, esto ha acabado. Yo mismo le pegaré fuego. ¡Todo ha terminado!

Ferapontov corrió hacia el patio.

La calle no se vaciaba; sin cesar pasaban soldados, tantos, que Alpatich no podía adelantar un paso y tenía que aguardar. La mujer de Ferapontov, sentada en compañía de sus hijos en una carreta, esperaba poder salir.

Había oscurecido completamente. El cielo estaba estrellado, la luna desaparecía de vez en cuando detrás de la humareda. Al descender hacia el Dnieper, el coche de Alpatich y el de la dueña, que adelantaban lentamente entre las filas de soldados y otros coches, tuvieron que pararse. En una calle cercana al cruce donde se pararon, una casa y una tienda ardían. El incendio se extinguía. La llama tan pronto disminuía y casi desaparecía entre la negra humareda como cobraba de nuevo bríos e iluminaba de un modo fantástico las caras de los hombres reunidos en el cruce.

Por delante del incendio pasaban negras figuras, oyéndose a través del ruido incesante del fuego las conversaciones y los gritos. Alpatich, que había descendido de su carreta, al darse cuenta de que tardaría mucho en poder pasar, se metió en la calle lateral para ver el fuego. Por delante del incendio iban y venían soldados. Alpatich vio a dos de ellos que, con un hombre con capa, arrastraban a través de la calle encendidos tizones, mientras otros los seguían con grandes cantidades de heno.

Alpatich se acercó a la muchedumbre que se encontraba delante de un alto cobertizo que ardía totalmente. Todos los muros se desmoronaban, el posterior se hundía, el techo crujía y las vigas estaban completamente encendidas. Evidentemente, la gente aguardaba a ver cómo se hundiría el techo. Alpatich también aguardó.

-¡Alpatich!- llamóle una voz conocida.

-¡Padre, Excelencia!- respondió Alpatich al reconocer la voz de su joven señor.

El príncipe Andrés, montado sobre un caballo negro, se encontraba entre la gente y miraba a Alpatich.

-¿Qué haces aquí?- preguntóle.

-¡Vuestra... Vuestra Excelencia!- preguntó Alpatich llorando-. Vuestra... Vuestra... Estamos perdidos del todo. ¡Padre...!

-¿Cómo es que estás aquí?- preguntó de nuevo el príncipe Andrés.

En aquel momento, la llama se proyectó iluminando la cara pálida y cansada del príncipe Andrés. Alpatich explicóle cómo se encontraba allí y la

dificultad existente para marcharse.

El príncipe Andrés, sin responderle, cogió su carnet y, sobre una rodilla, empezó a escribir con lápiz en una hoja que acababa de arrancar. Escribió a su hermana:

«Han tomado Smolensk; de aquí a una semana, Lisia-Gori será ocupado por el enemigo. Marchad inmediatamente a Moscú. Comunicádmelo cuando marchéis mandándome un mensaje a Usviage.»

Después de entregar la hoja escrita a Alpatich, explicóle verbalmente qué preparativos debían hacer para la marcha del Príncipe, de la Princesa y del niño con su preceptor, así como adónde y cuándo le debían contestar.

-Diles que aguardaré la respuesta hasta el día 10 y que si ese día no he recibido noticias de que están camino de Moscú, lo abandonaré todo y yo mismo iré a Lisia Gori.

En el fuego algo crujía; se apagó por unos momentos, masas de humo negro se levantaron por encima del cobertizo y, con un ruido ensordecedor, alguna cosa enorme se hundió.

-¡Hurra! ¡Hurra!- chilló la multitud al oír el fuerte ruido producido por el tejado del cobertizo que se hundía, mientras exhalaba olor a pan quemado. La llama reanimóse, iluminando las caras animadas, alegres y cansadas de la gente que contemplaba el incendio.

El hombre de la capa que arrastraba tizones encendidos, levantando los brazos gritó:

-¡Bravo! ¡Cómo arde! ¡Mirad qué bonito!

-Es el dueño- decían las voces.

-¿Lo has entendido?- dijo el príncipe Andrés a Alpatich-. No te olvides de nada de lo que te he dicho- y sin responder una palabra a Berg, que aguardaba a su lado silencioso, picó al caballo y desapareció por las callejuelas.

IV

Las tropas continuaban retrocediendo desde Smolensk. El enemigo las perseguía. El día 10 de agosto, el regimiento que mandaba el príncipe Andrés pasó por la gran carretera por delante del camino que conducía a Lisia Gori. Desde hacía tres semanas el calor y la sequía eran muy pronunciados. Cada día el cielo se cubría de unas nubes apelotonadas como si fueran una piara de borregos, que a veces cubrían el sol, pero hacia la tarde las nubes se

dispersaban y el sol se ponía entre una neblina rojiza. Sólo un fuerte rocío refrescaba la tierra. Los trigos que no se habían segado se agostaban. Los pantanos estaban secos y los rebaños balaban de hambre al no encontrar pasto en los campos cocidos por el sol. No refrescaba más que por las noches y en los bosques, cuando todavía había humedad del rocío; pero por la carretera, por la gran carretera que seguían las tropas, no se notaba el fresco ni por las noches ni cuando pasaban por entre los bosques. Cuando se levantaba el día empezaba la marcha. Los convoyes y la artillería adelantaban sin hacer ruido y la infantería se hundía en el polvo caldeado y movedizo que ni la noche refrescaba. Una parte de este polvo se introducía en las piernas y en las ruedas, pero otra, dando vueltas como una nube por encima del ejército, se metía en los ojos, en el pelo, en los oídos, en la nariz y particularmente en los pulmones de los hombres y de los animales que avanzaban por la carretera. Cuanto más alto se hallaba el sol, más se levantaba la nube de polvo. A través de aquel polvo fino y caliente podía mirarse el sol, que las nubes no cubrían y que parecía una enorme esfera de color carmesí. No soplaban el viento y los hombres se ahogaban en aquella atmósfera inmóvil. Marchaban tapándose la nariz y la boca con los pañuelos. Cuando llegaban a un pueblo, todos se empujaban a los pozos, llegando a beber hasta el lodo.

El príncipe Andrés conducía el regimiento y su gestión, el bienestar de los soldados y la necesidad de dar y recibir órdenes le ocupaban. El incendio de Smolensk y el abandono de la ciudad marcaban una etapa para el príncipe Andrés. Un sentimiento de cólera nuevo contra el enemigo le obligaba a olvidarse de su dolor, entregándose por enteró a los asuntos del regimiento; se ocupaba de sus soldados y de sus oficiales, mostrándose padre de todos. En el regimiento le llamaban «nuestro Príncipe», mostrándose orgullosos de él y queriéndole. Él, sin embargo, sólo era bueno con los hombres de su regimiento: con Timokhin y los demás, con la gente nueva y medio forastera, con aquellos que no podían conocer ni comprender su pasado. Por eso, cuando se encontraba con uno de sus antiguos conocidos del Estado Mayor, se encolerizaba, se ponía de mal humor, volviéndose despreciativo y desdeñoso. Todo lo que le recordaba su pasado le repugnaba. Por eso sólo procuraba no ser injusto con aquel mundo antiguo y cumplir con su deber.

En efecto: todo se presentaba con colores sombríos, particularmente después del 6 de agosto, tras haber abandonado Smolensk- que en su opinión hubieran podido y debido defender-, después que su padre, enfermo, habíase visto obligado a huir a Moscú y abandonar al pillaje Lisia Gori, que tanto amaba y que él había resucitado y repoblado. Pero a pesar de esto y gracias al regimiento, el príncipe Andrés podía pensar en otra cosa, totalmente independiente de las cuestiones generales: en su regimiento. El 10 de agosto, la columna de la cual formaba parte llegó a Lisia Gori.

Dos días antes, el príncipe Andrés había recibido la noticia de que su padre, su hijo y su hermana habían marchado a Moscú. Aunque el príncipe Andrés no tenía nada que hacer en Lisia Gori, decidió ir por el deseo de reavivar su dolor.

Ordenó ensillar un caballo y marchó al pueblo paterno, en el que había nacido. Al pasar por delante del estanque, donde siempre lavaban ropa docenas de mujeres, mientras charlaban de lo lindo, el príncipe Andrés observó que no había nadie y que una pequeña madera desclavada y cubierta de agua hasta la mitad flotaba en medio del estanque. El príncipe Andrés se acercó a la casa del guarda. Cerca de la puerta cochera no había nadie, y la puerta permanecía abierta. Las avenidas del jardín se encontraban cubiertas ya de hierba, mientras los becerros y los caballos erraban por el parque inglés. El príncipe Andrés se acercó a un invernadero; los cristales se hallaban rotos, algunas plantas caídas, otras se secaban. Llamó al jardinero Tarás y nadie le respondió. Al dar la vuelta al invernadero se dio cuenta de que la balaustrada de roble esculpido estaba rota y de que las frutas habían sido arrancadas de los árboles. Un viejo campesino- el Príncipe le veía en su puerta desde la infancia- estaba sentado en un verde banco mientras trenzaba un lapott Era sordo y no oyó acercarse al Príncipe. A su alrededor, los pedazos de madera preparados para ser trenzados colgaban de las ramas secas y rotas de un magnolio.

El príncipe Andrés se acercó a la casa. En el viejo jardín, algunos tilos habían sido cortados. Una asna con su pollino pastaban delante de la casa por entre los rosales. La casa se hallaba cerrada. Un muchachito, al darse cuenta de la presencia del príncipe Andrés, corrió hacia la casa. Alpatich, que había hecho marchar a su familia, quedándose solo en Lisia Gori, se hallaba en casa y leía las vidas de los santos. Al conocer la llegada del príncipe Andrés, salió de la casa con las gafas sobre la nariz y, abrochándose, se acercó aturdido al Príncipe; después, sin decir nada, llorando, le besó las rodillas. Pero reaccionó contra su debilidad y empezó a darle cuenta de la situación de los asuntos de la finca. Todo lo que era precioso y valía algo había sido enviado a Bogutcharovo. El trigo, casi cien chetvertt, también se lo habían llevado. El heno y la cosecha de primavera, extraordinaria según la opinión de Alpatich, había sido recogida, todavía verde, por los soldados. Los campesinos estaban arruinados. Unos habíanse marchado a Bogutcharovo, y otros, muy pocos, se habían quedado.

Sin acabar de escucharle, el príncipe Andrés preguntó:

-¿Cuándo marcharon mi padre y mi hermana?

Quería decir a Moscú, pero Alpatich, entendiendo que se refería a Bogutcharovo, respondió que el 7 y a continuación siguió extendiéndose sobre los asuntos de la explotación y pidiendo órdenes.

-¿Queréis que entregue el centeno a las tropas contra recibo? Todavía quedan seiscientos chetvertt.

«¿Qué he de contestarle?», pensó el príncipe Andrés mientras miraba la calva cabeza del viejo, que relucía al sol, y leía en sus ojos la confesión de que él mismo comprendía la inoportunidad de la pregunta, que formulaba sólo para disimular su pena.

-Sí, hazlo así- le dijo.

-Seguramente habréis observado un poco de desorden en el jardín- dijo Alpatich-. Fue imposible evitarlo. Han pasado tres regimientos y se han quedado una noche, particularmente los dragones. Tengo anotados el grado y el título del comandante para presentar una reclamación.

-¿Y tú qué piensas hacer? ¿Te quedarás si llega el enemigo?- le preguntó el príncipe Andrés.

Alpatich volvió la cara hacia el príncipe Andrés, le miró y de pronto, con gesto solemne, levantó el brazo al cielo.

Él es mi protector. ¡Que se haga su santa voluntad!- pronunció.

Toda la colonia de campesinos y criados marchaban a través de los campos hacia el príncipe Andrés.

-¡Adiós, adiós!- dijo el príncipe Andrés inclinándose hacia Alpatich-. Vete, llévate lo que puedas y ordena a los siervos que partan hacia la hacienda de Riazán o cerca de Moscú.

Alpatich, abrazándose a su pierna, lloró.

El príncipe Andrés le rechazó dulcemente y, poniendo el caballo a galope, partió por el camino.

V

La princesa María no se hallaba en Moscú y no se encontraba fuera de peligro, como imaginaba el príncipe Andrés.

Después de la vuelta de Alpatich de Smolensk, el viejo Príncipe pareció que de pronto se rehacía. Ordenó reunir a todos los siervos y armar los, escribió una carta al general en jefe, en la que le anunciaba su intención de quedarse en Lisia Gori hasta el último momento, defendiéndose; pedía libertad para armarse a su gusto. Añadiendo que si se le negaba no tomaría las disposiciones para defender Lisia Gori y entonces el más viejo de los

generales rusos caería hecho prisionero o muerto. Declaró a sus familiares que no se movería de Lisia Gori.

El viejo Príncipe dio órdenes, sin embargo, para la marcha de la Princesa, de Desalles y de su nieto a Bogutcharovo y desde allí a Moscú. La princesa María, espantada por aquella actividad de fiebre sin descanso de su padre, actividad que sustituía a su antiguo abatimiento, no acababa de resolverse a dejarle solo, por lo que por primera vez en su vida se permitió desobedecerle. Negóse a marchar, habiendo de resistir la espantosa cólera del Príncipe. Le recordó todas las injusticias que con ella había cometido, pero, al intentar acusarle, él decía que quería atormentarlo, que ella le había hecho pelearse con su hijo, que escondía mil sospechas despreciables y que su propósito era el de amargarle la vida, después de lo cual la echó del despacho, añadiendo que lo mismo le daba que se fuera como que no. Dijo que no quería saber nada de su vida, previniéndole de que no se presentara jamás delante de su vista. El hecho de que no mandara llevársela a la fuerza- que era lo que temía la Princesa- la alegró; solamente recibió la orden de no presentarse ante él. Sabía que aquello quería decir que su padre estaba satisfecho, en el fondo, de que la Princesa no quisiera dejarlo.

Al día siguiente después de la marcha de Nikolutka, el viejo Príncipe, por la mañana, vistió su uniforme de gala, disponiéndose a visitar al generalísimo. El coche se hallaba al pie de la puerta. La princesa María vio salir con todas sus condecoraciones y pasar, en el jardín, revista a todos sus siervos armados. La princesa María sentábase cerca de la ventana, pudiendo oír la voz de su padre, que resonaba en el jardín. De repente, algunas personas, con el rostro descompuesto por el espanto, corrieron por el sendero.

La princesa María salió a la puerta, yéndose hacia aquella parte del jardín. Una gran cantidad de campesinos dirigíase hacia ella, llevando entre algunos, en medio de ellos, al viejecito con su uniforme cubierto de condecoraciones. A causa del juego de luces entre las copas de los tilos, no podía darse cuenta del cambio de las caras. Sólo vio una cosa: que la expresión habitual del rostro del viejo Príncipe, severa y resuelta, había sido sustituida por otra de timidez y docilidad.

Al percibir a su hija, movió los labios débilmente.

Nadie supo comprender lo que quería. Lo levantaron en brazos y entre dos le llevaron a su despacho. Allí lo dejaron sobre aquel diván que tanto miedo le causaba de un tiempo a esta parte.

El doctor, llamado aprisa y corriendo, aquella misma noche le hizo una sangría y declaró que el Príncipe estaba paralizado del costado derecho. Quedarse en Lisia-Gori hacía más peligroso cada vez, por lo que el viejo Príncipe fue al día siguiente trasladado a Bogutcharovo. El médico los

acompañó.

Cuando llegaron a Bogutcharovo, Desalles y el pequeño Príncipe habían ya marchado hacia Moscú. El viejo Príncipe, siempre en el mismo estado, ni mejor ni peor, pasó tres semanas en Bogutcharovo, echado, en la nueva casa construida por el príncipe Andrés. El viejo Príncipe había perdido el conocimiento. Yacía como un cadáver mutilado. Murmuraba continuamente algo, moviendo las cejas y los labios, pero era imposible saber si comprendía a los que le rodeaban. Sólo una cosa era segura: que padecía y que deseaba decir algo. ¿Pero qué? Nadie podía adivinarlo. ¿Era el capricho de un enfermo o de un loco? ¿Se trataba de asuntos generales o de la familia? El médico decía que la inquietud que expresaba no quería decir nada, ya que la causa era física; la princesa María, sin embargo, pensaba- y el hecho de que su presencia aumentara siempre el malestar del Príncipe la confirmaba en su opinión- que quería decirle algo.

Estaba muy claro que padecía física y moralmente. No existían esperanzas de poderle salvar. No se podía pensar tampoco en transportarlo a otra parte. ¿Qué harían si se moría por el camino? «Valdría más que terminara de una vez», pensaba a veces la princesa María.

Pasaba el día y la noche a su lado; casi no dormía y, es espantoso decirlo, pero frecuentemente le observaba no con la esperanza de una mejoría, sino con el deseo de ver el indicio de su próximo fin.

Por raro que fuera para la Princesa confesarse este sentimiento, el caso es que lo experimentaba. Además, y lo que era peor para ella, desde la enfermedad de su padre se desvelaban en ella todos los deseos y las esperanzas personales que dormían en el fondo de su espíritu. Cosas que en muchos años no se le habían ocurrido: el pensamiento de una vida de libertad sin el miedo al padre, incluso la idea del amor y la posibilidad del goce de la familia, llenaban continuamente su imaginación como una diabólica tentación. Ella procuraba rechazarla, pero insistentemente se volvía a hacer la pregunta: después de «aquello», ¿qué vida haría? Eran tentaciones del demonio, y la princesa María sabía que su única arma contra «él» era la oración; se arrodillaba delante de los iconos, recitaba las palabras de las oraciones, pero no podía orar. Sentía que el otro mundo, el de la vida, el de la actividad difícil y libre, totalmente opuesto al mundo moral en que se había encerrado antes y en el que la oración era el mejor consuelo, se la llevaba. No podía ni orar ni llorar, y las penas de su vida la arrastraban. Quedarse en Bogutcharovo era peligroso. De todas partes se oía decir que los franceses adelantaban, y que en un pueblo a quince verstas de Bogutcharovo, una hacienda había sido saqueada por los merodeadores franceses.

El médico insistía en llevarse al Príncipe más lejos; el mariscal de la

nobleza envió un funcionario a la princesa María para suplicarle que marchara, cuanto antes mejor. El inspector de policía, que había ido a Bogutcharovo, insistió en el mismo sentido, afirmando que los franceses estaban a cuarenta verstas, que por los pueblos circulaban proclamas francesas y que si la Princesa no marchaba antes del 15 con su padre él no respondería de nada. Continuamente tenía que dar órdenes- todos se dirigían a ella-, y la idea de que habían de marcharse la consumía todo el día.

La noche del 14 al 15, como de costumbre, la pasó en la habitación del Príncipe, sin desnudarse. Se despertó muchas veces, oyendo la respiración oprimida, el crujir de la cama y los pasos de Tikhon y del criado que cambiaban al enfermo de posición. Escuchó detrás de la puerta, pareciéndole que aquel día murmuraba más alto y se revolvía con mayor frecuencia. La princesa María no podía dormir, y frecuentemente se acercaba a la puerta, escuchaba, quería entrar, pero no se atrevía. Aunque no hablara, la princesa María sabía cuán desagradable era para el Príncipe cualquier expresión de temor con respecto a él. Observaba el disgusto con que se apartaba de la mirada que ella muy fijamente le dirigía, sin darse cuenta, y no ignoraba que su presencia en las altas horas de la noche le molestaba.

Nunca, sin embargo, le pareció tan doloroso el perderlo como ahora. Recordaba toda su vida con él, descubriendo en cada una de sus palabras y en cada uno de sus actos la expresión del amor que ella le había profesado. Entre sus recuerdos, las tentaciones del diablo, el pensamiento de «¿qué pasará después de su muerte y qué haré de mi vida libre?», se le presentaban a veces en su imaginación, pero los alejaba con horror. Por la mañana, el Príncipe se sosegó, durmiéndose ella.

Se despertó tarde. La claridad de su espíritu, que se le manifestó al despertarle, le demostraba qué era lo que la preocupaba con preferencia durante la enfermedad de su padre. Se despertó escuchando detrás de la puerta, y al oír el estertor se dijo que todo continuaba igual.

«Pero ¿qué variación puede haber? ¿Qué es lo que yo deseo? ¿Su muerte...?», exclamó horrorizada.

Se vistió, dijo sus oraciones y después salió al portal. Allí cerca se encontraban dos coches, todavía sin caballos, en los que iban colocando el equipaje.

La mañana era gris y tibia. La princesa María se paró en el portal; no cesaba de causarle horror su cobardía moral, mientras procuraba poner sus pensamientos en orden antes de entrar a ver a su padre. El doctor descendió la escalera y se le acercó.

-Hoy está algo mejor- díjole-, y yo la buscaba. Puede entenderse algo de lo

que dice, pues tiene la cabeza más clara. Vamos, que la llama.

Al oír aquella noticia, el corazón de la princesa Maria empezó a latir tan fuertemente que su rostro palideció, debiendo apoyarse en la puerta para no caer. Verle, hablar con él, presentarse a sus ojos, cuando tenía el alma tan llena de tentaciones criminales, era para la Princesa un tormento a la vez alegre y terrible.

-Vamos- dijo el doctor.

La princesa María entró en la habitación, acercándose a la cama. El Príncipe se hallaba de espaldas. Sus manos, pequeñas, huesudas, surcadas de venas azules y sarmentosas, descansaban encima del cubrecama; tenía el ojo izquierdo fijo y claro; el derecho, extraviado; las cejas y los labios, inmóviles. Era delgadito, pequeño y miserable. Parecía que la cara se le hubiera secado o que sus rasgos se hubiesen encogido. La princesa María se le acercó, besándole la mano. La mano izquierda del Principe apretó tan fuerte la de ella, que se veía muy claro que hacía tiempo que la esperaba. Movié la mano y las cejas y los labios se contrajeron coléricamente.

Asustada, la Princesa le miraba, procurando adivinar qué quería. Cuando le cambiaron de posición, se le acercó tanto que veía su cara en el ojo izquierdo del Principe. Durante unos segundos estuvo calmado, sin mover los ojos. Los labios y la lengua se le agitaron, se oyeron algunos sonidos y se puso a hablar tímidamente mientras la miraba suplicante: evidentemente, temía que no le comprendiera.

La princesa María le miraba con atención concentrada. El cómico esfuerzo que hacía para mover la lengua obligó a la princesa María a bajar los ojos y reprimir penosamente el llanto que se le subía a la garganta. El Príncipe pronunció alguna cosa, repitiendo siempre la misma palabra. La Princesa no podía comprenderlo, pero procuraba adivinar lo que le decía, y repetía interrogativamente las palabras pronunciadas por él.

-¡Ah, ah, ah! Uf..., uf...- repitió el Principe muchas veces.

Era imposible comprenderlo. El doctor creyó adivinarlo y, repitiendo las palabras, preguntó:

-¿La Princesa está asustada?

El viejo movió la cabeza negativamente y repitió lo dicho anteriormente.

-El alma, el alma padece- adivinó y dijo la princesa María.

El viejo pareció afirmar, le cogió la mano y la estrechó contra su pecho como si le buscara un lugar a propósito.

-Siempre pienso en ti... Pensamientos- murmuró enseguida más claro y de

un modo mucho más comprensible que antes, al saberse comprendido. La princesa María apoyó la cabeza en la mano de su padre, para esconder los suspiros y las lágrimas, y le acarició el cabello.

-Toda la noche te he llamado- pronunció el viejo.

-Si lo hubiera sabido...- dijo ella entre lágrimas-. No me atreví a entrar.- Él le estrechó la mano.

-¿No has dormido?

-No, no he dormido- dijo moviendo negativamente la cabeza. Sometida involuntariamente a su padre, procuraba hablar igual que él, sobre todo con signos, fingiendo mover la lengua con esfuerzo.

Hija mía... ¡Oh amiga mía...!

La princesa María no lo pudo entender, pero por la expresión de su rostro veíase que había pronunciado una palabra de ternura, acariciadora, que nunca había dicho: «¿Por qué no has venido?»

«¡Yo que le deseaba la muerte!», pensó la princesa María.

Calló el Príncipe, y a poco:

-Gracias, hija mía..., amiga mía, por todo..., por... todo..., perdón..., María..., per... dona..., gracias- los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Manda buscar a Andrutcha- dijo de pronto. Y al hacer esta petición, su rostro tímido, infantil y desconfiado, parecía indicar que él mismo sabía que su ruego no tenía sentido. Eso fue al menos lo que supuso la princesa María.

-He recibido una carta de él- respondió la Princesa.

Él la miró extrañado y con timidez.

.¿Dónde está ahora?

Está en el ejército, padre, en Smolensk.

El Príncipe calló durante un buen rato, quedando con los ojos cerrados. Enseguida, y como para responder a sus dudas y afirmar que lo había comprendido todo y que se acordaba, movió afirmativamente la cabeza y abrió los ojos.

-Sí- dijo claramente y con dulzura-. Rusia está perdida. ¡La han perdido!- y volvió a llorar, resbalando las lágrimas por sus mejillas.

La princesa María no pudo contenerse, echándose a llorar.

El Príncipe cerró de nuevo los ojos, cesando en su llanto; con la mano se señaló los ojos, y Tikhon, que le comprendió, le secó las lágrimas.

Después abrió los ojos; dijo alguna cosa, que en mucho rato nadie pudo comprender y que entendió por fin Tikhon, transmitiéndola. La princesa María buscaba el sentido de sus palabras en el orden de ideas de lo manifestado por el Príncipe unos minutos antes; se preguntaba si hablaba de Rusia, del príncipe Andrés, de ella, de su nieto o de la muerte, y por esto no pudo adivinar qué le decía.

-Ponte el vestido blanco; me gusta- le dijo el Príncipe.

Al oír estas palabras, la princesa María redobló su llanto: el doctor, cogiéndola por el brazo, la condujo a la habitación de la terraza, recomendándole calma y que se ocupara de los preparativos de la marcha.

Así que la princesa María salió de la habitación, el Príncipe empezó a hablar de su hijo, de la guerra y del Emperador; frunciendo el ceño airadamente, gritó con su ronca voz de otros días, y tuvo el segundo y último ataque.

La princesa María quedóse en la terraza. El día había sido claro, soleado y caliente. Ella no podía comprender, sentir ni pensar. Estaba completamente absorbida por el apasionado cariño de su padre. Afecto que le parecía haber ignorado hasta entonces. Corrió al jardín y llorando huyó hacia el estanque por el camino de los tilos jóvenes, plantados por el príncipe Andrés.

-¡Sí..., soy yo..., yo..., quien le deseaba la muerte! Sí, he deseado que muriera enseguida..., he deseado apartarlo de mi vida..., y ¿qué será de mí? ¿Cómo podré tranquilizarme cuando él no exista?- murmuró en alta voz mientras andaba a grandes pasos por el jardín, apretándose con las manos su pecho sollozante.

Después de dar otra vuelta que la llevó a la casa, se dio cuenta de la señorita Bourienne- que se había quedado en Bogutcharovo- y de un desconocido que le salieron al paso. Era el mariscal de la nobleza, que iba a visitar a la Princesa para hacerle presente la necesidad de marchar rápidamente. La princesa María los escuchaba sin comprender lo que le decía. Hizo entrar al mariscal en la casa y ofrecióle desayuno, sentándose junto a él; enseguida, excusándose, se acercó a la puerta de la habitación de su padre. El doctor salía muy descompuesto y prohibióle entrar.

-¡Márchese, Princesa, márchese!

La princesa María volvió al jardín y, cerca del estanque, en un sitio solitario, se sentó en la hierba. No supo exactamente el tiempo que allí estuvo.

Los pasos de una mujer que corría por el camino la volvieron en sí. Se levantó, viendo a Duniatcha, su camarera, que a no dudar la buscaba, y de pronto, y como asustándose a la vista de su señorita, se paró.

-Por favor, Princesa..., el Príncipe- dijo Duniatcha con voz temblorosa.

-Voy enseguida- dijo apresuradamente la Princesa, sin dar tiempo a Duniatcha para que terminara de hablar. Y corrió a la casa.

Princesa, Dios lo ha querido. Tiene que estar dispuesta a todo- dijo el mariscal de la nobleza deteniéndola ante la puerta.

-¡Déjeme! ¡No, no es verdad!- contestó con aspereza. El doctor quiso detenerla, pero ella le empujó corriendo hacia la puerta. «¿Por qué me detienen estos hombres tan asustados? No necesito a nadie. ¿Qué hacen aquí?»

Abrió la puerta, y la luz clara del día en aquella habitación antes tan oscura la asustó. Encontrábanse allí mujeres y criadas. Todas se apartaron, abriéndole paso. Él estaba igualmente tendido sobre la cama, pero la severidad de su rostro detuvo a la Princesa en el umbral.

-¡No..., no ha muerto..., no es posible!- dijo la princesa María al acercarse. Y, dominando el horror que la poseía, posó los labios sobre su mejilla, pero enseguida retrocedió. Espontáneamente, toda la ternura que en su interior sentía por él desapareció, dando lugar a un sentimiento de horror por el que allí yacía. «¡Ya no está! ¡Ya no está! ¡Ya no está! ¡Y aquí, en el sitio donde se hallaba, queda algo extraño, hostil, un misterio terrible, espantoso y repugnante!» Y, escondiendo la cara entre las manos, la princesa María cayó en los brazos del doctor, que la sostuvo.

En presencia de Tikhon y del doctor, las mujeres lavaron el cuerpo, le ataron un pañuelo en torno a la cabeza, para que se le cerrara la boca, atándole además otro alrededor de las piernas, que se le separaban; enseguida vistiéronle el uniforme con las condecoraciones, dejando encima del catafalco un pequeño cadáver descarnado. Dios sabe quién cuidaría de todo; parecía que se hacía solo. Al atardecer se encendieron cirios alrededor del ataúd, cubierto de un paño mortuario: por el suelo esparcieron espliego; una oración impresa fue colocada en la cabecera del ataúd, mientras en un rincón un chantre recitaba los salmos.

Igual que los caballos que se encabritan y tiemblan al ver un caballo muerto, en el salón, alrededor del féretro, se apiñaban forasteros, familiares, el mariscal de la nobleza, el stárosta del pueblo, mujeres y siervos; todos con los ojos fijos y asustados se persignaban, hablando bajo y besando la mano fría e inerte del viejo Príncipe.

Bogutcharovo, antes de la instalación del príncipe Andrés, era una propiedad casi abandonada, teniendo los siervos de aquel pueblo un carácter muy distinto de los de Lisia Gori, de los que se distinguían incluso en el modo de hablar, en el vestir y en las costumbres.

Decían que eran campesinos de las estepas. El viejo Príncipe los elogiaba por su asiduidad en el trabajo cuando iban a Lisia Gori a ayudar en la cosecha o a cavar fosos y estanques, pero no le eran simpáticos debido a ser tan retraídos.

La última estancia del príncipe Andrés en Bogutcharovo, a pesar de sus innovaciones- hospitales, escuelas y reducción de censos , no había civilizado las costumbres de aquella gente, sino que, al contrario, había acentuado aquel rasgo de su carácter que el viejo Príncipe llamaba salvaje.

Alpatich, al llegar a Bogutcharovo poco antes de la muerte del viejo Príncipe, había observado que se producía un movimiento en el pueblo y que, contrariamente a lo que ocurría a sesenta verstas alrededor de Lisia-Gori, donde los campesinos huían abandonando a los cosacos sus pueblos para que los saquearan, en las estepas de Bogutcharovo los siervos estaban en relación con los franceses, que recibían papeles que circulaban entre ellos.

Por fin, y esto era lo más importante, Alpatich sabía que el mismo día que él había ordenado al stárosta que reuniera los carros para llevarse el equipaje de la Princesa aquella misma mañana, los campesinos se habían reunido, decidiendo no moverse y esperar. Entre tanto, el tiempo apremiaba. El día de la muerte del Príncipe, 15 de agosto, el mariscal de la nobleza insistió en que la Princesa partiera inmediatamente. Ahora existía ya peligro y, pasado el día 16, no podría responder de nada. Él se marchó el mismo día de la muerte del Príncipe, prometiendo volver al siguiente para los funerales. Pero no pudo cumplir su promesa, porque, según las noticias que se acababan de recibir, los franceses, inesperadamente, avanzaban, y él, con mucha dificultad, tuvo el tiempo justo para llevarse consigo a su familia y las cosas de más valor que tenía en su finca.

Por la tarde, los carros no estaban prestos. En el pueblo, cerca de la taberna, se había celebrado una asamblea, en la que habían decidido soltar a los caballos en el bosque y no entregar los carros. Alpatich, sin decir una palabra a la Princesa, mandó descargar sus bagajes, que llegaban de Lisia Gori, cogiendo los caballos para su coche para irse a ver a las autoridades.

El 17 de agosto, Rostov e Ilin, acompañados de Lavruchka y de un húsar y un ordenanza, salieron a caballo a pasear por las afueras del campamento de Iankovo, instalado a quince verstas de Bogutcharovo, para probar el nuevo caballo adquirido por Ilin e informarse si se encontraba heno en aquellos pueblos.

Hacía tres días que Bogutcharovo se encontraba entre los dos ejércitos enemigos, de modo que la retaguardia rusa podía ir con la misma facilidad que la vanguardia francesa; por eso Rostov, comandante muy atento a las necesidades de su escuadrón, quería aprovecharse antes de que los franceses se llevaran las provisiones que hubieran quedado.

Rostov e Ilin dirigíanse a Bogutcharovo de muy buen humor, porque esperaban encontrar servicio esmerado y guapas muchachas en la hacienda del Príncipe. Entreteníanse a veces en interrogar a Lavruchka, y se reían de lo que les contaba. O se divertían en pasar el uno delante del otro para probar el caballo de Ilin.

Rostov ignoraba que el pueblo a que se dirigían pertenecía a Bolkonski, que había sido prometido de su hermana. Rostov e Ilin pusieron a galope por última vez sus caballos, y se encontraron a unos pasos de Bogutcharovo. Rostov, adelantándose a Ilin, entró el primero en el pueblo.

-Me has adelantado- dijo Ilin muy sofocado.

-Sí, yo siempre llego primero, lo mismo en el campamento que aquí- replicó Rostov mientras acariciaba su caballo del Don.

-Yo, Excelencia, monto un caballo francés- dijo detrás de ellos Lavruchka, calificando de caballo francés a la mula que montaba-. Podría haber llegado el primero,, pero no os he querido avergonzar.

Al paso, se acercaron a la granja, cerca de la cual hallábase una multitud de siervos. Algunos se descubrieron a su paso y otros los miraban, sin descubrirse. Dos campesinos viejos, altos, de cara arrugada, con ralas barbas, salieron de la taberna y se acercaron a los oficiales, balanceándose mientras cantaban y reían.

-¡Vaya tíos! ¿Tenéis heno? - preguntó sonriendo Rostov.

-¡Cómo se parecen...!- observó Ilin.

-«La... ale... gre... conver... sación»- cantaba uno con beatífica sonrisa.

Un campesino se destacó de la multitud y se acercó a Rostov.

-¿Quiénes sois?- preguntó.

-Franceses- respondió riendo Ilin-. Aquí tienes a Napoleón en persona- añadió señalando a Lavruchka.

-¿Sois rusos, pues?- preguntó de nuevo el campesino.

-¿Habéis venido muchos?- preguntó otro campesino pequeño acercándoseles.

-Muchos, muchos- replicó Rostov-, pero ¿qué hacéis aquí reunidos? ¿Celebráis alguna fiesta?

-Son los viejos que se reúnen por causa del mir- respondieron los campesinos mientras se alejaban.

En aquel momento, dos mujeres y un hombre con blanco gorro salían de la señorial casa en dirección a los oficiales.

La que va de color de rosa es para mí, no me la quitéis- dijo Ilin por Duniatcha, que se le acercaba corriendo.

-Será para nosotros- dijo Lavruchka a Ilin guiñándole el ojo.

-¿Qué hay de nuevo, preciosa?- dijo Ilin sonriente.

-La Princesa ha ordenado que os preguntáramos de qué regimiento sois y cómo os llamáis.

-Conde Rostov, comandante de escuadrón y servidor vuestro.

-«Con... con... versa... ción»- cantaban los borrachos campesinos, sonriendo al mirar a Ilin que hablaba con la muchacha.

Detrás de Duniatcha, Alpatich se acercó a Rostov, descubriéndose de lejos.

-¿Puedo molestar un momento a Su Señoría?- dijo con respeto pero también con negligencia, viendo la juventud del oficial y poniéndose la mano en el bolsillo-. Mi señora, la hija del general jefe príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski, muerto el día 15 de este mes, se encuentra ante serias dificultades a causa de la ignorancia de esta gente- y señaló a los campesinos-, y espera que os dignéis... ¿Queréis retroceder un poco, por favor?- dijo Alpatich con triste sonrisa-; no es muy agradable hablar delante de...-Alpatich señaló con los ojos a dos campesinos que rondaban tras ellos, como los tábanos alrededor de los caballos.

-¡Eh, Alpatich! ¡Eh, Iakob Alpatich...! Ya está bien eso...- dijeron los campesinos con sonrisa alegre.

Rostov miró al borracho, sonriéndose también.

-¿Por ventura esto divierte a Vuestra Excelencia?-dijo Iakob Alpatich con cara seria mientras señalaba con la mano que tenía libre a los dos viejos.

No, aquí no hay nada divertido dijo Rostov, y retrocedió-. ¿De qué se trata?

-Si Vuestra Excelencia me lo permite, me atreveré a explicarle que la gente grosera de este lugar no quiere dejar salir a su señora y amenaza con desenganchar los caballos, de modo que están los equipajes a punto, sin que Su Excelencia pueda marchar.

-No puede ser- exclamó Rostov.

-Os digo la verdad, la pura verdad- confirmó Alpatich.

Rostov descendió del caballo, que entregó a su ordenanza, y con Alpatich se dirigió a pie a la casa, mientras le pedía detalles. Efectivamente, la proposición de dar trigo a los campesinos, hecha el día anterior por la Princesa, estropeó la situación. Por la mañana, cuando la Princesa ordenó enganchar para emprender la marcha, los campesinos salieron todos juntos y cerca de la granja advirtiéronle que no la dejarían salir del pueblo, «que existía la orden de que nadie saliera», para lo cual desengancharían los caballos. Alpatich habíales amonestado, pero le respondieron- el que más hablaba era Karp; Drone no salía de la muchedumbre- que no podían dejar marchar a la Princesa, y que respecto a este punto existía una orden, y que si la Princesa se quedaba, la servirían y la obedecerían en todo y para todo igual que antes.

Mientras Rostov e Ilin galopaban por la carretera, la princesa María, a pesar de los ruegos de Alpatich, de la criada vieja y de las camareras, daba orden de enganchar, pues quería salir. Pero al darse cuenta de los caballos que galopaban- los había tomado por franceses-, los postillones negáronse a partir y la casa se llenó de lamentos de mujer.

-¡Padre, padrecito! ¿Es Dios quien os envía?- decían las voces mientras Rostov atravesaba el patio.

La princesa María, asustada y sin fuerzas, estaba sentada en el salón cuando Rostov fue introducido. No comprendía quién era ni por qué estaba allí ni qué pasaría. Al observar su rostro ruso y al reconocer desde el primer momento y desde las primeras palabras que tenía delante a un hombre de su mundo, le miró con mirada profunda, resplandeciente, empezando a hablar con voz entrecortada y temblorosa por la emoción. Rostov vio enseguida algo romántico en aquella presentación. Una muchacha sin defensa, aplastada por el dolor, sola y abandonada en las manos de groseros campesinos revolucionarios. «¿Qué extraño azar me ha traído aquí? ¡Y qué dulzura, qué nobleza hay en su cara y en su expresión!», pensaba Rostov mientras la miraba y oía su tímido relato.

Cuando empezó a decir que todo había ocurrido al día siguiente de la muerte de su padre, se le quebró la voz en un sollozo, volvióse y enseguida, como si temiera que Rostov tomara a mal sus palabras o las interpretara como un ardid para enternecerlo, le miró, interrogadora y temerosamente. Rostov

tenía las lágrimas en los ojos. La princesa María dióse cuenta, mirando a Rostov con agradecimiento, con aquellos ojos resplandecientes que hacían olvidar la fealdad de su rostro.

-No puedo expresaros, Princesa, la satisfacción que siento por haber venido por casualidad aquí y poderme poner por entero a vuestra disposición- dijo Rostov levantándose-. Marchad si así os place, yo os respondo por mi honor que nadie se atreverá a inquietaros con sólo permitirme que os acompañe.- Y saludándola con respeto, igual como se saluda a las damas de sangre real, se dirigió a la puerta. Por su tono, Rostov parecía querer demostrar que aunque consideraba como una suerte el conocer a la Princesa, no quería aprovecharse de su desgracia para relacionarse con ella.

La princesa María comprendió aquel gesto y lo agradeció.

-Os estoy muy reconocida- díjole en francés.

De pronto la Princesa se echó a llorar.

-Dispensadme- dijo.

Rostov enarcó las cejas y saludó otra vez profundamente al salir de la habitación.

VIII

Que amable es! ¡Si supieras! ¡Una delicia! Es mi rubia y se llama Duniatcha.

Pero Ilin, al mirar la cara de Rostov, callóse. Veía que su héroe, el Comandante, se hallaba en una disposición de espíritu bien diferente a la que él se encontraba.

Rostov miró a Ilin con mala cara y sin responderle se dirigió al pueblo a paso largo.

«¡Ya les enseñaré yo! ¡Ya los meteré en cintura, bandidos!», se decía.

Alpatich, corriendo cuanto le era posible, acercóse a Rostov.

-¿Qué determinación os habéis dignado tomar?- preguntó.

Rostov se paró y cerrando los puños con gesto amenazador dirigióse bruscamente a Alpatich.

-¿Determinación? ¿Qué determinación? ¡Viejo imbécil!- le gritó-. ¿A qué aguardas? ¿La gente se subleva y no sabes arreglarlo? Eres un traidor como

ellos. Ya os conozco. Os arrancaré la piel a todos...

Después, como si temiera gastar inútilmente su energía, dejó a Alpatich, echando por el camino más rápido. Alpatich, ahogando su íntimo sentimiento por la ofensa, le seguía resoplando, mientras le comunicaba sus consideraciones. Le explicaba que los siervos vivían en plena ignorancia y que era imprudente el contradecirlos sin contar con un destacamento militar, por lo que sería mucho mejor ir a buscar tropas.

-¡Ya les daré yo tropas! ¡Ya les contradeciré!- decía estúpidamente Nicolás, ahogándose en su insensata cólera animal y por la necesidad de buscar una salida a aquella cólera. Sin pensar en lo que debía hacer, se acercaba a la multitud inconscientemente, resuelto y muy deprisa. Cuanto más adelantaba, más convencido quedaba Alpatich de que era un acto irreflexivo del que no podía resultar nada bueno. Los siervos, al ver su aire resuelto, firme, y su cara contraída, pensaban lo mismo.

-¡Y ahora oídme todos!- dijo Rostov dirigiéndose a los campesinos . Marchaos a vuestras-casas; no quiero ni oír la voz.

Lo veis. ¡Nosotros no hicimos ningún daño! Esto ha sido una tontería y nada más... Una idiotez... Ya os lo decía que la orden no era ésta...- decían voces que se increpaban mutuamente.

-¿Lo veis...? Ya os lo había dicho... ¡Esto no está bien, hijos míos! dijo Alpatich reintegrándose a sus funciones.

-Nosotros tenemos la culpa, Iakob Alpatich- respondieron las voces. Y enseguida la multitud se dispersó por el pueblo.

Al cabo de dos horas, los carros hallábanse en el patio de la casa de Bogutcharovo y los siervos cargaban los equipajes de los señores con animación.

Rostov, para no molestar a la Princesa, no fue a su casa, sino que se quedó en el pueblo, aguardando la marcha. Cuando vio que los carruajes de la Princesa salían, montó a caballo y acompañó a la Princesa hasta la carretera ocupada por las tropas rusas, hasta doce verstas de Bogutcharovo.

-¡Oh, no tiene importancia!- respondió muy sofocado al expresarle la Princesa su agradecimiento por su salvación (así denominaba ella su acción)-. Cualquier policía hubiera hecho lo mismo. Si sólo tuviéramos que hacer la guerra contra los campesinos, no dejaríamos al enemigo tan atrás- dijo como si se avergonzara de algo y quisiera cambiar de conversación-. Estoy muy contento por haber tenido ocasión de conocerla. Hasta la vista, Princesa; le deseo buena suerte y consuelo; espero poderla encontrar en circunstancias más felices. Si no quiere avergonzarme le ruego que no me dé las gracias.

Pero si la Princesa no le dio las gracias con palabras, se las dio con toda la expresión de su cara iluminada por el agradecimiento y la ternura. No podía creerle cuando le decía que no tenía nada que agradecer. Al contrario, para ella era indiscutible que sin él hubiera muerto seguramente a manos de los revoltosos o de los franceses, y que «él», para salvarla, se había expuesto a peligros ciertos y terribles, además de que era un hombre de alma elevada y noble que había sabido comprender su situación y su pena. Sus ojos buenos y honrados, con las lágrimas que en ellos aparecían cuando ella le hablaba, no se apartaban de su imaginación.

Cuando le hubo dicho adiós y se encontró sola, sintió de pronto sus ojos llenos de lágrimas, y entonces, por primera vez, se le ocurrió esta rara pregunta: «¿Por ventura me he enamorado de él?»

Por la carretera, más cerca de Moscú, a pesar de no ser la situación de la Princesa muy divertida, Duniatcha, que viajaba en el coche con ella, observó que muchas veces la Princesa sacaba la cabeza por la ventanilla, sonriéndole con sonrisa gozosa y triste.

«¿Y si me hubiera enamorado?», pensó la princesa María. Por vergüenza que le causara el confesarse que era ella la primera en enamorarse de un hombre que quizá no la amaría jamás, se consoló con el pensamiento de que nadie lo sabría nunca y de que no sería culpable si, sin decirlo a nadie, hasta el final de su vida amaba a alguien por primera y última vez.

«Y tenía que venir a Bogutcharovo precisamente en este instante, y su hermana tenía que rechazar al príncipe Andrés», pensaba la princesa María, viendo en todo ello la voluntad de la Providencia.

La impresión que la princesa María causó a Rostov fue muy agradable. Cuando la recordaba se sentía alegre, y cuando los compañeros, al tener conocimiento de la aventura que le había ocurrido en Bogutcharovo, bromeaban diciéndole que había ido por heno y había vuelto con la heredera más rica de Rusia, Rostov se disgustó. Se disgustó precisamente porque la idea del matrimonio con la dulce, agradable y riquísima princesa María, a pesar suyo, se le había ocurrido muchas veces. Nicolás no podía desear una mujer mejor que la princesa María. Su boda con ella sería la felicidad de la Condesa, su madre, y reharía los negocios de su padre y hasta- Nicolás lo veía claro- sería la felicidad de la princesa María.

Pero ¿y Sonia? ¿Y la palabra dada? Y Rostov se enfadaba cuando, en broma, le hablaban de la princesa Bolkonski.

Kutuzov, que había aceptado el mando de los ejércitos, recordó al príncipe Andrés y le ordenó presentarse en el Cuartel General.

El príncipe Andrés llegó a Tzarevo Zaimistche precisamente cuando Kutuzov pasaba la primera revista a sus tropas. El príncipe Andrés se paró en el pueblo cerca de la casa del pope, donde se encontraba el coche del Generalísimo, y se sentó en un banco cerca de la puerta cochera, esperando al Serenísimo, como todos entonces le llamaban. En los campos que se extendían tras el pueblo, tan pronto se oían los acordes de las músicas militares como el rumor de una multitud de voces gritando «¡hurra!» al nuevo comandante en jefe.

Allí, cerca de la puerta cochera, a dos pasos del príncipe Andrés, dos asistentes, el ordenanza y el maitre d'hôtel, aprovechaban la ausencia del Príncipe y el buen tiempo para poder charlar.

Un coronel de húsares, pequeño, moreno, con un bigote muy espeso y patillas muy pobladas, se acercó a caballo hacia la puerta y mirando al príncipe Andrés le preguntó si el Serenísimo había parado allí y si volvería pronto.

El príncipe Andrés respondió que él no pertenecía al Estado Mayor del Serenísimo y que hacía poco rato que había llegado. El coronel de húsares se dirigió a un asistente, y el asistente del comandante en jefe le respondió, con el menosprecio característico en los asistentes de los generalísimos cuando hablaban a los oficiales:

-¿Qué? ¿El Serenísimo? Volverá pronto. ¿Qué queréis?

El coronel de húsares sonrióse por debajo de su bigote, por el tono del asistente, bajó del caballo, lo entregó al ordenanza y después, acercándose a Bolkonski, lo saludo ligeramente. Bolkonski le dejó sitio en el banco; el coronel se sentó a su lado.

-¿También aguardáis al Generalísimo?- dijo el coronel de húsares-. Dicen que todo el mundo puede verle, ¡Dios sea loado! ¡En esos comedores de salchichas es un asco! Por algo Ermelov ha pedido ser promovido al ejército alemán, ahora que los húsares tienen derecho a hablar. Además, el diablo sabe lo que han hecho hasta ahora. Retroceder, siempre retroceder. ¿Ha hecho usted la campaña?

-He tenido el placer- replicó el príncipe Andrés-no sólo de participar en la retirada, sino incluso de perder en esta retirada a un ser querido, sin hablar de mis bienes y la casa de mi linaje. Mi padre murió de pena. Soy de Smolensk.

-¡Ah!. ¿es usted el príncipe Bolkonski? Celebro conocerle. El teniente

Denisov, más conocido por el nombre de Vaska- dijo Denisov estrechando la mano del príncipe Andrés y mirándole con benévola expresión-. Sí, ya he oído hablar de usted- añadió con gesto compasivo, después de un corto silencio . Esto es una guerra de escitas. ¡Todo está bien menos para los que lo pagan con la vida! ¡Ah! Entonces ¿es usted el príncipe Andrés Bolkonski?

Andrés inclinó la cabeza.

-Celebro veros, Príncipe, celebro de veras haberle conocido- repitió con una sonrisa triste, estrechándole de nuevo la mano.

Sonreía así al recordar los tiempos en que estuvo enamorado de Natacha. Pero enseguida pasó a lo que le preocupaba intensamente: el plan de campaña que había imaginado mientras hacía el servicio en la vanguardia durante la retirada. Había presentado ese plan a Barclay de Tolly, y ahora se proponía someterlo a Kutuzov. Su plan se basaba en el hecho de que la línea de operaciones de los franceses se había alargado demasiado y que antes que ellos, o al mismo tiempo que ellos maniobraban de frente, era preciso cerrar el camino a los franceses y atacar sus comunicaciones. Empezó a explicar su plan al príncipe Andrés.

No se podrá defender toda esta línea, es imposible; yo doy mi palabra de romperla. Deme quinientos hombres y la romperé. Estoy convencido. ¡Sólo hay un sistema posible: las guerrillas!

Denisov se levantó y expuso, gesticulando, su plan a Bolkonski.

A media explicación llegaron del campo de revista gritos, mezclados y confundidos con la música y los cantos. El pueblo se llenó de ruidos, pasos y gritos.

-¡Es él!- gritó un cosaco que se hallaba en la puerta de la casa.

Bolkonski y Denisov se acercaron a la puerta cochera, cerca de la cual se encontraba un pequeño grupo de soldados: la guardia de honor. Vieron que Kutuzov, montado en un caballo gris y de mediana altura, se acercaba por la calle. Un grupo de generales le acompañaba; Barclay estaba casi a su lado. Una multitud de oficiales corría detrás de él gritando«¡hurra!».

Delante de él, los ayudantes de campo entraron a galope en el patio. Kutuzov, picando espuelas impaciente al caballo, que andaba despacio bajo su enorme peso, y saludando continuamente, acercó su mano a la gorra de cuartel, redonda y sin visera. Al llegar cerca de la guardia de honor de bravos granaderos, la mayoría de los cuales ostentaban sus condecoraciones, que le daban escolta, durante un minuto, en silencio, los miró fijamente con una mirada obstinada y fija, volviéndose después hacia la multitud de generales y oficiales que le rodeaban.

De pronto, su cara tomó una expresión fija y encogió los hombros con gesto de extrañeza.

-¡Retroceder, retroceder siempre con unos muchachotes así!- dijo-. ¡Vaya! Hasta la vista, general- añadió. Y, picando espuelas hacia la puerta, pasó por delante del príncipe Andrés y de Denisov.

-¡Hurra, hurra, hurra!- gritaban detrás de él.

Desde que el príncipe Andrés le había visto por última vez, Kutuzov había engordado, haciéndose más pesado; pero su ojo perdido, su gesto, la impresión de fatiga y de su persona eran los mismos.

Llevaba la casaca- el látigo sostenido por una correa fina le atravesaba la espalda- y la gorra blanca de caballero de la guardia. Andaba columpiándose sobre el caballo.

Al entrar en el patio se puso a silbar. Su cara expresaba la alegría tranquila de un hombre que tiene intención de descansar después de una revista. Sacó el pie izquierdo del estribo e inclinándose y moviendo su cuerpo con esfuerzo se levantó de la silla con dificultad, apoyóse con las rodillas, tosió y bajó confiando en los brazos del cosaco ayudante de campo.

Se ajustó la ropa, dirigió la vista a su alrededor con los ojos medio entornados, miró al príncipe Andrés evidentemente sin reconocerlo- y con su paso de oca entró en el portal. La impresión de la cara del príncipe Andrés no se unió al recuerdo de su persona sino al cabo de unos cuantos segundos, tal como es corriente en los viejos.

-¡Ah! ¡Buenos días, Príncipe! ¡Buenos días, querido! Vamos... dijo en un tono de fatiga mirando a su alrededor. Y subió pesadamente las escaleras, que crujían bajo su peso. Se desabrochó la levita y se sentó en el banco que se hallaba bajo el pórtico de la entrada-. ¿Y cómo está su padre?

-Ayer supe que había muerto- dijo brevemente el príncipe Andrés

Kutuzov miró al príncipe Andrés con los ojos desmesuradamente abiertos y enseguida se descubrió, persignándose.

-¡Que Dios le tenga en la gloria! ¡Que se haga su voluntad sobre todos nosotros.- Suspiró profundamente y se calló por el momento-. Le quería y le respetaba; lo compadezco con toda mi alma.

Abrazó al príncipe Andrés, le estrechó contra su robusto pecho, reteniéndole un rato en esta posición. Cuando le soltó, el príncipe Andrés vio que los gruesos labios de Kutuzov temblaban y que tenía los ojos llenos de lágrimas. Suspiró y apoyó las manos en el banco para levantarse

-Vamos, vamos a casa y hablaremos- dijo.

En aquel momento, Denisov, que no se paraba ni ante los jefes ni ante el enemigo, a pesar de que los ayudantes de campo querían pararlo cerca del portal, subió resuelto la escalera haciendo tintinear sus espuelas. Kutuzov se puso a mirar a Denisov con mirada fatigada y con gesto de desprecio, y con las manos apoyadas en el vientre repitió:

-¿Por el bien de la patria? Y bien, ¿qué es esto? ¡Hable!

Denisov se sonrojó como un muchacho. Era extraño ver sonrojada aquella vieja cara, bigotuda y pecosa. Con decisión comenzó a exponer su plan para romper la línea enemiga de operaciones entre Smolensk y Viazma.

Denisov había vivido mucho tiempo en aquella región y la conocía bien. Su plan parecía indiscutiblemente bueno, sobre todo gracias a la fuerza y convicción con que lo exponía.

Kutuzov se miraba los pies y de vez en cuando echaba una mirada al patio de la vecina isba como si en aquel lugar aguardara alguna cosa desagradable. En efecto, de la isba que miraba mientras hablaba Denisov salió un general con una cartera bajo el brazo.

-¿Cómo? ¿Ya estáis a punto?- preguntó Kutuzov en medio de la explicación que le hacía Denisov.

-Estoy a punto, Excelencia- dijo el general.

Kutuzov bajó la cabeza como si quisiera decir: «¡Cómo es posible que un hombre solo pueda hacer esto!», y continuó escuchando a Denisov.

-Doy mi palabra de honor de oficial de húsares que cortaré las comunicaciones a Napoleón- dijo Denisov.

Kiril Andreievitch, el jefe de intendencia, ¿qué parentesco tiene contigo?- le interrumpió Kutuzov.

-Es mi tío, Alteza.

-¡Ah! Así, pues, somos amigos- dijo alegremente Kutuzov-. Está bien, hombre, está bien; quédate aquí, en el Estado Mayor mañana hablaremos.

Y saludando con la cabeza a Denisov se volvió y recogió los papeles que le entregaba Konovnitzin.

-¿Vuestra Alteza no se dignará entrar en la habitación?- dijo el general de servicio con tono de descontento-. Es necesario examinar los planos y firmar algunos documentos.

El ayudante de campo que salía por la puerta anunció que todo estaba preparado dentro. Pero, evidentemente, Kutuzov quería encontrar la habitación despejada. Hizo una mueca.

-Bueno, amigo, bueno, di que traigan la mesa. Lo estudiaremos aquí mismo. Tú quédate aquí- añadió dirigiéndose al príncipe Andrés.

X

Después de unos días de mal tiempo, el 25 mejoró, por lo que, después del almuerzo, Pedro partió de Moscú.

Por la noche, al cambiar de caballos en Perkhuchkovo, Pedro supo que aquella tarde se había librado una gran batalla. Decían que en Perkhuchkovo la tierra había temblado de los cañonazos. Pedro preguntó quién era el vencedor, pero nadie supo responderle; era la batalla de Schevardin, del 24. A primeras horas de la mañana, Pedro llegaba cerca de Mojaisk.

Todas las casas de Mojaisk estaban ocupadas por las tropas, y en el mesón donde Pedro encontró a su lacayo y a su cochero no había sitio: los oficiales lo ocupaban todo.

A partir de Mojaisk se encontraban tropas por todas partes: cosacos, soldados de infantería, de caballería, furgones, cajas, cañones... Pedro se apresuró y cuanto más se alejaba de Moscú, más se sumergía en este mar de tropas, más se sentía invadido por una extraña inquietud y por un sentimiento de alegría desconocido para él.

El 24, la batalla se había entablado en el reducto Schevardin; el 25, las tropas no dispararon un tiro; el 26 se había librado la batalla de Borodino.

En la mañana del 25, Pedro partió de Mojaisk para Tatarinovo. A mano derecha del collado que va hacia la ciudad delante de la catedral, situada en la cima, Pedro, cuando la campana anunciaba el oficio, bajó del coche y echó a andar. Detrás de él descendía un regimiento de caballería con cantores delante; los postillones y los campesinos corrían de un lado a otro azotando a los caballos, gritando cerca de ellos. Las carretas, en cada una de las cuales iban echados y sentados tres o cuatro soldados heridos, saltaban por las piedras que tapizaban el suelo de la rápida cuesta. Los heridos, vendados, pálidos, con los labios cerrados, las cejas hirsutas, se cogían a los barandales mientras chocaban los unos contra los otros dentro de las carretas. Casi todos, con una curiosidad infantil e inocente, miraban el frac verde y la gorra blanca de Pedro. El cochero de Pedro gritaba con violencia para que los convoyes de heridos se apartaran. El regimiento de caballería que descendía de la montaña cantando cerró el paso al coche de Pedro. Éste se detuvo en el margen del camino. El sol no había penetrado hasta aquel camino profundo, en el que hacía frío y humedad. Por encima de la cabeza de Pedro brillaba una clara

mañana de agosto y se sentía un alegre campanileo. Una carreta de heridos se detuvo cerca de Pedro. El postillón, un campesino con lapti, corrió resoplado hacia el carro, puso una piedra bajo las ruedas de atrás y empezó a arreglar la guarnición del caballo.

Un viejo soldado herido, con el brazo vendado, que andaba al lado de la carreta, cogióle la mano, volviéndose hacia Pedro.

-¿Nos arrastraréis hasta Moscú?- preguntó.

Pedro, de tan pensativo como estaba, no entendió la pregunta; tan pronto miraba al regimiento de caballería, que en aquel momento se cruzaba con el convoy de heridos, como a la carreta que tenía cerca, en la que iban dos heridos sentados y uno echado, y le pareció que allí, en presencia de aquellos heridos, se encontraba la solución que buscaba. Uno de los soldados sentado en la carreta estaba herido, probablemente en la mejilla; tenía la cabeza vendada con jirones de tela; una de sus mejillas estaba tan hinchada que parecía una cabeza de niño; la boca y la nariz se le habían torcido. El soldado miró a la iglesia y se persignó. El otro, un muchacho joven- un recluta-, rubio y blanco, miró a Pedro con una bondadosa sonrisa, acartonada, que se destacaba en una cara fina completamente exangüe. Los cantores del regimiento de caballería pasaban a la altura de la carreta. Cantaban una canción de soldados. Como respondiéndoles, pero con otro género de alegría, los rayos tibios del sol acariciaban la cima opuesta de la montaña. Abajo, al pie, cerca de la carreta de los heridos y del caballito voluntarioso, parado junto al coche, había mucha humedad y tristeza.

El soldado de la mejilla hinchada miraba colérico a los cantores.

-¡Oh! ¡Qué presumidos!- dijo con desdén.

-Hoy no han tenido bastante con los soldados y también han cogido a los campesinos. ¡Hasta a los campesinos...! También los cazan..., hoy todos somos iguales. Quieren lanzar a todo el pueblo. ¡Quieren acabar de una vez!- dijo con una sonrisa triste, dirigiéndose a Pedro, el soldado que iba dentro de la carreta.

A pesar de la oscuridad de las palabras del soldado, Pedro comprendió todo lo que quería decir e inclinó la cabeza en señal de aprobación.

La carretera quedó libre. Pedro descendió y se fue un poco más lejos. Miró a los dos soldados del camino, buscando una cara conocida, pero no encontraba más que rostros desconocidos de militares de diversos regimientos, que miraban con extrañeza su gorra blanca y su frac verde. Después de haber recorrido cuatro verstas encontró a un conocido al que interpelló con alegría. Era uno de los médicos en jefe del ejército e iba en un cabriolé; seguía un camino distinto al de Pedro; a su lado iba un médico joven. Al reconocer a Pedro, mandó parar al cosaco que iba en el asiento del cochero.

-¿Conde! ¡Excelencia! ¿Cómo se encuentra usted aquí?- preguntó el doctor.

-Nada, he querido ver...

-Sí, sí, ya le aseguro yo que hay muchas cosas por ver.

Pedro descendió y se puso a hablar con el doctor, explicándole su propósito de participar en la batalla.

-¿Por qué quiere encontrarse Dios sabe dónde, en un lugar desconocido, durante la batalla?- dijo cambiando una mirada con su joven compañero-. Además, el Serenísimo le conoce y le recibirá con mucho gusto. Créame, hágalo así, querido.

El doctor parecía cansado y nervioso.

-Así, pues, piensa... ¡Ah! También quisiera preguntarle dónde se encuentra exactamente la posición- dijo Pedro.

-¿La posición? Esto no es de mi especialidad. Pase por el pueblo de Tatarinovo, allá preparan algo, y suba al collado, desde allí se ve todo- dijo el doctor.

-¿De veras? Si usted...

Pero el doctor le interrumpió y se acercó al cabriolé.

De buena gana le acompañaría, pero le juro que estoy hasta aquí- el doctor señalaba su cuello-. Voy corriendo al comandante del cuerpo. Lo hemos arreglado como hemos podido. ¿Sabe usted, Conde? La batalla está decidida para mañana, y por cien mil hombres hay que calcular por lo menos unos veinte mil heridos, y no tenemos literas, ni camas de campaña, ni médicos ni para seis mil. Tenemos diez carretas, pero no es esto sólo lo que se necesita, y ahí queda eso, arréglate como puedas...

Este pensamiento extrañó a Pedro: entre aquellos millares de hombres vivos y sanos, jóvenes y viejos, a los que causaba una alegre admiración su gorra, había seguramente unos veinte mil destinados a ser heridos o a morir- quién sabe si aquellos mismos que veía-; este pensamiento le aplastó: «Quizá mueran mañana. ¿Por qué piensan en otras cosas que en la muerte?» Y de pronto, por una asociación misteriosa de ideas, se representó vivamente la salida de Mojaisk, la carreta con los heridos, la campana, los rayos inclinados del sol, las canciones de los de caballería. «Los jinetes van a la batalla, encuentran heridos y no piensan ni por un instante lo que les espera, y echan adelante mientras guiñan el ojo a los heridos. Y de todos estos hombres, veinte mil están destinados a la muerte, y a pesar de ello se preocupan de mi gorra. ¡Qué extraordinario!, pensaba Pedro dirigiéndose al pueblo de Tatarinovo.

Cerca de la casa señorial, a izquierda del camino, se encontraban coches,

carros y una multitud de asistentes y centinelas. El cuartel del Serenísimo se hallaba allí. Pero cuando Pedro llegó casi no había nadie del Estado Mayor. Todos estaban en el oficio de acción de gracias. Pedro marchó más lejos, en dirección a Gorki. Después de subir una cuesta, al entrar en una calleja del pueblo, Pedro se dio cuenta por primera vez de los campesinos milicianos, con sus gorras y camisas blancas, que, hablando y gritando animados y sudorosos, trabajaban a la derecha del camino, en un inmenso reducto cubierto de hierba. Los unos cavaban con azadones, los otros se llevaban la tierra sobrante sobre unas tablas y los otros no hacían nada.

Dos oficiales daban órdenes. Al ver a aquellos campesinos que el nuevo estado militar animaba, Pedro se acordó otra vez de los heridos de Mojaisk y comprendió lo que quería decir el soldado cuando le dijo «que querían lanzar a todo el pueblo». La vista de aquellos campesinos barbudos, que trabajaban en el campo de batalla, pesados, con botas que no eran de su pie, con los cuerpos bañados de sudor, con las camisas abiertas, por las cuales se veían los huesos de las clavículas, impresionó más vivamente a Pedro que todo lo que había visto y sentido hasta entonces respecto a la solemnidad e importancia del instante presente,

XI

Pedro descendió de su coche y subió a un collado desde el que se veía el campo de batalla.

Eran las once de la mañana. El sol, un poco a la izquierda por detrás de Pedro, a través del aire puro y suave, iluminaba vivamente un enorme panorama, que se abría como un anfiteatro ante su vista.

Encima y a la izquierda, rompiendo aquel anfiteatro, pasaba la carretera de Smolensk, que atravesaba el pueblo de la iglesia blanca, que se hallaba exactamente debajo, a unos quinientos pasos delante del collado; era Borodino. La carretera, más allá del pueblo, atravesaba un puente y, serpenteando cada vez más, seguía hacia el pueblo de Valluievo, que se percibía a la distancia de unas seis verstas. Napoleón se encontraba allí. Detrás de Valluievo, la carretera desaparecía en el bosque que se veía amarillear en el horizonte. En aquel bosque de abetos, a la derecha de la carretera, brillaba al sol la cruz lejana y el campanario del convento de Kolotzki. Entre toda aquella lejanía azulada a derecha e izquierda del bosque y de la carretera, en diversos lugares, se veían las hogueras humeantes y las masas imprecisas de las tropas rusas y las del enemigo. A la derecha, a lo largo de los ríos Kolotcha y Moscova, el país estaba lleno de cavernas y era muy accidentado. Lejos, en

uno de los valles, se divisaban los pueblos de Bezubovo y Zakharino. Por la izquierda, el terreno era más regular, con campos de trigo; se veía el pueblo de Semeonovskoie.

Todo lo que Pedro veía tanto a derecha como a izquierda era tan impreciso que en ningún sitio encontraba algo para satisfacer su imaginación. En ninguna parte descubría aquel campo de batalla que esperaba encontrar; sólo veía campos, llanuras, tropas, bosques, cortijos, hogueras, pueblos, collados, torrentes, y Pedro, por más que mirara, no podía descubrir en aquel paisaje la posición y tampoco podía distinguir las tropas rusas de las del enemigo.

«He de informarme con alguien que entienda», pensó y se dirigió a un oficial que miraba curioso su enorme persona, tan poco marcial.

-¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué pueblo es aquel de allá abajo, enfrente de nosotros?

-Burdino, ¿no?- dijo el oficial dirigiéndose a su compañero.

-Borodino- rectificó el otro.

El oficial, visiblemente contento por la ocasión que se le presentaba de hablar, se acercó a Pedro.

Los nuestros ¿están allá abajo?- preguntó Pedro.

-Sí, y más lejos están los franceses. Mire, mire, ¡si se ven!- dijo el oficial.

-¿Dónde? ¿Dónde?- preguntó de nuevo Pedro.

-Se distinguen a simple vista. Mire.

El oficial señalaba el humo que veía a la izquierda, detrás del río, cuando apareció en su rostro aquella expresión severa y grave que Pedro había ya observado en muchos de los rostros que había visto.

-¡Ah! ¿Son franceses? Y allá a lo lejos... Pedro señaló a la izquierda del collado, cerca del cual se veían tropas.

Son los nuestros.

-¡Ah! ¡Los nuestros!

Pedro señalaba un collado lejano con un gran árbol, cerca del pueblo que se divisaba en el valle; allí también se veía humareda de fuegos y algo que se movía.

-Es «él» también- dijo el oficial (era el reducto de Schevardin)-. Ayer se encontraban los nuestros, hoy está «él».

-Así, pues, ¿cuál es nuestra posición?

-¡La posición!- dijo el oficial con una sonrisa de placer-. Le puedo hablar con gran conocimiento de causa, pues yo soy quien ha construido casi todas las fortificaciones. ¿Ve? Allá abajo tenemos el centro de Borodino. ¿Ve aquello?- y señalaba al pueblo con la iglesia Blanca que se hallaba delante-, ahí está el paso para atravesar el Kolocha. Allá, ¿lo ve?, allá donde se divisan aquellas gavillas de heno... Es el puente, es nuestro centro. Aquí tenemos nuestro flanco derecho- señalaba muy a la derecha, lejos, hacia los valles . Allá abajo está el río Moscova, sobre el que hemos construido tres reductos muy fuertes. El flanco izquierdo...- El oficial se detuvo-. Verá usted, eso es muy difícil de explicar. Ayer nuestro flanco izquierdo se encontraba allá abajo, en Schevardin, donde está el roble; ahora hemos retrocedido nuestra ala izquierda hacia atrás. ¿Ve usted el pueblo y la humareda, allá a lo lejos? Es Semeonovskoie, y mire allí también- señaló al collado de Raievski-. Pero no es muy probable que la batalla se dé aquí. Es para tendernos una celada el hecho de que «él» haya hecho pasar sus tropas hacia esta parte; es casi seguro que dará la vuelta, dejando Moscú a la derecha. Pero es lo mismo, muchos de nosotros caeremos mañana- acabó el oficial.

-¡Helos aquí! Llevan... van... usted... Estarán aquí enseguida- dijeron de pronto las voces.

Los oficiales, los soldados y los milicianos se precipitaron a la carretera.

La procesión, que había salido de la iglesia de Borodino, descendía la cuesta. Delante de todos, por la polvorienta carretera, marchaba la infantería, con la cabeza descubierta y los fusiles a la funerala. Detrás de la infantería se oía el canto de los sacerdotes. Los soldados y los milicianos corrieron con la cabeza descubierta, pasando por delante de Pedro.

-Traen a la Madre de Dios. ¡La protectora! ¡Iverskai...!

-Es Nuestra Señora de Smolensk- corrigió otro.

Los milicianos, tanto aquellos que se hallaban en el pueblo como los que trabajaban en la batería, dejaron las palas y los picos para correr hacia la procesión. Detrás del batallón que avanzaba por la polvorienta carretera seguían los sacerdotes con sus casullas. El uno era viejo y usaba hábito; le acompañaban los asistentes y los chantres. Detrás de ellos, soldados y oficiales transportaban una gran imagen de cara morena, muy decorada. Era la imagen que se habían llevado de Smolensk y que desde entonces seguía al ejército. Alrededor de la imagen andaban, corrían y saludaban haciendo reverencias, con la cabeza descubierta, multitud de militares.

De pronto, la multitud que rodeaba a la imagen se apartó y alguien, probablemente algún personaje importante a juzgar por la prisa con que todos le dejaban sitio, empujó a Pedro y se acercó a la imagen. Era Kutuzov, que

inspeccionaba la posición. Al entrar en Tatarinovo se había acercado para asistir a la acción de gracias. Pedro reconoció a Kutuzov enseguida por su particular figura, muy distinta de cualquier otra; su cuerpo enorme, con una larga levita y cargado de espaldas, la blanca cabeza descubierta y un ojo vacío. Kutuzov, con su paso cansado y vacilante, penetró dentro del círculo y se detuvo ante el sacerdote. Se persignó con un movimiento maquinal, con la mano tocó hasta el suelo y, suspirando muy profundamente, inclinó su Blanca cabeza. Benigsen y el séquito seguían a Kutuzov. A pesar de la presencia del comandante en jefe, que atraía toda la atención de los oficiales superiores, los soldados y los milicianos continuaron rezando sin mirarlo.

Cuando la ceremonia terminó, Kutuzov se acercó a la imagen y se arrodilló pesadamente con una gran reverencia, costándole después mucho levantarse, debido a su obesidad y a su debilidad; su blanca cabeza se congestionaba con los esfuerzos. Finalmente se levantó y con expresión infantil e inocente fue a besar la imagen, y de nuevo saludó con la mano hasta tocar la tierra. Los generales siguieron su ejemplo, después los oficiales y después de éstos, empujándose los unos a los otros, resoplando y con la cara congestionada, los soldados y los milicianos, a los que por fin les llegó el turno.

XII

Perdido entre la gente como se hallaba, Pedro miró a su alrededor.

-Conde Pedro Kirilovich, ¿cómo es que se encuentra aquí?- dijo una voz.

Pedro buscó a su alrededor.

Boris Drubetzkoï, sacudiéndose el polvo de las rodillas del pantalón, que se le habían ensuciado, acercóse sonriendo a Pedro. Boris vestía elegantemente prendas llenas de marcialidad: usaba una larga túnica e, igual que Kutuzov, llevaba un largo látigo atravesado sobre la espalda.

Entre tanto, Kutuzov volvía al pueblo y se sentaba a la sombra de la casa más próxima, en un banco que un cosaco le trajo corriendo y que otro se había apresurado a cubrir con una pequeña alfombra. Un numeroso y brillante séquito rodeaba al Generalísimo.

Pedro explicaba su intención de participar en la batalla y de inspeccionar la posición.

-Lo mejor será que haga usted lo que le digo- indicó Boris . Yo le haré los honores del campamento. Desde donde se encuentra el conde Benigsen podrá usted verlo todo. Estoy con él; soy agregado. Le haré un informe y si quiere

recorrer la posición puede venir con nosotros. Iremos primeramente al flanco izquierdo y volveremos enseguida. Le ruego que me haga el honor de pasar la noche conmigo. Jugaremos una partida. ¿Conoce usted a Dmitri Sergueich? Se aloja aquí- y señaló la tercera casa de Gorki.

Pero yo quisiera ver el flanco derecho. Dicen que se halla muy fortificado- dijo Pedro-. Quisiera atravesar el Moscova y ver toda la posición.

-¡Oh, eso no puede ser! Lo principal es el flanco izquierdo.

-Está , bien, está bien, y ¿dónde se encuentra el regimiento del príncipe Bolkonski? ¿Podría indicármelo?- preguntó Pedro.

-¿De Andrés Nicolaievich? Pasaremos por allí. Le llevaré a su casa.

Además de Kaisserov, ayudante de campo de Kutuzov, otros amigos fueron a saludar a Pedro, tantos, que no tenía tiempo para contestar a todas las preguntas que sobre Moscú se le hacían ni para oír todos los relatos que quería oír. En todos los rostros se reflejaba la animación y la preocupación. Mas a Pedro le pareció que la animación de aquellos rostros se refería al posible éxito individual, no apartándose de su memoria la expresión que había visto a veces en otros rostros que no hablaban de cuestiones personales, sino de las grandes cuestiones generales de la vida y de la muerte. Kutuzov vio a Pedro y al grupo que le rodeaba.

-Hagan que se acerque- dijo Kutuzov.

Un ayudante de campo transmitió el deseo del Serenísimo y Pedro se dirigió a su banco.

En aquel momento, Boris, con su habilidad de cortesano, se colocó al lado de Pedro, cerca del jefe y, con el aire más natural del mundo y en un tono distraído, como si continuara una conversación, dijo a Pedro:

Los milicianos, como quien no hace la cosa, se han vestido sus camisas blancas y limpias, dispuestos para la muerte. ¡Qué heroísmo, Conde!

Boris decía evidentemente todo esto a Pedro para que el Serenísimo le oyera. Sabía que Kutuzov escuchaba sus palabras. Efectivamente, el Serenísimo se dirigió a él:

-¿Qué cuentas de los milicianos?

-Que preparándose, Excelencia, para morir, se han vestido sus camisas limpias.

-¡Ah, son hombres admirables, no existen otros como ellos!- dijo Kutuzov, que cerró los ojos e inclinó la cabeza-. Esa gente es incomparable- repitió suspirando.

-¿Quiere usted oler la pólvora?- preguntó a Pedro-. Echa muy buen olor. Tengo el honor de ser un adorador de su esposa. ¿Sigue bien? Mi campamento está a su disposición.

Y, como ocurre frecuentemente a los viejos, Kutuzov empezó a mirar distraídamente a su alrededor, como si hubiera olvidado lo que tenía que hacer o decir.

Boris dijo algo a su General, y el conde Benigsen, dirigiéndose a Pedro, le propuso que fuera con ellos a la línea de fuego.

-Lo encontrará todo muy interesante- le dijo.

-¡Oh, sí, sí, ya lo creo, muy interesante!- repitió Pedro.

Media hora después, Kutuzov marchó hacia Tatarinovo, y Benigsen, con su séquito, en el que se encontraba también Pedro, se dirigió a las avanzadas.

XIII

La tarde del 25 de agosto, clara y soleada, el príncipe Andrés se hallaba echado, recostada la cabeza sobre una mano, en una choza medio hundida de Kanizakovo, en los confines de la posición de su regimiento. Por el agujero del muro agrietado miraba la línea de viejos árboles, sus ramas cortadas, la cabaña, con las gavillas de cebada y los matorrales, por encima de los cuales divisaba la humareda de las hogueras en que los soldados hacían su comida.

A pesar de que su vida le parecía bastante mezquina, inútil y penosa, el príncipe Andrés se sentía tan emocionado y nervioso como, siete años atrás, la víspera de la batalla de Austerlitz.

Había recibido y transmitido las órdenes para el día siguiente, no quedándole ya nada que hacer, pero los pensamientos más sencillos, los más claros y, por ende, los más terribles, no le dejaban tranquilo. Sabía que la batalla del día siguiente sería la más espantosa de cuantas había participado, y la posibilidad de la muerte, por primera vez en su vida, sin ninguna relación con todos los vivos, sin pensar en lo que sentirían los otros, no sólo hacia él mismo, sino hacia su alma, se le presentó casi cierta, con una certidumbre simple y descorazonadora. El objetivo de toda esa representación, todo aquello que le preocupaba y le atormentaba, se aclaraba súbitamente, con una claridad fría, blanca, sin sombras, sin perspectivas y sin diferenciación de planos. Toda la vida se le presentaba como una linterna mágica, a través de la cual, como a través de un cristal color de rosa, había mirado durante mucho tiempo las cosas. Pero ahora, de pronto, veía sin ningún cristal interpuesto y a la clara luz

del día todas aquellas imágenes mal coloreadas. «Sí, aquí estáis, falsas imágenes que me habéis conmovido, atormentado y entusiasmado – se decía recordando los cuadros de la linterna mágica de su vida, que en aquel momento veía a la claridad fría y blanca del día. Aquí estás, idea de la muerte. He aquí esas figuras pintadas groseramente que se presentan como algo viejo y misterioso, la gloria, el bien público, el amor de la mujer, la patria misma. ¡Qué grandes parecían estos cuadros! ¡De qué sentido tan profundo les creía llenos! Y todo es simple, pálido y grosero a la luz fría de esta mañana que siento que amanece en mí.» Tres dolores de su vida retuvieron particularmente su atención: su amor por la mujer, la muerte de su padre y la invasión francesa que había conquistado media Rusia. «¡El amor...! Aquella muchacha me parecía llena de una dulce fuerza misteriosa. ¿Y qué? La amaba, hacía poéticos planes sobre el amor y sobre la felicidad que gozaría con ella. ¡Buen chico!- pronunció en alta voz, colérico-. ¡Y yo que creía en un amor ideal que debía conservarme toda su fidelidad durante el año de mi ausencia! Igual que la tierna paloma de la fábula, ella debía morir al separarse de mí... Sí, todo es muy sencillo. ¡Todo esto es horriblemente sencillo y feo!»

«Mi padre construía Lisia Gori, que consideraba como su tierra, como su país. Llega Napoleón y, sin conocer ni su existencia, lo aparta de su camino y destruye Lisia-Gori y toda su vida. ¡Mientras, la princesa María dice que esto es una prueba enviada por el cielo! ¿Y por qué esta prueba cuando él ya no está allí y nunca más estará? Si ya no existe, ¿de qué ha de servir esta prueba? La patria, la pérdida de Moscú..., y mañana me matarán, y a lo mejor no será un francés el que lo haga, sino uno de los nuestros, como aquel soldado que disparó ayer su fusil cerca de mi cabeza; los franceses vendrán y, cogiéndome por la cabeza y por los pies, me echarán en una fosa común para que no haya epidemia. Después se formarán nuevas condiciones de vida, que se harán habituales para los demás y que yo no conoceré porque no me encontraré allí.»

Miró las copas de los árboles, que tenían un tono amarillento e inmóvil, miró su propia piel blanca que brillaba al sol. «¡Morir! ¡Que me maten mañana...! ¡Que deje de existir...! ¡Que abandone todo esto y que me vaya para siempre!» Se representaba vivamente su ausencia de esta vida. Aquellos árboles, con su juego de luces y sombras, aquellas nubes y aquellas humaredas de las hogueras del campamento, todo se transformaba para él, pareciéndole que algo terrible le amenazaba. Sintió frío en la espalda y empezó a pasearse. Por detrás del cobertizo se oían voces.

-¿Quién es?- preguntó el príncipe Andrés.

El capitán Timokhin, el de la nariz roja, comandante de la compañía en la que se hallaba Dolokhov y que ahora, por falta de oficiales, era comandante de batallón, entró tímidamente en el cobertizo. El ayudante de campo y el cajero entraron a continuación. El príncipe Andrés saludó rápidamente, oyó lo que le

comunicaban los oficiales sobre el servicio, dióles alguna nueva orden y se disponía a despedirlos cuando oyó una voz conocida que chillaba:

-¡Diablo!

En aquel instante, un hombre chocaba con algo.

El príncipe Andrés miró al interior del cobertizo y vio que se acercaba Pedro, quien se había enganchado con un tronco de leña. En general, al príncipe Andrés le era muy desagradable ver gente de su mundo y especialmente a Pedro, que le recordaba todos los momentos penosos por que había atravesado durante su última estancia en Moscú.

-¡Ah, eres tú! ¿Qué viento te trae? Te aseguro que no te aguardaba- dijo.

Mientras pronunciaba estas palabras, en sus ojos y en toda la expresión de su rostro existía algo más que sequedad; era hostilidad lo que manifestaba. Pedro se dio cuenta enseguida. Se acercaba al cobertizo con una disposición de espíritu más animada, pero al observar la expresión de la cara del príncipe Andrés sintióse cortado y sin saber qué decir.

-He venido..., pues... ¿Sabes?, he venido... porque esto me interesa- dijo Pedro, que aquel día había repetido muchas veces: «Esto me interesa»-. He querido ver la batalla.

XIV

Los oficiales querían retirarse, pero el príncipe Andrés, como si temiera quedarse solo con su amigo, les propuso que tomaran el té con él. Trajeron las tazas y el té. Los oficiales miraban algo extrañados a la persona enorme de Pedro y escuchaban lo que decía sobre Moscú y sobre la disposición del campamento que acababa de recorrer. El príncipe Andrés callaba y ponía tal cara que Pedro se dirigía con preferencia al buen comandante del batallón, Timokhin.

-Así, pues, ¿has entendido toda la disposición de las tropas?- le interrumpió el príncipe Andrés.

-Sí; es decir, no siendo de la profesión no puedo asegurar que lo haya entendido absolutamente todo, pero sí en líneas generales.

-Pues sabes más que nadie- replicó el príncipe Andrés.

-¿Cómo?- dijo Pedro, extrañado, mirando a su amigo por encima de los lentes-. ¿Y qué me dices del nombramiento de Kutuzov?

-Me ha satisfecho mucho- respondió el príncipe Andrés.

Cuando los dejaron solos, Pedro preguntó al príncipe Andrés si creía que se ganaría la batalla del día siguiente.

-Sí, sí- respondió distraídamente el Príncipe-. La única cosa que haría yo, si pudiera, sería no coger prisioneros. ¿Para qué sirven los prisioneros? Es cuestión de caballerosidad. Los franceses han saqueado mi casa, devastarán Moscú, me han ofendido y me ofenden a cada instante, son mis enemigos; para mí son unos criminales, y Timokhin y todo el ejército piensa lo mismo. Es preciso ejecutarlos. Si son mis enemigos, no pueden ser mis amigos.

-Sí, soy completamente de tu opinión- dijo Pedro mirando al príncipe Andrés con los ojos brillantes. La cuestión que todo aquel día, desde su ida a Mojaisk, preocupaba a Pedro parecía ahora definitivamente clara y resuelta.

Comprendía todo el sentido y la importancia de esta guerra y de la futura batalla. Todo lo que había visto durante aquel día, la expresión solemne y severa de las caras que había observado al pasar, todo se aclaró en su mente con una nueva luz. Comprendía aquel fuego latente de patriotismo que veía y aquello le explicaba que todos se preparasen a morir con tanta calma y al mismo tiempo con tanta frivolidad.

-Ni un prisionero- continuaba el príncipe Andrés-esto sólo cambiaría el carácter de la guerra, haciéndola menos cruel. Nosotros hemos sido magnánimos, y éste es el mal, hemos jugado a la guerra. Esta magnanimidad y esta sensibilidad son, en la guerra, las de una señora que se pone mala al ver matar a un becerrito: es tan buena que no puede ver sangre, pero se come el becerrito con buen apetito cuando se lo sirven guisado. Se nos habla del derecho de la guerra, de la caballerosidad, del parlamentarismo, de los sentimientos humanos para con los desgraciados, etcétera. ¡Tonterías! ¡En mil ochocientos cinco vi la caballerosidad y el parlamentarismo! Nos hemos engañado, nos hemos engañado. Te roban la casa, ponen en circulación billetes falsos, matan a mis hijos y a mi padre y se habla del derecho de la guerra y de magnanimidad para con los enemigos. ¡Ni un prisionero, sólo matar a ir o la muerte! El que como yo ha llegado a estas conclusiones, por lo mismo que ha padecido...

El príncipe Andrés, que creía que le era indiferente que Moscú fuera o no tomado como lo había sido Smolensk, se interrumpió bruscamente y un sollozo inesperado le agarrotó la garganta. Quedó un momento silencioso, pero sus ojos brillaban de fiebre y los labios le temblaban cuando volvió a hablar.

-Si en la guerra no hubiera magnanimidad, sólo marcharíamos cuando fuera necesario, como hoy, ir a la muerte. No habría guerra únicamente porque

Pablo Ivanich hubiera ofendido a Pedro Ivanich. De este modo, todos los westfalianos y hessianos que Napoleón lleva consigo no le seguirían a Rusia y nosotros no habiéramos ido a batirnos a Austria y a Prusia sin saber por qué. La guerra no es una cosa graciosa, sino muy fea y desagradable, por lo que es preciso comprenderla y no convertirla en juego, aceptando seria y serenamente esta terrible necesidad. La cuestión reside en esto: apartad la mentira, y la guerra será la guerra y no un juego; de otro modo, la guerra se convierte en la diversión predilecta de la gente ociosa y ligera...- Y después de una breve pausa dijo de pronto el príncipe Andrés : ¡Eh!, ¿Duermes? También es la hora para mí. Vete a Gorki.

-¡Oh, no!- replicó Pedro mirándole con ojos tiernos y espantados.

-Vete, vete. Antes de la batalla hay que dormir- repitió el príncipe Andrés. Se acercó rápidamente a Pedro y le besó-. Adiós, vete- le gritó-. Nos veremos... No...

Y volviéndose rápidamente entró en el cobertizo.

Era ya de noche, por lo que Pedro no pudo distinguir si la expresión del rostro del príncipe Andrés era dura o tierna.

Pedro quedó unos instantes inmóvil, preguntándose si debería seguirle o irse a casa. «No- decidió Pedro-. Sé que es nuestra última entrevista.» Suspiró profundamente y se volvió a Gorki.

El príncipe Andrés entró en su cobertizo; se echó sobre una alfombra, pero no pudo dormirse. Cerró los ojos. Las imágenes sucedían a las imágenes; en una se detuvo mucho rato. Recordaba vivamente una velada en San Petersburgo; Natacha, con el rostro animado y emocionado, le contaba que en el verano anterior, yendo a buscar setas, se había perdido en un gran bosque. Le describía desordenadamente la profundidad de la selva, sus caminitos, la conversación que mantuvo con un abejero que había encontrado. A cada momento de su narración se interrumpía diciendo: «No, no puedo, no sé contarlo. No lo comprendes.» Y él tuvo que tranquilizarla y decirle que lo comprendía todo perfectamente, y, en efecto, comprendía todo lo que ella le quería decir.

Natacha estaba disgustada con su narración, porque comprendía que no daba la sensación viva y poética que había sentido aquel día y que quería expresar.

«Aquel viejo era encantador y el bosque era tan oscuro..., y tenía tal dulzura aquel hombre..., no, no lo sé contar», decía emocionada y sonrojándose. El príncipe Andrés sonreía ahora con la misma sonrisa alegre con que entonces miraba a los ojos de ella. «La comprendía- pensaba el príncipe Andrés-. No sólo la comprendía, sino que era aquella fuerza de

espíritu, aquella franqueza y aquella frescura de alma que el cuerpo parecía rodear lo que amaba en ella. Lo amaba todo... Era tan feliz...»

De pronto recordó el final de la novela. Para «él», nada de todo aquello era necesario; «él» no veía nada ni comprendía nada. «Él» veía una muchacha bonita y «fresca» a la que no se dignaba unir a su destino. «Y hoy «él» todavía se encuentra vivo y está alegre...»

Como si acabara de quemarse, el príncipe Andrés se puso en pie de un salto y de nuevo empezó a pasear por delante del cobertizo.

XV

El 25 de agosto, víspera de la batalla de Borodino, el prefecto del Palacio Imperial, M. de Beausset, y el coronel Fabvier encontraron a Napoleón en su campamento de Valuievo. El primero llegaba de París y el segundo de Madrid.

M. de Beausset, que vestía el uniforme de la Corte, ordenó que le trajeran el paquete que llevaba a Napoleón y entró en la tienda del Emperador, donde empezó a abrir el paquete mientras hablaba con los ayudantes de campo que le rodeaban.

Fabvier, sin entrar en la tienda, se detuvo cerca hablando con los generales que conocía.

El emperador Napoleón todavía no había salido de su dormitorio y estaba terminando su aseo.

Soplando y tosiendo, tan pronto volvíase sobre el pecho carnosos y peludos, como sobre la espalda deformada, bajo el cepillo con que un criado le frotaba el cuerpo. Otro criado con el dedo sobre el gollete de la botella iba echando agua de Colonia sobre el cuerpo bien cuidado del Emperador, lo cual hacía con una expresión que quería decir que sólo él podía saber cuándo y cómo debía echarle el agua de Colonia.

Napoleón tenía sus cortos cabellos mojados y le caían sobre la frente, pero su cara, amarilla e hinchada, expresaba el bienestar físico.

-Fuerte, fuerte, sigue- dijo volviéndose, mientras tosía, hacia el criado que le frotaba. El ayudante de campo que entró en el dormitorio para dar un informe sobre el número de prisioneros hechos el día anterior, después de dar cuenta, se había quedado cerca de la puerta, aguardando el permiso para poderse retirar. Napoleón arrugó las cejas y miró por debajo a su ayudante de campo.

-Ningún prisionero. Se hacen desaparecer. Peor para el ejército ruso- respondió a las palabras del ayudante de campo-. Frota, frota fuerte- dijo, curvándose y presentando sus carnosas espaldas.

-Está bien; haced entrar a M. de Beausset y también a Fabvier dijo al ayudante de campo bajando la cabeza.

-¡A vuestras órdenes, Sire!- El ayudante de campo desapareció detrás de la puerta de la tienda.

Los dos criados vistieron rápidamente a Su Majestad con el uniforme azul de la guardia. Entró en la sala de recepciones con paso firme y rápido.

Beausset, aguardando, preparaba de prisa el regalo que le llevaba de parte de la Emperatriz; lo instaló sobre dos sillas frente a la puerta por donde entraría el Emperador. Pero Napoleón se vistió tan aprisa y entró tan inesperadamente que el efecto no estaba del todo preparado.

El Emperador no quiso privarle del placer de darle una sorpresa. Fingió no darse cuenta de M. de Beausset y llamó a Fabvier. Oyó frunciendo el ceño todo lo que le explicaba Fabvier sobre el valor y fidelidad de sus tropas, que, vencidas en Salerno, al otro extremo de Europa, no tenían más que un pensamiento y un temor: mostrarse dignas de su soberano y miedo de no complacerle. Los resultados de la batalla eran tristes. Napoleón hacía irónicas observaciones durante el relato de Fabvier, como si no supiera que detrás de él pudiera pasar lo mismo.

-He de arreglar esto en Moscú- dijo Napoleón-Hasta pronto- añadió. Llamó a Beausset, que después de preparar la sorpresa sobre dos sillas la había cubierto con un velo.

Beausset se inclinó profundamente, con reverencia de la Corte francesa, con la que sólo sabían saludar los viejos cortesanos de los Borbones, y se acercó mientras le entregaba un pliego cerrado.

Napoleón dirigiósele alegremente, cogiéndole por las orejas.

Habéis corrido mucho. Estoy muy contento. ¿Y qué se dice por París?- preguntó, cambiando de pronto su severa expresión por otra extraordinariamente cariñosa.

Sire, todo París siente vuestra ausencia- respondió hábilmente Beausset. Napoleón sabía de sobra que Beausset le respondería esto u otra cosa por el estilo, y sabía además que no era cierto, pero le era muy agradable oírlo. Otra vez dignóse tirar de la oreja a Beausset.

-Siento haberos obligado a hacer un camino tan largo-le dijo.

-Sire, suponía encontraros ya a las puertas de Moscú-dijo Beausset.

Napoleón sonrió, levantó distraídamente la cabeza y miró a la derecha. El ayudante de campo, con paso de pato, se acercó con una tabaquera de oro que tendió a Napoleón.

-Si esto es bueno para vos, que os gusta viajar- dijo Napoleón acercando el rapé a la nariz-, dentro de tres días veréis Moscú. Seguramente no esperabais ver la capital del Asia. Haréis un agradable viaje.

Beausset saludó, agradecido por esta atención a su amor- hasta entonces ignorado- por los viajes.

-¿Qué es eso?- dijo Napoleón observando que todos los cortesanos miraban algo tapado con una gasa.

Beausset, con solicitud de cortesano, sin volver la espalda, dio media vuelta y dos pasos atrás, al tiempo que, quitando la gasa, decía:

Un regalo para Vuestra Majestad de parte de la Emperatriz.

Era un retrato pintado por Girard, con colores claros, del niño nacido de Napoleón y de la hija del Emperador de Austria, al que todo el mundo llamaba, sin saberse la razón, Rey de Roma.

Era un muchacho muy guapo, de pelo rizado, con una mirada semejante a la del Jesús de la Madona Sixtina, que estaba representado jugando al bilboquet. La bola era el mundo, y la varita que sostenía con la otra mano representaba el cetro. Aunque la intención del pintor, que había representado al Rey de Roma agujereando al mundo con una varilla, no fuera muy clara, aquella alegoría gustó extraordinariamente tanto a los que habían visto el cuadro en París como a Napoleón.

-¡El Rey de Roma!- dijo señalando con un gracioso gesto el cuadro-. ¡Admirable!

Con la capacidad propia de los italianos para cambiar de expresión según la voluntad, se acercó al cuadro adoptando un aire de ternura pensativa.

Sabía que lo que diría y haría en aquel momento pasaría a la Historia. Le pareció que lo mejor que podía hacer ante su hijo, que jugaba al bilboquet con el mundo, gracias a su grandeza, era demostrar la más sencilla ternura paternal. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se acercó, buscó una silla, que le acercaron enseguida, sentóse delante del retrato, hizo un gesto y todos salieron, dejando al gran hombre solo con él mismo y con sus sentimientos.

Quedóse de aquel modo un buen rato y, sin saber por qué, tocó con el dedo la bola y se levantó luego, llamando a Beausset y al oficial de servicio. Ordenó que colocaran el cuadro delante de la tienda para no privar a la vieja guardia- que rodeaba la tienda- del placer de ver al Rey de Roma, hijo y heredero de su adorado Emperador.

Tal como esperaba, durante el desayuno con M. de Beausset, que sintióse muy honrado por esta distinción, se oyeron los gritos entusiastas de los soldados y de los oficiales de la vieja guardia, que habían corrido a ver el retrato.

-¡Viva el Emperador! ¡Viva el Rey de Roma! ¡Viva el Emperador!- gritaban las voces.

Después de desayunarse, Napoleón, en presencia de Beausset, dictó una proclama a su ejército.

-Corta y enérgica- dijo cuando leyó la siguiente proclama, escrita de una plumada y sin una falta:

-«Soldados: la batalla que tanto esperasteis ha llegado. La victoria depende de vosotros. Es necesario para todos. Ella nos proporcionará todo lo que precisamos: estancia cómoda y el pronto regreso a la patria. Conducíos como os condujisteis en Austerlitz, en Friedland, en Vitebsk y en Smolensk. Que la posteridad recuerde con orgullo vuestros actos de este día. Que se diga de cada uno de vosotros: estuvo en la batalla del Moscova.»

-Del Moscova- repitió Napoleón. E, invitando a M. de Beausset, al que tanto gustaba viajar, a dar un paseo, salió de la tienda y se dirigió hacia los caballos ensillados.

-Vuestra Majestad tiene demasiadas bondades conmigo- dijo Beausset para agradecer la invitación del Emperador.

Quería dormir y no sabía montar a caballo, lo que, además, le causaba mucho miedo.

Pero Napoleón inclinó la cabeza y Beausset tuvo que seguirle.

Cuando Napoleón salió de la tienda, los gritos de la guardia delante del retrato de su hijo crecieron. Napoleón frunció el ceño.

-Retíradlo- dijo con gesto gracioso y real señalando el retrato-. Es muy pronto todavía para que él vea campos de batalla.

Beausset cerró los ojos, inclinó la cabeza, suspiró profundamente, demostrando con todos sus gestos que sabía apreciar y comprender las palabras del Emperador.

XVI

Al volver de Gorki, después de dejar al príncipe Andrés, Pedro ordenó a su

lacayo que le preparara los caballos y le despertase a primera hora de la mañana. Después de dar estas órdenes se durmió detrás de un biombo, en un rinconcito que Boris le había habilitado.

Cuando a la mañana siguiente Pedro se despertó, en la isba no había nadie. Los cristales del ventanillo temblaban y el lacayo, de pie ante él, le sacudía.

-¡Excelencia! ¡Excelencia! ¡Excelencia!- decía el lacayo sacudiendo a Pedro por la espalda con insistencia, sin mirarlo y evidentemente sin esperanza de poderlo despertar.

-¿Qué? ¿Ya ha empezado? ¿Hace mucho?- dijo Pedro desvelándose.

-Escuche como tiran- dijo el lacayo, que era un soldado retirado-. Todos los señores ya se han marchado, incluso el propio Serenísimo ha pasado hace mucho rato.

Pedro vistióse aprisa, y corriendo, salió disparado al portal. En el patio, el día era claro, fresco y alegre. El sol, que acababa de salir por detrás de una nube que lo tapaba, entre los tejados de la calle, proyectaba sus rayos, cortados por las nubes, sobre el polvo de la carretera húmeda de rocío, sobre las paredes de las casas, sobre las aberturas del cercado y sobre los caballos que se encontraban cerca de la isba. En el patio se oía más claro el retumbar de los cañones. Un ayudante de campo, acompañado de un cosaco, pasaba al trote por allí delante.

-¡Ya es hora, Conde, ya es hora!- gritóle el ayudante.

Pedro ordenó seguir al caballo, y calle abajo se dirigió a la fortificación, desde la cual, el día anterior, miraba el campo de batalla. Allí se encontraban muchos militares, se oían conversaciones en francés de los oficiales del Estado Mayor y se veía la cabeza casi blanca de Kutúzov, con gorra blanca ribeteada de rojo; con la nuca gris hundida entre los hombros, Kutuzov oteaba la gran carretera con unos gemelos.

Pedro, al subir los escalones de la entrada de la fortificación, miraba ante sí y quedó maravillado de la belleza del espectáculo. Era el mismo panorama que había admirado el día anterior desde la fortificación, pero ahora todo el terreno se encontraba cubierto de tropas, del humo de los cañonazos y de los rayos oblicuos del sol claro, que se levantaba por detrás y a la izquierda de Pedro y le echaba encima, en el aire puro de la mañana, la luz cegadora de un resplandor dorado y rosa y largas sombras negras.

Los lejanos bosques que limitaban el panorama le parecían una recortada piedra preciosa de color verde-amarillo; se los veía en el horizonte con sus ondulantes líneas, y entre ellos, detrás de Valúievo, se descubría la gran carretera de Smolensk, llena de tropas. Más cerca brillaban los bosquecillos y

los dorados campos. Pero lo que particularmente impresionó a Pedro fue la vista del campo de batalla de Borodino, con los torrentes del Kolocha a ambos lados.

La niebla se fundía y se alargaba, transparente, bajo un cielo claro, que teñía de una manera mágica todo lo que se veía a través de sus rayos. A la niebla se unía el humo de los disparos. En aquella niebla y humareda brillaban por todas partes los relámpagos de la luz matutina, tan pronto sobre el agua, como sobre el rocío, como sobre las bayonetas de las tropas que se concentraban en las márgenes del río y en Borodino. A través de aquella niebla se veía la iglesia blanca y a los dos lados los tejados del pueblo; más lejos, una masa compacta de soldados; en otro sitio, más cajones verdes y más cañones, y todo aquello se removía o parecía que se moviera, porque la niebla y el humo se extendían por encima de todo aquel espacio. De igual manera junto a Borodino que abajo, en los torrentes llenos de niebla, que más arriba y a la izquierda, como sobre toda la línea de los bosques, por encima de los campos, bajo el collado o encima de los picos, aparecían sin descanso masas de humovenidas de no se sabe dónde o de los cañones-, tan pronto aisladas como amontonadas, a veces raras y otras frecuentes; y estas nubes, hinchándose, ensanchándose, daban vueltas y llenaban todo el espacio. Aquellas humaredas, aquellos cañonazos, aquel estrépito, aunque pueda parecer extraño, constituían la principal belleza del espectáculo.

¡Puf! Y enseguida se veía una humareda redonda, compacta, que se irisaba en tonos grises y blancos. Y ¡bum!, se oye de nuevo entre aquella humareda. ¡Puf! ¡Puf! Dos humaredas se levantan juntas y se confunden; ¡bum!, ¡bum!, y el sonido confirma lo que el ojo ve. Pedro miraba la primera humareda, que se levantaba como un globo, y ya en su sitio otras humaredas se arrastraban y ¡puf!, ¡puf!, otras humaredas y, con los mismos intervalos, ¡bum!, ¡bum!, ¡bum!, respondían con sonido agradable, limpio y preciso. Las humaredas tan pronto parecía que corrían como que se detenían y que ante ellas pasaran los bosques, los campos y las brillantes bayonetas. De la izquierda, de los campos y de los matorrales salían continuamente grandes remolinos con ecos solemnes, y, más cerca, al pie de la colina y de los bosques, se encendían las humaredas de los fusiles, sin tiempo de redondearse, que producían unos pequeños ecos. ¡Ta!, ¡ta!, ¡ta! Los fusiles chisporroteaban con mucha frecuencia, pero sin regularidad, y su estallido era muy débil comparado con el de los cañones.

Pedro hubiera querido encontrarse donde estaban las humaredas y las brillantes bayonetas, el movimiento y el estrépito. Miró a Kutuzov y a su séquito para contrastar su impresión con la de los demás. Todos, igual que él y con el mismo sentimiento, según le parecía, miraban hacia el campo de batalla. En todos los rostros aparecía aquel ardor latente del sentimiento que

Pedro había observado el día anterior y que había comprendido perfectamente después de su conversación con el príncipe Andrés.

-¡Ve, hijo mío, y que Cristo te acompañe!- dijo Kutuzov, sin apartar los ojos del campo de batalla, a un general que tenía cerca.

Después de recibir la orden, el general pasó por delante de Pedro y descendió por el glacis de la fortificación.- Cerca del torrente- respondió el general fría y severamente a un oficial del Estado Mayor que le preguntó adónde se dirigía.

«Y yo», pensó Pedro. Y siguió al general.

El general montó un caballo que le presentó un cosaco. Pedro se acercó al lacayo que guardaba los suyos. Le preguntó cuál era el más manso y le montó. Cogióse a las crines y apretó los talones contra el vientre del caballo. Sentía que le caían los lentes; pero no quería soltar ni las crines ni las riendas: galopó detrás del general, provocando la risa entre los oficiales del Estado Mayor, que desde la fortificación le miraban.

XVII

El general tras del cual galopaba Pedro torció bruscamente a la izquierda, y Pedro, que le perdió de vista, se lanzó sobre las líneas de soldados de infantería que marchaban ante él. Trataba de salir tan pronto hacia delante como hacia la derecha o hacia la izquierda, pero por todas partes encontraba soldados con caras que expresaban la misma preocupación, ocupados en algo que no se descubría al primer golpe de vista, pero que evidentemente era muy importante.

Todos, con mirada inquisitiva y disgustada, miraban a aquel hombre de la gorra blanca que no sabían por qué les pisaba con su caballo.

-¿Por qué pasa por entre el batallón?- gritó uno.

Otro empujó al caballo de Pedro con la culata de su fusil, mientras Pedro, encogido sobre la silla, casi no podía contener al caballo, que saltó por delante de los soldados hacia el espacio libre.

Delante de Pedro se encontraba un puente y cerca del puente soldados que disparaban. Sin saberlo, Pedro había llegado al puente del Kolocha, entre Gorki y Borodino, que en la primera acción de la batalla- después de haber ocupado Borodino- los franceses atacaron. Pedro veía el puente delante de él; a los lados de los prados de heno recién cortado, que Pedro no había distinguido a través del humo el día anterior, los soldados hacían algo, pues, a

pesar de las continuas descargas que sonaban en aquel lugar, no creía encontrarse en el campo de batalla. No oía el silbido de las balas procedentes de los cuatro puntos cardinales ni el de las granadas que detrás de él estallaban. No veía al enemigo, que se encontraba a la otra parte del río, y durante mucho rato no vio a los muertos y heridos, a pesar de caer muchos soldados cerca de donde él se encontraba.

Miraba a su alrededor con una sonrisa que se petrificó en su rostro.

-¿Qué hace aquél delante de la línea?- gritó alguien nuevamente.

-¡Vete hacia la izquierda! ¡Tira hacia la derecha!-le gritaban.

Pedro tiró hacia la izquierda y de pronto vióse ante un ayudante de campo del general Raiewsky, conocido suyo. El ayudante de campo miró a Pedro con mirada de descontento; aquel oficial también sentía deseos de abroncar a Pedro, pero al reconocerlo inclinó la cabeza.

-¿Usted? ¿Pero cómo es que se encuentra aquí?- le dijo, y se alejó galopando.

Pedro sentíase desplazado y comprendía que no servía para nada; temeroso de que sólo sirviera como estorbo, siguió al ayudante de campo.

-¿Qué pasa? ¿Puedo ir con usted?- preguntó.

-¡Un momento! ¡Un momento!- replicó el ayudante, que se acercó a un coronel que estaba allí, transmitiendo alguna orden, y después dirigióse a Pedro.

-¿Por qué se encuentra usted aquí, Conde? ¿Siempre curioso?- le dijo con una sonrisa.

-Sí, sí- repuso Pedro. El ayudante de campo hizo caracolear su caballo, apartándose un poco.

-Aquí no pasa nada, a Dios gracias- dijo el ayudante de campo-, pero en el flanco izquierdo, donde se encuentra Bagration, la batalla es espantosa.

-¡Caramba! ¿Y dónde está eso?- preguntó Pedro.

-Venga conmigo al espolón. Desde allí se ve bien y aún es posible permanecer en el lugar- dijo el ayudante de campo.

-Sí, le acompaño- repuso Pedro mirando a su alrededor buscando al lacayo.

Entonces, por primera vez, Pedro dióse cuenta de los heridos, que andaban penosamente o eran conducidos en literas.

En aquel mismo campo de gavillas de perfumado heno que había atravesado el día anterior, un soldado permanecía echado, inmóvil, con la

gorra en el suelo, junto a él, y la cabeza inclinada de un modo extraño.

-¿Y por qué no se lo han llevado?- empezó Pedro. Pero al ver la cara severa del ayudante de campo, que miraba hacia el mismo lugar, se calló.

Pedro no encontró a su lacayo y marchó con el ayudante de campo a la fortificación de Raiewsky. Su caballo, al que pegaba a intervalos regulares, seguía al del ayudante de campo.

-Parece que no está usted muy acostumbrado a montar a caballo, Conde- le dijo el ayudante de campo.

-No, pero no importa. Este salta mucho- repuso Pedro, un poco confundido.

-¡Ah! Vea usted que está herido en la pata izquierda, por encima de la rodilla. Debe haber sido una bala. Le felicito, Conde, ése es el bautismo de fuego- dijo el ayudante.

Atravesando la humareda del sexto cuerpo, detrás de la artillería, que avanzaba haciendo fuego y ensordeciendo con sus detonaciones, llegaron a un bosquecillo. Hacía fresco, estaba en calma y se notaba la presencia del otoño. Pedro y el ayudante de campo apeáronse de los caballos y emprendieron la subida de la cuesta a pie.

-¿Está aquí el General?- preguntó el ayudante de campo al acercarse a la fortificación.

-Ha estado hasta hace un momento. Ha pasado por allí- le respondieron señalando a la derecha.

El ayudante de campo volvióse hacia Pedro, como si no supiera qué hacer de él en aquel instante.

-No se preocupe usted por mí, ya iré yo solo hasta la fortificación. ¿Puede irse? preguntó Pedro.

-Sí, vaya; desde allí se ve todo y no hay tanto peligro. Ya iré yo a buscarle luego.

Pedro se fue hacia la batería y el ayudante de campo alejóse de allí. No volvieron a verse y, mucho tiempo después, Pedro supo que aquel mismo día una bala había arrancado el brazo al ayudante.

La cuesta por la que subía Pedro era el célebre lugar conocido por los rusos con el nombre de «batería del espolón» o «batería de Raiewsky», y por los franceses con el nombre de «gran reducto», «reducto fatal» o «reducto del centro» y alrededor del cual cayeron una decena de miles de hombres. Dicho lugar era considerado por los franceses como la clave de la posición.

Aquel reducto estaba formado por la eminencia, alrededor de la cual, por tres lados, habíanse abierto fosos.

En aquel lugar, rodeado por los fosos, había diez cañones asomando por las aberturas de los muros.

En la misma línea del reducto y a cada lado había cañones que también disparaban sin descanso. Las tropas de infantería se encontraban un poco más atrás. Al subir hacia aquella fortificación, Pedro no pensaba ni por asomo que aquel lugar, rodeado de pequeños fosos, en el que estaban situados y disparaban algunos cañones, pudiera ser el más importante de la batalla; por el contrario, a él le parecía que aquel sitio- precisamente porque él se encontraba allí- era el más insignificante.

Una vez llegó arriba, Pedro sentóse en el extremo de una empalizada que rodeaba a la batería y, con una sonrisa alegre e inconsciente, miró lo que a su alrededor se hacía. De vez en cuando, y siempre con la misma sonrisa, se levantaba y, cuidando de no molestar a los soldados que cargaban los cañones y que corrían por delante de él con sacos y cargas, se paseaba por la batería. Los cañones de la batería, uno tras otro, disparaban sin cesar, ensordeciéndole con sus detonaciones y cubriendo todo el lugar de humo y pólvora.

Contrariamente al espanto experimentado entre los soldados de infantería de la cobertura, allí, en la batería, donde los pequeños grupos de hombres ocupados en su trabajo estaban muy unidos, separados del resto por la empalizada, se sentía una animación igual, solidaria y común a todos. La persona tan poco marcial de Pedro, con su gorra blanca, de momento chocó desagradablemente a aquellos hombres. Los soldados, al pasar delante de él, le miraban extrañados y casi con miedo. Un oficial superior de artillería, picado de viruelas, alto y de piernas muy largas, se acercó a Pedro fingiendo examinar el último cañón, y le miró con curiosidad.

Un oficial muy joven, de cara redonda, un adolescente casi, que probablemente hacía muy poco había salido de la Academia, sin descuidar los dos cañones que se le habían confiado, se dirigió severamente a Pedro:

-Señor, permítame que le ruegue que se aleje; no puede permanecer aquí

Los soldados, mirando a Pedro, bajaban la cabeza en señal de desaprobación; pero cuando todos se hubieron convencido de que aquel hombre de la gorra blanca no solamente no hacía daño a nadie, sino que tan pronto se sentaba en el glacis de la muralla como con tímida sonrisa se apartaba cortésmente de los soldados, o bien se paseaba por encima de la batería, bajo los cañones, con la misma calma que si se paseara por un bulevar, entonces, poco a poco, el sentimiento de hostilidad hacia él transformóse en simpatía cariñosa y burlona, igual que la que los soldados sienten para con los

animales: perros, gallos, corderos, etc., que viven cerca de los campamentos.

En el acto fue adoptado Pedro por los soldados; le adoptaron, poniéndole un mote: «el señor», y entre ellos se rieron y se burlaron afectuosamente de él.

Una bala arañó la tierra a dos pasos de Pedro, que miraba sonriente a todas partes mientras se sacudía el polvo que la bala le había echado encima.

-¿Cómo, señor? ¿De verdad no siente miedo?- dijo a Pedro un soldado ancho de espaldas y rojo de cara, luciendo unos magníficos dientes blancos y fuertes.

-Y tú, ¿tienes miedo?- replicó Pedro.

-¡Cómo no! ¡«Él» no nos perdonará! Acabará por darnos y nos arrancará las entrañas. ¿Cómo quiere usted que no tenga miedo?- repuso riendo.

Algunos soldados con rostro alegre y bondadoso se acercaron a Pedro. Parecía como si hubieran creído que no hablaba como todo el mundo y la comprobación de su error los alegrara.

-¡Nuestra obligación es la del soldado! Pero «el señor» sí que es raro. ¡Qué señor!

-¡A vuestros puestos!- gritó el oficial joven a los soldados que se habían agrupado alrededor de Pedro.

Saltaba a la vista que aquel oficial ejercía sus funciones por primera o segunda vez, por lo que se mostraba tan formalista y tan exacto con los soldados y los jefes.

El fuego seguido de los cañones y de los fusiles aumentaba en todo el campo de batalla, especialmente hacia la izquierda, allí donde se encontraban las avanzadas de Bagration; pero, a causa del humo de los cañonazos, desde el lugar donde se hallaba Pedro casi no podía verse nada. Aparte de que las observaciones de aquel pequeño círculo de personas, separadas de todas las demás, que atendían la batería, absorbían toda la atención de Pedro.

La primera emoción, inconsciente y alegre, producida por el aspecto y los sonidos del campo de batalla, ahora dejaba paso a otro sentimiento. Sentado sobre la muralla, observaba a las personas que movíanse en torno suyo.

Hacia las diez ya se habían llevado a una veintena de hombres de la batería; dos cañones habían sido destruidos y las balas disparadas desde lejos, saltando y silbando, caían muy frecuentemente sobre el reducto.

-¡Eh, granada!- gritó un soldado a una bala que se acercaba silbando.

-¡Pasa de largo! ¡Vete hacia la infantería! – añadió otro con una gran risotada al observar que la granada les había pasado por encima y caía entre

las filas de las tropas de cobertura.

-¿Le conoces?- gritó un soldado a un campesino que se inclinaba ante un proyectil que le pasaba por encima.

Algunos soldados acercábanse a la muralla y miraban lo que ocurría en el exterior.

Han variado la línea, ¿no lo ves? Se han vuelto- decía otro mostrando el espacio más allá de las murallas.

-¿Cuándo conocerás el oficio?- gritó un viejo cabo-Han pasado atrás; esto quiere decir que atrás es donde hay trabajo.

Y el cabo, cogiendo al soldado por los hombros, le dio un puntapié.

Estalló una risotada general.

-Al quinto cañón- gritaron desde un lado.

-¡Tiremos todos, compañeros! ¡Venga a tirar!- gritaban alegremente los que sustituían el cañón.

-Un poco más y se lleva la gorra del «señor»- exclamó el fresco de la cara colorada luciendo su dentadura e indicando a Pedro.

-¡Qué poca habilidad!- dijo con tono de reproche ante la mala puntería de la bala, que tocó una rueda y la pierna de un hombre.

-¡Eh, zorros!- decía otro designando a los milicianos que, agachados, entraban en la batería para retirar los heridos . ¿No os gusta este trabajo?

-¡Eh, cuervos!- gritaban los milicianos junto al soldado al que la bala habíase llevado la pierna-. Parece que no os gusta ese baile- decían burlándose de los campesinos.

Pedro observaba que después de cada bala, después de cada baja, la animación era más viva.

Como una nube tempestuosa que se acerca, los rayos de un fuego escondido, que crecían y se inflamaban frecuentemente, se mostraban cada vez en los rostros de todos aquellos hombres.

Pedro ya no miraba al campo de batalla ni le interesaba nada de lo que allí sucedía. Estaba completamente absorto en la contemplación de aquellos fuegos que cada vez brillaban más y que a él- se daba perfecta cuenta de ello- también inflamábanle el alma.

A las diez, los soldados de infantería que se hallaban delante de la batería, entre los matorrales, cerca del Kamenka, retrocedieron. Desde la batería veíaselos correr hacia delante y hacia atrás, transportando a los heridos sobre

los fusiles dispuestos en forma de parihuelas. Un general, con todo su séquito, subió a la fortificación; hablaba con un coronel. Después de mirar severamente a Pedro, descendió, mientras ordenaba a las tropas de infantería que se hallaban detrás que se tendieran sobre el suelo para mejor evitar los tiros. Después de esto, de entre las líneas de la infantería de la derecha de la batería se oyeron voces de mando y redobles de tambor, viéndose avanzar a la infantería en formación. Pedro miraba por encima de la muralla. Un militar le llamaba la atención particularmente: era un oficial joven, que marchaba de espaldas, con la espada baja y que se volvía con inquietud.

Las líneas de la infantería desaparecían entre el humo. Se oían gritos prolongados y frecuentes descargas de fusiles. A los pocos minutos retiraron una cantidad de heridos en literas. Sobre la batería, las bombas empezaban a caer con mucha mayor frecuencia. Algunos soldados estaban tendidos en el suelo. Alrededor de los cañones, los soldados maniobraban con animación. Nadie se acordaba de Pedro. Dos o tres veces le gritaron indignados porque les estorbaba el paso.

El oficial superior de la cara arrugada iba de un cañón al otro dando largas zancadas. El oficial joven y pequeño, cuyo color había subido de punto, dirigía a los soldados con la más rigurosa exactitud. Los soldados pasábanse las municiones, trabajando con un valor admirable. Cuando andaban lo hacían a saltos, como movidos por resortes invisibles.

Se acercaba una tempestad, y aquel fuego, cuyos progresos seguía Pedro con tanta atención, brillaban en todos los rostros. Pedro se hallaba al lado del oficial superior. El oficial joven se dirigió corriendo hacia éste con la mano en la visera.

-Tengo el honor de anunciarle, mi coronel, que no quedan más que ocho cargas. ¿Quiere usted que continúe el fuego?

-¡Metralla!- gritó casi sin responderle el oficial superior, que miraba más allá de la muralla.

De pronto sucedió algo: el pequeño oficial dejó escapar un «¡ay!» y, doblándose, se desplomó como un pájaro herido.

A los ojos de Pedro todo se volvió extraño, vago y sombrío.

Las balas silbaban una detrás de otra y caían sobre la muralla, sobre los soldados y sobre los cañones. Pedro, que un rato antes no oía aquel silbido, era la única cosa que ahora percibía. De la parte de la batería de la derecha, con un grito de «¡hurra!», los soldados corrían, aunque, según le pareció a Pedro, no iban hacia delante, sino que corrían hacia atrás.

Una bala chocó contra la muralla, delante de donde se hallaba Pedro, y

arrancó mucha tierra; una bala negra pasó por delante de sus ojos y en aquel momento algo cayó al suelo.

Los milicianos que entraban en la batería volviéronse hacia atrás corriendo.

-¡Metralla en todos los cañones!- gritó el oficial.

El cabo corrió hacia el oficial superior y con un murmullo de espantoso igual que un maitre d'hotel informa al hostelero que se ha terminado el vino que piden le dijo que no tenían más cargas.

-¡Ladrones! ¿Qué hacen entonces?-, gritó el oficial volviéndose hacia Pedro. La cara del oficial ardía; mojada por el sudor, sus hundidos ojos brillaban como ascuas.

. ¡Corre a las reservas, trae los cajones!-, gritó al soldado, mientras lanzaba una mirada irritada a Pedro.

-¡Ya iré yo!-, dijo Pedro.

Sin responderle, el oficial empezó a ir de una parte a otra dando grandes zancadas.

-¡No tires..., aguarda!-, gritó.

El soldado que recibió la orden chocó con Pedro.

¡Eh, señor! ¡Que estorba! le dijo, y emprendió la bajada corriendo.

Pedro echó a correr detrás de él, dando una vuelta para no pasar por donde había caído el joven oficial.

Una bala, otra, otra, pasaban por encima de él o caían delante, al lado o detrás. Pedro corría hacia abajo. «¿Dónde voy ahora?», se dijo de pronto, extenuado, cerca de las cajas verdes. Paróse indeciso y se preguntó si era conveniente seguir adelante o volverse atrás. De pronto, un choque terrible le derribó.

En aquel momento, una gran llamarada le iluminó y un ruido como de trueno, seguido de un silbido ensordecedor, estalló en sus oídos. Cuando Pedro volvió en sí se encontró sentado en el suelo, apoyado en sus manos. La caja cerca de la cual había llegado ya no existía. Por encima de la hierba sólo se veían trozos de madera pintada de verde quemados y astillas encendidas; un caballo, pasando por encima de los restos de las camillas, huía, y otro, tendido en el suelo, relinchaba de un modo penetrante.

Pedro, demasiado espantado para darse cuenta de lo que acababa de ocurrir, levantóse de un salto y corrió otra vez hacia la batería, como al único refugio contra todos los horrores que le rodeaban.

Cuando entró observó que no se oían los cañonazos y que alguien hacía alguna cosa. Pedro no tuvo tiempo para comprender quiénes eran aquellas gentes. Divisó al coronel, que estaba echado sobre la muralla, vuelto de espaldas a él, como si examinara alguna cosa situada abajo, y a un soldado que, haciendo esfuerzos para librarse de unos hombres que le tenían sujeto por los brazos, gritaba: «¡Hermanos!», y todavía vio otra cosa extraña.

Pero no había tenido tiempo de darse cuenta de que el coronel había muerto y que aquel que gritaba «¡hermanos!» era un prisionero, cuando sus ojos descubrieron, delante de él, a otro soldado, muerto por una bayoneta que le salía por la espalda.

Acababa de llegar a la trinchera cuando un hombre delgado, de tez blanca, cubierto de sudor, con uniforme azul y con la espada en la mano, corrió hacia él gritando algo. Pedro, por un instintivo movimiento de defensa, sin ver del todo a su adversario, cerró contra él, le cogió- era un oficial francés- y con la otra mano le apretó la garganta. El oficial soltó la espada, cogiendo a Pedro por el cuello de su traje.

Durante unos cuantos segundos, los dos se miraron con ojos desorbitados, perplejos; parecía como si no supieran exactamente lo que hacían y lo que debían hacer. «¿Soy yo el prisionero o soy yo quien le ha hecho prisionero?», pensaban los dos. Pero, evidentemente, el oficial francés se inclinaba ante la idea de que el prisionero era él, porque la vigorosa mano de Pedro, movida por el miedo, involuntariamente le iba apretando la garganta cada vez más fuerte. El francés quería decir algo, cuando, de pronto, una bala silbó de un modo siniestro casi al nivel de sus cabezas, y a Pedro le pareció que la bala se había llevado la cabeza del oficial francés, tal fue lo rápido que éste inclinó la cabeza. Pedro también inclinó la suya y abrió las manos. Sin preguntarse quién había hecho un prisionero, el francés volvióse a la batería y Pedro emprendió el descenso, tropezando con muertos y heridos, pareciéndole que éstos se cogían a sus piernas.

Todavía no había llegado abajo cuando tropezó con una masa compacta de soldados rusos que subían corriendo, cayendo, empujándose y profiriendo gritos de alegría y que bravamente se dirigían hacia la batería.

Los franceses que ocupaban la batería huyeron.

Las tropas rusas, con gritos de «¡hurra!», internáronse tanto entre las baterías francesas que fue difícil contenerlas.

En las baterías fue hecho prisionero, entre otros, un general francés herido,

al que rodeaban sus oficiales. Una multitud de heridos rusos y franceses, con los rostros deformados por el dolor, marchaban, se arrastraban y eran sacados de la batería sobre parihuelas. Pedro subió la cuesta, donde estuvo más de una hora, y de todo aquel pequeño círculo que tan amistosamente le recibiera no pudo reconocer a nadie. Había muchos muertos que no sabía quiénes eran, entre los cuales, sin embargo, reconoció a alguno. El joven oficial continuaba sentado, doblado del mismo modo, sobre un lago de sangre, cerca de la muralla. El soldado del rostro colorado aún se movía, pero lo dejaron. Pedro corrió hacia abajo.

«Ahora acabarán, sentirán horror de lo que han hecho», pensaba Pedro, sin saber dónde iba, siguiendo a una multitud de camillas que se alejaban del campo de batalla.

El sol, todavía muy alto, estaba cubierto de humo. Por delante, hacia Semeonovskoie, algo se movía entre el humo y las detonaciones. No sólo los cañonazos y las descargas continuaban, sino que aumentaban desesperadamente, igual que un hombre que hace su último esfuerzo.

XIX

Kutuzov estaba sentado, con la cabeza baja, y su pesado cuerpo yacía sobre un montón de alfombras, en el mismo lugar donde Pedro le había visto por la mañana. No daba ninguna orden, limitándose a aceptar o no lo que le proponían.

-Sí, sí, háganlo- respondía a diversas proposiciones-. Sí, ve, hijo mío- decía a uno y a otro de sus subalternos; o bien: No, no es preciso, es preferible atacar.

Escuchaba los informes que se le daban, daba órdenes cuando sus subordinados se las pedían; pero cuando oía los informes parecía no interesarle el sentido de las palabras que le decían, sino alguna otra cosa, como la expresión del rostro y el tono de la voz de los que le hablaban.

A las once de la mañana le dieron la noticia de que las avanzadas ocupadas por los franceses habían sido tomadas de nuevo, pero que Bagration estaba herido. Kutuzov exclamó: «¡Ah!», e inclinó la cabeza.

-Vete a ver al príncipe Pedro Ivanovich y entérate con detalle de lo que ocurre- dijo a uno de sus ayudantes de campo; después se dirigió al príncipe de Wurtemberg, que se encontraba detrás de él.

-¿No desea Vuestra Alteza tomar el mando del primer cuerpo de ejército?

Poco después de haber partido el Príncipe, el ayudante de campo, que no había tenido tiempo de llegar a Semeonovskoie, volvió y anunció al Serenísimo que el Príncipe pedía refuerzos.

Kutuzov arrugó las cejas y dio a Dokhturov la orden de encargarse del mando del primer ejército y pidió hicieran volver al Príncipe, del cual, según decía, no podía prescindir en aquellos importantes momentos.

Cuando, procedente del flanco izquierdo, llegó Chibinin corriendo con la noticia de que los franceses habían tomado las avanzadas y Semeonovskoie, Kutuzov, adivinando por los rumores llegados del campo de batalla y por la cara de Chibinin, que la situación no era buena, se levantó como si lo hiciera para estirar las piernas y, cogiendo a Chibinin por el brazo, se lo llevó aparte.

-Ve allí, querido, y mira si puede hacerse algo- le dijo.

Kutuzov se encontraba en Gorki, en el centro de la posición del ejército ruso. El ataque de Napoleón contra el flanco izquierdo había sido rechazado muchas veces. El centro de los franceses no había pasado de Borodino, y en el flanco izquierdo la caballería de Uvarov había hecho retroceder al enemigo.

A las tres cesaron los ataques de los franceses. Por las caras de los que llegaban del campo de batalla y por las de los que le rodeaban, Kutuzov comprendía que la tensión había llegado al máximo.

Kutuzov estaba satisfecho del inesperado éxito de aquel día, pero sus fuerzas le abandonaban. La cabeza se le inclinaba frecuentemente hacia delante y se dormía. Le sirvieron la comida. El ayudante de campo del Emperador, Volsogen, se acercó a Kutuzov durante la comida. Venía de parte de Barclay para darle cuenta de la marcha de las cosas en el flanco izquierdo. El prudente Barclay, viendo una multitud de heridos que huían y que las líneas de atrás se dislocaban, pesando todas las circunstancias del asunto, había decidido que la batalla estaba perdida y enviaba esta noticia al General en jefe por conducto de su favorito.

Kutuzov mascaba dificultosamente un pollo asado mientras miraba con su pequeño y vivo ojo a Volsogen. Este, con paso negligente y una sonrisa casi desdeñosa, se acercó a Kutuzov, tocándose apenas la visera. Delante del Serenísimo afectaba una especie de negligencia que tenía por objeto mostrar que él, militar instruido, dejaba a los rusos el trabajo de convertir en un ídolo a aquel viejo inútil, aunque sabía perfectamente con quién había de habérselas. «Der alte Herr como llamaban los alemanes entre ellos a Kutuzov mach es sich ganz beguem», pensaba Volsogen mientras lanzaba una mirada severa a los platos que Kutuzov tenía delante. Empezó por recordar al «viejo señor» la situación de la batalla en el flanco izquierdo, tal como Barclay le había ordenado que hiciera y tal como él mismo la veía y la comprendía.

-Todos los puntos de nuestra posición están en manos del enemigo; no sabemos qué hacer para retroceder, porque no tenemos bastantes tropas y éstas todavía huyen, siendo imposible detenerlas.

Kutuzov dejó de masticar y, extrañado, como si no entendiera bien lo que le decía, fijó su mirada en Volsogen, el cual, al observar la emoción del «viejo señor», dijo con una sonrisa:

-Creo que no tengo derecho a ocultar a Vuestra Excelencia lo que he visto: las tropas están completamente desorganizadas.

-¿Lo ha visto usted? ¿Usted?- exclamó Kutuzov frunciendo el ceño, levantándose y acercándose a Volsogen-. ¿Usted...? ¿Cómo se atreve...? gritó haciendo un gesto amenazador con su temblorosa mano, mientras resollaba-. ¿Cómo se atreve usted a decírmelo a mí? Usted no sabe nada. Diga de mi parte al general Barclay que sus informaciones son falsas y que yo, el General en jefe, conozco mejor que él la marcha de la batalla.

Volsogen quiso decir algo, pero Kutuzov le interrumpió:

-El enemigo ha sido rechazado en el flanco izquierdo y vencido en el derecho. Si usted lo ha visto mal, no le permito que diga lo que no sabe. Hágame el favor de regresar al lado del general Barclay y transmitirle para mañana la orden terminante de atacar al enemigo- dijo severamente Kutuzov.

Todos callaban; únicamente se oía el resollar del viejo General.

Son rechazados por todas partes, por lo que doy gracias a Dios y a nuestro viejo ejército. ¡El enemigo está vencido y mañana le echaremos de nuestra santa Rusia!- dijo Kutuzov persignándose; de pronto se echó a llorar.

Volsogen encogióse de hombros, hizo una mueca y sin decir una palabra se retiró a un lado, admirado ueber diese Eingenommenheit des alten Herr.

-¡Ah! ¡He aquí a mi héroe!- exclamó Kutuzov al ver al General, buen mozo, muy gordo, de negra cabellera, que en aquel momento subía la cuesta. Era Raiewsky, que durante todo el día habíase encontrado en el puente principal del campo de Borodino.

Raiewsky explicaba que las tropas aguantaban firmes en las posiciones y que los franceses no se atrevían a atacarles.

Después de escucharle, Kutuzov dijo:

Así, pues, ¿no piensa usted, «como los demás», que estamos obligados a retirarnos?

-Al contrario, Alteza, en las batallas indecisas siempre el más terco es el que vence, y mi parecer es...

Kutuzov llamó a su ayudante de campo.

-Kaissarov, siéntate y escribe la orden del día para mañana. Y tú dijo a otro , ve a la línea y diles que mañana atacaremos.

Durante esta conversación con Raiewsky, y mientras Kutuzov dictaba la orden, Volsogen regresó de hablar con Barclay y dijo que el General deseaba tener por escrito la confirmación de la orden del General en jefe.

Kutuzov, sin mirar a Volsogen, ordenó escribir la orden que pedía el antiguo General en jefe para evitarse, y con razón, la responsabilidad personal. Y, por lazo misterioso indefinible, que extendía por todo el ejército la misma impresión, y que se llama el espíritu del ejército y que es el nervio principal de la guerra, las palabras de Kutuzov fueron transmitidas momentáneamente a todos los puntos del ejército. No eran las mismas palabras, no era la orden que se transmitía hasta los últimos eslabones de aquella cadena, pues en los relatos transmitidos de un punto a otro del ejército no había nada que se pareciera a lo que dijera Kutuzov, pero el sentido de sus palabras se comunicaba por todas partes, porque las palabras de Kutuzov no venían de consideraciones hábiles, sino del sentimiento que era el alma del General en jefe, como lo era de toda la Rusia.

Al saber que al día siguiente atacarían al enemigo, mientras aguardaban de las esferas superiores del ejército la afirmación de lo que les era grato de creer, los hombres, agotados, se rehicieron y adquirieron nuevo valor.

XX

El regimiento del príncipe Andrés estaba en la reserva; hasta las dos se mantuvo inactivo detrás del pueblo de Semeonovskoie, bajo el vivo fuego de la artillería. A las dos, el regimiento, que había perdido más de doscientos hombres, fue puesto en movimiento, avanzando por los campos de centeno pisoteados, en el espacio comprendido entre el pueblo y la batería de la colina, donde durante la mañana millares de hombres habían muerto y ahora se dirigía el fuego concentrado de algunos centenares de cañones enemigos.

Sin moverse de aquel lugar y sin disparar un solo cañonazo, el regimiento perdió un tercio de sus soldados. Delante, y particularmente a la derecha, donde la humareda no se disipaba, los cañones retumbaban y por encima de la extensión misteriosa que el humo cubría volaban las balas y las granadas sin descanso, con estridentes silbidos.

Por dos veces, y como para descansar, las balas y las granadas, durante un cuarto de hora, pasaron de largo. Por el contrario, otras veces los proyectiles

ocasionaban muchas bajas en un solo minuto, y a cada instante debían retirar a los muertos y recoger a los heridos.

A cada nuevo tiro, los que todavía no habían muerto perdían las probabilidades de salir vivos. El regimiento estaba formado en columnas, por batallones, a intervalos de trescientos pasos, pero a pesar de ello todos los hombres se hallaban bajo la misma impresión.

Todos permanecían igualmente silenciosos y herméticos. Casi no se oía ninguna conversación entre las filas y éstas deteníanse cada vez que estallaba un disparo y se oía el grito de: «¡Camilla!». La mayor parte del tiempo los soldados lo pasaban sentados en el suelo, según la orden. Uno, quitándose la gorra, la desplegabla con mucho cuidado y otra vez volvía a rehacer sus pliegues; otro, después de deshacer algunos terrones de tierra húmeda, frotaba con ella la bayoneta; un tercero se desceñía el cinto y arreglabla la hebilla; otro se arreglabla atentamente las polainas, calzándose de nuevo. Algunos construían casitas con tierra o barraquitas y pequeños pajares. Todos parecían absortos por sus ocupaciones. Cuando había muertos o heridos, cuando aparecían las camillas, cuando los rusos volvían, cuando a través del humo se veían grandes masas enemigas, nadie prestaba atención, pero cuando la caballería y la artillería pasaban delante, allá donde se advertían los movimientos de la infantería rusa, de todas partes se escuchaban reflexiones animosas. Pero lo que merecía la mayor atención eran los acontecimientos completamente extraños y sin ninguna relación con la batalla. El interés de aquella gente, moralmente dormida, parecía que se apoyara en las cosas ordinarias de la vida. La batería de artillería pasó delante del regimiento. Un caballo se enredó las bridas con las cajas. «¡Eh! Carretero, arréglalo. ¿No ves que va a caerse?», gritaban de todas las líneas del regimiento. Otra vez la atención general fue atraída por un perrito negro, de cola tiesa, venido de Dios sabe dónde, que corriendo, asustado, apareció delante de los soldados y que después, de pronto, espantado por una bala que cayó muy cerca de él, aulló y, con el rabo entre piernas, se dejó caer de lado. Pero estas distracciones duraban pocos minutos y los hombres ya hacía ocho horas que estaban allí sin comer, inactivos, bajo el horror incesante de la muerte, y sus caras amarillas y sombrías empalidecían y se oscurecían cada vez más.

El príncipe Andrés, como todos los hombres de su regimiento, estaba pálido y tenía las cejas fruncidas. Con las manos detrás de la espalda y la cabeza baja se paseaba de acá para allá por un campo de centeno. No tenía nada que hacer, ninguna orden que dar. Todo marchaba por sí solo. Los muertos eran conducidos detrás del frente, se retiraba a los heridos y las líneas se rehacían. Si los soldados se apartaban, volvían corriendo. El príncipe Andrés, convencido, de momento, de que su deber entonces era excitar el valor en sus soldados y darles ejemplo, no tardó en convencerse de que no

debía enseñar nada a nadie. Todas las fuerzas de su alma, como las de sus soldados, se concentraban conscientemente en el esfuerzo continuo de no contemplar el horror de la situación. Marchaba por el campo arrastrando los pies, pisaba la hierba y miraba el polvo que le cubría las botas. A veces paseaba a grandes pasos, tratando de pisar sobre las huellas que habían dejado los segadores; otras veces contaba los pasos, calculaba cuántas veces habría de pasar de un surco a otro para andar una versta, o bien arrancaba una brizna de absenta que crecía en el margen de un surco, se frotaba con ella las manos y aspiraba su amargo y fuerte perfume. De todo el cansancio del día anterior no quedaba nada. No pensaba, escuchaba los mismos sonidos con el oído cansado, distinguía el silbido del paso de los proyectiles y examinaba la cara de los soldados del primer batallón, que conocía muy bien, y esperaba. «He aquí otra..., ¡ésta es para nosotros!», pensó al oír el silbido de algo envuelto en humo que se acercaba. «Una, dos. ¡Ah! ¡Ya está!»; se detuvo, miró a las filas. «No. Ha pasado por encima. ¡Ésta sí que caerá!» Y volvió a andar dando largas zancadas para llegar al surco en dieciséis pasos. Un silbido..., una detonación. Cinco pasos más allá, la tierra había sido removida y la bala había desaparecido. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y volvióse para mirar a las filas. Debía de haber muchos muertos. Una gran muchedumbre se amontonaba alrededor del segundo batallón.

-¡Señor ayudante de campo!- gritó-. ¡Dé orden de que no se amontonen!- El ayudante de campo ejecutó la orden y se acercó al príncipe Andrés. El comandante del batallón también se acercaba a caballo.

-¡Tenga cuidado!- dijo un soldado con voz de espanto, y como un pájaro que silbando en un rápido vuelo se posa en el suelo, casi sin ruido, una granada cayó a los pies del príncipe Andrés, cerca del comandante del batallón. El caballo del primero, sin preguntar si estaba bien o no el demostrar miedo, relinchó, encabritóse, faltando poco para que tirara al jinete, y saltó a un lado. El miedo del caballo se contagió a los hombres.

-¡Al suelo!- gritó la voz del ayudante de campo dejándose caer sobre la hierba. El príncipe Andrés permanecía de pie, indeciso. La granada, humeante, daba vueltas como un trompo entre él y el ayudante de campo, curvado cerca de una mata de absenta.

«Es la muerte- pensó el príncipe Andrés mirando con un ojo nuevo y envidioso la hierba, la absenta, el humo que se levantaba de la bola negra que había caído-. ¡No puedo, no quiero morir! Quiero la vida, amo esta hierba, la tierra, el aire...», pensó esto, pero al mismo tiempo recordó que le miraban, y dijo al ayudante de campo:

-Es una vergüenza, señor oficial, que...

No terminó. En el mismo momento, un estallido, un silbido, un ruido como

de cristales rotos, el olor sofocante de la pólvora, y el príncipe Andrés volvióse sobre sus talones, levantó los brazos y cayó de bruces al suelo.

Algunos oficiales corrieron; del lado derecho del abdomen brotaba la sangre y empapaba la hierba.

Los milicianos, provistos de una camilla, detuviéronse unos pasos más allá. El príncipe Andrés yacía de bruces sobre la hierba, respirando muy fatigosamente.

-¿Por qué os detenéis? ¡Adelante!

Los campesinos se acercaron, le cogieron por debajo de los sobacos y por las piernas, pero al oírle gemir dolorosamente se miraron unos a otros y le dejaron.

-Cógele, ponlo aquí. ¡No importa!- dijo una voz.

Le recogieron de nuevo y le depositaron sobre la camilla-¡Dios mío, Dios mío, en el vientre! ¡Ha concluido ¡Dios mío!- se oía entre los oficiales.

-¡Me ha pasado rozando la cabeza! ¡Me he librado por un pelo!- decía el ayudante de campo.

Los campesinos, después de colocarse la camilla sobre los hombros, siguieron con paso vivo el camino hacia la ambulancia.

-¡Eh, campesinos, al paso!- gritó el oficial cogiendo por un hombro a los que no andaban con regularidad y sacudían la camilla.

-¡Cuida de ir al paso!- dijo el que iba delante.

-¡Buena la hemos hecho!- dijo alegremente el que iba detrás, al tropezar.

-¡Excelencia! ¡Príncipe!- gritaba Timokhin corriendo y mirando a la camilla.

El príncipe Andrés abrió los ojos. Miró fuera de la camilla, para ver quién le hablaba, pero la cabeza le cayó pesadamente y de nuevo cerró los ojos.

Los campesinos condujeron al príncipe Andrés cerca del bosque, donde se encontraban los carros y las ambulancias.

La ambulancia comprendía tres tiendas que se abrían sobre la hierba de un bosque de sauces. Los caballos y las carretas se encontraban en el bosque. Los caballos comían centeno en los morrales y los gorriones venían a picar los granos que caían; los cuervos, que olían la sangre, graznaban atrevidamente y volaban entre los árboles. En torno a las tiendas, en un espacio de más de dos deciatinas, se hallaban unos hombres manchados de sangre, vestidos de diversos modos, que permanecían tendidos, sentados o de pie. Cerca de los heridos se estacionaban los soldados que, conducían las camillas, a los cuales

los oficiales daban en vano la orden de apartarse.

Sin obedecer a los oficiales, los soldados quedábanse apoyados en las camillas, y con la mirada fija, como si trataran de comprender la importancia del espectáculo, miraban lo que ocurría delante de ellos. De las tiendas salían a veces gemidos agudos e iracundos, pero otras veces eran plañideros. De vez en cuando, los enfermeros iban por agua e indicaban cuáles habían de ser trasladados. Los heridos que aguardaban turno, cerca de la tienda, gemían, lloraban, gritaban, pedían aguardiente, y algunos deliraban.

Pasando por encima de los heridos todavía no curados, condujeron al príncipe Andrés, jefe de regimiento, al lado de una de las tiendas, y los soldados quedáronse esperando órdenes. El príncipe Andrés abrió los ojos, pero durante mucho rato no pudo comprender qué ocurría a su alrededor: el campo, la absenta, la tierra, la bala negra dando vueltas y su anhelo apasionado por la vida volviéronle la memoria. A dos pasos de él, un suboficial alto y fuerte, de cabellos negros, con la cabeza vendada, que se apoyaba en un tronco, hablaba fuerte llamando la atención de todos. Estaba herido en la cabeza y en la pierna. A su alrededor, una multitud de heridos y conductores de camillas escuchaban ávidamente sus palabras.

-¡Cuando los hemos echado de allí, lo han abandonado todo, y hemos cogido prisionero al rey!- gritaba el soldado mirando a su alrededor con ojos brillantes-. Si en aquel momento hubieran llegado las reservas, te aseguro que no queda ni rastro. Estoy convencido, yo te digo...

El príncipe Andrés, como todos los demás que escuchaban al narrador, mirábale con ojos brillantes y experimentaba un sentimiento consolador: «Pero ¿qué me importa? ¿Qué debe ocurrir allá abajo? ¿Por qué sentimos tanto el dejar esta vida...? ¿Existe en la vida algo que no comprendía y que todavía no comprendo?», pensaba.

XXI

Uno de los médicos, con el delantal y las manos llenos de sangre, salió de la tienda con un cigarro, cogido, para no mancharlo, entre el dedo pulgar y el auricular. Levantó la cabeza y miró por encima de los heridos. Evidentemente, salía a respirar un poco. Después de volver la vista a derecha y a izquierda, gimió y bajó la vista.

-¡Vamos, enseguida!-respondió a las palabras del enfermero que le señalaba al príncipe Andrés, ordenando que le condujeran al interior de la tienda.

De entre la multitud de heridos que aguardaban se levantó un rumor.

-Por lo que se ve, hasta en el otro mundo los señores se dan mejor vida- dijo alguien.

El príncipe Andrés fue trasladado a la tienda y colocado sobre una mesa limpia, de la que el enfermero hacía escurrir algo. El príncipe Andrés no podía discernir todo lo que se hacía dentro de la tienda: los lastimeros gemidos que oía a su alrededor y los dolores intolerables de su espalda y de su abdomen le distraían. Todo lo que veía allí confundíase en una impresión general de cuerpos humanos desnudos, llenos de sangre, que cubrían el suelo de la tienda.

En la tienda había tres mesas: dos estaban ocupadas. Colocaron al príncipe Andrés sobre la tercera. Le dejaron un momento, y, sin proponérselo, vio lo que pasaba en las otras mesas. En la que estaba más cerca veíase extendido un tártaro, probablemente un cosaco, según se podía deducir por el uniforme que tenía cerca. Cuatro soldados le sujetaban. El médico, con lentes, hacía algo en su cuerpo moreno y musculoso.

-¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!- gritaba el tártaro. Y de pronto, mostrando su cara musculosa, negra, de nariz breve y dientes blancos, empezó a debatirse, a agitarse, a lanzar gritos estridentes. Sobre la otra mesa, rodeado de muchas personas, con la cabeza echada hacia atrás- el color del cabello rizado y la forma de la cabeza le parecían extrañamente conocidos al príncipe Andrés-, estaba otro hombre. Algunos enfermeros le aguantaban, apoyándose sobre su pecho. Una de sus piernas, larga y blanca, se agitaba continuamente en un temblor convulsivo. Aquel hombre sollozaba febrilmente y se cubría. Dos médicos silenciosos- el uno estaba pálido y temblaba- hacíanle algo en la otra pierna, de un color rojo subido.

Cuando hubieron acabado con el tártaro, sobre el que extendieron una manta, el doctor de los lentes se acercó al príncipe Andrés mientras se secaba las manos.

Al ver la cara del príncipe Andrés se volvió rápidamente.

-¡Desnudadlo! ¿Qué hacéis ahí como unos pasmados?- gritó severamente a los enfermeros.

La imagen de, su primera infancia apareció en la memoria del príncipe Andrés cuando el enfermero, con mano inhábil y subidas las mangas, le desabrochó el uniforme y le quitó la ropa.

El doctor se inclinó sobre la herida, la tocó, dio un profundo suspiro y enseguida llamó a alguien. El espantoso dolor en el abdomen había hecho perder el sentido al príncipe Andrés. Cuando volvió en sí ya tenía fuera los trozos rotos de fémur, un trozo de carne destrozada, y limpia la herida; le

echaban agua sobre la cara. Así que abrió los ojos, el doctor se inclinó ante él, besándole, y se alejó rápidamente.

Después de tanto padecer, el príncipe Andrés experimentó un bienestar como no había experimentado desde mucho tiempo antes. Todos los mejores momentos de su vida, los más felices, particularmente la infancia más lejana, cuando le desnudaban y le metían en la cama y la vieja criada le cantaba mientras le balanceaba, cuando, con la cabeza escondida entre almohadas, se sentía feliz con la sola conciencia de la vida. Todos aquellos instantes se le presentaban en su imaginación no como el pasado, sino como la realidad presente.

Alrededor de aquel herido cuya cabeza no era desconocida del príncipe Andrés, los médicos trabajaban. Le levantaron, procurando calmarle.

-¡Enseñádmela! ¡Oh, oh, oh!

Sus gemidos eran interrumpidos por sollozos de espanto y de resignación ante el dolor.

Al oír aquellos gemidos, el príncipe Andrés quiso llorar. Y fuera porque moría sin gloria o porque sentía separarse de la vida, ya fuera a causa de los recuerdos de su infancia, desaparecidos para siempre, o bien porque padeciera con el dolor de los demás y por aquellos plañideros gemidos, hubiera querido llorar con lágrimas de niño, dulces, casi alegres.

Enseñaron al herido su pierna cortada, calzada todavía y con la sangre seca.

-¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!-lloriqueó como una mujer.

El doctor, de pie ante el herido, evitaba que Andrés pudiera verlo, al que se apartó.

«¡Dios mío! ¿Qué es esto?», se dijo el príncipe Andrés.

En el hombre desgraciado que lloraba, y al cual acababan de cortar la pierna, el príncipe Andrés creyó reconocer a Anatolio Kuraguin. Sostenían a Anatolio por la axila, mientras le ofrecían un vaso de agua, cuyo borde casi no podía coger con sus temblorosos e hinchados labios. Anatolio sollozaba penosamente.

«¡Sí, es él! ¡Sí, este hombre está ligado a mí por algo íntimo y doloroso!», pensó el príncipe Andrés sin reconocer todavía del todo al que se encontraba delante de él. «¿Qué lazo existe entre este hombre, mi infancia y mi vida?», se preguntaba, sin encontrar respuesta. De pronto un recuerdo nuevo, inesperado, del dominio de la infancia, puro y amoroso, se presentó al príncipe Andrés. Recordaba a Natalia tal como la había visto por primera vez en el baile de 1810, con su fino cuello, sus brazos, su cara resplandeciente y asustadísima,

dispuesta al entusiasmo, y su amor y su ternura para con ella se despertaron más fuertes que nunca en su alma. Ahora recordaba qué lazo existía entre él y aquel hombre que, a través de las lágrimas que le inflamaban los ojos, le miraba vagamente. El príncipe Andrés se acordó de todo: y la piedad y el entusiasmo y el amor por aquel hombre le llenaron de alegría el corazón.

El príncipe Andrés no pudo contenerse más. Lloraba lágrimas dulces, amorosas, por los demás, por sí mismo, por los errores ajenos, por los errores propios.

«La misericordia, el amor por los demás, el amor por los que nos aman, el amor por los que nos odian, el amor por nuestros enemigos. Sí, este amor que Dios ha predicado en la tierra es el mismo que me enseñaba la princesa María y que yo no sabía comprender. Por esto siento abandonar la vida. He aquí lo que en mí habría si viviera, pero es ya demasiado tarde, lo sé.»

XXII

Algunas docenas de miles de hombres vestidos de uniforme yacían muertos, en distintas posiciones, en los campos propiedad del señor Davidov y de los campesinos del Tesoro, en aquellos campos y en aquellos prados donde durante siglos los campesinos de los pueblos de Borodino, Gorki, Schevardin y Semeonovskoie recogían sus cosechas y hacían pastar a sus rebaños.

En las ambulancias y en el espacio de una deciatina, la hierba y la tierra estaban empapadas de sangre. La muchedumbre de heridos y soldados de diversas armas con cara de espanto marchaban a Mojaisk o hacia Valuievo. Otros, atormentados, hambrientos y conducidos por sus correspondientes jefes, avanzaban hacia delante. Otros quedábanse donde estaban y empezaban a tirar.

Por todos los campos, antes tan bellos y alegres, se confundían las bayonetas y las humaredas brillantes al sol, la niebla, la humedad y el acre hedor de la pólvora y de la sangre. Las nubes se habían acumulado y una lluvia menuda empezaba a caer sobre los muertos y los heridos y sobre la gente espantada y cansada, que dudaba ya, como si aquella lluvia quisiera decir: «¡Basta, basta! ¡Hombres, deteneos, sosegaos, pensad en lo que hacéis!»

Los hombres de uno y otro ejército, fatigados, hambrientos, empezaron a dudar igualmente de si era preciso continuar matándose los unos a los otros; en todos los rostros se observaba la vacilación, y cada uno se planteaba la pregunta: «¿Para qué? ¿Por qué he de matar o ser matado? ¡Matad si queréis, haced lo que queráis, yo ya estoy hart!» Hacia la tarde, este pensamiento

maduraba por igual en el alma de cada uno.

Todos aquellos hombres podían, en cualquier momento, horrorizarse de lo que estaban haciendo, abandonarlo todo y huir.

Pero, a pesar de que al final de la batalla los hombres sintieran ya todo el horror de sus actos, con todo y que se hubieran sentido muy contentos deteniéndose, una fuerza incomprensible, misteriosa, continuaba reteniéndolos, y los artilleros, sudando a chorro, sucios de pólvora y de sangre, reducidos a una tercera parte, sin poderse tener en pie, ahogándose de fatiga, continuaban conduciendo cargas, cargando, apuntando, encendiendo la mecha y las balas, que, con la misma rapidez y la misma crueldad, continuaban volando de una parte a otra y destrozaban cuerpos humanos. Esta obra terrible, que se hacía no por voluntad de los hombres, sino por la voluntad de aquel que dirige a los hombres y al mundo, continuaba cumpliéndose.

Cualquiera que hubiese visto las últimas filas del ejército ruso hubiera dicho que los franceses no tenían que hacer más que un ligero esfuerzo para aniquilarlo. Cualquiera que viera la retaguardia francesa hubiese dicho que los rusos no tenían que hacer más que un pequeño esfuerzo para destruir a los franceses. Pero ni los franceses ni los rusos hicieron este esfuerzo y el fuego de la batalla se extinguió lentamente.

Pero aunque el objetivo del ejército ruso hubiera sido el de aniquilar a los franceses, no hubieran podido hacer este último esfuerzo, porque todas las tropas rusas estaban batidas y no había una sola parte del ejército que no hubiera padecido mucho en la batalla, pues los rusos, al resistir sin moverse de su sitio, habían perdido la mitad de su ejército. Los franceses, que habían conseguido el récord de las victorias obtenidas en quince años, con la seguridad en la invencibilidad de Napoleón y la conciencia de que se habían apoderado de una parte del campo de batalla, que sólo habían perdido una cuarta parte de sus hombres y que la guardia, de veinte mil hombres, estaba intacta, los franceses sí que podían hacer aquel esfuerzo. Los franceses, que esperaban al ejército ruso para desalojarlo de sus posiciones, habían de hacer este esfuerzo, pues mientras los rusos cerraran como antes el camino de Moscú, el objetivo de los franceses no había podido lograrse y todos sus esfuerzos y todas sus pérdidas eran inútiles. Sin embargo, los franceses no hicieron este esfuerzo. Algunos historiadores dicen que Napoleón debió haber hecho entrar en acción a su vieja guardia para ganar la batalla. Decir lo que hubiera pasado si Napoleón hubiese cedido su vieja guardia es igual que decir lo que pasaría si el otoño se convirtiera en primavera. Tal cosa no podía ser y no fue. Napoleón no dio su guardia no porque lo quisiera así, sino porque no podía.

Todos los generales, oficiales y soldados del ejército francés sabían que no

podía hacerlo, porque el espíritu del ejército no lo permitía.

No era solamente Napoleón el que experimentaba esa sensación propia de un sueño, de la mano que cae impotente, sino que todos los generales y todos los soldados del ejército francés, hubieran participado o no en el combate, después de la experiencia de todas las batallas precedentes, en las que el enemigo huía siempre después de esfuerzos diez veces menores, experimentaba un sentimiento parecido al horror ante un enemigo que después de haber perdido la mitad de su ejército, al final de la batalla continuaba tan amenazador como al principio. La fuerza moral del ejército francés que atacaba se había agotado. Los rusos no obtuvieron en Borodino la victoria que se definía por unos harapos clavados en palos elevados en el espacio, que se llaman banderas, pero obtuvieron una victoria moral: la victoria que convence al enemigo de la superioridad moral de su adversario y de su propia debilidad. La invasión francesa, cual bestia rabiosa que ha recibido en su huida una herida mortal, se sentía vencida, pero no podía detenerse, de la misma manera que el ejército, dos veces más débil, tampoco podía ceder. Después del choque, el ejército francés todavía podría arrastrarse hasta Moscú, pero allí, por un nuevo esfuerzo del ejército ruso, había de morir desangrado por la herida mortal recibida en Borodino.

El resultado directo de la batalla de Borodino fue la marcha injustificada de Napoleón a Moscú, su vuelta por el viejo camino de Smolensk, la pérdida de un ejército de quinientos mil hombres y la de la Francia napoleónica, sobre la cual se posó en Borodino, por primera vez, la mano de un adversario moralmente más fuerte.

UNDÉCIMA PARTE

I

Cuando tocaba a su fin la batalla de Borodino, Pedro abandonó por segunda vez la batería de Raiewsky y, con un grupo de soldados, se dirigió a campo traviesa a Kniazkovo, donde se unió a la ambulancia.

Pero al ver la sangre y oír los gritos y los gemidos se apresuró a alejarse, confundido con los soldados. Un solo afán llenaba su alma: salir lo antes posible de allí, olvidar las horribles impresiones del día y echarse a dormir tranquilamente en su habitación, en su cama. Se daba cuenta de que sólo en condiciones normales de vida podría comprender todo lo que había visto y

experimentado. Pero le faltaban estas condiciones.

Ni balas ni granadas silbaban ya en el camino, pero por todas partes veía lo mismo que allá abajo, en el campo de batalla: las mismas caras atormentadas, llenas de dolor, extrañamente transfiguradas; la misma sangre, los mismos capotes... Y oía las mismas descargas de fusilería, lejanas pero no por eso menos aterradoras. Además, el polvo y el calor eran asfixiantes.

Pedro y los soldados se dirigieron, a través de la densa oscuridad, a Mojaisk. Los gallos cantaban cuando comenzaron a subir la pronunciada cuesta que conducía al pueblo.

El albergue estaba totalmente ocupado. Pedro pasó al patio, subió al coche y reclinó la cabeza sobre los cojines.

Al levantarse al día siguiente ordenó que enganchasen, pero él atravesó el pueblo a pie.

Ya las tropas comenzaban a salir de la población, dejando detrás diez mil heridos. Se los veía en los patios y en las ventanas de las casas; otros se agrupaban en la calle. Cerca de las ambulancias se oían gritos, invectivas, golpes. Pedro ofreció un sitio en su coche a un general herido al que conocía y le acompañó hasta Moscú.

El día 30 entró en la ciudad.

Cuando llegó a su casa era noche cerrada. En el salón halló a ocho personas: el secretario del comité, el coronel de su batallón, su administrador y diversos solicitantes que iban a verle para que los ayudase a resolver sus asuntos. A Pedro le eran indiferentes aquellos asuntos, de los que no sabía ni una palabra, y contestó a las preguntas que le dirigieron con el único fin de librarse de aquellas gentes. Cuando se quedó solo, al fin, abrió y leyó una carta de su mujer. Aturdido, empezó a murmurar: «Los soldados de la batería..., el viejo..., el príncipe Andrés muerto... La sencillez, la sumisión a Dios... Hay que sufrir..., la importancia de todo... Mi mujer..., es preciso ponerse de acuerdo..., hay que comprender y olvidar...» Y acercándose a la cama se echó en ella sin desnudarse y se quedó dormido.

Cuando despertó a la mañana siguiente le aguardaban en el salón diez personas que tenían necesidad de verle. Pedro se vistió a escape, pero, en lugar de ir a verlas, bajó la escalera de servicio y por la puerta de la cochera salió a la calle.

A partir de entonces, y hasta el fin del saqueo de la ciudad, nadie volvió a verle ni supo dónde se hallaba, a pesar de que se le buscó por todas partes.

II

Los Rostov permanecieron en Moscú hasta el día 1° de septiembre, es decir, hasta la víspera de la entrada del enemigo.

Por causa de la indolencia del Conde, llegó el 28 de agosto sin que se hubiera llevado a cabo ningún preparativo de marcha, y los carros que se esperaban, procedentes de los dominios de Riazán, para llevarse los muebles, no aparecieron hasta el día 30.

Durante estos tres días, la ciudad entera estuvo en movimiento, haciendo preparativos. Por la puerta Dorogomilov entraban diariamente millares de heridos de la batalla de Borodino, mientras millares de carros cargados de muebles y de habitantes salían por otras puertas.

Se adivinaba que iba a descargar pronto la tormenta, volviéndolo todo de arriba abajo, pero hasta el primer día de septiembre no se verificó ningún cambio.

Moscú continuaba su vida habitual. Era como el criminal a quien se lleva al suplicio y que, aun sabiendo que va a morir, mira sin cesar a su alrededor y se arregla el sombrero, que lleva mal puesto.

Durante los tres días que precedieron a la ocupación de Moscú, toda la familia Rostov trabajó con afán. El jefe, conde Ilia Andreievitch, iba y venía sin cesar, recogiendo las noticias y rumores que circulaban, y en la casa daba órdenes superficiales y apresuradas sobre los preparativos de la huida.

La Condesa se mostraba descontenta de todo; buscaba a Petia, que huía siempre de ella, y tenía celos de Natacha, con quien él estaba a todas horas. Sonia era la única que se ocupaba prácticamente de todo. Pero Sonia estaba triste y silenciosa. La carta de Nicolás en que hablaba de la princesa María había inspirado, en presencia suya, comentarios alegres de la Condesa, que en este encuentro de su hijo con María veía la mano de Dios.

Los esponsales de Bolkonski con Natacha no me regocijaron- decía-, pero ahora tengo el presentimiento de que Nicolás se casará con la princesa María, como es mi deseo. Eso sería sumamente agradable.

No obstante su dolor, o quizás a causa de él, Sonia echaba sobre sus hombros todo el peso del trabajo de la casa, lo cual la tenía ocupada el día entero. Siempre que el Conde y la Condesa querían dar órdenes se dirigían a ella. Petia y Natacha no sólo no ayudaban, sino que molestaban a todo el mundo, llenando la casa con sus risas, sus gritos y sus discusiones. Reían y se regocijaban no porque tuvieran motivo para ello, sino porque eran de carácter alegre y estaban contentos, y cualquier cosa los hacía reír y alborotar. Petia se

sentía alborozado porque, habiendo salido de su casa siendo un niño, volvía a ella convertido en un hombre valeroso. También estaba contento porque pensaba batirse en Moscú, recuperando así el tiempo que había perdido en Bielaia Tzerkov. Y, sobre todo, lo estaba porque veía a Natacha feliz. Y Natacha estaba alegre porque había estado triste mucho tiempo, porque nada le recordaba la causa de su tristeza y porque se sentía a gusto. Y también porque Petia la admiraba, y la admiración era para ella un elemento necesario. Los dos hermanos estaban gozosos también porque se avecinaba la guerra a Moscú, porque la gente pensaba batirse en las murallas, porque comenzaba la distribución de armas, porque todo el mundo corría, porque, en general, pasaban cosas extraordinarias, y esto divierte siempre a los jóvenes.

III

EL sábado 31 de agosto todo andaba manga por hombro en casa de los Rostov. Las puertas estaban abiertas; los muebles, fuera de sitio; los cuadros y los espejos, descolgados. En las habitaciones se veían cofres, heno, papel de embalaje, cuerdas, todo esparcido por el suelo. Los criados iban sacando las cosas poco a poco. En el patio se cruzaban los carros vacíos con los ya repletos. Las voces y los pasos de domésticos y campesinos recién llegados resonaban en toda la casa. El Conde había salido muy de mañana. La Condesa, a la que el ruido y el movimiento producían dolor de cabeza, estaba echada en un diván con compresas de vinagre en las sienes.

Petia había ido a ver a un amigo con quien tenía intención de pasar de la milicia al servicio activo. Sonia presenciaba en la sala el embalaje de cristales y porcelanas. Natacha estaba sentada en su dormitorio, cuyo entarimado se hallaba materialmente cubierto de telas, cintas y chales. Con la mirada fija en el suelo, tenía entre las manos un vestido viejo, el mismo que se puso para asistir a su primer baile en San Petersburgo.

Las conversaciones de las doncellas en la habitación vecina y sus pasos precipitados por la escalera de servicio la sacaron de sus reflexiones y fue a mirar por la ventana. Un enorme convoy de heridos se había parado en la calle. Doncellas, lacayos, domésticas, cocineras, cocheros, marmitones, de pie junto a la puerta cochera, miraban a los heridos.

Natacha se echó por los hombros un pañuelo blanco y salió a la calle. La vieja María Kouzminichna se había separado de la muchedumbre que se apiñaba junto a la puerta y hablaba con un joven oficial, de rostro pálido, que iba echado en una ambulancia. Natacha avanzó unos pasos sin dejar de sujetar el pañuelo con ambas manos y luego se detuvo tímidamente a escuchar lo que

decía el ama.

-¿De modo que no tiene usted a nadie en Moscú?- preguntaba-. Entonces estará mejor en una casa particular. Por ejemplo, en la nuestra. Mis señores se marchan.

-Ignoro si me lo permitirán. Vea al jefe- repuso el oficial con voz débil.

Y le señaló un grueso oficial que entraba en la calle tras la fila de coches.

Natacha contempló asustada el rostro del oficial herido y corrió al encuentro del mayor.

-¿Puedo tener heridos en mi casa?- le preguntó Natacha.

El mayor se llevó una mano a la gorra, sonriendo.

-¿A qué se debe ese servicio, señorita?- dijo guiñando los ojos.

Natacha repitió la pregunta sin turbarse, y su rostro y toda su persona cobraron, a pesar del pañuelo, tal seriedad, que el mayor dejó de sonreír y se quedó pensativo, preguntándose sin duda si aquello era factible. Luego repuso afirmativamente.

-¡Oh, sí! ¿Por qué no?

Natacha le dio las gracias con una leve inclinación de cabeza y a paso rápido volvió junto a María Kouzminichna, que seguía al lado del oficial y le hablaba con acento compasivo.

-¡Dice que sí, que podemos tener heridos!- murmuró.

El coche entró en el patio de la casa, y decenas de coches llenos de heridos le siguieron por indicación de sus habitantes, deteniéndose junto a las escaleras de las casas de la calle Proverskaia.

Natacha estaba visiblemente encantada de entrar en contacto con gentes nuevas en aquellas extraordinarias circunstancias de la vida, y, ayudada por María Kouzminichna, procuró hacer entrar en el patio al mayor número de heridos posible.

-Pero antes habría que pedir permiso a su padre- objetó María.

-¡No, no, no vale la pena! Nosotros podemos ocupar el salón. Que los heridos se instalen en nuestras habitaciones. Sólo se trata de un día.

-¡Ah, señorita! No se haga ilusiones. Hay que pedir permiso incluso para entrar en el pabellón de la servidumbre.

-Bien, lo pediré.

Natacha corrió a la casa y franqueó de puntillas la puerta entreabierta; se

situó ante el diván impregnado del olor del vinagre y de las gotas de Hoffmann.

- ¿Duermes, mamá?

¡Cualquiera duerme!- repuso la Condesa, que, sin embargo, acababa de despertarse.

-Mamá querida- dijo Natacha arrodillándose ante su madre y acercando su cara a la de ella-, perdona que te haya despertado; no volveré a hacerlo. Me envía María Kouzminichna. Nos traen oficiales heridos porque no saben dónde meterlos. ¿Lo permites, verdad? ¡Sí, ya sé que lo permites!- añadió en el acto.

-¿De qué oficiales hablas? ¿Quién los ha traído? No te entiendo- dijo la Condesa.

Natacha se echó a reír. A los labios de su madre asomó una débil sonrisa.

-Ya sabía yo que lo permitirías. Voy a decirlo.

Abrazó a su madre, se puso en pie y salió.

En el salón tropezó con su padre, que traía malas noticias.

-El club está cerrado; se marcha la policía- dijo sin poder disimular su despecho.

Papá, he invitado a los heridos. ¿Verdad que no te importa?

-No- repuso el Conde, distraído-. Pero dejémonos de bobadas y ayudemos a embalar las cosas. Hay que partir mañana mismo.

Después de comer, toda la familia Rostov se dedicó a embalar objetos y a preparar la marcha con una actividad febril. El viejo Conde no salió en toda la tarde. Iba y venía sin cesar del patio a la casa y de la casa al patio, incitando a los criados a que se dieran prisa. Sus órdenes contradictorias desorientaban a la pobre Sonia. Petia daba voces de mando en el patio. Los sirvientes chillaban, disputaban, alborotaban, corrían a través de las habitaciones y del patio. Natacha trabajó con el mismo ardor que ponía en todo. Su intervención suscitó al principio desconfianza. Se esperaba escuchar de sus labios alguna broma, y los criados se preguntaban si deberían obedecerla o no. Pero ella, con su obstinación y su calor habituales, exigía obediencia; cuando se la desobedecía se enfadaba o lloraba, y por fin logró que todos la escucharan.

Gracias a ella se trabajó con rapidez. Las cosas inútiles se desechaban, las útiles se embalaban de la mejor manera posible. Pero, aún así, llegó la noche sin que estuviera todo preparado. La Condesa se dormía. Él Conde se fue a la cama, dejando la marcha para el día siguiente.

Sonia y Natacha se acostaron vestidas en el cuarto tocador. La noche les trajo por la calle Proverskaia a un herido nuevo, y María Kouzminichna, que se encontraba junto a la puerta cochera, le hizo entrar.

«El herido- se dijo- debe de ser persona importante, porque se le conduce en un coche cerrado.» Junto al cochero iba sentado un viejo ayuda de cámara de aire respetable. Detrás, en otro coche, le seguían un médico y dos soldados.

-Entren si gustan. Los señores se marchan. Toda la casa quedará vacía- explicó María Kouzminichna al viejo servidor.

-Nosotros tenemos casa puesta en Moscú- explicó éste-, pero está lejos y además no hay nadie.

-Entren, entren, por favor. Aquí hallarán todo lo necesario- insistió María.

El criado abrió los brazos.

Antes voy a hablar con el doctor- dijo.

Se apeó de la calesa y se acercó al segundo coche.

-¡Bueno!- concedió el médico.

El criado volvió junto a la calesa, dirigió una ojeada al interior, bajó la cabeza, se colocó al lado de María y ordenó al cochero que entrara en el patio.

-¡Dios mío!- exclamó ella.

Luego propuso entrar el herido en la casa.

-Los amos no dirán nada...

Mas, como no se le podía subir por la escalera, se le condujo al pabellón y allí quedó instalado. ¡El herido era el príncipe Andrés Bolkonski!

IV

Fue un domingo, un hermoso y tibio día de otoño, cuando sonó la última hora de la ciudad. Las campanas de las iglesias repicaron como en todas las fiestas llamando a los fieles. Nadie se daba cuenta todavía de lo que a Moscú le tenía deparado el destino.

Únicamente los dos barómetros del Estado y de la sociedad: la plebe (es decir, los pobres) y las subsistencias, revelaban lo precario de la situación.

Obreros, criados, campesinos, formando una muchedumbre a la que se mezclaban funcionarios, seminaristas y gentileshombres, se dirigieron a primera hora a las Tres Montañas. Pero convencidos, tras permanecer allí

algún tiempo, de que era inútil esperar a Rostoptchin y de que Moscú se entregaría, se dispersaron por las tabernas. Los precios que tenían las cosas aquel día indicaban lo mal que estaba la situación. El valor de las armas, del oro, de los coches, de los caballos, subía cada vez más; en cambio, el de los billetes de Banco y el de los artículos de primera necesidad bajaba incesantemente. Determinadas mercancías caras, como el terciopelo, se vendían a precios irrisorios y, sin embargo, se pagaban hasta quinientos rublos por un caballo del campo. Muebles, bronces, espejos, carecían de valor; se cedían gratis.

Empero, en la vieja y cómoda mansión de los Rostov se desconocía aún la abolición de las antiguas condiciones de vida. La numerosa servidumbre conservaba su fidelidad. Durante la noche desaparecieron tres hombres, pero ninguno había robado nada, pese a que los treinta carros que se habían cargado contenían riquezas incalculables que despertaron la codicia de más de cuatro. A cambio de ellas se había ofrecido a Rostov dinero constante y sonante. Y no sólo le ofrecieron sumas considerables por los carros, sino que también se prodigaron súplicas. Al despuntar el nuevo día y durante todo él, los heridos que se alojaban en la casa, e incluso los de las casas vecinas, enviaron a sus criados a casa del Conde para pedir un vehículo con que poder salir de la ciudad. El mayordomo a quien se dirigieron estas demandas se compadecía de los heridos, pero se negó a complacerlos bajo pretexto de no atreverse a hablar de ello con el Conde. Porque era evidente que, de haberles cedido un carro, hubiera tenido que ceder muy pronto otro, y luego el tercero, y así sucesivamente hasta el último, sin mencionar los coches de los señores. Treinta carros no bastaban, en realidad, para el transporte de tantos heridos, y por eso el mayordomo decidió pensar primero en él y en la familia.

Lo hacía en beneficio de sus amos.

Por la mañana, el primero que salió de su habitación, sin hacer ruido, para no despertar a la Condesa, que se había dormido de madrugada, fue el conde Ilia Andreievitch. Los carros, ya cargados, se hallaban en el patio; los coches, delante de la escalera de entrada. El mayordomo, de pie junto a ella, hablaba con un viejo asistente y con un pálido y joven oficial que llevaba un brazo en cabestrillo. Al divisar al Conde, el mayordomo les ordenó con un gesto severo que se alejaran.

Bien, Vassilitch; ¿está todo dispuesto? preguntó el Conde enjugándose la calva y mirando, benévolo, al asistente y al oficial, a los que saludó con una inclinación de cabeza, porque le gustaba ver caras nuevas.

-Sí, Excelencia. Vamos a enganchar enseguida.

-¡Bien! La Condesa despertará; luego partiremos con la ayuda de Dios. ¿Qué desean ustedes, señores?- agregó dirigiéndose especialmente al oficial-

¿Son ustedes de casa?

El oficial avanzó. Su rostro había enrojecido de pronto.

-Conde, se lo suplico... Le ruego..., en nombre de Dios..., que me permita acompañarle. Como nada poseo, no me importa ir dondequiera que sea. En el carro de los equipajes..., encima de ellos..., donde usted disponga.

El asistente dirigió la misma súplica al Conde en nombre de su superior.

-¡Ah, sí! ¡Con mucho gusto!- se apresuró a responder Ilia Andreievitch-. Vassilitch, da las órdenes. Di que se vacíen dos carros..., aquellos de allá abajo. Haz todo lo que sea preciso.

La calurosa expresión de agradecimiento que adquirió la fisonomía del oficial le afirmó en su decisión, y dirigió una ojeada a su alrededor. En el patio, en la puerta cochera, en las ventanas del pabellón, vio soldados y heridos. Todos le miraron cuando se acercó a la puerta.

-Pase a la galería, Excelencia- dijo el mayordomo-. ¿Qué debo hacer con los cuadros?

El Conde repitió la orden de no negar sitio en los carros a los heridos que desearan salir de la ciudad.

-Se puede quitar alguna cosa- dijo con un acento muy dulce, en voz baja, como si temiera ser oído.

Cuando la Condesa se despertó eran las nueve. Matrena, la vieja doncella que la asistía, le comunicó que el Conde, en su bondad, dio orden de que descargasen algunos carros para facilitar el traslado de los heridos. La Condesa mandó llamar a su marido.

-¿He oído bien, amigo mío? ¿Por qué se descargan los carros?

-¡Ah, querida...! Pensaba decírtelo... Verás. Ha venido un oficial a pedirme que le cediera unos cuantos vehículos de transporte para los heridos... Los objetos pueden volver a comprarse, ¿comprendes?, y ellos no pueden quedarse aquí. Ten presente que los hemos invitado a alojarse en nuestra casa y que están en el patio...

El Conde dijo todo esto con timidez.

La Condesa estaba habituada ya a aquel tono que precedía siempre a un proyecto ruinoso para sus hijos: la construcción de una galería, de un invernadero, de un teatro o de una sala para una orquesta. Estaba acostumbrada, pues, y consideraba su deber contradecirle cuando se expresaba con aquella voz temblorosa. De modo que en esta ocasión dijo a su marido, adoptando un aire de tímida sumisión:

-Escucha, querido: nos has colocado en una situación tal que ya nadie quiere dar nada por la casa y ahora te empeñas en perder también toda la fortuna de tus hijos. Tú mismo has dicho que todavía nos quedan objetos por valor de cien mil rublos. Yo no puedo consentir que se pierdan. Deja que el Gobierno se ocupe de los heridos. Mira delante de ti; los Lapukhin se llevaron ayer cuanto les pertenecía. Es lo que hacen todos, porque no son tontos como nosotros. Si no tienes compasión de mí, tenla al menos de tus hijos.

El Conde agitó las manos y salió sin pronunciar una sola palabra.

-¿Qué hay, papá?- preguntó Natacha, que entraba en aquel momento en la habitación de su madre.

-Nada. ¡Nada que te concierna!- exclamó el Conde, irritado.

-No, pero lo he oído todo. ¿Por qué no consiente mamá?

-¿Qué te importa a ti?- volvió a gritar el Conde.

Natacha se acercó a la ventana y se quedó pensativa.

Padre, ahí llega Berg- anunció después de mirar a la calle.

Berg, el yerno de Rostov, era ya coronel, condecorado con la orden de San Vladimiro y de Ana, y ocupaba siempre la misma posición, tranquila y agradable, de ayudante del jefe de Estado Mayor del segundo cuerpo de ejército.

El 1º de septiembre había salido para Moscú.

Llegó a casa de su suegro en su cochecito, limpio y reluciente, tirado por un par de caballos bien alimentados, dignos del carruaje de un príncipe. Cuando se detuvo en el patio, dirigió una atenta ojeada a los carros y a la puerta de entrada, sacó un limpiísimo pañuelo del bolsillo y se hizo un nudo. Luego atravesó la antecámara y entró en el salón andando como un pato. Allí abrazó al Conde, besó las manos de Sonia y de Natacha y se informó del estado de salud de su suegra.

La Condesa se levantó en este momento del diván, con aire sombrío y descontento. Berg se precipitó a su encuentro para besarle la mano, se volvió a informar del estado de su salud y, después de expresarle con un ademán su compasión, se detuvo junto a ella.

-Sí, madre; es verdad. Los tiempos son tristes y penosos para todos los rusos. Pero no hay que inquietarse con exceso. Aun les queda tiempo para partir...

-No comprendo qué demonios hacen los criados- se quejó la Condesa dirigiéndose a su marido-. Acaban de decirme que no hay nada listo todavía. Es preciso que alguien se encargue de dirigir. ¡Acabemos de una vez!

El Conde quiso decir algo, pero se abstuvo.

Se levantó de la silla y se acercó a la puerta.

Berg se sacó en este momento el pañuelo del bolsillo como si fuera a sonarse, y al ver el nudo se quedó pensativo. A continuación inclinó la cabeza y dijo grave y tristemente:

Padre, deseo pedirle algo muy importante.

El Conde frunció las cejas.

-Habla con tu madre. Yo no mando aquí.

-Se trata de Vera... He adquirido para ella un armario y un tocador maravillosos..., ya sabe usted cuánto le gustan a ella estas cosas, y quisiera que me dejara usted disponer de uno de esos campesinos que he visto en el patio para que los transportara...

-¡Bah! ¡Id al diablo! La cabeza me da vueltas.- Y el Conde salió de la habitación.

La Condesa se echó a llorar.

-Sí, mamá. Vivimos días muy duros- dijo Berg.

Natacha salió tras su padre. Primero le siguió, luego reflexionó un momento y echó a correr escaleras abajo.

Petia estaba en la calle, se ocupaba del armamento de los campesinos que salían de Moscú.

En el patio estaban todavía los carros.

Dos estaban vacíos. Un oficial, ayudado por su asistente, subía a uno de ellos.

-¿Sabes la causa?- preguntó Petia.

Natacha comprendió que preguntaba por qué habían reñido sus padres. Sin embargo, no contestó.

-Papá quería ceder nuestros carros a los heridos- explicó su hermano . Me lo ha dicho Vassilitch.

-¡Oh! ¡Es una mala acción, una cobardía!- exclamó de pronto Natacha-. Algo que no tiene nombre. ¿Acaso somos alemanes?- En su garganta temblaban los sollozos y, temiendo dejar escapar alguno en su cólera, volvió a Petia la espalda y echó a correr.

Sentado junto a la Condesa, Berg la consolaba con palabras respetuosas; el Conde, con la pipa en la mano, paseaba por la habitación. De pronto entró

Natacha como un huracán, con el semblante transfigurado por la ira, y se acercó a su madre.

-¡Es una cobardía!- exclamó-. No es posible que tú hayas ordenado eso.

Berg y la Condesa la miraron con asombro, asustados.

Mamá, eso no puede ser. Mira al patio. ¡Se quedan!

-Pero, ¿qué te pasa? ¿De quién hablas? ¿Qué quieres?

-¡De los heridos! Es imposible, mamá... Mamá, palomita, dime que no es cierto. ¿Qué importa que se queden aquí los muebles? Mira al patio. ¡No, mamá, no es posible!

El Conde estaba junto a la ventana y, sin volver la cabeza, escuchaba lo que decía Natacha.

La Condesa miró a su hija, reparó en su emoción, en su semblante avergonzado y comprendió por qué no estaba su marido de su parte. Con un gesto de perplejidad miró a su alrededor.

-¡Dios mío! Hacéis de mí cuanto queréis. ¿De qué os privo yo?- exclamó sin ceder del todo.

-¡Madrecita, paloma mía, perdóname!

La Condesa rechazó a su hija y se aproximó al Conde.

-Manda lo que sea conveniente, amigo mío- murmuró bajando los ojos . Yo no sé...

-¡Claro! ¡Los polluelos enseñando a la gallina!- dijo el Conde derramando lágrimas de alegría.

Y abrazó a su mujer, que ocultó en su pecho el avergonzado rostro.

-Padrecito, madrecita, ¿puedo dar órdenes?- interrogó Natacha-. Nos llevaremos lo más indispensable.

El Conde afirmó con un ademán y Natacha pasó de la sala a la antecámara a buen paso, y de la escalera al patio.

Los criados, reunidos a su alrededor, no dieron crédito a la extraordinaria orden que les transmitió hasta que, en nombre de su mujer, el mismo Conde la confirmó, diciéndoles que vaciasen los carros para los heridos y que transportasen los cofres y las cajas a la bodega. En cuanto comprendieron la orden, los criados se aprestaron a cumplirla con verdadero afán. Así como un cuarto de hora antes encontraban natural llevarse los muebles y abandonar a los heridos, ahora les parecía lógico lo contrario.

Los heridos salieron de las habitaciones y, con la alegría reflejada en sus

pálidos rostros, subieron a los carros.

El rumor se propaló hasta las casas vecinas, y los heridos que se hallaban en ellas acudieron a casa de los Rostov. Varios pidieron que no se descargasen los carros, diciendo que ellos se colocarían encima; pero la resolución de vaciarlos ya estaba tomada y se ejecutó sin vacilaciones. Los cajones llenos de vajilla, de bronces, de cuadros, de espejos, todo ello embalado tan cuidadosamente la noche anterior, se depositaron en el patio, y todavía se estudiaba la posibilidad de vaciar nuevos carros.

-Pueden utilizarse cuatro más- declaró el administrador-. Yo cedo el mío.

Dad también el destinado a mi ropa- dijo la Condesa.

Dicho y hecho. No solamente se cedió el carro de ropa, sino que se mandó por más heridos a dos casas vecinas. Todos los familiares y domésticos se sentían contentos y animados. Natacha era presa de una animación entusiasta y gozosa que hacía largo tiempo no experimentaba.

-¿Dónde hay una cuerda?- preguntaban los criados mientras colocaban una caja en la parte trasera del coche . Debimos dejar un carro desocupado por lo menos.

Pues ¿qué hay dentro de la caja? preguntó Natacha.

-Los libros del Conde.

-¡Bah! Vassilitch lo arreglará. No son necesarios. El carro ya está lleno. ¿Dónde se colocará Pedro Ilitch?

-Junto al cochero.

-¡Petia! Tú te sentarás junto al cochero- le gritó Natacha.

Tampoco Sonia permanecía un momento inactiva. Pero el objeto de su actividad era distinto al de Natacha. Ella arreglaba los objetos que iban a dejarse. Hacía con ellos una lista, de acuerdo con los deseos de la Condesa, y trataba de llevarse la mayor cantidad de cosas posible.

V

A las dos, cuatro coches de los Rostov esperaban, enganchados y dispuestos a ponerse en camino, ante la puerta de entrada. Los carros llenos de heridos salían ya, uno tras otro, del patio. La calesa del príncipe Andrés llamó la atención de Sonia, que, con ayuda de una doncella, preparaba un asiento para la Condesa en un gran coche detenido ante los peldaños de la entrada.

-¿De quién es esa calesa?- preguntó Sonia asomándose a la ventanilla.

-¿No lo sabe, señorita?- contestó la doncella-. De un Príncipe herido. Llegó anoche y parte con nosotros.

-Pero ¿quién es? ¿Cómo se llama?

- Es «nuestro» antiguo prometido, el príncipe Bolkonski- repuso la doncella suspirando-. Dicen que está muy grave.

Sonia se apeó de un salto y corrió junto a la Condesa. Ésta, vestida ya de viaje, con chal y sombrero, paseaba inquieta por el salón, donde, una vez cerradas las puertas, rezaría con toda la familia las últimas oraciones. Natacha no se encontraba a su lado.

-Mamá- dijo Sonia-, el príncipe Andrés está aquí. Le han herido de gravedad. Parte con nosotros.

La Condesa abrió unos ojos asustados, asió a Sonia de la mano y volvió la cabeza.

La noticia tenía, lo mismo para ella que para Sonia, una importancia extraordinaria, pues, como conocía bien a Natacha, temían el efecto que la novedad podía producirle, y este temor ahogaba en ellas la compasión que hubiera podido inspirarles un hombre al que estimaban.

-Natacha no sabe nada todavía, pero el Príncipe nos acompaña.

-¿Dices que está herido de gravedad?

Sonia hizo un ademán afirmativo.

La Condesa la abrazó llorando.

«Los caminos del Señor son intrincados», pensó dándose cuenta que en todo lo que estaba sucediendo se manifestaba la mano todopoderosa que se oculta a las miradas de los hombres.

-Mamá, todo está a punto- dijo Natacha entrando en la habitación con rostro animado, y preguntó, mirándola-. ¿Qué tienes?

-Nada. Si todo está a punto, partamos.

La Condesa bajó la cabeza para disimular su turbación. Sonia cogió a Natacha por la cintura y le dio un abrazo.

Natacha la miró con un gesto de curiosidad.

-¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

-Nada... Nada...

-¿Es algo malo para mí? ¿Qué ocurre?-preguntó la perspicaz Natacha.

Sonia suspiró, sin contestar. La Condesa se dirigió a la sala de los iconos y Sonia la halló arrodillada delante de las pocas cruces que todavía pendían de las paredes. Se llevaban los iconos más preciosos por estar de acuerdo con la tradición de la familia.

Como suele ocurrir, en el último momento se olvidaron de infinidad de cosas. El viejo cochero Eufemio, el único que inspiraba confianza a la Condesa, estaba ya sentado en su elevado asiento y ni siquiera volvía la cabeza para ver lo que sucedía a su alrededor. Su experiencia de treinta años de servicio le decía que tardarían en decirle: «¡Con la ayuda de Dios!» y que, después de decírselo, le obligarían a detenerse por lo menos un par de veces, para que fuera por los paquetes olvidados, todo ello antes de que la Condesa se asomase a la portezuela y le suplicara en nombre de Cristo que llevara cuidado cuando llegase a las cuestas. Eufemio sabía todo esto, y porque lo sabía, haciendo más acopio de paciencia que los caballos (uno de los cuales, sobre todo Sokol, el de la derecha, tascaba el bocado y hería la tierra con los cascos), aguardaba los acontecimientos. Por fin se sentaron todos los viajeros, se levantó el estribo del coche y se cerró la portezuela. Se envió a buscar un cofrecito. La Condesa asomó la cabeza por la ventanilla y dijo lo que hacía al caso. Eufemio se quitó lentamente el sombrero y se santiguó. El postillón y los criados le imitaron: «¡Con Dios!», dijo Eufemio poniéndose el sombrero.

-¡Adelante!

Nunca había experimentado Natacha un sentimiento de alegría tan intenso como el que experimentaba entonces, sentada en el coche, al lado de la Condesa y mirando las murallas del abandonado y revuelto Moscú, que desfilaban lentamente ante sus ojos. De vez en cuando sacaba la cabeza por la ventanilla y recorría con la vista el largo convoy de heridos que les precedía.

Pronto distinguió la capota de la calesa del príncipe Andrés, sin saber a quién conducía. Pero, cada vez que observaba el convoy, la buscaba con la mirada. En Kudrino, a la altura de las calles Nikitzkaia, Presnia y el bulevar Podnovinski, el convoy de los Rostov encontró otros convoyes parecidos, y en la calle Sadovia los carros y los coches marchaban ya en dos filas.

Al doblar la esquina de la calle Sukhareva, Natacha, que miraba con curiosidad a las personas que pasaban junto a ella, a pie o en coche, exclamó con asombro, llena de alegría:

-¡Mamá! ¡Sonia! ¡Mirad! ¡Es él!

-¿Quién?

-¡Bezukhov! ¡Sí, no cabe duda!

Y Natacha sacó la cabeza por la ventanilla para mirar a un hombre de

aventajada estatura, grueso, vestido de cochero, que, a juzgar por su aspecto, era un señor disfrazado. A su lado iba un viejo de cara amarilla e imberbe, con un capote de lana echado sobre los hombros. Se acercaban al arco de la torre Sukhareva.

Es Bezukhov en caftán, acompañado de un viejo desconocido. Estoy segura. ¡Mirad, mirad!

-No, no es él. No digas bobadas.

Mamá, apostaría la cabeza a que es él. ¡Para, para!- gritó Natacha al cochero. Pero el cochero no pudo parar porque por la calle seguían bajando carros y coches y se increpaba al convoy de Rostov para que avanzara y dejase el paso libre a los otros.

En efecto, al fin, y aunque ya estaba mucho más distante, todos los Rostov vieron a Pedro, o a una persona muy parecida a él, vestido de cochero, que subía por la calle con la cabeza gacha y el rostro grave, acompañado de un viejecillo sin barba que tenía aire de criado. El viejo reparó en el rostro pegado a la ventanilla, en sus ojos fijos en él, y, tocando respetuosamente el codo de Pedro, le dijo unas palabras y le señaló el coche. Pedro tardó en comprender lo que le quería decir, tan absorto estaba en sus pensamientos; luego miró en la dirección que su acompañante le indicaba. Al reconocer a Natacha se dirigió al coche, obedeciendo a un primer impulso. Pero después de dar varios pasos se detuvo. Era evidente que acababa de recordar algo. En el rostro de Natacha brillaba una ternura burlona.

-¡Venga acá, Pedro Kirilovich! ¡Le hemos reconocido! ¡Es asombroso!- exclamó tendiéndole la mano-. ¿Por qué va usted vestido de esta manera?

Pedro tomó la mano que se le tendía y, sin detenerse, porque el coche seguía avanzando, la besó con torpeza.

-¿Qué le sucede, Conde?- preguntó la Condesa con acento sorprendido y compasivo.

-No me lo pregunte- contestó Pedro; y se volvió a Natacha, cuya mirada alegre y brillante, que sentía sin verla, le atraía.

-¿Acaso piensa quedarse en Moscú?

Pedro calló un instante. Luego repuso,- ¿En Moscú? Sí, en Moscú. Adiós.

-¡Ah, cómo me gustaría ser hombre! Si lo fuera, me quedaría con usted- declaró Natacha-. ¡Mamá, permíteme que me quede!

Pedro la miró con aire distraído y Natacha quiso decir algo, pero la interrumpió la Condesa:

-Sabemos que estuvo usted en la batalla.

-Sí- replicó Pedro-. Mañana se libraré otra...- comenzó a decir. Pero le interrumpió Natacha:

-¿Qué tiene, Conde? Le encuentro muy cambiado...

-¡Ah!, no me lo pregunte, no me lo pregunte. Ni yo mismo lo sé. Mañana... Bueno, adiós, adiós. ¡Vivimos días terribles!

Y, separándose del coche, subió a la acera.

Natacha volvió a asomar la cabeza por la ventanilla y le miró largo rato con una sonrisa tierna, alegre, un poco burlona.

VI

En la noche del 1º de septiembre, Kutuzov dio orden a las tropas rusas de retroceder por el camino de Riazán hasta más allá de Moscú.

Las primeras tropas echaron a andar de noche. Durante esta marcha nocturna no se apresuraron; avanzaban lentamente y en buen orden. Mas, al salir el sol, las que estaban ya cerca del puente Dragomilov vieron ante ellas, y al otro lado, grandes masas de hombres que inundaban calles y callejones y se daban prisa por alcanzar el puente. Entonces se apoderaron de las tropas rusas una prisa y una turbación inmotivadas. Todos se lanzaron hacia delante, se dispersaron por el puente, hacia el muelle, hacia las embarcaciones. Kutuzov había ordenado que se le condujera por calles apartadas al otro lado del Moscova.

El 2 de septiembre, a las diez de la mañana, no quedaban ya en el arrabal Dragomilov más que tropas de retaguardia. Todo el ejército se hallaba ya al otro lado del río, más allá de Moscú.

El mismo día y a la misma hora, Napoleón se hallaba con sus tropas en el monte Poklonnaia y contemplaba el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Desde el 26 de agosto hasta el 2 de septiembre, desde la batalla de Borodino hasta la entrada del enemigo en Moscú, durante toda aquella semana extraordinaria y memorable, hizo ese tiempo magnífico en otoño que siempre sorprende: el sol calienta más que en primavera, todo brilla en la atmósfera ligera y pura, el pecho respira con placer los perfumes de la estación, las noches son tibias y, cuando llega la oscuridad, caen del cielo a cada instante estrellas doradas.

El 2 de septiembre, a las diez de la mañana, hacía un tiempo parecido. Una luz fantástica lo inundaba todo. Moscú se extendía ante el monte Poklonnaia con su río, sus jardines, sus iglesias, y parecía poseer una vida propia con sus

cúpulas que centelleaban como astros bajo los rayos del sol.

A la vista de este esplendor desconocido, de aquella arquitectura singular, Napoleón sintió esa curiosidad un poco envidiosa e inquieta que experimentan las gentes al contemplar formas de vida que desconocen.

Todos los rusos, cuando miran la ciudad de Moscú, ven en ella una madre; los extranjeros que la observan no perciben su condición de madre, pero sí su carácter de mujer. Y Napoleón advirtió todo esto.

«Ciudad asiática, de innumerables iglesias, Moscú la Santa... He ahí, por fin, la famosa población. Ya era hora», dijo. Y bajando del caballo ordenó que se desplegara ante él el plano de la ciudad y llamó al traductor Lelorme d'Ideville. «Una ciudad ocupada por el enemigo se parece a la doncella que ha perdido el honor», pensaba, lo mismo que había pensado en Tutchkov y en Smolensk. Y en esta disposición de espíritu examinaba a la bella oriental, a aquella desconocida extendida a sus pies. A él mismo le parecía raro ver satisfechos unos deseos que le habían parecido irrealizables. A la clara luz matinal miraba ora a Moscú, ora al plano, observando sus detalles, y la seguridad de su posesión le conmovía y le asustaba a la vez.

-Que me traigan a los boyardos- ordenó después dirigiéndose a su séquito.

Un general partió al punto al galope.

Transcurrieron dos horas justas. Napoleón se había desayunado y se hallaba en el mismo lugar que antes en el monte Poklonnaia, mientras aguardaba a los boyardos. En su imaginación se dibujaba con claridad el discurso que pensaba dirigirles. Este discurso estaba lleno de esa dignidad y esa grandeza tan propias del gran guerrero. Sin embargo, sus mariscales y sus generales sostenían a media voz una discusión agitada en las últimas filas del séquito. Porque las personas que habían ido en busca de los señores rusos volvían con la noticia de que la ciudad estaba desierta, de que todo el mundo se había marchado. Los rostros estaban pálidos y conmovidos. No era el vacío de la ciudad ni la partida de los habitantes lo que los asustaba, no obstante la impresión que ello les producía. Lo que sobre todo los inquietaba era tener que comunicar la noticia al Emperador. ¿Cómo enterar a Su Majestad de aquella situación terrible, que ellos juzgaban ridícula? ¿Cómo decirle que no debía esperar a los boyardos y que en la ciudad no había más que una multitud de borrachos? Unos opinaban que, costara lo que costase, había que presentarle una diputación cualquiera. Otros rechazaban esta idea y juzgaban que lo mejor era ir diciendo con prudencia y precaución toda la verdad al Emperador.

-Sí, es preciso comunicárselo enseguida- dijo un oficial de su séquito-. Pero, señores...

La situación era tanto más penosa cuanto que, mientras elaboraba sus

planes magnánimos, el Emperador iba y venía febrilmente, mirando de vez en cuando el camino de Moscú y sonriendo con orgullosa alegría.

-Es imposible- decían alzando los hombros los oficiales, sin decidirse a pronunciar aquellas palabras que equivalían a una sola. «Ridículo».

En este momento, el Emperador, cansado de esperar y dándose cuenta por instinto de que el momento sublime se prolongaba demasiado, comenzó a impacientarse e hizo un movimiento con la mano. Sonó un cañonazo y las tropas que rodeaban Moscú se lanzaron hacia los arrabales de Iverskaia, Kalujaskaia y Dragomilov. Dejándose atrás unas a otras, las fuerzas avanzaban a toda prisa, desaparecían bajo las nubes de polvo que ellas mismas levantaban y llenaban el aire con sus gritos.

Arrastrado por su ejército, Napoleón llegó con él a los arrabales, pero allí se detuvo de nuevo, se apeó del caballo y anduvo largo tiempo junto a las murallas del Kamer College en espera de los representantes de la ciudad.

Pero Moscú estaba desierto. Todavía quedaba en la ciudad una pequeña parte de la población, pero estaba vacía, abandonada, como colmena sin reina.

VII

Las tropas de Murat entraron a las cuatro de la tarde. Aunque hambrientos y reducidos a la mitad, los soldados franceses desfilaron en buen orden. Era un ejército fatigado, maltrecho, pero temible todavía y listo para el combate.

Todo acabó, empero, cuando se instalaron en las casas. El ejército dejó de serlo en cuanto entró en las suntuosas mansiones desocupadas. A partir de entonces ya no estuvo formado por soldados ni tampoco por habitantes, sino por una cosa intermedia que recibió el nombre de merodeadores. Cuando, cinco semanas después, estos hombres salieron de Moscú, ya no constituían un ejército, sino una banda de forajidos que se llevaba consigo lo que juzgaba más valioso o necesario. Ya no anhelaban conquistar, sino conservar lo robado. Como simio que luego de meter el brazo en una vasija de cuello estrecho y de coger un puñado de nueces del fondo, no quiere abrir la mano para no dejar caer su presa, los franceses, a su salida de Moscú, debían perecer fatalmente, porque arrastraban tras de sí el producto de su saqueo. Abandonar lo que habían robado era tan imposible para ellos como para el simio abrir la mano llena de nueces.

Diez minutos después de la entrada de un regimiento francés en un distrito cualquiera de Moscú, no quedaba un solo soldado ni oficial. Por las ventanas de las casas se veían hombres uniformados que iban gritando por las

habitaciones.

Estas mismas gentes buscaban un botín en las bodegas y en los sótanos. Al entrar en los patios abrían las puertas de las cocheras y de las cuadras; encendían fuego en las cocinas; guisaban con los brazos arremangados, asombrados y divertidos; acariciaban a mujeres y niños. En los comercios, en las casas, en todas partes se veían los mismos hombres. El ejército no existía ya.

Los oficiales franceses dictaron inmediatamente órdenes diversas destinadas a impedir que las tropas se dispersaran por la ciudad, prohibiendo bajo severas penas cualquier clase de violencia contra sus habitantes, todo lo cual se repitió por la tarde en un llamamiento general; pero, a pesar de todas las prohibiciones y medidas, los hombres que formaban el ejército se diseminaron por una ciudad opulenta y vacía, en la que abundaban las comodidades y las reservas. Como ganado hambriento que marcha unido por un campo yermo, pero que se separa en cuanto se tropieza buenos terrenos de pasto, se esparcieron aquellas tropas por la ciudad.

Los franceses atribuyen el incendio de Moscú al feroz patriotismo de Rostoptchin; los rusos, al salvajismo de los franceses. En realidad, las causas del incendio de Moscú fueron fortuitas, aun cuando se quieran atribuir a un elevado personaje. Moscú ardió porque tenía que arder. Cualquier ciudad que estuviera en sus condiciones y que fuese, como ella, de madera, hubiera ardido lo mismo, a pesar de sus ciento treinta bombas contra incendios. Moscú tenía que arder después de quedarse sin habitantes. Era un hecho tan inevitable como la inflamación de un montón de paja sobre el que por espacio de varios días cayeran chispas sin cesar. Una ciudad de madera en la que, cuando se encontraban en ella sus habitantes y su policía, había incendios diariamente, no podía dejar de incendiarse cuando no solamente se hallaba abandonada, sino que albergaba soldados que fumaban en pipa, que hacían hogueras con las sillas del Senado en la plaza del mismo nombre y que guisaban en el exterior sus dos comidas diarias.

Aun en tiempo normal, basta que las tropas se alojen en una población para que aumente enseguida el número de incendios. ¿Cómo, pues, no habían de aumentar enormemente las probabilidades de combustibilidad en una ciudad vacía, de madera, que ocupaba un ejército extranjero? Por ello no se puede hablar del patriotismo feroz de Rostoptchin ni del salvajismo de los franceses. Moscú ardió a causa de las pipas, de las cocinas, de la falta de precaución de los soldados y de la indiferencia de los habitantes, que no eran propietarios de sus casas. Moscú, entregado al enemigo, no quedó intacto como Berlín, como Viena, etc., porque los moscovitas no sólo no dieron el pan y la sal y las llaves de la ciudad a los franceses, sino que, además, la abandonaron.

La dispersión del ejército, ocurrida el día 2 de septiembre, no se extendió hasta por la tarde al distrito habitado por Pedro. Éste se hallaba en un estado muy próximo a la locura después de dos días de aislamiento y de vivir en condiciones extraordinarias. Una sola idea le dominaba. No sabía por qué ni desde cuándo, pero este pensamiento le obsesionaba con una fuerza tal que no comprendía nada; no se daba cuenta de lo que veía ni oía; vivía como en sueños.

No había dejado su casa más que para huir de las complicaciones que, dada su situación, no era capaz de desenredar.

Cuando, después de comprar el caftán (únicamente para participar en la proyectada defensa de Moscú) encontró a los Rostov y habló con Natacha, que le dijo: «¡Ah!, ¿Se queda usted? Bien hecho», le pareció que, en efecto, hacía bien en quedarse y en participar del destino de la ciudad.

Al día siguiente llegó hasta la muralla de las Tres Montañas animado por la única idea de hacer todo lo posible para no dejarlos escapar. Mas cuando regresó a su casa convencido de que Moscú no se defendería, se dio cuenta de que lo que poco antes había sido una posibilidad era ahora necesario e inevitable. Debía permanecer en Moscú ocultando su nombre y salir al encuentro de Napoleón para matarle. Entonces perecería o pondría fin a la desgracia de toda Europa, que, según él, procedía únicamente del Emperador.

Pedro conocía todos los detalles del atentado que un estudiante alemán llevó a cabo en Viena contra Bonaparte en 1809 y sabía que dicho estudiante fue fusilado. Pero el peligro de muerte que suponía el proyecto le excitaba más todavía.

Dos sentimientos igualmente fuertes atraían a Pedro a este móvil: primero la necesidad de sacrificarse, de sufrir, de participar de la desgracia general, sentimiento que el día 25 le había conducido a Mojaisk, al corazón mismo de la batalla, y que le movía ahora a vivir fuera de su casa sin el lujo y las comodidades que siempre había tenido, a dormir vestido en un diván duro y comer lo mismo que sus criados.

El otro sentimiento era ese vago impulso interior, exclusivamente ruso, que lleva al hombre de esta nacionalidad a despreciar todo lo que es un estado artificial, todo lo que la mayoría considera como el bien supremo de la vida.

Como sucede siempre, el estado físico de Pedro coincidía con su estado normal. Los malos alimentos, a los que no estaba acostumbrado; el aguardiente, que bebía sin cesar; la privación del vino y de los cigarros: la ropa, que no se podía mudar; dos noches sin dormir sobre un diván demasiado estrecho, le tenían en un estado de excitación que lindaba con la locura.

Eran las dos de la tarde. Los franceses comenzaban a entrar en Moscú.

Pedro lo sabía, pero, en vez de actuar, no hacía más que pensar en los detalles de su empresa. En sus sueños, Pedro no se representaba bien ni la manera de dar el golpe ni la muerte de Napoleón, pero, con un placer melancólico y una claridad extraordinaria, veía su propia muerte y su valor heroico.

«Sí, yo solo debo llevar a cabo la proeza, aunque me cueste la vida-pensaba-. Me acercaré a él y luego, de pronto... ¿Con la pistola o con el puñal? Da lo mismo. "No soy yo, sino la mano de la Providencia, la que lo castiga", diré- Pedro pensaba proferir estas palabras al matar a Napoleón . Bien, ¿y qué? ¡Cogédme!», seguía diciéndose con expresión triste y firme y bajando la cabeza.

De pronto, una voz de mujer, un grito penetrante, resonó en la puerta de entrada y la cocinera irrumpió en la antecámara.

-¡Ya vienen!- exclamó.

Y al punto sonaron unos golpes en la puerta de la casa.

VIII

Los habitantes que se alejaban de la ciudad y las tropas que retrocedían por caminos diversos vieron con sentimientos parecidos el resplandor del primer incendio, que estalló el 2 de septiembre.

Los Rostov se encontraban aquella noche en Mitistchi, a veinte verstas de Moscú. Habían salido de la ciudad el día primero a última hora de la tarde. La carretera estaba tan llena de carros y de tropas, se habían olvidado de tantas cosas, que enviaron a los criados a buscarlas y, mientras éstos volvían, se quedaron a pasar la noche a cinco verstas de Moscú.

Al otro día por la mañana se levantaron tarde y de nuevo tuvieron que detenerse tantas veces por el camino, que llegaron a Mitistchi a las diez. Los Rostov y los heridos que los acompañaban se instalaron en los patios y en las isbas del gran burgo. Los domésticos, los cocheros de los Rostov y los asistentes de los heridos salieron a las puertas después de servir a sus amos, de cenar y de dar el pienso a los caballos.

En la isba vecina se hallaba, con un brazo roto, el ayudante de campo de Raiewski; sus sufrimientos eran tan horribles que gemía sin descanso. Sus ayes resonaban lúgubrementemente en la oscuridad de aquella noche de otoño. La primera noche la pasó el herido en el patio que ocupaban los Rostov. La Condesa se quejó más tarde de que no había podido cerrar los ojos a causa de aquellos gemidos, y en Mitistchi se la alojó en una isba menos cómoda con el

único objeto de que estuviera lejos de los heridos.

A través de la alta carrocería del coche que se hallaba cerca de la entrada del patio, uno de los criados vislumbró en la oscuridad nocturna el nuevo y débil resplandor de un incendio.

Hacía tiempo que se veía otro, y todos sabían que era Mitistchi la Menor la que ardía, incendiada por los cosacos de Mamonov.

-¡Otro incendio, amigos!- anunció el sirviente.

Todas las miradas se clavaron en aquella luz.

-Se dice que los cosacos de Mamonov han incendiado Mitistchi la Menor.

Sí, pero Mitistchi queda más lejos. El incendio no puede ser allí.

-¡Mira! Se diría que el fuego arde en Moscú.

Dos criados que se hallaban a la puerta del patio se acercaron y tomaron asiento en el estribo del coche.

-Está más a la derecha... Mitistchi está allá, en el otro extremo.

Otros criados se unieron a éstos.

Fijaos bien. El incendio es en Moscú, bien por la parte de Suchevscoi, bien por la de Rogojsloi.

Nadie contestó; todos estuvieron mirando largo rato, silenciosos, la llama lejana del nuevo incendio.

Danilo Terentitch, viejo ayuda de cámara del Conde, se acercó al grupo y llamó a Michka.

-¿Qué será lo que tú no hayas visto, chismoso? El Conde te llama. Ve a preparar los trajes.

Michka dijo:

-Sólo he venido al patio por agua.

-¿Qué te parece, Danilo Terentitch: proviene o no ese resplandor de Moscú?- preguntó uno de los servidores.

Danilo no contestó y todos callaron. El resplandor se extendía más y más.

-¡Que Dios nos asista! El viento y el aire son secos- clamó una voz.

-Mirad cómo avanza. ¡Señor, Señor! Guarda a estos pecadores de todo mal.

-Probablemente se detendrá.

-¿Quién?- dijo Danilo Terentitch, que había guardado silencio hasta entonces-. Es Moscú la que arde, hermanos... Es ella, nuestra madre blan...

Se le quebró la voz de pronto y sollozó como sólo sollozan los viejos, y como si todos esperasen oír aquello para comprender el significado del resplandor, se oyeron suspiros, oraciones y los sollozos del viejo ayuda de cámara del Conde.

IX

Un criado le dio al Conde la noticia. Este se puso la bata y salió al exterior para contemplar el incendio. Sonia, que aún no se había desvestido, salió también. Natacha y la Condesa se quedaron en la habitación (Petia no acompañaba a sus padres: se había adelantado a su regimiento, que marchaba hacia la Trinidad).

Al saber que ardía Moscú, la Condesa se echó a llorar. Natacha, pálida, con la mirada fija, se sentó en un banco bajo los iconos; no prestó atención a las explicaciones de su padre. Escuchaba los gemidos del ayudante de campo, que, aunque el herido distaba de ellos tres casas, se oían con claridad.

-¡Qué horror!- exclamó Sonia volviendo del patio transida y asustada-. Creo que está ardiendo todo Moscú. El resplandor es inmenso. Natacha, mira por aquí; se ve ya desde la ventana- dijo para distraer a su prima.

Pero Natacha la miró como si no comprendiera sus palabras y volvió a posar la vista en la estufa. Desde por la mañana, cuando Sonia, suscitando el despecho y el asombro de la Condesa, creyó necesario, sin que se supiera por qué, notificar a Natacha que el príncipe Andrés estaba herido e iba en el convoy, estaba sumida en un estado de estupor. La Condesa se había enfadado con Sonia de un modo desacostumbrado; Sonia lloró y le pidió perdón, y ahora, como no podía borrar su falta, se ocupaba de su prima sin cesar.

-¡Mira cómo arde, Natacha!

-¿Qué es lo que arde? ¡Ah, sí! Moscú...

Y como si no quisiera ofender a Sonia y deseando, además, que la dejara tranquila, Natacha se acercó a la ventana y luego volvió a sentarse.

-¡Pero si no has visto nada!

-Sí, sí, lo he visto- repuso con acento de súplica.

Deseaba que la dejaran tranquila. Sonia y la Condesa comprendieron que ni Moscú ni el incendio le importaban lo más mínimo en aquellos momentos.

El Conde se retiró tras el biombo y se acostó. La Condesa se aproximó a Natacha, le tocó la cabeza como hacía siempre que estaba enferma y

enseguida, apoyando los labios en su frente para comprobar si ardía, la besó.

-Tienes frío, estás temblando. Acuéstate.

-¿Qué me acueste? Sí, bueno. Enseguida, enseguida voy.

Al saber, por la mañana, que el príncipe Andrés iba con ellos, se hizo numerosas preguntas: «¿Dónde tendrá la herida? ¿Cómo le habrán herido? ¿Estará grave? ¿Podré verle?» Mas, al enterarse de su gravedad, aunque no corría peligro su vida, y de que no le permitirían que lo visitara, sin creer nada de lo que le decían, es más, convencida de que le dirían siempre lo que no era, dejó de hablar y de hacer preguntas. Durante todo el día, con los ojos muy abiertos, expresión que ya conocía y temía la Condesa, permaneció inmóvil en un rincón del coche. E inmóvil seguía ahora sentada en el banco donde se había dejado caer a su llegada. Pensaba en algo que resolvía o que había resuelto ya en su interior. La Condesa estaba segura de ello. ¿Qué sería? Lo ignoraba, y ello la atormentaba y la llenaba de inquietud.

Desnúdate, Natacha, hijita, y acuéstate en mi cama.

Sólo la Condesa dormía en un lecho. Las dos muchachas lo hacían sobre paja desparramada en el suelo de madera.

-No, no, mamá. Me echaré aquí, en el suelo- replicó Natacha. Y fue a abrir la ventana.

Desde entonces los gemidos del ayudante de campo se percibieron más claramente. Natacha sacó la cabeza para aspirar el aire fresco de la noche, y la Condesa vio temblar los sollozos en su garganta.

La joven sabía que aquellos gemidos no eran del príncipe Andrés, que dormía en la isba vecina, separada de ella por un tabique, pero las lúgubres e ininterrumpidas quejas le destrozaban el corazón.

La Condesa cambió con Sonia una mirada significativa.

Acuéstate, hijita. Acuéstate, tesoro mío – insistió dándole un golpecito en el hombro-. Ea!, acuéstate de una vez.

-¡Ah, sí...! Me acostaré. Me acostaré enseguida.

Para ir más deprisa, Natacha se arrancó el cordón de la falda. Después de quitarse la ropa y de ponerse la de dormir, se sentó en el lecho de paja formado en el suelo, estirando las piernas, y se puso a trenzarse los cabellos. Sus finos, largos y hábiles dedos hacían rápidamente la trenza. Con un gesto característico volvía la cabeza ya a un lado, ya al otro, pero sus grandes ojos miraban siempre en línea recta. Cuando concluyó su tocado se deslizó, sin ruido, hasta quedar sentada cerca de la puerta, sobre la tela que cubría la paja.

-Colócate en el centro- le indicó Sonia.

-No; aquí estoy bien- repuso ella-. Pero acostaros también vosotras- agregó con despecho. Y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

La Condesa y Sonia se desvistieron en un abrir y cerrar de ojos y se acostaron. En la habitación no quedó más luz que la de una lamparilla; pero el patio estaba iluminado por el incendio de Mitistchi la Menor, que distaba dos verstas de allí, y se oían los gritos de los campesinos en una granja que habían destruido los cosacos del regimiento de Mamonov, así como los incesantes gemidos del ayudante de campo.

Natacha permaneció inmóvil, escuchando ruidos que llegaban hasta allí procedentes de la casa y del exterior.

Oyó la oración y los suspiros de la madre, el crujido de su lecho y la respiración acompasada de Sonia. Luego llamó la Condesa, pero ella no contestó.

-Debe de haberse dormido, mamá- murmuró Sonia.

Tras un breve silencio, la Condesa volvió a llamar a Natacha. Tampoco obtuvo contestación.

Poco después, Natacha oyó la respiración regular de su madre. Pero no se movió aunque tenía un pie fuera de la paja y se le helaba sobre el frío suelo.

Como si festejara su victoria sobre el mundo, surgió el «cri cri» de un grillo de un boquete del pavimento. Un gallo cantó a lo lejos; otro, cercano, le contestó. Los gritos habían cesado en la granja y sólo se oían los gemidos del ayudante de campo. Natacha se incorporó.

-¡Sonia!, ¿Duermes...? ¡Mamá!

No obtuvo respuesta de ninguna de las dos. Natacha se levantó sin hacer ruido, se santiguó, y, al poner los delgados y desnudos pies sobre el suelo entarimado, éste crujió. Con la elasticidad de un gato joven, avanzó unos pasos y tocó la fría cerradura de la puerta.

Le pareció que algo pesado golpeaba las paredes de la isba. Era su corazón que palpitaba de angustia, de miedo, de amor. Abrió la puerta, franqueó el umbral y sentó la planta en la tierra fría y húmeda del vestíbulo. El frío que se apoderó de ella le serenó. Sus pies desnudos tropezaron con un hombre dormido. Saltó por encima de él y abrió la puerta de la isba donde se hallaba el príncipe Andrés. La isba estaba a oscuras. En el fondo, en un rincón, cerca de un lecho donde había alguien acostado, se fundía un trozo de bujía, semejante a una gran seta, que descansaba sobre un banco.

Desde que había sabido aquella mañana que estaba allí el príncipe Andrés había decidido ir a verle. Sabía que la entrevista sería penosa, pero, sin que supiera bien por qué, la consideraba necesaria.

Durante todo el día acarició el pensamiento de verle por la noche; y ahora, llegado el momento, se sentía sobrecogida de terror. ¿Cómo sería la herida? ¿Qué quedaría de él? ¿Estaría en un estado parecido al de aquel ayudante de campo que gemía incesantemente? Sí, así debía de ser. En su magín, era el Príncipe la personificación de aquellos gemidos pavorosos. Al distinguir en el rincón una masa confusa que tenía las rodillas levantadas bajo la manta creyó hallarse ante un cuerpo mutilado y se detuvo con terror. Pero una fuerza invisible la impulsaba a seguir adelante. Dio prudentemente un paso, luego otro, y se encontró en mitad de una isba llena de gente. En el banco, bajo los iconos, había un hombre acostado (era Timokhin), y en el suelo, otros dos hombres: el médico y el ayuda de cámara.

Este último se incorporó murmurando palabras incomprensibles. Timokhin, al que mantenían desvelado los dolores de la pierna herida, contemplaba la singular aparición de aquella muchacha que se cubría con un camión blanco, una chambra y un gorro de dormir. Las palabras temblorosas del criado: «¿Qué quiere? ¿Qué viene a hacer aquí?» apresuraron la marcha de Natacha en dirección de la persona acostada en el rincón. Por terrible que fuera el espectáculo, tenía que verlo. Pasó por delante del ayuda de cámara sin responder. La seta de sebo se dobló y Natacha vio con claridad al príncipe Andrés. Estaba acostado, con las manos puestas sobre el embozo de la sábana, tal como se lo representaba siempre.

En realidad, era el mismo, pero el rubor que la fiebre ponía en su rostro, el brillo de los ojos, que posaba en ella con entusiasmo, y sobre todo aquel cuello delgado, juvenil, que emergía del de la camisa de dormir, le daban un aire particular de inocencia que jamás le había visto. Se aproximó a él y, con un movimiento repentino, irreflexivo, gracioso, cayó de rodillas. El le tendió la mano sonriendo.

X

Desde que el príncipe Andrés abrió los ojos en la ambulancia, después de la batalla de Borodino, hasta aquel momento habían transcurrido siete largos días. Casi todo este tiempo había estado sumido en una especie de síncope. Tenía fiebre y una inflamación en los lesionados intestinos, mortal de necesidad según el dictamen médico. Pero al séptimo día comió con placer un poco de tarta con el té, y el doctor observó que la temperatura disminuía. Aquella mañana había recuperado el conocimiento.

La primera noche tras la salida de Moscú hizo mucho calor y dejaron dormir al Príncipe en su coche, pero al llegar a Mitistchi el herido pidió que le

sacaran del vehículo y le dieran una taza de té. Los dolores que sintió durante el traslado a la isba le arrancaron fuertes gemidos y volvió a perder el conocimiento. Cuando se le colocó sobre el lecho de campaña, estuvo largo rato inmóvil y con los ojos cerrados. Mas apenas los abrió dijo en voz baja: «Pero ¿y ese té?» Este recuerdo de los pequeños detalles de la vida llamó la atención del doctor. Le tomó el pulso y, con sorpresa y descontento, observó que estaba mejor. La mejoría le desagradaba porque su experiencia le decía que el príncipe Andrés no podía vivir y que, si no moría entonces, moriría más adelante en medio de sufrimientos mayores todavía. Timokhin, el mayor de su regimiento, herido en una pierna también en la batalla de Borodino, fue colocado en la misma isba, para que le hiciera compañía. Estaba con ellos el médico, el ayuda de cámara del Príncipe, su cochero y dos asistentes.

Se sirvió el té al Príncipe. Se lo bebió ávidamente, con los ojos febriles fijos en la puerta, como si tratase de comprender o recordar algo.

- No quiero más- dijo-. ¿Está ahí Timokhin?- preguntó luego.

Timokhin se deslizó por el banco.

-Aquí estoy, Excelencia.

-¿Cómo va la herida?

-¿La mía? Bien. ¿Y la de usted?

El príncipe Andrés se quedó otra vez pensativo; parecía recordar algo.

-¿Querrá buscarme un libro?

-¿Qué libro?

-El Evangelio. No tengo ninguno aquí.

El doctor prometió buscárselo y comenzó a preguntarle qué sentía. Al Príncipe le costaba hablar o no quería hacerlo, pero respondió razonablemente a todas las preguntas del doctor. Luego, como no estaba cómodo, pidió que le pusieran algo debajo de la almohada. El doctor y el ayuda de cámara levantaron el capote que cubría su cuerpo y, haciendo una mueca a causa del olor sofocante de carne podrida que se desprendía de él, se pusieron a examinar la horrible herida. El doctor quedó descontento del examen. Hizo una cura y volvió al herido del otro lado, lo que le arrancó nuevos gemidos y le hizo perder el conocimiento. A continuación, el Príncipe comenzó a delirar. Repetía que le trajesen el libro inmediatamente y que le llevaran a él allá abajo.

-¿Por qué no me lo dan? No tengo ninguno. Buscadlo, por favor. Ponédmelo delante un momento- suplicaba con acento quejumbroso.

El doctor salió del vestíbulo para lavarse las manos.

-Es un mal tan terrible que no sé cómo puede soportarlo- dijo al ayuda de cámara que le echaba el agua en las manos.

-Pues me parece que le tenemos bien instalado, señor.

Por vez primera, el Príncipe, se dio cuenta del lugar en que se hallaba y de lo que le había ocurrido. Recordó que había sido herido, dónde y cómo; que cuando se detuvo el coche en Mitistchi rogó que se le trasladase a la isba y que allí volvió a encontrarse mal y que de nuevo había recobrado el conocimiento después de tomar un poco de té. Y siguió pasando revista a todo lo que le había sucedido. Se representaba con singular clarividencia la ambulancia y cómo al presenciar los sufrimientos de un hombre al que detestaba brotaron en su mente ideas nuevas que le prometían la felicidad. Y, aunque vagas y confusas, estas ideas se apoderaron de nuevo de su alma. Recordaba que era dueño de una felicidad que nunca había poseído y que ésta tenía algo de común con el Evangelio. Por eso lo había pedido. Pero su nueva postura, desfavorable para la herida, confundió sus ideas nuevamente, y, más tarde, despertó por tercera vez a la vida, ya en medio del silencio de la noche. Todos dormían a su alrededor. Los grillos cantaban en el vestíbulo. Alguien vociferaba y reía en la calle. Las cucarachas corrían por encima de las mesas, sobre los iconos, por las paredes; una gruesa mosca revoloteaba alrededor de la bujía, cerca de él. Pero su alma no se hallaba en estado normal. El hombre que goza de buena salud piensa, siente, se acuerda simultáneamente de infinidad de cosas y posee la facultad de escoger una serie de ideas o de fenómenos y de prestarles toda su atención. El hombre que goza de buena salud puede, en medio de las reflexiones más profundas, salir de ellas para decir una palabra de cortesía a la persona que acaba de llegar, y luego vuelve a asir el hilo de sus pensamientos en el punto en que lo ha soltado. Mas el alma del príncipe Andrés se hallaba en un estado anormal. Las fuerzas de su espíritu eran más activas, más claras que nunca, pero actuaban independientemente de su voluntad. Las ideas, las representaciones más diversas, se apoderaban de él, todas a un tiempo. A veces su pensamiento comenzaba a trabajar con un vigor, con una clarividencia, con una profundidad que en su estado normal no conseguía, y, de pronto, en mitad de su trabajo, sus ideas se desvanecían y eran reemplazadas por una imagen cualquiera, una visión mental imprecisa, y ya no podía reanudar sus meditaciones.

«Sí- pensaba acostado en la isba, casi a oscuras y mirando ante sí con ojos febriles y muy abiertos , se me ha revelado una dicha nueva: la que se encuentra fuera de las fuerzas físicas, de las influencias externas; la dicha del alma, la dicha del amor. Pero ¿cómo presenta Dios esta ley? ¿Por qué el hijo...?»

De súbito se interrumpió el curso de sus reflexiones, y el Príncipe aguzó el oído... Ignoraba si era delirio o realidad, pero oía el murmullo de una voz que

repetía sin cesar, con una entonación muy dulce: «Beber..., beber... eer... eer...» Y otra vez: «Beber..., beber... eer... eer...» Al mismo tiempo veía levantarse un edificio en el aire, sobre su misma frente, una construcción extraña, aérea, que parecía hecha de finas agujas. Y aunque le resultaba penoso, se daba cuenta de que tenía que conservar el equilibrio para que el edificio no se derrumbase. Pero se derrumbó. Y luego volvió a levantarse poco a poco, al son de una música cadenciosa. «He de estar quieto, muy quieto», se decía mientras escuchaba aquel murmullo y experimentaba la sensación de que se formaba aquel edificio. A la roja luz de la bujía, veía las cucarachas, oía el zumbido del moscardón que revoloteaba cerca de la almohada, sobre su cabeza. Al propio tiempo le maravillaba que no echara abajo con sus alas el edificio erigido sobre su frente. Un objeto blanco colocado cerca de la puerta le asfixiaba con su aspecto de esfinge.

«Debe de ser mi camisa que alguien ha dejado sobre la mesa- pensó-. Éstas son mis piernas, aquélla es la puerta, pero ¿por qué tiene que desaparecer todo eso? Beber..., beber..., beber..., beber... ¡Oh, basta, por el amor de Dios! », suplicó sin saber a quién.

De improviso, las ideas y los sentimientos renacieron en él con una claridad, con una intensidad sorprendente.

«Sí, el amor- pensó-, pero no ese amor que se siente por cualquier cosa, sino el que sentí por vez primera cuando vi y amé a un enemigo moribundo. Yo he experimentado ese amor, que es esencia misma del alma y que no necesita objetivos. Ahora mismo tengo una sensación de beatitud: deseo amar al prójimo, a los enemigos; deseo amarlo todo, amar a Dios en todas sus manifestaciones. Se puede amar con amor humano a una persona querida; sólo a un enemigo se le puede amar con un amor divino. Por eso experimenté tanta dicha cuando me di cuenta de que amaba a aquel hombre. ¿Qué habrá sido de él? ¿Vivirá todavía?»

«El amor humano puede convertirse en odio, el amor divino no puede modificarse: nada, ni siquiera la muerte, es capaz de destruirlo. Es el sentido del alma. He aborrecido a muchas personas en la vida, pero a nadie he aborrecido tanto ni he amado tanto como a ella.»

Y recordó vívidamente a Natacha, pero no se imaginó solamente sus encantos como otras veces, sino que pensó en su alma por vez primera. Comprendía ahora sus sentimientos, sus sufrimientos, su vergüenza, su arrepentimiento. Por primera vez se dio cuenta de toda la crueldad de su ruptura con ella. ¡Ah, si pudiera verla una sola vez! Mirarla a la cara y decirle: «Beber..., beber..., beber..., beber...»

La mosca cayó. De repente le llamó la atención algo extraordinario que sucedía en aquel mundo mezcla de delirio y de realidad en que se hallaba.

En él se reconstruían incesantemente edificios que no habían sido destruidos... Algo se alargaba...; la bujía ardía rodeada de su círculo rojo... Cerca de la puerta seguía viéndose la camisa esfinge. De pronto algo chirrió, y entonces penetró en la isba un vientecillo fresco, y una nueva esfinge blanca apareció en el umbral. Esta nueva esfinge tenía un rostro pálido, blanco y unos ojos brillantes parecidos a los de aquella Natacha en quien Andrés estaba pensando.

«¡Este delirio es terrible!, se dijo tratando de alejar aquel rostro de su imaginación. Pero el rostro estaba ante él con toda la fuerza de la realidad y se le acercaba. El príncipe Andrés quería volver al mundo del pensamiento puro, pero no podía: el delirio le arrastraba a sus dominios. La voz dulce continuaba sus murmullos... El Príncipe reunió todas sus fuerzas para resistir. Al hacer un movimiento, sus oídos se llenaron de pronto de sonidos, sus ojos se oscurecieron y, como hombre que cae al fondo del agua, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, Natacha, la misma Natacha, viva, a la que quería amar con el amor puro, divino, que acababa de revelársele, se encontraba arrodillada junto a su lecho.

Comprendió en seguida que era una Natacha viva, pero, en vez de sorprenderse, experimentó una dicha muy dulce.

Natacha, de rodillas aún (no podía moverse), le miraba asustada, reteniendo los sollozos. Su pálido semblante permanecía inmóvil; sólo su labio inferior temblaba.

El príncipe Andrés suspiró y le tendió la mano sonriendo.

-¡Usted! ¡Qué felicidad!- exclamó.

Natacha se acercó más al herido, andando de rodillas, le cogió con suavidad una mano, se inclinó y la rozó con los labios.

-Perdón- dijo luego levantando la cabeza y mirándole-. Perdóneme.

-¡La amo!- repuso el Príncipe.

-Perdóneme...

-¿De qué?

-Siento... el mal que... le hice...- profirió Natacha con voz entrecortada y apenas perceptible.

Y, sólo rozándola con los labios, volvió a besar repetidas veces la mano del príncipe Andrés.

-Te amo más ahora que antes- dijo él levantando la cabeza para mirarla de frente. Tenía los ojos llenos de lágrimas de alegría. La mirada de ella le llenaba de dicha y de compasión. El pálido y delgado rostro de Natacha, sus

labios hinchados, la afeaban horriblemente, pero el Príncipe no veía aquella cara; no veía más que los ojos brillantes, hermosos...

A sus espaldas se oyeron voces.

Pedro, el ayuda de cámara, se despertó y despertó al doctor. Timokhin, que no podía pegar los ojos a causa del dolor que sentía en la pierna, lo había presenciado todo y se apretaba contra el banco, cubriéndose cuidadosamente con una bandera.

-¿Qué es eso?- preguntó el médico levantándose de su yacija-. Señora, márchese, por favor.

En este instante llamó a la puerta una doncella, enviada por la Condesa, que había advertido la ausencia de su hija.

Natacha salió de la habitación como una sonámbula a la que se acaba de despertar de su sueño, entró sollozando en su isba y se dejó caer en el lecho.

A partir de aquel día, y durante todo el viaje, Natacha aprovechó los relevos y todos los altos en el camino para correr junto a Bolkonski. Y el doctor tuvo que confesar que no esperaba hallar en una joven tanta firmeza ni tanta habilidad para cuidar a un herido.

A pesar de que la horrorizaba la idea de que el Príncipe pudiera morir (el doctor estaba convencido de que no se salvaría) en los brazos de su hija, la Condesa no osó hacer ninguna observación a Natacha. No dejó de decirse que en el caso de que Andrés se curase y en vista de las relaciones que con él mantenía entonces su hija, podrían volver a hacerse proyectos matrimoniales, pero nadie, ni siquiera Natacha, hablaba de esto. El problema sin resolver de vida o muerte suspendido no sólo sobre la cabeza de Bolkonski, sino de Rusia entera, absorbía por entero la mente de todos.

XI

Pedro se levantó tarde el día 3 de septiembre. Le dolía la cabeza; le pesaba el traje con que había dormido. El reloj de pared señalaba las once de la mañana, pero la calle estaba sumida en sombras. Pedro se levantó, se frotó los ojos y miró la pistola que el criado había colocado sobre el escritorio. Entonces recordó dónde se hallaba y lo que pensaba hacer.

«¿No me habré retrasado?- se dijo-. No, probablemente no entrará en Moscú antes del mediodía.»

Pedro no quiso detenerse a reflexionar en lo que iba a hacer; no pensó más

que en actuar con la mayor rapidez posible.

Se había alisado el traje, tenía ya la pistola en la mano y se disponía a salir, cuando, por vez primera, se preguntó cómo llevaría el arma por la calle. Desde luego, en la mano no. Bajo el largo caftán le parecía también difícil ocultar una pistola tan grande. Tampoco podría disimularla colocándola en su cintura ni debajo de la silla del caballo. Además, tenía que llevarla descargada y había que contar con que necesitaba tiempo para cargarla.

«Quizá me sirva el puñal... », pensó, aunque repetidas veces, al reflexionar en el modo de poner en práctica su proyecto, se había dicho que el error principal del estudiante, en 1809, fue querer matar con un puñal a Napoleón. Al parecer, el objetivo principal de Pedro consistía no en la realización de su idea, sino en demostrar que no renunciaba a ella y haría todo lo posible para ponerla en práctica. Cogió, pues, el puñal mohoso, encerrado en su vaina verde, que había comprado en Sukharevo, y lo introdujo debajo de su chaleco.

Después de sujetarse con un cinturón el caftán y de ponerse el sombrero, Pedro avanzó por el corredor, procurando no hacer ruido, y salió a la calle. El incendio que la víspera por la tarde contempló con indiferencia, se había agravado de manera considerable durante la noche. Moscú ardía por diversos puntos: la calle Karietnaia, Zamoskvoretché. Gostinni Dvor, la calle Poverskaia, las embarcaciones del Moscova, los mercados de madera, próximos al puente Dragomilov, ardían a la vez.

Pedro tuvo que pasar por callejuelas para llegar a la calle Poverskaia, y de ésta dirigirse al Arbat, en las cercanías de la iglesia de San Nicolás, donde, hacía ya mucho tiempo, había decidido ejecutar su plan.

Lo mismo las puertas cocheras que los huecos de las casas aparecían cerrados. Calles y callejuelas se hallaban desiertos. El olor a quemado y el humo saturaban el aire. De vez en cuando se tropezaba con rusos de rostros tímidos e inquietos y con franceses nómadas. Unos y otros le miraban sorprendidos. Los rusos le observaban con atención, no sólo por su aventajada estatura, su magnífica presencia y la expresión singular, sombría y concentrada de su rostro y de toda su persona, sino porque no acertaban a descubrir a qué clase pertenecía. Los franceses le seguían, sorprendidos, con la vista, porque no les hacía el menor caso, en vez de mirarlos, como los demás rusos, con curiosidad o con miedo. Cerca de la puerta de una casa, tres franceses, que contaban algo a unos rusos que no los comprendían, le preguntaron si sabía hablar en francés.

Pedro hizo un gesto negativo y continuó la marcha. Un centinela que se hallaba de pie junto a un cajón pintado de verde le llamó a gritos. Sólo después de oír repetidamente sus severas voces y de verle manejar el fusil se dio cuenta de que debía pasar al otro lado de la calle. Ni oía ni veía nada de lo que

sucedía a su alrededor. Como si todo lo demás le fuera indiferente, estaba absorto en sus proyectos y una mezcla de prisa y horror le impulsaba a ponerlos en práctica, haciéndole temer un fracaso debido a su inexperiencia. Pero estaba escrito que no llevaría sus sentimientos intactos al lugar adonde se dirigía. Además, aun cuando nada le hubiera detenido por el camino, ya no podía realizar su plan, pues hacia cuatro horas que por la muralla de Dragomilov y por el Arbat había entrado Napoleón en el Kremlin, y entonces estaba sentado, con el más sombrío humor, en el gabinete imperial del palacio, donde daba órdenes detalladas acerca de las medidas que debían tomarse inmediatamente para extinguir el incendio, prevenir el merodeo y tranquilizar a los habitantes.

Mas Pedro ignoraba estos detalles. Absorto en el hecho que iba a llevar a cabo, se atormentaba como se atormentan todos aquellos que emprenden una tarea imposible no sólo por las dificultades que encierra, sino por su incompatibilidad con el propio carácter. Temía ceder a la debilidad en el momento decisivo y perder por esta causa la propia estimación.

A pesar de que no oía ni veía nada de lo que a su alrededor sucedía, seguía instintivamente su camino y no se extraviaba en las callejuelas que conducían a la calle Poverskaia. A medida que se acercaba a ella veía disminuir el humo y sentía un aumento de temperatura debido a la proximidad del fuego. De vez en cuando, las lenguas de fuego aparecían por encima de las casas. Las calles estaban animadas y las gentes se mostraban más inquietas. Pero, aunque notaba que ocurría algo extraordinario en torno suyo, Pedro no se daba cuenta de que se acercaba al foco del incendio. Al pasar por unos vastos terrenos sin edificar, que lindaban por un lado con la calle Poverskaia y por el otro con los jardines del príncipe Gruzinski, sonó a su espalda, inesperadamente, un desesperado grito de mujer. Se detuvo y, como si saliera de un sueño, levantó la cabeza.

Al borde del camino, sobre la hierba seca y polvorienta, había un montón de objetos domésticos: colchones, samovares, iconos, cofres. Una mujer madura, seca, de dientes largos y proyectados hacia fuera, que llevaba un gorro y un mantón negro, estaba sentada en el suelo, junto a los cofres. Esta mujer sollozaba, balanceando el cuerpo y murmurando palabras incomprensibles. Dos niñas de diez o doce años, envueltas también en mantones, bajo los que se veían unos vestidos cortos y sucios, miraban a su madre con una expresión de espanto en sus pálidos rostros. Un niño de siete años, el menor de los hijos, lloraba en brazos de una vieja sirvienta.

Otra joven, sucia y con los pies descalzos, estaba sentada en un cofre, deshaciéndose la rubia trenza y arrancándose los cabellos chamuscados que iba encontrando. El marido, un hombre de uniforme, de mediana estatura y con patillas rizadas, separaba, con semblante impasible, los cofres

amontonados y sacaba de debajo de ellos algunas prendas de ropa.

Al ver a Pedro, la mujer se arrojó a sus pies.

-¡Socorrednos, caballero!- clamó sollozando-. ¡Mi hija..., mi nenita! Dejamos atrás a la más pequeña y se habrá abrasado... ¡Oh ¿Y para eso la he criado? ¡Dios mío, Dios mío...!

-Basta, María Nikolaievna- le ordenó en voz baja el marido para justificarse delante de aquel extraño-. Nuestra hermana la habrá recogido.

-¡Monstruo! ¡Malvado!- gritó la mujer, colérica, dejando súbitamente de llorar . Ni siquiera te compadeces de tu hija. Otro en tu lugar habría corrido a arrancarla de las llamas. No eres hombre, no eres padre. Eres un cobarde. Usted es noble, caballero- dijo a Pedro-. El incendio ha comenzado por este lado de la ciudad. Las llamas prendieron en nuestra casa. La sirvienta gritó: «Fuego!» Y todo el mundo corrió y se lanzó a la calle. Nos salvamos sin detenernos a mudarnos de ropa. He aquí lo que hemos traído: la bendición de Dios, el lecho nupcial y pare usted de contar. El resto se ha perdido. Al reunir a los niños, no hemos encontrado a Catalina.

La mujer volvió a sollozar.

-¡Mi hijita adorada! ¡Se ha abrasado, se ha abrasado!

-Pero ¿dónde está? ¿Dónde estaba?- preguntó Pedro.

La animación de su rostro hizo comprender a la mujer que se disponía a ayudarla.

-¡Padrecito, padrecito!- exclamó asiéndole por las rodillas . Bienhechor mío, tranquiliza mi corazón... Aniska, perezosa, acompáñale- dijo con ira a la sirvienta. Y su boca mostraba los largos dientes-. Acompáñale, acompaña a este caballero...

-Haré... lo que pueda...- prometió Pedro con voz ahogada.

La sirvienta salió de detrás del cofre, se colocó bien la trenza y, suspirando, echó a andar descalza delante de Pedro.

Este parecía haber vuelto a la realidad tras un largo síncope. Levantó la cabeza, se le iluminaron los ojos con un resplandor de vida y, a paso ligero, siguió a la sirvienta y pronto llegaron a la calle Poverskaia. Toda ella aparecía inundada de un humo denso y negro.

A través de estas nubes surgían aquí y allá lenguas de fuego. Una muchedumbre se apiñaba ante el incendio. En medio de la calle, un general francés decía algo a las personas que le rodeaban.

Acompañado por la muchacha, Pedro quiso acercarse al general, pero los

soldados franceses le detuvieron.

-No se puede pasar- le gritó una voz.

-Venga, caballero; iremos por una calle lateral- indicó la sirvienta.

Pedro dio media vuelta y la siguió, apretando el paso para no quedarse atrás.

La muchacha atravesó corriendo la calle, torció a la izquierda, luego a la derecha y, por fin, dejando atrás tres casas, se metió por una puerta cochera.

-Es aquí- dijo.

Cruzó un patio, abrió una puerta, se paró y mostró a Pedro el pequeño pabellón de madera, que ardía con violentas y cegadoras llamaradas.

Uno de los costados se había venido abajo, el otro se mantenía en pie y las llamas salían por techos y ventanas.

Pedro se detuvo, a su pesar, delante de la puerta cochera, frenado por el terrible calor.

-¿Cuál es su casa?- preguntó.

La muchacha le mostró, gimiendo, el pabellón.

- ¡Ahí está nuestro tesoro, mi señorita adorada, la pequeña Catalina! ¡Oh!- sollozó, creyéndose obligada a conmoverse ante el incendio.

Pedro se acercó al pabellón, mas el calor era tan intenso que involuntariamente le volvió la espalda, con lo que se halló frente a la casa que ardía por un solo costado y a cuyo alrededor hormigueaban los franceses. Por el momento, Pedro no se fijó en lo que hacía; únicamente vio que arrastraban algo. Pero al advertir que un francés daba bastonazos a un mujik para arrancarle de las manos una piel de zorro, comprendió vagamente que estaban saqueando la casa. Sin embargo, no tuvo tiempo de detenerse a pensar en ello.

Los crujidos, el ruido de muros y vigas que se derrumbaban, los silbidos de las llamas, los gritos de la gente, las nubes de humo, ora espesas, ora claras, que despedían chispas, las llamas rojas y doradas que lamían las paredes, aquel intenso calor y aquella nerviosa rapidez de movimientos que percibía en torno suyo produjeron en él la excitación que suele engendrar el incendio en todos los hombres.

Tan violenta fue la impresión que recibió, que de improviso se sintió libre de las ideas que le obsesionaban.

Se sentía joven, hábil, audaz. Recorrió el pabellón por la parte más próxima a la casa, y ya iba a dirigirse a la que se conservaba intacta, cuando sonaron unos gritos sobre su cabeza. Luego oyó un crujido y finalmente vio

caer a sus pies un cuerpo pesado.

Levantando la cabeza, distinguió en una ventana a varios franceses que arrojaban al patio una cómoda llena de objetos de metal. Otros soldados de la misma nacionalidad, que se encontraban abajo, se acercaron a la cómoda.

-¡Eh! ¿Qué buscas tú por aquí?- preguntó uno de ellos.

-A una niña que habitaba en esta casa. ¿La han visto ustedes?

-¡Mira con lo que nos sale éste ahora! ¡Vete a paseo!- gritó una voz. Y, temiendo sin duda que Pedro quisiera disputarle la plata o el bronce que contenía un arcón, otro francés avanzó hacia él con aire amenazador.

-¿Una niña? La he oído llorar en el jardín. Quizá sea la que busca este buen hombre. Seamos humanos- exclamó otro soldado desde la ventana.

-¿Dónde está? ¿Dónde está?- preguntó Pedro.

-¡Allí!- le contestó el francés de la ventana, mostrándole el jardín que se extendía detrás de la casa-Espera un momento.

En efecto, poco después, un muchacho de ojos negros, con el rostro tiznado y en mangas de camisa, saltó por una ventana de la planta baja y dando a Pedro un golpecito en el hombro corrió con él al jardín.

¡Vosotros, daos prisa! gritó a sus camaradas. -Aquí hace demasiado calor.

Al llegar al enarenado sendero, el francés cogió a Pedro de la mano y le señaló un arriete. Echada en un banco había una niña de unos tres años que llevaba un vestido de color de rosa.

Ahí tiene al corderito. ¡Ah! ¡Es una niña! Tanto mejor. Adiós, gordito. Hay que ser humanitario. Todos somos mortales, ¿verdad?

Y el francés de la cara tiznada corrió a reunirse con sus camaradas.

Pedro avanzó lleno de gozo hacia la niña e intentó cogerla en brazos. Mas al ver a un desconocido, ella, que era escrofulosa y de aspecto tan desagradable como la madre, echó a correr dando gritos.

Pedro la alcanzó en un abrir y cerrar de ojos. Ella si guió gritando mientras sus manitas se esforzaban por apartar de sí los brazos de Pedro, y hasta empezó a morderle. Pedro experimentaba un sentimiento de horror, de repugnancia parecido al que hubiera sentido al contacto de un animal cualquiera, pero, haciendo un esfuerzo para no abandonar a la criatura, corrió con ella hacia la casa. Ya no se podía pasar por el mismo camino: Aniska la sirvienta, había desaparecido, y Pedro, con un sentimiento de lástima y disgusto, apretando con más ternura a la niña, que sollozaba, corrió a través del jardín buscando otra salida.

XII

Cuando, después de recorrer varias callejuelas, llegó con su carga junto al jardín de Gruzinski, en una esquina de la calle Poverskaia, no reconoció de momento el sitio de donde había partido en busca de la niña. Estaba atestado de gente y de objetos salvados de las llamas. Además de las familias rusas que llegaban huyendo del fuego, vio a varios soldados franceses vestidos con uniformes distintos. Pedro no les prestó atención. Deseaba encontrar a la familia del funcionario para devolver la niña a su madre y seguir salvando vidas. Le parecía que tenía mucho trabajo y que debía hacerlo lo más deprisa posible.

Vigorizado por la carrera y por el calor, sentía ahora con mayor intensidad las sensaciones de remozamiento, de animación, de resolución, que se habían despertado en él cuando salió en busca de la niña. Ésta, apaciguada, se asía con sus manitas al caftán de Pedro, que la tenía sentada en su brazo, y miraba a su alrededor con la vivacidad de un animalejo salvaje.

Pedro la miraba de vez en cuando y le sonreía. Comenzaba a descubrir en aquel rostro pequeño y enfermizo una conmovedora expresión de inocencia.

El funcionario y su familia no estaban ya en el lugar que ocupaban poco antes. Pedro avanzó rápidamente entre el gentío mirando los rostros que encontraba a su paso.

Entonces vio a una familia de Georgia o Armenia compuesta de un anciano de hermoso aspecto y tipo oriental, vestido con un tulup nuevo y calzado con unas botas flamantes, de una anciana de tipo parecido y de una muchacha joven. Esta pareció a Pedro un dechado de belleza oriental con sus finas cejas negras, su rostro alargado, de expresión muy dulce aunque algo fría.

Mezclada con la muchedumbre, en medio de sus efectos empaquetados, con su rico vestido de seda y su chal de encaje color lila claro, con el que se cubría la cabeza, hacía pensar en una frágil planta de invernadero arrojada sobre la nieve. Estaba sentada sobre los paquetes, detrás de la anciana, y sus grandes ojos negros, inmóviles, de largas cejas, miraban a los soldados. Se advertía que tenía miedo porque sabía que era hermosa. Su rostro llamó la atención a Pedro y, no obstante la prisa con que pasó por donde ella se hallaba, volvió varias veces la cabeza para contemplarla. No encontrando a las personas que buscaba, se detuvo y echó una ojeada en torno suyo. Varios rusos, hombres y mujeres, a quienes llamó la atención, le rodearon.

-¿Ha perdido a alguien, amigo? ¿Es gentilhomme? ¿De quién es esa niña?-

le preguntaron.

Pedro contestó que era hija de una mujer, vestida de negro, que poco antes estaba sentada allí mismo con su familia, y preguntó si alguien conocía su paradero.

-Habla de los Enferov, sin duda- dijo un viejo dirigiéndose a una mujer picada de viruelas.

-No- repuso ella-. Los Enferov partieron muy de mañana. Debe de tratarse de los Ivanov o de María Nikolaievna.

Aquí, el amigo, ha hablado de una mujer: María Nikolaievna es una señora- objetó un lacayo.

-Quizá la conozca usted- explicó Pedro-. Es muy delgada y tiene los dientes largos.

-Sí, es María Nikolaievna. Salió del jardín a la llegada de esos lobos dijo la mujer señalando a los soldados franceses.

-¡Sálvanos, Señor!- murmuró el anciano.

-Lloraba mucho. Se fueron por allá. No, por ahí- manifestó la mujer.

Mas Pedro ya no la escuchaba. Miraba a la familia armenia y a dos soldados que se acercaban. Uno de ellos, hombre pequeño, de movimientos vivos, vestía un capote azul ceñido por una cuerda. Iba descalzo y se cubría la cabeza con un gorro de cuartel. El otro, que atrajo especialmente la atención de Pedro, era delgado, rubio, corpulento, de movimientos pausados y expresión estúpida. Llevaba un capote de lana rizada, pantalones azules y botas altas bastante viejas. El francés bajito del capote azul se acercó a los armenios, murmuró algo, asió las piernas del viejo y empezó a quitarle las botas. El otro se paró ante la bella armenia y la miró en silencio, inmóvil, con las manos metidas en los bolsillos.

-Toma, toma a la niña- dijo Pedro a la mujer con acento imperioso entregándole la criatura-. Tú la devolverás. Tómala- exclamó inclinándose para dejarla sentada en el suelo. La niña lloraba. El miró al francés y a la familia armenia. El viejo estaba ya descalzo. El francés bajito acababa de quitarle la segunda bota y le limpiaba el polvo. El viejecito gimoteó diciendo algo.

Mas Pedro no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor. Toda su atención se concentraba en el francés del capote de lana, que en aquel momento, contoneándose, se acercaba a la muchacha y, sacando las manos de los bolsillos, le tocaba el cuello. La bella armenia, que seguía inmóvil y en la misma postura, con los grandes ojos bajos, no parecía ver ni sentir lo que hacía el soldado.

Mientras Pedro franqueaba los pocos pasos que le separaban del francés, el merodeador alto del capote arrancó el collar de la armenia, que lanzó un grito, llevándose una mano al cuello.

-¡Suelta a esa mujer!- ordenó Pedro en un tono terrible asiendo por los hombros al soldado y empujándole. Este cayó y, levantándose, echó a correr. Pero su camarada, arrojando lejos de sí las botas, tiró del sable y cargó furioso contra Pedro.

-¡Nada de tonterías!- exclamó.

Pedro era presa de uno de sus peculiares accesos de furor, durante los cuales no se acordaba de nada y en los que se duplicaban sus fuerzas. Se lanzó sobre el francés y, antes de que acabase de desenvainar el sable, le derribó y comenzó a golpearle con los puños. La multitud que le rodeaba lanzó un grito de aprobación, pero en aquel preciso instante desembocó en el jardín un destacamento de ulanos franceses a caballo. Los ulanos avanzaron al trote y rodearon a Pedro y al francés.

Pedro no sabía a ciencia cierta lo que sucedió después. Creía recordar que había pegado a alguien y que otros le habían pegado a él después de atarle las manos y mientras un nutrido grupo de soldados le rodeaba.

-Lleva un puñal, teniente- fueron las primeras palabras que comprendió.

-¡Ah! Un arma- repuso el oficial, y, dirigiéndose al soldado que habían cogido a la vez que a Pedro, añadió : Bueno. Ya explicaréis todo esto ante el Consejo de Guerra. ¿Habla usted francés?- preguntó a Bezukhov.

Pedro miró a su alrededor con los ojos enrojecidos y no contestó.

-Que venga el intérprete.

Un hombre vestido de paisano salió de las filas. Pedro reconoció por él, por el traje y por el acento, a un francés que trabajaba en un comercio de Moscú.

-No tiene el aire de un hombre del pueblo- observó mirando al detenido.

-Yo creo que tiene aspecto de incendiario- repuso el oficial-. Pregúntele quién es.

-¿Quién eres?- interrogó el intérprete-. Responde a los superiores.

-Soy vuestro prisionero- repuso de pronto Pedro en francés-. Llevadme a donde os parezca.

La multitud se apiñaba alrededor de los ulanos. Junto a Pedro estaba la mujer marcada de viruelas, con la niña en brazos. Cuando el destacamento se puso en marcha, ella avanzó también y preguntó al prisionero:

-¿Adónde le llevan? ¿Y dónde dejaré a la niña si no encuentro a sus padres?

-¿Qué quiere esa mujer?- inquirió el oficial.

Pedro se sentía como ebrio. Su entusiasmo se acentuó al ver a la niña que había salvado.

-¿Que qué dice?- contestó-. Me trae a mi hija, a quien acabo de salvar de las llamas. ¡Adiós!

Y sin saber cómo se le había ocurrido decir aquella mentira, echó a andar con paso firme y arrogante entre los franceses que lo conducían.

El destacamento era uno de los que por orden de Duronnel recorrían las calles de Moscú para detener a los merodeadores y, sobre todo, a los incendiarios que, según la opinión que tenían los jefes franceses en aquellos momentos, eran responsables del incendio de la ciudad. El destacamento recorrió varias calles todavía y detuvo a cinco rusos sospechosos: un comerciante, dos seminaristas, un campesino, un criado y después a algunos merodeadores. Pero el más sospechoso era Pedro. Cuando llegaron a la prisión militar, instalada en un gran edificio de las murallas de Zuboro, se puso aparte a Pedro bajo una guardia muy severa.

DUODÉCIMA PARTE

I

En las altas esteras de San Petersburgo, la complicada lucha entre los partidarios de Rumiantzev, de los franceses, de María Fedorovna, del Gran Duque heredero y tantos otros bandos proseguía sin interrupción, ahogada, como siempre, por el ruido de los zánganos de la Corte. Pero la vida de San Petersburgo, tranquila, lujosa, en la que nadie se cuidaba sino de visiones y reflejos, seguía su curso ordinario, y, a través de ella, había que hacer grandes esfuerzos para reconocer el peligro, la difícil situación en que el pueblo ruso se hallaba. Siempre las mismas salidas, los mismos bailes, el mismo teatro francés, los mismos intereses de cortesanos, las mismas intrigas. En los círculos más elevados se trataba únicamente de comprender las dificultades de la situación. Se contaba, muy bajito, que en aquellas críticas circunstancias las dos emperatrices habían procedido de manera distinta. La emperatriz María Fedorovna, cuidadosa del bienestar de los establecimientos educativos y de

beneficencia que presidía, había ordenado que se enviaran a Kazán todos los beneficiados, y los bienes de estos establecimientos estaban ya embalados. La emperatriz Elizabeth Alexeievna respondió, cuando se le preguntó qué ordenes se dignaba dar, que no podía dar órdenes relativas a las instituciones del Estado, porque dependían del Emperador, y en cuanto a lo que le concernía directamente, mandó decir que sería la última en salir de San Petersburgo.

El 26 de agosto, día de la batalla de Borodino, Ana Pavlovna dio una fiesta. La novedad del día era la enfermedad de la condesa Bezukhov. Había enfermado repentinamente días antes; desde entonces faltaba a las reuniones que siempre había engalanado con su presencia, y se decía que no recibía a nadie y que, prescindiendo del célebre médico de San Petersburgo que la cuidaba de ordinario, se había puesto en manos de un doctor italiano, que la trataba de acuerdo con un método nuevo y extraordinario.

-La pobre Condesa está muy enferma. El médico dice que se trata de una angina de pecho.

-¿Angina de pecho? ¡Oh, es una enfermedad terrible!

La palabra «angina» se repetía con placer.

-¡Oh! Sería una pérdida terrible. Es una mujer tan encantadora...

-¿Hablan de la pobre Condesa?- preguntó Ana Pavlovna acercándose a los comentaristas-. A mí me han dicho, cuando he mandado a preguntar, que está un poco mejor. Es sin duda la mujer más encantadora del mundo- añadió, sonriendo ante su propio entusiasmo-. Pertenece a campos distintos, pero ello no me impide apreciarla como se merece. ¡Es tan desgraciada!

Suponiendo que las palabras de Ana Pavlovna levantaban un poco el velo misterioso de la enfermedad de la Condesa, un joven imprudente se permitió expresar su asombro al saber que no se había llamado a ningún médico conocido y que la paciente se dejaba cuidar por un charlatán que podía recetar remedios milagrosos.

-Sus informes pueden ser mejores que los míos- dijo Ana de pronto, atacando al inexperto joven, pero sé de buena tinta que ese médico es muy hábil y competente. Ha asistido a la reina de España.

Y luego de fulminar así sus rayos contra el joven, Ana Pavlovna se acercó a Bilibin, que, en otro grupo y con el ceño fruncido, se disponía a hablar de los austriacos.

Los invitados de Ana siguieron comentando la situación de la patria e hicieron diversas suposiciones sobre el resultado de la batalla que debía librarse aquellos días.

Mañana, aniversario del nacimiento del Emperador- concluyó Ana

Pavlovna-, tendremos buenas noticias; ya lo verán ustedes. Es un presentimiento.

II

El presentimiento se cumplió. Al día siguiente, durante el servicio de acción de gracias con que la Corte honraba el cumpleaños del soberano, se recibió un pliego que enviaba el príncipe Kutuzov. Contenía una información escrita en Tatarinovo el mismo día de la batalla. Kutuzov explicaba que los rusos no habían cedido ni una sola pulgada de terreno, que las pérdidas de los franceses eran muy superiores a las rusas y que escribía el comunicado a toda prisa y en el mismo campo de batalla, sin conocer las últimas noticias. Se había obtenido, pues, una victoria y enseguida, sin salir de la iglesia, se dio gracias al Creador por su ayuda y por el triunfo obtenido.

En la ciudad hubo durante todo el día un ambiente de gozo y de fiesta. Todos daban por segura la victoria definitiva, y se hablaba ya del cautiverio de Napoleón, de su destronamiento y de la elección de un nuevo jefe de Estado francés.

En el informe de Kutuzov se hablaba también de las pérdidas rusas, y se citaba, entre otros, a Tutchkov y Kutaissov. El mundo petersburgués lamentó en particular la desaparición de Kutaissov. Era joven e interesante; el Emperador lo apreciaba mucho y todo el mundo lo conocía.

Aquel día todos comentaban al verse:

-¡Es sorprendente! Precisamente durante el servicio de acción de gracias. Pero ¡qué pérdida..., Kutaissov! ¡Una verdadera desgracia!

-¿Qué os decía yo de Kutuzov?- manifestaba el príncipe Basilio con el orgullo del profeta-. ¿No sostuve siempre que él solo era capaz de vencer a Napoleón?

Pero como al día siguiente no se tuvieron noticias del ejército, la opinión pública se inquietó. Los cortesanos sufrían a causa de la incertidumbre en que se hallaba el Emperador.

Aquel día, el príncipe Basilio no dedicó alabanzas a su protegido Kutuzov. Es más: cuando se hablaba del comandante en jefe guardaba silencio. Por añadidura, aquella tarde todo pareció confabularse contra los habitantes de San Petersburgo para sumirlos en la turbación y en la inquietud. Otra noticia terrible se difundió por la ciudad: la condesa Elena Bezukhov acababa de morir, fulminada por el terrible mal cuyo nombre era tan agradable de

pronunciar. Oficialmente y en las altas esferas se decía que había muerto de un ataque de angina de pecho, pero en los círculos particulares se contaba que el médico secreto de la reina de España había hecho tomar a Elena, en pequeñas dosis, cierto medicamento, y que ella, atormentada por la falta de noticias de su marido (el desdichado Pedro), al que había escrito inútilmente, se tomó una tremenda dosis de la medicina, muriendo entre sufrimientos atroces antes de que pudiera acudirle en su socorro. Se murmuraba también que el príncipe Basilio acusó al médico italiano, pero que éste le enseñó tantas cartas de amor de la Condesa difunta, que le dejó partir sin ponerle obstáculos. La conversación general versaba sobre tres penosos acontecimientos: la incertidumbre del Emperador, la pérdida de Kutaissov y la muerte de Elena.

Un poderoso terrateniente moscovita llegó a San Petersburgo tres días después y por toda la ciudad se extendió el rumor de la caída de Moscú. ¡Era horroroso!

El Emperador envió al príncipe Kutuzov el escrito siguiente:

«Príncipe Mikhail Ilarionovitch: Desde el día 29 de agosto no he vuelto a tener noticias de usted. Sin embargo, con fecha del 1° de septiembre he recibido por medio de Iaroslav, que hablaba en nombre del gobernador general de Moscú, la triste nueva de que ha decidido usted abandonar con su ejército la ciudad. Ya puede imaginarse el efecto que ello me ha producido. Su silencio aumenta mi sorpresa. Le envió este pliego por mediación del general ayudante de campo, a fin de conocer por usted mismo la situación del ejército y las causas que le han inducido a adoptar tan dolorosa decisión.»

Nueve días después llegaba a San Petersburgo un enviado de Kutuzov con la noticia de que Moscú había sido abandonado.

III

Mientras Rusia era conquistada a medias, mientras los habitantes de Moscú huían a provincias lejanas, mientras se formaba una milicia tras otra para la defensa de la patria, Nicolás Rostov, sin ningún propósito de sacrificio, por simple casualidad, tomaba parte decisivamente en la defensa de su país y observaba sin pesimismo alguno lo que ocurría a su alrededor. Unos días antes de la batalla de Borodino recibió papeles y dinero: se envió a sus húsares a Voronezh y él mismo partió hacia esta población, utilizando caballos de posta.

Sólo las personas que hayan vivido por espacio de meses enteros en un ambiente rural podrán comprender el placer que experimentó Nicolás cuando dejó las tropas, los forrajes y víveres, la ambulancia, y, sin soldados ni

convoyes, lejos del tráfico del campamento, pudo contemplar los pueblos, los campesinos y sus mujeres, las mansiones señoriales, los verdes terrenos donde pacía el ganado, los relevos ante los adormecidos maestros de postas. Sintió tanta alegría como si viera todo aquello por primera vez. Lo que más le maravilló y le regocijó fue tropezarse con mujeres jóvenes y vigorosas, a las que seguían decenas de oficiales; mujeres que se sentían felices y agradecidas cuando un oficial se detenía a bromear con ellas.

Ya era de noche cuando Nicolás llegó a Voronezh de excelente humor. Pidió en el hotel todo aquello de que llevaba tanto tiempo privándose, y al día siguiente, después de afeitarse cuidadosamente y de ponerse el uniforme de gala, fue a presentarse a las autoridades.

El jefe de milicia era un paisano que tenía el grado de general, hombre entrado en años que estaba visiblemente encantado de sus ocupaciones militares y de su alta graduación. Recibió con ira a Nicolás (estaba convencido de que la ira era una cualidad muy militar) y, dándose importancia y en el tono del que hace uso de un derecho, juzgó la marcha general de los asuntos, y le interrogó, aprobando o desaprobando sus respuestas. Pero Nicolás se sentía tan contento que todo aquello le pareció muy divertido.

Luego visitó al gobernador de la provincia. El gobernador era un hombrecillo muy activo, muy bueno y muy simple.

Indicó a Nicolás dónde encontraría buenos caballos y le recomendó un tratante del pueblo y un propietario rural que habitaba a veinte verstas de allí y que poseía una excelente yeguada. Finalmente le prometió su apoyo.

-¿Es usted hijo del conde Ilia Andreievitch? Mi mujer era muy amiga de su madre. En casa nos reunimos los jueves. Si lo desea, como hoy es jueves, le invito a que venga a vernos sin gastar cumplidos- dijo el gobernador al despedirle.

Por la tarde, Nicolás, después de vestirse, se perfumó, y, aunque un poco tarde, se presentó en casa del gobernador.

En la reunión había muchas señoras. Nicolás había conocido a algunas en Moscú, pero entre los varones no había nadie que pudiera rivalizar con el caballero de la cruz de San Jorge, con el húsar de remonta, con el excelente y atento conde Rostov. Figuraba entre ellos un prisionero italiano, oficial del ejército francés, y Nicolás juzgó que la presencia del mismo aumentaba su importancia de héroe ruso: era como un trofeo.

En cuanto apareció en el salón, vestido con el uniforme de húsar, esparciendo a su alrededor un olor a vino y a perfume, oyó decir a varias voces: «Más vale tarde que nunca.» Luego, todos los presentes le rodearon, todas las miradas se posaron en él, y en un instante se sintió elevado a la

posición de favorito, posición agradable siempre y que ahora, después de tan largas privaciones, le embriagaba. No sólo en los relevos, en los albergues y en las casas particulares había servidores que le halagaban con sus atenciones: también allí, en la velada del gobernador, había señoras jóvenes y bellas señoritas que esperaban con impaciencia a que se fijara en ellas. Todas coqueteaban con él, y las personas mayores pensaban ya en casarle.

Entre estas últimas se hallaba la esposa del gobernador, que le recibió como a un pariente, llamándole Nicolás y tuteándole.

-Nicolás, Ana Ignatievna desea verte- dijo, pronunciando aquel nombre con un tono tan significativo, que Rostov comprendió que aquella Ana Ignatievna debía de ser persona muy importante-. Vamos, Nicolás, ¿me permites que te llame así?

-Sí, tía. ¿Por qué quiere verme esa señora?

-Porque sabe que has salvado a su sobrina... ¿Sabes de quién te hablo?

-, Oh! ¡He salvado a tantas damas!

-Su sobrina es la princesa Bolkonski. Está aquí, en Voronezh, con su tía. ¡Oh, cómo te ruborizas! ¿Qué? ¿Hay algo entre vosotros?

No, ni siquiera he pensado en ello, tía.

-¡Bueno, bueno!

La esposa del gobernador le presentó a una anciana fornida, de estatura elevada, que acababa de terminar su partida de naipes con las personas más notables del pueblo. Era la señora Malvintzeva, una viuda rica, sin hijos, tía materna de la princesa María, que vivía en Voronezh todo el año. Cuando se acercó a ella Rostov, estaba ya en pie pagando lo que había perdido. Hizo un guiño severo, le miró dándose importancia y siguió dirigiendo reproches al general que había ganado.

-Encantada, querido--dijo enseguida a Rostov, tendiéndole la mano-. Le invito a que venga a vernos si gusta.

Después de hablar de la princesa María y de su difunto padre, a quien la tía parecía no haber querido mucho, tras escuchar esta última lo que el joven le refirió acerca del príncipe Andrés- que tampoco gozaba de sus simpatías-, se despidió de él, reiterándole la invitación de que fuera a hacerle una visita. Nicolás se lo prometió y volvió a ruborizarse al despedirse de ella. Siempre que se hablaba delante de él de la princesa María sentía una mezcla de temor y de confusión incomprensibles para él mismo.

Al separarse de la señora Malvintzeva quiso volver a bailar, pero la esposa del gobernador puso sobre su brazo su mano llena de hoyuelos y manifestó

que tenía necesidad de hablarle.

-¿Sabes, querido- comenzó a decir una vez se hubieron sentado en un apartado rincón , que eres un buen partido? ¿Quieres que pida para tí su mano?

-¿La mano de quién, tía?- preguntó Nicolás.

De la Princesa. Catalina Petrovna asegura que Lilí es la que te conviene; yo prefiero a la Princesa. Estoy segura de que tu madre me lo agradecerá. Esa muchacha es encantadora; yo no la encuentro fea.

-¡Qué ha de ser fea!- exclamó Nicolás al que hirió la observación-. Pero yo soy un soldado, tía; no puedo comprometerme ni asegurar nada- agregó sin pensar lo que decía.

-Bien. Recuerda mis palabras. No hablo en broma.

Nicolás sintió de repente el deseo y la necesidad de explayarse (cosa que nunca hacía con su madre, ni con su hermana, ni con ningún amigo), de exponer sus pensamientos más íntimos a aquella mujer, casi una extraña.

Más adelante, al recordar este inexplicable, imperioso e injustificado afán, imaginó (como muchos hombres) que había sido casual. Sin embargo, unido a otros pequeños acontecimientos, debía tener enormes consecuencias no solamente para él, sino también para su familia.

-Mamá desea casarme con una mujer rica- explicó-, pero me repugna y disgusta esa idea. No quisiera casarme por interés.

-Lo comprendo- asintió la esposa del gobernador.

-Claro que la princesa Bolkonski es otra cosa. Ante todo, confieso que me gusta mucho, que me inspira muchísima simpatía, que desde que la he conocido en circunstancias tan poco corrientes pienso sin cesar en la influencia del destino en nuestras vidas. Por extraño que pueda parecer, mi madre, que no la conoce, me la nombra continuamente. Mientras Natacha estuvo prometida a su hermano, yo no pude pensar en dirigirme a ella, y ha venido a cruzarse en mi camino precisamente cuando Natacha ha roto su compromiso matrimonial... No he dicho a nadie, ni diré, una sola palabra de todo esto. Sólo usted lo sabe.

La esposa del gobernador le estrechó la mano, reconocida.

-¿Conoce a Sonia, mi prima? La amo; le he dado palabra de casamiento y haré honor a ello... Ya ve como no puedo pensar en otra mujer concluyó Nicolás ruborizándose.

-¡Muy razonable, querido! Pero Sonia no posee nada y tú mismo confiesas que andan mal los asuntos de tu padre. ¿Y tu madre? Esto la matará. Si Sonia tiene corazón, ¿cuánto no sufrirá? La apenará ver a tu madre desesperada, los

asuntos embrollados... No, amigo mío, Sonia y tú tenéis que comprender.

Nicolás callaba. Le había gustado oír aquella conclusión. Tras un breve silencio, dijo suspirando:

-No obstante, tía, todavía falta saber si la Princesa me querrá. Además, está de luto. ¿Cómo va a pensar en esto?

-¿Imaginas, acaso, que voy a casarte enseguida? Hay muchas maneras de hacer las cosas.

-Es usted una buena casamentera, tía- dijo Nicolás besándole la mano.

IV

Al llegar a Moscú, después de su encuentro con Rostov, la princesa María halló allí a su sobrino, con el preceptor y una carta del príncipe Andrés en que éste le trazaba su itinerario a Voronezh y le hablaba de tía Malvintzeva. Las peripecias del viaje, la inquietud que le inspiraba el estado de su hermano, la instalación en una nueva casa, entre caras nuevas, la educación de su sobrino, todo esto ahogaba en el alma de la Princesa el sentimiento, muy parecido a la tentación, que la atormentó durante la enfermedad de su padre y después de su fallecimiento, y especialmente a raíz de su encuentro con Rostov. Se sentía trastornada. Tras un mes de vida tranquila, experimentaba con mayor intensidad la impresión de la pérdida de su padre, al unirse en su alma a la pérdida de Rostov. La sola idea de los peligros que corría su hermano, único pariente que le quedaba, la atormentaba sin cesar. La inquietaba la educación de su sobrino, porque se veía incapaz de dársela. Pero en el fondo de su alma albergaba una satisfacción que nacía de la conciencia de haber acallado sus sueños y esperanzas relacionadas con la aparición de Rostov.

Al día siguiente de la fiesta, la esposa del gobernador llegó a casa de la señora Malvintzeva, y después de hablar de sus proyectos con la tía de la Princesa, haciendo la observación de que si, dadas las circunstancias, no se podía pensar en unos esponsales oficiales, sí que podía reunirse a los dos jóvenes con objeto de que se conocieran más a fondo y de recibir su aprobación; hizo en presencia de la princesa María el elogio de Rostov y contó que se había ruborizado al oír hablar de ella. Entonces ésta experimento no una alegría sincera, sino un sentimiento enfermizo. Su equilibrio interior no existía ya, y nuevos deseos, nuevas dudas, nuevas esperanzas, se despertaban en ella.

Durante los dos días que mediaron entre esta entrevista y la visita de Rostov, la princesa María no dejó de pensar en la actitud que debía adoptar.

Tan pronto resolvía no salir al salón cuando llegara él, diciéndose que no era correcto que, llevando luto, recibiera invitados, como pensaba que esta conducta resultaría descortés después de lo que Nicolás había hecho por ella. Se dijo que su tía y la esposa del gobernador forjaban proyectos sobre ella y Rostov (sus miradas, sus palabras, parecían confirmar esta suposición) y que estos proyectos les incumbían únicamente a los interesados; y luego pensó que sólo a ella, espíritu perverso, podían ocurrírsele y no olvidaba que en su situación- todavía no se había despojado de sus crespones- sus esponsales constituirían una ofensa para ella y para la memoria de su padre. Después de decidir por fin que se presentaría ante Rostov, se imaginó lo que diría él y lo que ella respondería. Y estas palabras le parecían ora frías y fútiles, ora demasiado importantes.

Temía, sobre todo, que él supusiera que la molestaba. Pero cuando el domingo,-terminada la misa, anunció el criado en el salón la llegada del conde Rostov, la Princesa no dio muestras de sentirse disgustada. Sus mejillas se tiñeron de un leve rubor y una nueva y resplandeciente luz iluminó sus pupilas.

-¿Le has visto, tía?- interrogó con voz tranquila, sin saber ella misma cómo podía permanecer tan serena y natural.

Al aparecer Rostov, bajó un momento la cabeza, a fin de dar tiempo al visitante para que saludara a su tía. La levantó cuando Nicolás se dirigió a ella, y correspondió a su mirada con los ojos brillantes. Con un movimiento lleno de dignidad y de gracia, con una alegre sonrisa, se levantó, le tendió su fina y suave mano y le habló con una voz que por vez primera tenía un matiz femenino. La señorita Bourienne, que se encontraba también en el salón, la miró con asombro. Ni la coqueta más hábil hubiese maniobrado mejor al enfrentarse con un hombre al que quisiera agradar.

«No sé si es que el negro le sienta bien o que se ha embellecido sin que yo me haya dado cuenta... ¡Qué tacto, qué gracia!», pensaba la señorita Bourienne.

Si en aquellos momentos hubiera podido reflexionar, la Princesa se habría sorprendido más que la señorita Bourienne del cambio que se había operado en ella. Desde que su vista se posó en aquel encantador y amado rostro, una nueva fuerza vital se posesionó de ella y la hizo hablar y actuar contra su voluntad. Su rostro se había transformado de súbito al aparecer Nicolás. Así como los cristales pintados de un farolito permiten ver, cuando se encienden de improviso, el trabajo artístico que poco antes parecía grosero y falto de sentido, se transfiguró de pronto el rostro de la princesa María. Por vez primera se exteriorizaba aquel trabajo puro, espiritual, que había realizado en secreto. Todo este trabajo interior, todos sus sufrimientos, sus aspiraciones

hacia el bien, la sumisión, el amor, el sacrificio, brillaban ahora en sus radiantes ojos, en su fina sonrisa, en cada rasgo de su dulce semblante.

Y Rostov se dio cuenta de ello con tanta claridad como si la conociera de toda la vida. Advirtió instintivamente que el ser que tenía delante era distinto y superior a todos los que había conocido hasta aquel momento y, sobre todo, mejor que él mismo.

Cuando le hablaban de la Princesa o cuando pensaba en ella, se ruborizaba y se turbaba; en cambio, en su presencia se sentía despreocupado y animoso. No dijo nada de lo que llevaba preparado, sino cuanto pasó por su magín, lo cual fue, por cierto, lo más oportuno.

La Princesa no salía de casa por el luto, y Nicolás no juzgó conveniente prodigar sus visitas. Pero la esposa del gobernador seguía madurando sus proyectos. Hablaba a Nicolás de las lisonjas que le dedicaba la Princesa, y a ésta de las que le dedicaba Nicolás. Especialmente insistió en que el joven tuviera una conversación a solas con ella. Por fin arregló una entrevista entre los dos, después de la misa, en casa del arzobispo.

Pero Rostov objetó que no tenía por qué mantener aquel diálogo y no quiso prometer su asistencia al palacio arzobispal. Como en Tilsit, donde jamás se atrevió a preguntar a los demás si lo que juzgaban bueno lo era en realidad, ahora, tras una lucha breve pero franca entre la tentación de ordenar su vida de acuerdo con la razón o de someterse dócilmente a las circunstancias, escogió lo último, cediendo a lo que le atraía irremisiblemente. Sabía que no estaba bien hablar de amor a la Princesa después de la promesa hecha a su prima, y jamás lo haría, pero sabía igualmente que si se dejaba llevar por las personas que le dirigían no sólo no cometería ninguna mala acción, sino que haría algo importante, lo más importante de todo lo que había hecho hasta entonces.

Tras su entrevista con la Princesa, su vida exterior no cambió, pero todos los placeres de que gozó antes perdieron su encanto. Pensaba con frecuencia en María, pero no como pensaba en todas las jóvenes, sin excepción, de la esfera que frecuentaba; tampoco recordaba ya con tanto entusiasmo ni con tanta frecuencia a Sonia. Como todos los jóvenes decentes, había querido ver en cada una de ellas a una esposa, y en su imaginación las había dotado de las cualidades que son indispensables para la vida conyugal. Las veía vestidas con una bata blanca, delante del samovar, en coche, con los niños, con papá y mamá; se representaba sus relaciones con ellas..., y éstas perspectivas le eran agradables. Cuando pensaba en la princesa María, con quien quería casarse, no acertaba a imaginar ningún episodio de su vida en común, y cuando trataba de representárselo, le parecía ficticio.

La terrible noticia de la derrota de Borodino, con las pérdidas rusas, y la más terrible aún del abandono de Moscú al enemigo llegaron a Voronezh a mediados de septiembre.

La princesa María no tuvo noticias directas de la herida de su hermano, el príncipe Andrés, sino que se enteró por los periódicos, disponiéndose a partir en su busca. Esto fue todo lo que supo Nicolás, que no había vuelto a verla.

Después, aunque no sentía desesperación, ira, deseo de venganza ni nada semejante, Rostov comenzó a aburrirse y a no estar a gusto en el pueblo. Todas las conversaciones se le antojaban falsas, no sabía qué opinar de los acontecimientos y se daba cuenta de que sólo cuando se hallara en el regimiento lo vería todo más claro. Por esto se apresuró a poner fin a la misión que allí le condujera- la de comprar caballos-, y más de una vez, sin motivo alguno, increpó a sus subordinados.

Pocos días antes de su partida se celebró un servicio de acción de gracias en la catedral para honrar la Victoria alcanzada por las tropas rusas. Nicolás fue a la iglesia. Se colocó, por orden de jerarquías, detrás del gobernador y se dejó mecer por los pensamientos más diversos. Estuvo en pie durante todo el acto. Cuando se concluyó el servicio le llamó la esposa del gobernador.

-¿Has visto a la Princesa?- preguntó señalándole con la cabeza a una señora vestida de negro que estaba cerca del altar.

Nicolás la reconoció al punto, no tanto por el perfil que distinguía bajo el sombrero, sino por el sentimiento de dolor y de compasión que le sobrecogió enseguida. La princesa María, que estaba evidentemente sumida en sus pensamientos, hizo por última vez la señal de la cruz y se dispuso a salir de la iglesia.

Nicolás contempló con asombro su semblante. Era el que ya conocía, con una expresión reconcentrada y espiritual, pero aquel día tenía un brillo distinto. Aquella expresión conmovedora de tristeza le impresionó vivamente.

Como le sucedía siempre en su presencia, sin escuchar a la esposa del gobernador, sin preguntarse si sería correcto o no dirigirle la palabra en la iglesia, se aproximó a ella para decirle que conocía la causa de su dolor y que la compadecía con toda su alma. Una luz repentina iluminó el rostro de María al oír el sonido de su voz, y su dolor se dulcificó.

-Sólo quiero decirle una cosa- murmuró Nicolás-. Que si el príncipe Andrés Nikolaievitch ya no existiera, como es comandante de regimiento, su nombre vendría en la lista que publican los periódicos.

La princesa le miró sin comprender el sentido de sus palabras, feliz al reparar en la expresión de simpatía con que el joven la miraba.

-Además- prosiguió Nicolás-, las heridas por explosión (los periódicos hablan de una granada) matan al punto o son leves. Yo estoy convencido de que...

La Princesa le interrumpió.

-¡Ah, sería espantoso!- exclamó.

Y sin explicar la causa de su emoción, inclinó la cabeza con un movimiento lleno de gracia (como todos los que hacía ante él), le dirigió una mirada de reconocimiento y siguió a su tía.

Nicolás se quedó por la tarde en casa para terminar sus cuentas con los chalanes. Cuando hubo concluido advirtió que no podía pensar en salir porque se le había hecho tarde, y empezó a pasear por la habitación pensando en la vida, cosa insólita en él.

La princesa María le había producido en Smolensk una impresión agradable. El hecho de volver a verla en condiciones tan particulares y la coincidencia de que su madre se la mostrara como un buen partido hicieron que la mirase con una atención especial.

En Voronezh, esta impresión fue no sólo agradable, sino también muy viva. La belleza moral, poco común, que esta vez observó en ella, le impresionó profundamente.

Sin embargo, tenía que salir de Voronezh y no pensaba lamentar la pérdida de la ocasión de ver a la Princesa.

Pero su encuentro con ella en la iglesia le había producido una emoción más honda de lo que sospechaba y deseaba para su tranquilidad en el porvenir. Aquel rostro fino, pálido, triste; aquella mirada radiante; aquellos graciosos movimientos, y, sobre todo, aquella tristeza tierna y profunda que se imprimía en sus rasgos, le turbaban y le atraían.

Rostov no podía soportar la actitud de superioridad espiritual en los hombres (por ello no le era simpático el príncipe Andrés). Hablaba de esto con desprecio, calificándolo de filosofía, de sueños, pero esta misma tristeza en la princesa María, tristeza que expresaba toda la profundidad de un mundo espiritual que le era desconocido, le atraía de manera irresistible.

Tenía los ojos y la garganta llenos de lágrimas cuando, inesperadamente, entró Lavruchka con un montón de papeles en la mano.

-¡Imbécil! ¿Por qué entras cuando nadie te llama?- le increpó Nicolás, cambiando al momento de actitud.

-De parte del gobernador- dijo Lavruchka con voz soñolienta-. El correo ha traído para usted estas cartas.

-¡Bueno! ¡Márchate!

Las cartas eran dos: una de Sonia, en la que le devolvía su palabra; otra de la Condesa. Las dos venían de Troitza. Su madre le hablaba de los últimos días de Moscú, de su marcha, del incendio, de la pérdida de toda su fortuna. Agregaba, entre otras cosas, que el príncipe Andrés estaba herido y los acompañaba; que su estado era grave, pero que el médico abrigaba esperanzas de que curaría, y que Sonia y Natacha eran sus enfermeras y le cuidaban.

La carta de Sonia no sorprendió demasiado a Nicolás. Sabía cuánto empeño tenía su madre en romper aquel compromiso para poder casarle con una rica heredera.

Nicolás se dirigió al día siguiente, con la carta en la mano, a casa de la princesa María. Ni uno ni otra profirieron una sola palabra que hiciera alusión a los cuidados que prodigaba Natacha a Andrés; pero, gracias a aquella carta, Nicolás se sintió de improviso como si fuera pariente de la Princesa.

Al otro día presenció su marcha para Iaroslav y, algunos después, se incorporó a su regimiento.

VI

En la casa convertida en prisión adonde se condujo a Pedro, lo mismo el oficial que los soldados que le detuvieron adoptaban una actitud hostil y respetuosa al mismo tiempo cuando le dirigían la palabra. Por el modo que tenían de tratarle se veía que seguían sin descubrir su posición social (podía ser hombre rico e importante), y si le demostraban animosidad era por la lucha reciente, cuerpo a cuerpo, que acababan de sostener con él.

Mas cuando, a la mañana siguiente, fueron reemplazados por la nueva guardia, Pedro reparó en que ni el oficial nuevo ni los nuevos soldados le concedían la menor importancia. En aquel burgués de formas macizas, vestido con un caftán como un mujik, no veían al héroe que se batió la víspera con los merodeadores y que salvó a la niña, sino únicamente a un ruso más; el número diecisiete, de los detenidos por orden de la autoridad superior. Pedro se destacaba, no obstante, por su aire tranquilo y reconcentrado y por su francés, que hablaba correctamente. Aquel mismo día le unieron a los demás detenidos sospechosos, porque la habitación que ocupaba le hizo falta al oficial.

Todos sus compañeros eran hombres de condición inferior y se apartaban

de él, sobre todo porque hablaba en francés. Pedro los oyó con tristeza burlarse de su persona.

Al día siguiente por la tarde supo que los detenidos (y probablemente él entre ellos) serían juzgados como incendiarios.

Al tercer día los condujeron a todos a una casa y los colocaron delante de un general francés de blanco bigote, de dos coroneles y de varios oficiales con los brazos en cabestrillo. Con esa precisión que caracteriza a interrogatorios de esta especie, se les dirigió por separado las preguntas siguientes: «¿Quién eres?», «¿Dónde estabas?», «¿Qué hacías allí?», etcétera.

A la pregunta «¿Qué hacías cuando te detuvieron?», Pedro repuso con cierto aire melodramático que iba a devolver a sus padres a una niña que acababa de salvar de las llamas.

-¿Por qué te batiste con el merodeador?

En defensa de una mujer. El deber de todo hombre honrado es...

Le interrumpieron para decirle que aquellas consideraciones no tenían nada que ver con su asunto.

-¿Qué hacías en el patio de la casa incendiada donde te vieron varios testigos?

-Quería ver lo que pasaba en Moscú- respondió.

Entonces volvieron a interrumpirle.

A continuación se le preguntó adónde iba, por qué estaba cerca del incendio y quién era. De paso se le recordó que ya se había negado a dar su nombre.

Pedro dijo de nuevo que no podía responder a la pregunta.

-Eso no está bien- dijo severamente el general del blanco bigote y el rostro rubicundo.

Al cuarto día comenzó el incendio por las murallas Zubovski. Pedro y sus compañeros fueron trasladados a Krimski Brod y encerrados en un almacén.

Al pasar por las calles, el prisionero se sintió asfixiado por el humo que llenaba la ciudad entera. En diversos puntos se veían incendios. Pedro, que no comprendía aún el significado de la destrucción de la ciudad, contempló con horror las llamas.

El 8 de septiembre se condujo a los prisioneros, por el campo Devitche, situado a la derecha del convento de monjas, a un punto en que se alzaba un poste. Detrás del poste había una fosa recién abierta y, cerca de ella, un gran gentío. Se componía éste de unos cuantos rusos y de gran número de soldados

de Napoleón: alemanes, italianos y franceses, todos con traje militar. A derecha e izquierda del poste había una fila de tropas francesas vestidas con uniforme azul de charretera roja, cascos y morriones.

Una vez colocados los acusados por el orden que indicaba la lista (Pedro era el sexto) se les mandó que se acercaran al poste. De pronto, los tambores redoblaron a ambos lados del campo, y a su son creyó Pedro que se le desgarraba el alma. Perdió la capacidad de pensar; únicamente veía y oía. Su alma sentía un solo deseo: que acabase lo antes posible la terrible cosa que iba a ocurrir. Miró con atención a sus camaradas. Los dos del extremo habían sido rasurados en la prisión; uno era alto, delgado; el otro, moreno, velludo, musculoso, de nariz aplastada; el tercero era un criado de cuarenta y cinco años, de cabello gris, grueso y bien alimentado; el cuarto, un campesino muy guapo, de barba rubia y larga y ojos negros; el quinto, un obrero de fábrica, muchacho pobre y enclenque, de dieciocho años, vestido como un carpintero.

Pedro oyó que los franceses hablaban de si debía fusilarse a los prisioneros de uno a uno o de dos en dos.

-¡De dos en dos!- decidió fríamente el oficial.

La fila de soldados cobró súbito movimiento. Todos se daban prisa, no como quien va a realizar un acto que todo el mundo comprende y aprueba, sino como quien desea acabar pronto una tarea desagradable, necesaria y poco comprensible.

Un funcionario francés que lucía una faja se acercó a la hilera de prisioneros y les leyó la sentencia en ruso y en francés. Luego, cuatro soldados franceses se acercaron a los presos y, por indicación del oficial, se llevaron a los dos del extremo. Los condenados avanzaron hasta llegar junto al poste; allí se detuvieron y, mientras se iban a buscar unos sacos, ellos miraron a su alrededor, en silencio, como bestias salvajes a las que acosan los cazadores. Uno de ellos se persignaba sin cesar; el otro se rascaba la espalda y sus labios simulaban una sonrisa. Los soldados les vendaron los ojos con los sacos y los sujetaron al poste. Pedro les volvió la espalda para no ver lo que iba a suceder. De improviso sonó un chasquido, luego un ruido semejante al más horrísono de los truenos; así se lo pareció a Pedro, que se volvió de frente. Pálidos, con las manos trémulas, los franceses hacían algo junto a la fosa. Luego se llevaron a los dos presos siguientes. Éstos miraban a todos en silencio; sus ojos pedían auxilio en vano y no parecían comprender ni creer en lo que iba a ocurrir.

No podían creerlo porque sólo ellos sabían el significado de su propia vida. De aquí que no concibieran que se la pudiesen arrebatar.

Pedro, que no quería ver, se volvió de nuevo, pero una detonación

espantosa le desgarró los tímpanos y, al propio tiempo, divisó el humo, la sangre, los rostros pálidos y espantados de los franceses, que volvían a maniobrar junto al poste y con manos temblorosas se empujaban unos a otros. Pedro suspiró con fuerza y echó una mirada a su alrededor, como si preguntara: «¿Qué significa esto?» La misma pregunta se leía en todas las miradas que se tropezaban con la suya.

En las caras de los rusos, en las de los soldados franceses, en las de los oficiales, en todos los rostros sin excepción, se leía el mismo horror, el mismo miedo, la misma lucha que se entablaba en su alma. «¿Para qué hacer esto?»

«Todos sufren como yo. ¿Quién habrá mandado esto, quién, quién habrá sido?», se decía Pedro.

-¡Tiradores del ochenta y seis, adelante! gritó una voz.

A continuación se llevaron solo al quinto prisionero, el que estaba al lado de Pedro.

Este se dio cuenta de que estaba salvado y de que le habían llevado allí sólo para que presenciara las ejecuciones. Era evidente que se habían enterado de que era un personaje, cuyo fusilamiento habría podido originar complicaciones.

Con horror creciente, sin sentir alegría ni tranquilidad, observaba lo que sucedía ante él. El quinto sentenciado era el obrero.

En cuanto le tocaron dio un salto y se asió a Pedro, que se estremeció y se desprendió de él.

El obrero no pudo andar solo. Tuvieron que cogerlo por debajo de los sobacos, y murmuró palabras ininteligibles. Al colocarle ante el poste calló de pronto. ¿Se daba cuenta de que clamaba en vano o creía imposible que fueran a matarle? Se quedó quieto junto al poste, esperando a que le vendaran los ojos, como a sus compañeros, mientras miraba a la multitud con ojos brillantes. Pedro no pudo volverse esta vez ni cerrar los ojos. Su curiosidad y su emoción llegaban al límite, como la de todos los presentes. El quinto preso estaba ya tan tranquilo, al parecer, como los anteriores. Se cruzó el abrigo y con uno de los pies descalzos se frotó el otro.

Cuando le vendaron los ojos se arrancó el trapo. El nudo le hacía daño. Al atarle al ensangrentado poste se inclinó, pero como se hallaba incómodo en aquella postura se enderezó y se apoyó en él con las piernas rígidas.

Pedro no le perdió de vista y observaba hasta sus menores movimientos. Es probable que los demás oyeran la voz de mando, así como el disparo de los ocho fusiles. Pedro no percibió nada, únicamente vio inmovilizarse al obrero, mientras dos manchas de sangre aparecían en dos puntos de su cuerpo. Vio

también ponerse muy tirantes las cuerdas bajo el peso de su cuerpo y que él doblaba de manera anormal la cabeza y las piernas y, luego, que caía al suelo.

Nadie impidió que Pedro se acercara al poste. Unos hombres pálidos trabajaban a su alrededor. La mandíbula inferior de un viejo y bigotudo francés temblaba mientras deshacía los nudos de la cuerda. El cuerpo de la víctima se contraía. Los soldados le arrastraron con torpeza, apresuradamente, hasta el otro lado del poste y le echaron a la fosa.

Aquellos soldados sabían que eran unos criminales y se apresuraban a ocultar las huellas de sus crímenes.

Pedro se asomó a la fosa y vio allá abajo al obrero con las rodillas dobladas a la altura de la cabeza y un hombro más alto que otro. Este hombro se alzaba y bajaba nerviosamente.

Pero ya la tierra caía sobre los cuerpos. Un soldado dijo a Pedro que se apartara. Pedro no entendió lo que le ordenaban y siguió junto al poste, sin que nadie le echase de allí. Cuando la fosa quedó cubierta por completo, se oyó una orden. Se llevaron a Pedro a su sitio y las tropas francesas, que seguían inmóviles junto al poste, dieron media vuelta y desfilaron ante él. Veinticuatro tiradores con los fusiles descargados se acercaron allí mientras desfilaban las compañías ante ellos.

Pedro contempló con ojos apagados a los tiradores, que, de dos en dos, salían del círculo.

Todos menos uno se unieron a sus camaradas. Un soldado joven, pálido como un muerto, tocado con un casco y con el fusil en la mano, permanecía delante de la fosa, en el mismo sitio donde había disparado. Se tambaleaba como un borracho; sus piernas avanzaban y retrocedían para sostener su cuerpo vacilante. Un viejo soldado, un suboficial, salió de las filas, cogió al soldado por un hombro y lo hizo entrar en ellas. La multitud, compuesta de rusos y franceses, se dispersó. Todos marchaban en silencio, con la cabeza baja.

Esto les enseñará a no ser incendiarios...- comentó un francés.

Pedro se volvió al que hablaba; observó que era un soldado que quería olvidar lo que acababa de hacer, sin conseguirlo. Hizo un ademán y se fue.

VII

Después de la ejecución se separó a Pedro de los demás detenidos y se le dejó solo en una capilla saqueada.

Por la tarde, el suboficial de servicio y dos soldados entraron en la capilla e informaron al preso de que había sido indultado e iba a ser conducido a las viviendas de los detenidos militares. Sin comprender lo que se le decía, Pedro se levantó y siguió a los soldados. Fue conducido a las barracas construidas con vigas quemadas en la parte alta de las afueras y se le hizo entrar en una de ellas.

Una veintena de presos le rodearon en la oscuridad. Él los miró sin comprender quiénes eran, por qué estaban allí y qué era lo que querían de él. Escuchaba las palabras que se le dirigían, sin sacar de ellas la menor conclusión; no comprendía su importancia. Respondió a las preguntas que se le hicieron sin ver a la persona o personas que las hacían ni cómo se interpretaban sus respuestas. Miraba las expresiones, las caras, y todas le parecían iguales.

Desde que presenció, a su pesar, la horrible matanza cometida por los hombres, experimentaba una sensación singular: le parecía que se había roto en él el resorte del que dependía su vida y que todo era polvo ahora a su alrededor.

Sin que lo advirtiera, se disipaba en su alma la fe en el bienestar del mundo, en el alma, en Dios. Ya había sentido otras veces algo parecido, pero no con tanta intensidad.

Antes, cuando una duda parecida le asaltaba, se decía que dudaba por culpa suya; se daba cuenta de que el medio de librarse de la incertidumbre y de la desesperación estaba en él mismo.

Ahora no creía ser el culpable de que el mundo se derrumbara ante su vista dejando ruinas únicamente. Se hacía cargo de que no estaba en su mano recobrar la fe en la vida.

A su alrededor, en la oscuridad, se encontraban gentes desconocidas, y era muy probable que él las divirtiera. Se le dirigió la palabra, se le trasladó a otra parte y, por fin, se encontró en un rincón de la barraca con unos seres que se interpelaban riendo.

Sí, compañeros..., fue el príncipe mismo quien... dijo una voz desde el extremo opuesto de la barraca.

Silencioso e inmóvil, sentado en la paja junto a la pared, Pedro abría y cerraba los ojos.

Pero, apenas bajaba los párpados, veía ante él el rostro espantoso del obrero y los más horribles todavía de sus involuntarios asesinos.

A su lado se hallaba sentado un hombre de talla exigua, de cuya presencia se había dado cuenta enseguida por el fuerte olor a sudor que se desprendía de

él a cada uno de sus movimientos. Este hombre estaba encogido en la oscuridad y, aunque Pedro no le veía el rostro, se daba cuenta que no le quitaba la vista de encima. Al mirarle más atentamente, comprendió lo que hacía: se descalzaba de una manera que le llamó la atención.

Después de desatar los cordones que rodeaban una de sus piernas, los arrolló con cuidado y enseguida se quitó los de la otra pierna, mirando a Pedro.

Cuidadosamente, con movimientos regulares, el hombre se descalzó, colgó el zapato de uno de los clavos de madera que había en la pared, sobre su cabeza, y, sacando una navaja, cortó algo con ella. Luego la cerró, se la guardó, se instaló con más comodidad y miró fijamente a Pedro.

Este experimentaba una sensación agradable, consoladora, inspirada por los movimientos regulares e incluso el olor de aquel hombre, que no le quitaba ojo.

Ha presenciado usted muchas ejecuciones, ¿verdad, señor?- le interrumpió de repente.

La voz cantarina del hombre era tan acariciadora, tan natural, que Pedro quiso responder; pero le temblaban los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas. Inmediatamente, sin esperar a que le hablase de sus sufrimientos, el hombrecillo se puso a charlar con la misma agradable voz.

-No te disgustes, amigo- recomendó con ese acento tierno, cantarín, acariciador, con que hablan las viejas rusas-. No te disgustes, amigo. El pesar dura una hora; la vida, un siglo. Nosotros vivimos en este mundo gracias a Dios. Los hombres son así, unos buenos y otros malos.

Y con un ágil movimiento se levantó, empezó a toser y se fue al otro lado de la barraca.

-¡Ah, malvada! ¿Conque has vuelto?- dijo desde su nuevo rincón con la misma voz llena de ternura-. Ha vuelto, se acuerda de mí... ¡Bueno, basta!

Y rechazando a una perrita que daba saltos a su alrededor regresó a su sitio y se sentó otra vez. Tenía algo en la mano.

-Toma, come si quieres- dijo a Pedro con acento respetuoso, ofreciéndole unas patatas cocidas-. Son excelentes.

A Pedro, que no había comido nada desde la víspera, le pareció muy apetitoso el olor de las patatas. Las aceptó, dio las gracias a su compañero y se puso a comer.

-¿Por qué te las comes así?- dijo éste sonriendo-. Mira cómo lo hago yo- agregó cogiendo una patata y cortándola con el cuchillo en dos partes iguales.

Hecho esto, roció de sal una de ellas y se la ofreció a Pedro.

-Son excelentes- repitió-. Come.

A Pedro le pareció, en efecto, que nunca había probado nada mejor.

-A mí me da lo mismo- observó éste-, pero ¿por qué han fusilado a esos desgraciados? ¡El último no había cumplido los veinte años!

-¡Chist!- dijo el hombrecillo-. ¡Ah, cuánto se peca, cuántísimo se peca!- añadió vivamente, como si tuviera ya preparadas las palabras y le salieran por sí mismas de la boca-. ¿Por qué te has quedado en Moscú?

-Porque no sospechaba que llegaría tan pronto el enemigo.

-¿Y te han cogido en tu propia casa?

-No, quise ver el incendio y me detuvieron y juzgaron como a incendiario.

¡Ah, sí! El juicio, la justicia...

-¿Y tú? ¿Llevas mucho tiempo aquí dentro?

-No. Me sacaron del hospital el domingo pasado.

-¿Eres soldado?

-Pertenezco al regimiento de Apcheron; tenía fiebre y por poco me muero. Nadie nos dijo nada. Eramos una veintena de hombres los que estábamos enfermos. A ninguno se le ocurrió...

-¿Te aburres aquí?

-¿Cómo no he de aburrirme, padrecito? Me llaman Platón; mi apellido es Karataiev. En el servicio me apodaban «El Halcón». ¿Cómo no voy a aburrirme, padrecito? Moscú es madre de todas las ciudades y me duele su caída. Pero también el gusano se come la col y luego muere. Así lo dicen los viejos.

-¿Cómo, cómo has dicho?

-Quiero decir que lo que pasa es por voluntad de Dios- repuso el soldado, creyendo repetir exactamente lo que había dicho antes-. Y tú posees dominios, ¿verdad? ¿Y una casa? ¿Y una esposa? ¿Viven aún tus ancianos padres?

Pedro no veía en la oscuridad, pero se daba cuenta de que, mientras le interrogaba, el soldado sonreía con ternura. A éste le emocionó saber que Pedro era huérfano. Sobre todo le impresionó el hecho de que no tuviera madre. Porque, como dijo, «la mujer nos aconseja, la suegra nos salva, pero en el mundo no existe nada tan precioso como una madre».

-¿Tienes hijos?

La respuesta negativa de Pedro le entristeció, mas se apresuró a observar:

-¡Bah! Todavía eres joven, a Dios gracias, y ya los tendrás... si vives en buena armonía con tu mujer.

-¡Ah! Ahora todo me da lo mismo- exclamó Pedro a su pesar.

Platón cambió de postura, tosió y se dispuso a darle una larga explicación.

Yo también he poseído un hogar, amigo- declaró-. El dominio de nuestro señor era rico; poseía muchas tierras. Los campesinos que le servíamos vivíamos bien y, a Dios gracias, mi familia prosperaba. Mi padre trabajaba, así como mis cinco hermanos. Todos éramos verdaderos hijos de la tierra. Pero un día...

Platón Karataiev refirió a Pedro una larga historia. Un día que quiso coger leña en un bosque vecino, lo sorprendió el guardia, le dio de latigazos, le juzgaron y después le alistaron en el ejército.

-Ya ves, aquello parecía ser un mal, pero en el fondo fue un bien- admitió sonriendo-, porque, de no ser por mi infracción, le hubiera tocado ir al servicio a mi hermano menor, que tenía cinco hijos, mientras que yo sólo tenía mujer. El había tenido, además, una hija, pero Dios se la llevó. Una vez que me dieron unos días de permiso regresé a casa y vi que la familia vivía mejor que antes. El establo rebosaba de ganado, las mujeres se quedaban en casa, dos de mis hermanos se ganaban el pan fuera y el más pequeño, Mikhailo, trabajaba en casa. Mi padre dijo: «Para mí, todos mis hijos son iguales. Si alguien me muerde en un dedo, siento el dolor en todo el cuerpo, y si no se hubieran llevado a Platón, habría tenido que partir Mikhailo.» Nos llamó a todos, nos colocó delante del icono y dijo: «Mikhailo, ven; inclínate, y tú, mujer, haz también una reverencia; saludadle, niños.» El destino nos hace malas o buenas pasadas. Nuestra felicidad, amigo mío, es como el agua en las redes del pescador. Se las echa al mar y se hinchan; se las saca y se deshinchán. Así es la vida.

Platón se acomodó sobre la paja.

Tras un momento de silencio se incorporó.

-Bueno; supongo que desearás dormir...

Dicho esto, se santiguó rápidamente murmurando:

-Señor Jesucristo, santos Nicolás, Froilán y Lorenzo, perdónanos y sálvanos.

Se inclinó hasta el suelo, se enderezó, suspiró y se sentó en la paja.

-¿Qué oración es ésa?-preguntó Pedro.

-¿Eh? ¿Qué?-dijo Platón medio dormido . ¿Mi oración...? Ya la has oído. ¿Y tú no rezas?

-Sí. Pero ¿qué quiere decir eso de Froilán y Lorenzo?

-¡Cómo! ¿No lo sabes? Son los santos patronos de los caballos. Hay que tener compasión también de los animales. ¡Ah, la muy pícara ha dado media vuelta! Está fatigada- explicó palpando a la perrita, que estaba acurrucada junto a sus piernas. Luego se volvió y se durmió.

Del exterior llegaban gritos, llantos, y, a través de un agujero, se veía el resplandor del fuego. Pero en el interior de la barraca todo era oscuridad y silencio. Pedro permaneció despierto largo rato. Estaba echado, con los ojos muy abiertos, oía los ronquidos de Platón, al que tenía aún a su lado, y advertía que el mundo destruido antes se reconstruía ahora en su alma con una belleza nueva, sobre cimientos incommovibles, nuevos también...

VIII

La barraca adonde se condujo a Pedro, en la que permaneció por espacio de cuatro semanas, cobijaba en calidad de prisioneros a veintitrés soldados, tres oficiales y dos funcionarios.

Todas esas gentes se le aparecían a Pedro hundidas en una especie de niebla espesa, pero Platón Karataiev se quedó para siempre grabado en su alma como un recuerdo amado e intenso, como el símbolo de la bondad y de la franqueza rusas.

Esta primera impresión se confirmó cuando, a la mañana siguiente, vio a su vecino. Toda la persona de Platón, con su capote corto, su gorro y su lapti, era redonda: lo era la cabeza, la espalda, el pecho, los hombros, incluso los brazos, que movía con frecuencia como si se dispusiera a arrojar algo. Su agradable sonrisa, sus grandes, tiernos y oscuros ojos resultaban redondos también. A juzgar por el relato que hacía de las campañas en que había tomado parte, parecía tener cincuenta años. El ignoraba su edad, no podía precisarla; pero sus dientes, fuertes y blancos, que mostraba al reír, eran bellos y estaban bien conservados; ni sus cabellos ni su barba tenían una sola cana y todo su cuerpo era flexible, firme y resistente.

A pesar de algunas pequeñas arrugas, su rostro tenía una expresión de inocencia juvenil; su voz era agradable y cantarina, sus palabras francas y corteses. Era evidente que nunca pensaba lo que decía o tenía que decir, y por eso sin duda la rapidez y firmeza de sus respuestas revelaban una convicción inquebrantable.

Su fuerza física y la preparación de sus músculos eran tales, que no parecía comprender la fatiga ni la enfermedad. Todos los días, al levantarse y al acostarse, decía: «Haz, Dios mío, que duerma como un leño y que me levante en tan buen estado como el pan.» Por las mañanas solía agregar, encogiéndose de hombros: «Bueno. Me acosté, me levanté, me vestí, me puse a trabajar.» En efecto, apenas abría los ojos se apresuraba a hacer algo con ese afán con que el niño coge sus juguetes. Sabía hacerlo todo ni demasiado bien ni demasiado mal: guisaba, amasaba, cosía, clavaba, confeccionaba zapatos. Se hallaba constantemente ocupado y sólo por la noche entablaba conversación-le gustaba mucho charlar- o entonaba alguna cancioncilla. No cantaba como aquel que sabe que se le escucha, sino como las aves, porque sentía la necesidad de emitir sonidos, del mismo modo que sentía el deseo de estirarse o de andar. Sus cánticos eran siempre muy tiernos, muy dulces, como los de una mujer melancólica, y mientras cantaba, su rostro conservaba la seriedad.

Al verse prisionero y con la barba crecida rechazó todo cuanto había en él de soldado y que era extraño a su manera de ser y recobró el aire y las costumbres del campesino.

-Cuando el soldado disfruta de permiso debe llevar la camisa fuera del pantalón- decía.

No le gustaba hablar de sus años de servicio, pero tampoco se quejaba de ellos, pues decía a menudo que nunca le habían pegado en el regimiento. Cuando narraba algo hacía alusión, con frecuencia, a recuerdos antiguos, visiblemente queridos para él, de su vida de campesino. Los proverbios de que salpicaba sus frases no eran inconvenientes como los que suelen decir los soldados. Eran refranes populares, que, aislados, parecían carecer de sentido, pero que, empleados oportunamente, sorprendían por la profunda sabiduría que revelaban. Muchas veces se contradecían, mas siempre resultaban apropiados. A Platón le gustaba conversar y lo hacía bien, sirviéndose de vocablos acariciadores, de sentencias de su propia cosecha, o así se lo parecía a Pedro. Pero el encanto principal de su conversación estribaba en la solemnidad de que revestía los acontecimientos más sencillos, los mismos a veces que había presenciado Pedro sin reparar gran cosa en ellos. Escuchaba con gusto los cuentos (siempre los mismos) que todas las tardes refería un soldado, pero prefería las historias verdaderas. Al escuchar tales narraciones sonreía satisfecho e introducía palabras nuevas o hacía preguntas cuya finalidad era la de sacar una moraleja de lo que se contaba. No se sentía unido a nada; no parecía tener ninguna amistad, ningún afecto, a la manera que los entendía Pedro, pero amaba y vivía en buena armonía con aquellos a quienes las circunstancias ponían a su lado, es decir, con el Hombre, no sólo con este o aquel hombre. Amaba a su perro, amaba a sus camaradas, amaba a los franceses, a Pedro, su vecino en la prisión, mas Pedro se daba cuenta de que

cuando se separase de él, aquel hombre no se entristecería lo más mínimo. Y él, Pedro, comenzaba a sentir lo mismo respecto de Karataiev.

Para los demás prisioneros era Platón un soldado vulgar; le llamaban «El Halcón» o Platocha; se burlaban un poco de él, le hacían encargos, pero ya desde el primer momento se presentó a Pedro como un ser incomprensible, redondo, como la personificación constante de la verdad y de la sencillez, y así le vería siempre.

Salvo sus oraciones, no sabía nada de memoria. Cuando empezaba a hablar, ni él mismo parecía saber cómo iba a concluir. Muchas veces, sorprendido por el sentido de sus palabras, Pedro le obligaba a repetir las, mas ya no las recordaba, como tampoco recordaba nunca la letra de su canción favorita. Sus dichos y sus actos se desprendían de él con la misma espontaneidad y la misma necesidad imperiosa con que se desprende el perfume de la flor.

IX

Después de enterarse por Nicolás de que su hermano estaba con los Rostov, en Iaroslav, la princesa María, a pesar de las exhortaciones de su tía, se preparó para partir, y no sola, sino con su sobrino. No se preguntó ni quiso saber si la empresa sería difícil o no, posible o imposible. Su deber le dictaba no solamente dirigirse al lado de su hermano, gravemente herido, sino llevarle a su hijo. Por consiguiente, lo dispuso todo para una rápida marcha. El hecho de que el Príncipe no le escribiera personalmente se lo explicaba diciéndose que tal vez estuviera demasiado débil para coger la pluma o bien que él juzgaba que el trayecto era demasiado largo y peligroso para ella y su hijo y no quería tentarla con sus cartas a ir a su lado.

Los últimos días de su estancia en Voronezh fueron los mejores de su existencia. Su amor por Nicolás Rostov no la atormentaba, no la emocionaba ya. Este amor llenaba toda su alma, se había convertido en una parte de sí misma y ya no luchaba contra él. Estaba convencida-sin osar confesárselo con franqueza- de que amaba y era amada. La afirmó en esta creencia su última entrevista con Nicolás el día en que fue a notificarle que el príncipe Andrés estaba con los Rostov. Nicolás no hizo entonces ninguna alusión a que, en caso de curarse el príncipe Andrés, pudieran reanudarse entre él y Natacha las pasadas relaciones, mas la princesa María vio impreso en su rostro lo que sabía y lo que pensaba acerca de ello. A pesar de esto, sus relaciones con ella seguían siendo tiernas y afectuosas. Incluso parecía regocijarse de aquel posible y futuro parentesco con la princesa María, el cual le permitía

expresarle con mayor libertad sus sentimientos. Así pensaba la Princesa. Sabía que amaba por primera y última vez en su vida; se sentía amada, y esta convicción tranquilizaba su espíritu y la hacía dichosa. Empero, esta dicha parcial no impedía que compadeciera a su hermano con toda su alma. Es más, la paz interior que ahora sentía facilitaba en cierto modo su entrega total a los sentimientos que le inspiraba Andrés. Su inquietud fue tan viva al salir de Voronezh, que, al contemplar su atormentado semblante las personas que la acompañaban, no dudaban que enfermaría por el camino. Mas las dificultades, las preocupaciones del viaje, a las que se entregó febrilmente, la distrajerón de su dolor y le infundieron energías.

Como suele suceder en estos casos, la princesa María no pensaba más que en el viaje y se olvidaba de su finalidad. Pero, al acercarse a Iaroslav, lo que iba a ver se presentó a su imaginación vivamente. Entonces su emoción llegaba al límite.

Cuando el correo que la precedía y que había sido enviado por ella a Iaroslav para informarse de la salud del príncipe Andrés y del lugar en que se hallaban los Rostov, se tropezó, ya de regreso, con el coche, cerca de la puerta del pueblo, quedó impresionado al ver el pálido rostro de la Princesa asomado a la ventanilla.

- Ya lo sé todo, Excelencia. Los Rostov habitan en casa del comerciante Bronikov. No está lejos, a la orilla del Volga.

La princesa María le miró con temor, no comprendiendo por qué aquel hombre no le hablaba de lo principal: la salud de su hermano. La señorita Bourienne preguntó lo que la Princesa no se atrevía a preguntar.

-¿Cómo está el Príncipe?

-Su Excelencia está con ellos, en la misma casa.

Entonces vives, se dijo María; y preguntó en voz baja:

-¿Cómo se encuentra?

Los criados dicen que sigue en el mismo estado.

¿Qué significaba «seguir en el mismo estado»? La Princesa no lo quiso averiguar. Se contentó con mirar furtivamente a Nicolás, niño de siete años, que iba sentado frente a ella; luego bajó la cabeza y ya no volvió a levantarla hasta que, vacilando y chirriando, el coche se detuvo. La portezuela se abrió ruidosamente. A la izquierda, la Princesa vio un gran río; a la derecha, la entrada de una casa, criados y una muchacha de larga trenza negra cuya sonrisa le pareció fingida y desagradable. (Era Sonia.) La Princesa subió con paso ligero la escalera. La muchacha de la sonrisa indicó: «Por aquí, por aquí», y María se encontró en el recibidor, ante una mujer entrada en años, de

tipo oriental, que, emocionada, le salía al encuentro. Era la anciana Condesa, que la asió por la cintura y la abrazó.

Hija mía, la quiero y la conozco hace tiempo- dijo.

A pesar de la emoción, María comprendió quién era aquella dama y que debía decir algo. Sin casi darse cuenta, murmuró unas frases corteses en respuesta a las que en el mismo tono se le dirigían; luego pregunto:

-¿Dónde está?

-El médico asegura que se halla fuera de peligro- explicó la Condesa; pero el suspiro y la expresión de sus ojos, que elevó al cielo, conque acompañó sus palabras estaban en contradicción evidente con ellas.

-¿Dónde está? ¿Lo puedo ver?

-Enseguida, Princesa, amiga mía. ¿Es ése su hijo?-interrogó la Condesa señalando al pequeño Nicolás, que entraba en aquel momento en compañía de Desalles, su ayo-. La casa es grande. Todos ustedes podrán alojarse aquí. ¡Oh, qué niño tan encantador!

La Condesa hizo entrar en el salón a María. Sonia hablaba con la señorita Bourienne; la Condesa acariciaba al pequeño. El viejo Conde entró en la habitación para saludar a la recién llegada. Había cambiado mucho desde la última vez que María le había visto.

Entonces era un viejo guapo, alegre, seguro de sí mismo. Ahora daba lástima verle. Mientras hablaba con la Princesa, miraba a su alrededor, como para asegurarse de que hacía lo más conveniente. Después del saqueo de Moscú y de sus dominios; después de haber tenido que renunciar a sus costumbres, ya no se sentía persona importante y consideraba que ya no había lugar para él en la vida.

La Princesa deseaba ver enseguida a su hermano, y le molestaba verse rodeada así en aquellos momentos, pero mientras acariciaban a su sobrino con afecto reparó en todo lo que se hacía junto a ella y se sintió impelida a someterse al nuevo medio en que se hallaba. Sabía que todo aquello era necesario aunque enojoso, y no guardaba rencor a los que la rodeaban.

-Es mi sobrina- indicó la Condesa, presentando a Sonia-. ¿La conoce, Princesa?

La Princesa se dirigió a la muchacha y la besó para sofocar el sentimiento de hostilidad que despertaba en su alma. Pero le era penoso que el estado de espíritu de las personas que tenía delante estuviera tan alejado del que nacía en ella.

-¿Dónde está?- volvió a preguntar dirigiéndose a todos.

-Abajo. Natacha está con él- repuso Sonia ruborizándose-. Ya han ido a preguntar cómo se encuentra. Debe de estar fatigada, Princesa.

La Princesa lloraba, tanta era su inquietud. Se volvió y quiso preguntar a la Condesa por dónde se iba a la planta baja, cuando detrás de la puerta se oyeron unos pasos rápidos, casi alegres. La Princesa miró en aquella dirección y vio a Natacha, aquella misma Natacha que tanto le desagradó durante su visita a Moscú.

Mas apenas observó su semblante comprendió que era su verdadera compañera de dolor y, por consiguiente, su amiga. Se lanzó a su encuentro, la enlazó por la cintura y lloró sobre su hombro.

En cuanto Natacha, que estaba sentada junto a la cama del príncipe Andrés, supo la llegada de la Princesa, salió a paso rápido- alegre le pareció a Maria- de la habitación y corrió al encuentro de la viajera.

Al entrar en la sala, su conmovido rostro tenía una sola expresión: la de un amor infinito hacia la Princesa, hacia Andrés, hacia todos los que tenían con él algún lazo de sangre. También había en aquella mirada sufrimiento y piedad para todos y el deseo apasionado de entregarse a ellos por entero, de ayudarlos. Se veía que en aquel momento no pensaba en sus relaciones con Andrés ni en sí misma.

La intuitiva Princesa lo comprendió así a la primera ojeada que dirigió a aquel rostro, y por esto lloró amargamente apoyada en su hombro.

-Ven, Maria- dijo Natacha arrastrándola a la otra habitación.

La Princesa levantó la cabeza, se enjugó los ojos y se volvió a mirarla. Se daba cuenta de que por ella lo sabría y lo comprendería todo.

-¿Qué...?- comenzó a decir; pero enmudeció de pronto; las palabras no dicen ni expresan nada. El rostro y los ojos de Natacha se lo dirían todo con más claridad, más sinceramente.

Natacha la miró; pero temía revelar todo lo que sabía. Ante aquellos ojos radiantes que penetraban hasta el fondo de su corazón no podía decirse toda la verdad. Los labios de Natacha temblaban; de pronto se le formaron unas feas arrugas alrededor de la boca y prorrumpió en sollozos, ocultando el rostro en las manos.

La Princesa lo comprendió todo.

Sin embargo, esperaba, y preguntó con palabras, aquellas palabras en que no creía:

-¿Cómo es la herida? ¿Cómo está él?

-Ya lo verás- fue todo lo que pudo contestar Natacha.

Al llegar abajo se sentó un momento, antes de entrar en la habitación, para enjugarse las lagrimas y adoptar una expresión tranquila.

-¿Progresas el mal? ¿Hace mucho que está peor? ¿Cuándo ha sucedido?- preguntó la Princesa.

Natacha le refirió que, en un principio, el peligro estaba en los dolores y en el estado febril del herido. Poco antes de llegar al convento de Troitza pareció reaccionar y el médico ya no temió que pudiera declararse la gangrena. Pero aunque también este peligro había pasado, al llegar a Iaroslav la herida comenzó a supurar. A continuación volvió la fiebre, aunque esta vez era menos peligrosa.

-Pero hace dos días que...- Natacha calló. Se esforzaba por reprimir el llanto-. Ven. Tú misma verás cómo se encuentra- concluyó.

-¿Está débil? ¿Ha adelgazado?- preguntó la Princesa.

No. No es eso precisamente. Es... peor. Ya verás. ¡Ah, María! ¡Es demasiado bueno! No puede vivir porque... ¡es demasiado bueno!

X

Cuando abrió la puerta, mediante un hábil movimiento, y dejó pasar delante a la Princesa, ésta sintió que le subían los sollozos a la garganta. Había tratado de prepararse de antemano para aquella entrevista, pero ahora se daba cuenta de que no tenía entereza suficiente para retener las lágrimas ante su hermano.

Comprendía lo que Natacha quiso decir con aquello de: «Hace dos días que...» El carácter del Príncipe se había dulcificado de pronto, y este enternecimiento era un mal síntoma. Al franquear el umbral, la Princesa volvió a verle, con los ojos de la imaginación, como cuando era niño, con su expresión tierna y dulce, expresión que mostró luego tan raras veces que, cuando aparecía, la impresionaba. Estaba convencida de que iba a oír de sus labios palabras tan amables, tan conmovedoras como las que le dedicó su padre moribundo, frases que no se sentía capaz de volver a escuchar sin lágrimas. Pero, comprendiendo que tarde o temprano tendría que entrar allí, irrumpió resueltamente y de pronto en la habitación. Los sollozos seguían sacudiéndola cuando, con ojos de miope, distinguió su cuerpo y buscó con la vista sus rasgos. Luego le vio con claridad y las miradas de los dos se encontraron.

El Príncipe estaba tendido en un diván, rodeado de almohadas y envuelto

en un batín forrado de petit gris. Estaba pálido y delgado. Una de sus finas manos, blancas, transparentes, sostenía el pañuelo. Con la otra se tocaba el poco poblado bigote. Sus ojos se fijaban en todas las personas que entraban en la habitación.

La princesa María sintió de improviso que su compasión se disipaba, que sus lágrimas desaparecían y que cesaban sus sollozos. La expresión del rostro y de la mirada que se cruzaba con la suya la intimidaban, le hacían sentirse culpable.

«¿Pero de qué?», se preguntó.

«De vivir, de pensar en los vivos, mientras que yo...», respondió la mirada fría, severa, de Andrés.

En aquella mirada profunda, lejana, que dirigió lentamente a su hermana y a Natacha se leía un sentimiento de hostilidad.

Pero besó a María y le estrechó la mano como de costumbre..

-¡Hola, querida! ¿Cómo has llegado hasta aquí?- preguntó con voz inexpresiva y tan hostil como su mirada. (Si hubiera lanzado un grito penetrante, de desesperación, este grito habría aterrorizado menos a la Princesa que aquella voz) . ¿Has traído a Nicolás?- agregó con la misma entonación lenta e inexpresiva, reuniendo sus recuerdos mediante un esfuerzo visible.

-¿Cómo te encuentras?- preguntó la Princesa extrañándose de sus propias palabras.

-Pregúntaselo al doctor, querida.

Y haciendo un nuevo esfuerzo para demostrarle ternura, dijo, solamente con los labios (pues se veía que no pensaba lo que decía):

-Gracias, hermana mía, por haber venido.

María le estrechó la mano. El frunció levemente las cejas al sentir la presión. En sus palabras, en su acento y, sobre todo, en su mirada fría, hostil, se intuía el alejamiento, terrible para un hombre vivo, de todo lo que alienta.

Era evidente que sólo mediante continuos esfuerzos se daba cuenta de que existía a su alrededor una vida, pero, al mismo tiempo, se veía que esta dificultad no se derivaba de que se viera privado de la capacidad de comprender, sino de que le absorbían de manera tan profunda las cosas que comprendía y las que no comprendía, que no podía comprender a los vivos.

-El destino nos ha reunido, sí- dijo rompiendo el silencio y señalando a Natacha-. Ella me cuida y está siempre a mi lado.

La princesa María escuchaba y no daba crédito a sus oídos. ¿Cómo podía hablar así el tierno príncipe Andrés delante de la mujer que amaba y que le amaba? Si hubiera albergado la esperanza de vivir, no hubiese pronunciado aquellas palabras en un tono tan frío y mortificante. De no estar seguro de morir, ¿cómo podía haberse expresado así delante de ella? Una sola explicación tenía aquello: la de que todo le era indiferente, porque se le había revelado otra cosa más bella e importante.

La conversación era fría y se interrumpía a cada momento.

-María ha pasado por Riazán- dijo Natacha.

El príncipe Andrés no observó que llamaba María a su hermana; en cambio, la propia Natacha advirtió que acababa de llamarla así por vez primera.

-Bien, ¿qué?- dijo Andrés.

Entonces se le refirió que Moscú había quedado totalmente destruida por el incendio.

Natacha enmudeció. La conversación languidecía. Se veía que el Príncipe se esforzaba en vano por escuchar.

-¿Lo han incendiado? ¡Qué lástima!- exclamó.

Y miraba el vacío, atusándose el bigote.

-Sé que acabas de conocer al conde Nicolás, María- observó de improviso, deseando halagarla-. En sus cartas dice que le gustas mucho- siguió diciendo sencillamente, tranquilamente, sin que pareciera comprender la importancia que tenían aquellas palabras para los vivos-. ¿Le amas tú también? Me parece bien... que os caséis- agregó en un tono más vivo, con el aire gozoso de quien halla por fin las palabras que ha estado buscando mucho tiempo.

La princesa María escuchaba como si lo que decía su hermano no tuviera para ella más significado que el de demostrar que estaba con un pie fuera del mundo de los vivos.

-¡No tiene por qué hablar de mí!- reprochó con voz serena, mirando a Natacha. Esta sintió la mirada, pero no se conmovió. Luego callaron los tres.

-Andrés..., ¿quieres ver... a Nikoluchka?- interrogó la Princesa de súbito, con acento tembloroso.

Por vez primera, los labios del Príncipe esbozaron una sonrisa, pero su hermana, que conocía hasta la más leve expresión de su rostro, comprendió con horror que no era una sonrisa de satisfacción ni de ternura hacia su hijo, sino una sonrisa de burla hacia ella, porque se daba cuenta de que había empleado el último recurso para tratar de enternecerlo.

Sí, deseo ver a Nikoluchka. ¿Está bien?

Cuando entraron al niño en la habitación, le miró, impresionado, pero no lloró, porque nadie lloraba. Le besó y no supo qué decirle.

Cuando se lo llevaron, la Princesa se acercó al lecho, besó a su hermano e, incapaz de contenerse por más tiempo, se echó a llorar.

Andrés la miró fijamente.

-¿Lloras por Nicolás?- preguntó.

La Princesa afirmó con un gesto.

María, ¿no sabes...? El Evan...

Andrés calló bruscamente.

-¿Qué dices?

-Nada. No llores- repuso mirándola tan fríamente como al principio.

Había comprendido que la Princesa lloraba porque Nicolás se iba a quedar sin padre, y, mediante un poderoso esfuerzo, volvió a la vida, trató de ponerse en el lugar de su hermana.

«Sí, debe parecerle muy penoso eso- pensó- y, sin embargo, ¡es tan sencillo! Los pájaros del cielo no siembran, no recogen la cosecha. Es nuestro Padre quien les da el alimento.»

Hubiera querido explicar todo esto a María.

«Pero no lo entendería; las mujeres no comprenden nada; no les cabe en la cabeza que esos sentimientos, que esos pensamientos a los que conceden tanta importancia, no son necesarios... ¡Ya no nos entendemos!»

El hijo del príncipe Andrés tenía siete años. Apenas sabía leer y era un ignorante. A partir de aquel día aprendió infinidad de cosas por medio del estudio, de la observación, de la experiencia, mas, aunque entonces hubiera poseído la capacidad de que dio pruebas más adelante, no hubiese podido comprender mejor y con más provecho la escena que vio desarrollarse entre su padre, la Princesa y Natacha.

Lo comprendió todo. Sin llorar, salió de la habitación. Luego se acercó en silencio a Natacha, que le seguía, la miró tímidamente con sus hermosos ojos pensativos, con el labio superior un poco levantado y tembloroso, apoyó en ella la cabeza y rompió a llorar.

A partir de aquel día huyó de su ayo, de la anciana Condesa, que le acariciaba, y procuraba quedarse solo, sentado en cualquier parte, o se acercaba con timidez a la Princesa o a Natacha, a la que parecía querer cada

vez más, frotando su cuerpecillo dulce y vergonzosamente contra el de ella.

Cuando la Princesa dejó al príncipe Andrés, comprendía ya por completo lo que le había revelado el rostro de Natacha. Y ya no volvió a tener esperanzas. Ella y Natacha le velaron alternativamente, sentadas junto al diván. María no lloraba ya, pero rogaba sin cesar a Dios, cuya presencia parecía sentir tan cerca el moribundo.

XI

Andrés no sólo sabía que iba a morir, sino que se daba cuenta de que se estaba muriendo. Se daba cuenta de su alejamiento de todas las cosas de este mundo, de su gozoso alejamiento de la existencia. Sin prisas ni turbaciones esperaba lo que tenía que ocurrir. Aquella cosa terrible, eterna, desconocida y lejana, cuya presencia no cesó de sentir toda su vida, estaba ahora muy cerca de él, y casi la comprendía y sentía.

En otra época tuvo miedo de morir. Dos veces había experimentado ese sentimiento terrible del miedo a la muerte, a terminar, y en aquellos momentos no comprendía este temor. Había experimentado aquel sentimiento por primera vez cuando una granada daba vueltas ante sus ojos como una peonza, mientras él miraba los rastrojos, el cielo, y veía la muerte muy cerca. Pero cuando volvió en sí, después de ser herido, en su alma, liberada por un momento del peso de la existencia, se abrió la flor del amor eterno, ese amor que no se puede originar en esta vida. Y entonces no sólo perdió el temor a la muerte, sino que ni siquiera pensó en ella.

Durante las horas del delirio, de doloroso aislamiento, que pasó después de haber sido herido, cuando más reflexionaba en este recién descubierto principio del amor eterno, más renunciaba, sin advertirlo, a la vida terrena. Amarlo todo, amar a todos, sacrificarse sin cesar por amor, significaba no amar a nadie, no vivir esta vida terrenal. Y cuanto más se penetraba de aquel principio de amor, más renunciaba a la vida, más destruía ese terrible obstáculo que media entre la vida y la muerte.

Cuando pensaba aquellos días que tenía que morir, exclamaba para sus adentros: «¡Bueno! ¡Mejor!» Pero después de aquella noche en Mitistchi, en que vio aparecer durante el delirio a la mujer soñada, que besó y derramó dulces lágrimas sobre su mano, el amor se infiltró imperceptiblemente en su corazón y le infundió el deseo de vivir. Ideas gozosas y terribles comenzaron a asaltarle. Al recordar que había visto a Kuraguin en la ambulancia le asaltó una duda que ya no dejó de atormentarle. «¿Vivirá o habrá muerto?» Pero no

osaba preguntarlo.

Su enfermedad seguía su curso normal en el aspecto físico, pero el estado que llamó la atención de Natacha era el resultado de las últimas luchas morales entre la vida y la muerte, de las que ésta había salido victoriosa. El amor de Natacha, la repentina comprensión de lo que todavía amaba de la vida, era lo único que despertaba en él el terror a lo desconocido.

Era por la tarde. Como todos los días, después de comer tuvo un poco de fiebre y su pensamiento cobró una claridad súbita. Dormitaba. De improviso experimentó una sensación de felicidad.

«Es ella que ha entrado», pensó.

En efecto, vio sentada a Natacha, que acababa de entrar en la habitación sin hacer ruido. Desde que ella le cuidaba, Andrés experimentaba de continuo la sensación física de su presencia. Estaba sentada en una silla, de cara a él, ocultándole la luz de la bujía, y hacía una labor de punto. (Aprendió a hacer media desde que una vez dijo el Príncipe que nadie sabía cuidar tan bien de un enfermo como las viejas calceteras, porque la calceta es casi lo mismo que un calmante.) Sus finos dedos manejaban con rapidez las agujas, y Andrés distinguía bien el perfil de su inclinado rostro. Al hacer un movimiento resbaló la lana de sus rodillas. Natacha se estremeció, le miró y, mediante otro movimiento prudente y hábil, recogió el ovillo y volvió a adoptar la misma postura. Andrés la miraba sin moverse. Después de aquella rápida inclinación, parecía lógico que la respiración de ella se hubiera alterado, pero no ocurrió tal cosa.

Los primeros días que volvieron a estar juntos habían hablado del pasado. Andrés había dicho que si conservaba la vida daría gracias a Dios eternamente por aquella herida que los había unido de nuevo. Después ya no volvieron a enfrentarse con el porvenir.

«¿Qué ocurrirá?- pensaba ahora mirándola y escuchando el rumor de las agujas de acero-. ¿Me habrá reunido con ella la suerte, de modo tan imprevisto, para dejarme morir...? ¿Se me habrá revelado la verdad de la existencia para que viva en la mentira? La amo sobre todas las cosas de este mundo, mas ¿qué debo hacer?»

Y, por un hábito adquirido en el sufrimiento, lanzó un gemido.

Natacha dejó la labor, se acercó al diván y se inclinó sobre él al reparar en el brillo de sus ojos.

-¿No duermes?

-No, te estaba mirando; he sentido tu presencia. Nadie me proporciona tanto silencio, tanta paz, tanta luz como tú. Quisiera llorar de alegría.

Natacha se aproximó un poco más. En su rostro brillaba una dicha entusiasta.

-¡Natacha, te amo demasiado! Te amo más que a nada en el mundo.

-¡También yo te amo! Pero ¿por qué dices demasiado?

-¿A ti qué te parece? ¿Qué sientes en el alma? ¿Qué piensas?

-Me siento segura, muy segura- exclamó Natacha asiéndole las dos manos con un movimiento apasionado.

Andrés callaba.

-¡Qué hermoso sería eso!

Tomó su mano y la besó.

Natacha se sentía feliz, conmovida. Luego recordó que no debía abandonarse a sus sentimientos, que Andrés necesitaba tranquilidad.

-Pero no has dormido- dijo reprimiendo la dicha que experimentaba-. Trata de dormir, te lo ruego.

Andrés soltó su mano; Natacha volvió a instalarse cerca de la bujía como antes. Le miró dos veces, y dos veces sus ojos se encontraron. Natacha tomó una decisión: se dijo que hasta que no hubiera llegado a cierto punto en su labor no volvería a mirarle.

Poco después, Andrés cerró los ojos y se quedó dormido.

Pero no durmió mucho rato; se despertó de pronto, turbado, inundado de un sudor frío. Se había dormido pensando, como de costumbre, en lo que le preocupaba: en la vida y en la muerte. Sentía a ésta cada vez más cercana. «El amor... ¿Qué es el amor?- pensaba-. Es vida. Si comprendo alguna cosa es porque amo. Todo existe únicamente por esto, porque amo. Todo está unido por el amor. El amor es Dios, y morir significa que yo, una pequeña parte del amor, vuelvo a la fuente común eterna.»

Estos pensamientos consoladores no dejaban de ser solo eso: pensamientos. Les faltaba algo: la evidencia. Por eso Andrés experimentó una sensación de inquietud y vacío hasta que consiguió dormirse.

En sueños se vio ocupando la misma habitación en que se hallaba en realidad. Pero ya no estaba herido, sino que gozaba de buena salud. Ante él distinguió a varias personas conocidas e insignificantes. Andrés habló, discutió con ellas de cosas poco trascendentales. Ha de partir hacia alguna parte; comprende vagamente que lo que está haciendo tiene poca importancia, pero sigue conversando y asombrando a sus oyentes con sus salidas vagas y espirituales. Poco a poco, insensiblemente, las personas que están con él se

esfuman, desaparecen, y se le presenta un problema: ¿cómo cerrar la puerta? Se levanta y se dirige a ella dispuesto a echar la llave y correr el cerrojo. Todo depende de que consiga o no cerrarla. Va hacia ella, pero su cabeza, sus piernas, se niegan a obedecerle y comprende que no llegará a tiempo por más que se esfuerce. Le sobrecoge el terror, el terror de la muerte que está detrás de la puerta. Pero mientras se acerca, vacilando, a ella, algo espantoso, semejante a la muerte, la empuja, pretende abrirla desde el otro lado.

El debe impedirlo. Se apoya en el batiente y hace un último esfuerzo. Cerrarla es ya imposible, pero puede evitar que la acaben de abrir. Sus fuerzas flaquean, y, cediendo a la presión de aquello, la puerta se abre... y vuelve a cerrarse enseguida.

Una vez más, ella empuja desde fuera. Los últimos esfuerzos sobrehumanos de Andrés nada consiguen y la puerta se abre de par en par, en silencio. Entra ella; es la muerte. El príncipe Andrés muere.

En este momento recuerda que duerme, hace un esfuerzo y despierta- «Sí, ha sido la muerte. Morí y acabo de despertar. La muerte es el despertar.» Esta idea cruza con claridad deslumbrante por su espíritu. El velo que le ocultaba lo desconocido se levanta ante su mirada. Ya se siente libre de la fuerza que le oprimía y experimenta un extraordinario y duradero bienestar.

Cuando, bañado en un sudor frío, se agitó en el diván, Natacha se acercó para preguntarle qué tenía. Andrés no contestó, no parecía comprender la pregunta.

A partir de entonces, la fiebre agravó al enfermo, en opinión del doctor. Esta opinión no interesaba a Natacha; veía demasiado bien los terribles indicios morales, indiscutibles, para ella, de su estado.

Al despertar de aquel sueño comenzó el príncipe Andrés a despertar a la vida. Y, relacionado con la duración de la vida, este despertar no le pareció más tardío que el despertar del sueño relacionado con la duración del ensueño. No había nada terrible en este despertar relativamente lento.

Sus últimos días, sus últimas horas transcurrieron como de ordinario, muy sencillamente. La princesa María y Natacha, que no se separaban de él, lo sentían así. No lloraban, no temblaban, y, a última hora, ni siquiera le cuidaban (ya no estaba junto a ellas; las había dejado). De él no quedaba ya nada más que su cuerpo. Los sentimientos de las dos eran tan intensos, que la parte externa, horrible, de la muerte, no actuaba sobre ellas y no juzgaban necesario avivar su dolor. Ya no lloraron más delante de él ni detrás de él; tampoco volvieron a hablar de él entre sí. Se daban cuenta de que jamás podrían expresar con palabras lo que sentían. Las dos lo veían ir desapareciendo, alejándose poco a poco, lenta, tranquilamente, aquí abajo, y comprendían que

debía ser así y que aquello era un bien.

Cuando recibió los últimos sacramentos, toda la familia fue a darle el adiós definitivo. Cuando le llevaron a su hijo, posó los labios en su frente y volvió la cabeza, no porque le fuera penosa su vista; no porque sintiera compasión (Natacha y la Princesa lo adivinaron), sino porque supuso que aquello era todo lo que se le exigía. Pero cuando le pidieron que le bendijera, lo hizo, y luego paseó la mirada a su alrededor como si quisiera saber si tenía que hacer algo más todavía.

Natacha y María asistieron al último estremecimiento de aquel cuerpo que el alma abandonaba.

-¡Se concluyó!- exclamó la princesa María cuando el Príncipe, tendido ante ella y ya inmóvil desde hacía un instante, empezaba a enfriarse.

Natacha se acercó, miró los ojos del difunto y se apresuró a cerrarlos. Los cerró, pero no los besó. Lo que hizo fue aferrarse más al recuerdo de él.

Partió... ¿Dónde se hallará ahora?

Cuando el cadáver, lavado y vestido, se colocó dentro del féretro y éste sobre una mesa, todos se acercaron llorando para darle el último adiós.

Nicolás lloraba a causa del asombro doloroso que le desgarraba el corazón; la Condesa y Sonia lloraban de compasión por Natacha y porque Andrés ya no existía; el viejo Conde lloraba porque se daba cuenta de que pronto le llegaría la vez de emprender el mismo viaje.

Natacha y María lloraban también, pero no para desahogar su dolor personal. Lloraban porque la conciencia del misterio simple y solemne de la muerte que se había cumplido ante ellas llenaba sus almas de una piadosa ternura.

DECIMOTERCERA PARTE

I

El día 6 de octubre, Pedro salió de la barraca a buena hora de la mañana y se detuvo delante de la puerta para jugar con un perrito largo, gris, de patas cortas y torcidas, que daba saltos a su alrededor. Este perrito habitaba en la barraca y pasaba la noche al lado de Karataiev, pero en algunas ocasiones se iba al pueblo y luego volvía. Probablemente no tenía amo; tampoco tenía

nombre. Los franceses le llamaban Azor; los rusos Fingalka; Karataiev y sus camaradas, Sieny o Visly. Pero el hecho de no pertenecer a nadie, así como la falta de nombre, de raza y de color, dejaban indiferente al perrito de la cola esponjosa y siempre levantada; sus torcidas patas eran tan ágiles y seguras, que a veces, menospreciando el empleo de una de las traseras, levantaba graciosamente la otra y, con suma habilidad, corría sólo con tres patas. Todo era objeto de placer para él. Ora lanzaba gritos de alegría, ora se echaba sobre el dorso, ora se calentaba al sol con aire grave y pensativo, ora saltaba, jugando con un carrete o una paja.

El vestido de Pedro se componía entonces de una sucia y desgarrada camisa, único resto de su atavío, de un pantalón de soldado sujeto a la cintura por una cuerda- así se lo había aconsejado Karataiev , de un caftán y de un gorro de campesino.

Había cambiado mucho físicamente: no parecía tan grueso, aunque su aspecto seguía siendo robusto, por ser hereditario en la familia. Una barba y unos bigotes le cubrían la parte inferior del rostro; los largos cabellos, hirsutos, llenos de parásitos, se rizaban debajo del gorro; la expresión de sus ojos era más firme, más serena. Al cansancio que se reflejaba antes en su mirada había sucedido una energía pronta a la acción y a la resistencia. Llevaba los pies descalzos.

Un cabo francés con la guerrera desabrochada, gorro de cuartel y una pipa corta entre los dientes llegó a la barraca y miró a Pedro guiñándole un ojo amistosamente.

Después de llevarse un dedo a la sien a manera de rápido y tímido saludo, le preguntó si en aquella barraca se encontraba el soldado Platocha, a quien había dado a coser una camisa.

La semana anterior, los franceses habían recibido telas y otros artículos y dieron a hacer camisas y botas a los prisioneros.

-Ya está hecha, ya está hecha, pequeño- dijo Karataiev mientras salía de la barraca con una camisa doblada en las manos.

A causa del calor y por comodidad, el soldado ruso iba en calzoncillos y camisa, ésta desgarrada y negra- como la tierra. Llevaba los cabellos metidos en un gorro de red, a la moda obrera, y su redondo rostro parecía en aquel momento más redondo y más simpático todavía.

La exactitud es lo principal en el trabajo. Te prometí que la tendrías el viernes, y aquí está- dijo Platón sonriendo, en tanto desdoblaba la camisa.

El francés miró a su alrededor con aire inquieto; por fin, venciendo su vacilación, se quitó rápidamente el uniforme y cogió la camisa. No llevaba

otra debajo de la guerrera; sólo el torso joven, flaco, desnudo, cubierto por un largo y floreado chaleco, al que la suciedad daba un color de manteca.

Como si temiera que se rieran a su costa, el francés se echó rápidamente la camisa sobre la cabeza.

- Te está un poco justa- dijo Platón tirando de ella.

Después de ponérsela, el francés examinó las costuras.

-No mires mucho, amigo. Aquí no tenemos taller ni útiles, y sin útiles no se puede hacer nada a la perfección- dijo Platón sonriendo, evidentemente satisfecho de su obra.

-Bien, gracias. ¿Le ha sobrado tela?- preguntó el francés.

-Te aconsejo que te la pongas sobre la piel- dijo Karataiev con el mismo aire de satisfacción . Es mejor y más agradable.

-Gracias, gracias, pero ¿y el sobrante?- repitió sonriendo el francés.

Sacó un billete y se lo dio al ruso.

Pedro advirtió que Platón no quería comprender lo que le decía el francés, y le miraba sin mezclarse en la conversación. Karataiev cogió el dinero, dio las gracias y continuó admirando la prenda. El francés insistía en que le diera el sobrante de la tela, y rogó a Pedro que tradujera lo que decía.

-¿Para qué quiere el sobrante, caramba?- exclamó entonces Platón-. En cambio, yo puedo hacerme un par de calcetines con esa tela. Pero ¡que Dios le bendiga!

Con repentina expresión de tristeza y desánimo sacó de su alforja un trozo de tela y, sin mirar al francés, se lo entregó.

-¡Uf!- exclamó Karataiev alejándose.

El francés examinó la tela, se quedó pensativo, miró a Pedro a los ojos y, como si leyera en ellos un reproche, se ruborizó y gritó:

-¡Platocha, Platocha! Ten. Para ti.

Le puso la tela en las manos y se marchó.

-Bueno- comentó Karataiev bajando la cabeza-. Se rumorea que los franceses no son cristianos, pero esto prueba que tienen corazón. Los viejos dicen: «La mano bañada en sudor es generosa, la mano seca es avara.» Ese hombre va desnudo y, sin embargo, no es tacaño.- Sonrió pensativo, contempló a su compañero y calló-. ¡Calcetines de primera calidad, amigo!- exclamó de pronto. Y entró en la barraca.

II

Los presos avanzaban con sus guardianes por las calles de Khamovniki. Detrás iban los furgones y los carros. Al llegar cerca del almacén de provisiones se mezclaron con un gran convoy de artillería que avanzaba penosamente entre coches particulares.

Después de pasar por Krimski Brod, los presos dieron todavía varios pasos más, se detuvieron, avanzaron de nuevo. Por todas partes, hombres y coches se daban cada vez más prisa. Luego de recorrer, en el espacio de una hora, los centenares de pasos que los separaban del puente de la calle Kalugskaia, hicieron alto, apretando las filas, en el cruce de esta calle con la de Zamoskvoretskaia. Allí permanecieron estacionados varias horas. Por todas partes se oía un ruido sordo como el del mar: el de las pisadas, los gritos, las animadas conversaciones de los hombres. De pie, con la espalda apoyada en la pared de una de las casas incendiadas, Pedro escuchaba aquellos ruidos, que en su imaginación se mezclaban al de los tambores.

Algunos oficiales se encaramaron, para ver mejor, a la pared de aquella casa.

-¡Cuánta gente! ¡La hay hasta encima de los cañones! ¡Mirad qué pieles tan hermosas! Son robadas. ¡Ah, tunante...! Ésos son alemanes seguramente... Ved aquel paisano nuestro. Va tan cargado que apenas puede dar un paso. ¡Mira! ¡Han cogido incluso un coche!

Una oleada de curiosidad general empujó en dirección del camino a los prisioneros. Nada de lo que Pedro veía ahora producía en su espíritu la más leve impresión. Como si su alma se preparase para una lucha difícil, se negaba a aceptar las impresiones que pudieran debilitarla.

Detrás de él volvían a avanzar carros y soldados, furgones y soldados, coches y soldados, cajones y soldados, y, de tarde en tarde, mujeres.

Pedro no veía a cada hombre por separado; sólo percibía el movimiento de la masa.

Todos los hombres, y los caballos inclusive, parecían obedecer a una fuerza invisible que los impulsara a avanzar, avanzar siempre. Durante la hora en que Pedro los estuvo observando, desembocaron por diversas bocacalles animados por el mismo deseo de pasar lo más deprisa posible. Se daban encontronazos, comenzaban a irritarse, a reñir: los blancos dientes rechinaban, las cejas se fruncían, las invectivas menudeaban y en todas las caras se leía la misma expresión de valor resuelto, de resolución fría, que Pedro había visto aquella mañana, al sonar el tambor, en el rostro del cabo, y que le había

llamado la atención.

Por la tarde, el jefe del convoy reunió al destacamento y, entre gritos y discusiones, se mezclaron a otros convoyes. Rodeados por todas partes, los prisioneros salieron a la carretera de Kaluga.

Avanzaban deprisa, sin hacer altos, y no se detuvieron hasta que el sol comenzó a declinar.

Pedro comió carne de caballo y conversó con sus compañeros. Ni él ni ninguno de sus camaradas hablaban de lo que habían visto en Moscú, ni de la conducta de los franceses, ni de la orden de disparar que se había dado a los invasores. Como si quisieran contrarrestar con su actitud la gravedad de la situación, se mostraban alegres y animados: hablaban de recuerdos personales, de escenas divertidas presenciadas durante la marcha y rehuían todo comentario sobre la situación.

El sol se había puesto hacía ya rato. Brillantes estrellas comenzaban a surgir aquí y allá en la bóveda celeste; el reflejo de la luna llena que ascendía, coloreada, como si ardiera, se disipaba en el horizonte, cubierta por una bruma grisácea. La atmósfera aparecía diáfana; el día había terminado; la noche no había empezado todavía. Pedro se puso en pie y fue al otro lado del camino, donde estaban los soldados prisioneros.. Deseaba conversar con ellos. Pero cuando atravesaba el camino le dio el alto un centinela francés y le ordenó que retrocediera.

Pedro se retiró, pero no hacia el punto del que había partido, sino en dirección de un coche desenganchado junto al que no había nadie. Cruzó las piernas y se sentó, con la cabeza baja, sobre la tierra fría, al lado de una de las ruedas. Así, inmóvil y pensativo, estuvo largo rato. Transcurrió media hora lo menos sin que nadie fuera a molestarle. De repente se echó a reír. Profirió una carcajada tan fuerte, tan fresca, que varias personas le miraron desde lejos, asombradas.

-El soldado no ha querido dejarme pasar, ¡ja, ja, ja!--decía Pedro en voz alta pero hablando consigo mismo-. Me han cogido, me han encerrado, me tienen prisionero, mas ¿a quién tienen? A mi cuerpo, porque mi alma es inmortal. ¡Ja, ja, ja!

Se rió tanto que acabó con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando se reunió con sus camaradas aún sonreía.

El grupo de que Pedro formaba parte no había recibido ninguna nueva orden de las autoridades francesas y se encontraba, el 22 de octubre, muy cerca de las tropas y de los convoyes con los que había partido de Moscú. Los prisioneros y los bagajes de Junot formaban grupo aparte, aún cuando unos y otros se reducían con igual celeridad. Los carros llenos de municiones fueron disminuyendo hasta que, de ciento veinte, sólo quedaron sesenta. El resto fue capturado o abandonado. De la misma manera, se apresaron o saquearon algunos carros cargados de equipajes. Tres de ellos fueron desvalijados por los soldados rezagados de la compañía de Davoust. De las conversaciones que oyó, Pedro dedujo que la guardia que los acompañaba había sido destinada a vigilar, más que a los presos, el bagaje de los jefes franceses. Uno de los guardianes, un soldado alemán, había sido fusilado porque se halló en su poder una cuchara de plata que pertenecía a un superior suyo. El grupo de prisioneros era el que disminuía con más rapidez. Todos los que podían andar por su pie formaban un solo grupo. Pedro se había incorporado a Karataiev y al perrito gris que le consideraba como su amo.

Al tercer día de la salida de Moscú, Karataiev sufrió un ataque de fiebre- la misma que le habían curado en el hospital- y, a medida que empeoraba su mal, se alejaba más Pedro de él. Ignoraba la causa, pero lo cierto era que, conforme Karataiev se iba debilitando, él tenía que hacer un esfuerzo mayor para aproximarse a su compañero. Y cuando se acercaba a él y oía sus gemidos, que profería sobre todo a la hora de acostarse, y percibía el intenso olor a sudor que despedía su cuerpo, se alejaba y dejaba de pensar en él.

El 22, a mediodía, subía Pedro por un barrizal pegajoso, escurridizo, mirando sus pies y las asperezas del camino. De vez en cuando se detenía a observar a la gente que le rodeaba, y a continuación volvía a mirarse las piernas. Las conocía tan bien como a sus compañeros.

El perrito gris de las patas torcidas corría por la cuneta del camino y a veces levantaba una de las patas traseras y avanzaba sobre las tres restantes, como si quisiera demostrar su habilidad y su alegría, o se paraba para ladrarle a un cuervo posado sobre un cadáver. El animal estaba más limpio y más alegre que en Moscú. Por todas partes se veían carroñas de hombres y de caballos, en diversos grados de descomposición. Los hombres impedían con su presencia que se acercasen los lobos, y el perrito podía comer a sus anchas.

Durante todo el día estuvo lloviendo. De vez en cuando se aclaraba el cielo y parecía que iba a cesar la lluvia y a salir el sol, pero, tras un breve intervalo, volvía a llover. La carretera, cubierta de agua, ya no podía absorber más, y por todas partes corrían arroyuelos que iban a alimentar los charcos.

Pedro avanzaba mirando de soslayo y contando sus pasos de tres en tres con ayuda de los dedos. En su fuero interno decía, dirigiéndose a la

lluvia:«¡Más, más, todavía más!»

-¡A vuestros sitios!- exclamó de improviso una voz.

Simultáneamente, en alegre confusión, corrieron soldados y prisioneros, como si esperasen ver algo agradable y solemne a la vez. Por todas partes sonaban voces de mando, y a la izquierda de los prisioneros, al trote, pasaron jinetes sobre hermosos corceles. En todos los rostros se pintaba esa expresión expectante que se observa en las personas que se encuentran cerca de una autoridad superior. Los prisioneros se habían agrupado a un lado de la carretera; los soldados de la guardia se habían alineado.

-¡El Emperador, el Emperador!

-¡El mariscal!

-¡El duque!

Después de la escolta pasó velozmente ante ellos un coche tirado por blancos caballos.

Pedro entrevió el rostro hermoso, sereno, lleno, blanco, de un hombre que llevaba la cabeza cubierta con un tricornio. Era uno de los mariscales de Napoleón. Fijó éste la vista en la destacada personalidad de Pedro, y, a juzgar por el gesto con que frunció las cejas y volvió la cara, el prisionero dedujo que el personaje había experimentado un sentimiento de compasión y deseaba ocultarlo.

Cuando los presos avanzaron de nuevo, se volvió para mirar atrás. Karataiev estaba sentado al borde del camino, en la cuneta; dos franceses hablaban, de pie, ante él. Pedro ya no volvió a mirar atrás. Subió cojeando la colina.

A su espalda sonó una detonación. Procedía del punto en que acababa de ver a Karataiev sentado. El perro comenzó a aullar. «¡Qué imbécil! ¿Por qué aullará?», pensó Pedro.

Ninguno de los camaradas que caminaban a su lado se volvió para averiguar por qué había sonado la detonación. La habían oído, así como los aullidos del perro, pero sus rostros permanecieron severos e inexpresivos.

IV

Natacha y la princesa María sintieron del mismo modo la muerte del príncipe Andrés. Moralmente abrumadas, con los ojos cerrados para no ver las terribles nubes que la muerte dejó suspendidas sobre sus cabezas, no osaban

mirar la vida de frente. Con prudencia ostensible procuraban librar de todo contacto doloroso su abierta herida. Todo: un coche que pasara por la calle, el recuerdo de un banquete, la pregunta de un servidor o- esto sobre todo- una palabra de compasión, tímida y poco sincera, enconaba aquella herida; les parecía una ofensa, turbaba el silencio que necesitaban para percibir la nota grave que incesantemente vibraba en sus oídos y que les impedía mirar aquel infinito lejano que entrevieran por un momento.

Por el contrario, cuando se sentaban frente a frente, no se sentían ya ofendidas ni turbadas. Hablaban poco, y cuando lo hacían se referían a cosas insignificantes; ambas evitaban, sobre todo, nombrar en su conversación cuanto guardara relación con el porvenir.

Admitir la posibilidad de un futuro cualquiera les hubiera parecido una ofensa a la memoria de Andrés. Con prudencia mayor todavía, omitían todo lo que tenía alguna relación con el difunto. Porque a las dos les parecía que nada de lo que habían vivido o sentido podía expresarse con palabras. Cualquier detalle de la vida del Príncipe que hubieran evocado verbalmente hubiese podido violar la majestad, la santidad del misterio realizado ante sus ojos.

Las continuas reticencias de que salpicaban sus conversaciones, el perpetuo silencio que conservaban acerca de todo lo que pudiera recordarles a Andrés, el cuidado que ponían en no traspasar el límite de lo que podía decirse, les revelaba a ellas mismas los sentimientos que experimentaban.

Pero la tristeza absoluta es tan imposible como la alegría absoluta. La princesa María fue la primera que se vio arrancada por la vida misma a la tristeza de las dos primeras semanas de duelo, al verse dueña y señora de su destino y convertida en la tutora y educadora de su sobrino. Recibió cartas a las que tuvo que responder; la habitación de Nikoluchka era húmeda, y el niño comenzó a toser; Alpatich llegó a Iaroslav con sus cuentas, y le aconsejó se trasladara a Moscú, a su casa de Vosdvijenka, que se conservaba intacta y necesitaba tan sólo ligeras reparaciones.

La vida no se detiene, es preciso vivir. Cualquiera que fuese el dolor de la princesa María, a la sola idea de salir de su aislamiento y del estado contemplativo en que había vivido hasta entonces, hubo de hacerlo, cediendo a las exigencias de la vida. Examinó las cuentas de Alpatich; se hizo aconsejar por Desalles acerca de su sobrino; dio órdenes, y se preparó para la marcha a Moscú.

Natacha quedó sola e incluso esquivó a la Princesa desde que ésta comenzó a preparar el viaje.

La princesa María pidió a la condesa de Rostov que dejara partir a Natacha a la ciudad en su compañía, y tanto la madre como el padre accedieron

gozosos, porque veían decaer las fuerzas de su hija de día en día y juzgaban conveniente el cambio de aires y los consejos de los médicos de Moscú.

-No deseo ir a ninguna parte. Dejadme tranquila- dijo Natacha respondiendo a la invitación.

A fines de diciembre, vestida con su traje de lana negra, con las trenzas mal peinadas, pálida y delgada, echada sobre el diván, miraba en dirección de la puerta, aquella puerta por donde él había partido para la otra vida. Aquella vida tan lejana, tan increíble, en que jamás había pensado anteriormente, era entonces la que le parecía más comprensible, más próxima, puesto que contenía el vacío y la destrucción o el dolor y el castigo.

Contemplaba con la imaginación el lugar en que estaba el Príncipe, pero no acertaba a imaginárselo de manera diferente a como fue en vida. Volvía a verle tal y como era. Veía su rostro, oía su voz, repetía sus palabras, imaginaba a veces las que habrían podido decirse.

«Le veo. Está echado sobre el diván, con su casaca de terciopelo, apoyada la cabeza en su delgada mano, pálido, con el pecho hundido, los hombros levantados. Tiene los labios apretados y los ojos brillantes; sobre su frente de marfil aparece y desaparece una arruga; uno de sus pies tiembla imperceptiblemente.» Natacha sabe que lucha contra sufrimientos horribles. «¿Cuáles son esos sufrimientos? ¿Qué es lo que siente?», se dice. Él ha reparado en la atención con que ella le mira, alza los ojos, sonrío y se pone a hablar.

«Una cosa sola es terrible-dice-: unirse para siempre a una persona que sufre. Es un dolor perpetuo.» Y le dirige una mirada escrutadora. Natacha, como siempre, responde sin tomarse tiempo para reflexionar. Dice: «Esto no puede durar. Te curarás.»

Recordaba la mirada larga, triste, severa, con que respondió él a estas palabras.

Hoy le hubiera respondido de otro modo. Le hubiese dicho: «Es terrible para ti, pero no para mí. Sin ti nada existe para mí en la vida, y sufrir contigo es para mí una dicha muy grande.» Y él le hubiera cogido la mano y se la habría estrechado como se la estrechó aquella tarde terrible, cuatro días antes de morir. Con la imaginación le decía otras palabras tiernas que no pudo decir entonces.

-Te amo, te amo, te amo- repetía retorciéndose las manos y apretando los dientes con un convulsivo esfuerzo.

Y una tristeza dulce se apoderaba de ella y se le llenaban los ojos de lágrimas. De pronto se preguntaba:

«¿Por qué digo esto? ¿Dónde se hallará ahora?»

Y todo se le velaba de nuevo, y de nuevo miraba en dirección de la puerta con las cejas fruncidas. De improviso pareció penetrar en el misterio...

Rápidamente, sin adoptar precauciones, con aire asustado, entró Duniacha en la habitación.

-Venga, venga pronto- dijo muy agitada-. Ha sucedido una desgracia... ¡Pedro Ilitch...! Una carta... terminó sollozando.

V

Cuando llegó Natacha al salón, salía rápidamente su padre de la habitación de la Condesa. Tenía el rostro contraído y bañado en lágrimas.

Evidentemente, huía a otra habitación con objeto de dar rienda suelta al llanto que lo ahogaba.

Al distinguir a Natacha le hizo una seña y estalló en sollozos que deformaron su redondo semblante.

-Pe... Petia... Ve..., ella... te llama...

Y, llorando como un chiquillo, se alejó todo lo deprisa que le permitían las piernas temblorosas, se dejó caer en una silla y ocultó el rostro en las manos.

Una especie de conmoción eléctrica atravesó a Natacha de arriba abajo. Era como si acabaran de asestarle un golpe en el corazón. Sentía en él un dolor horrible. Pero, al mismo tiempo, el dolor aquel la liberaba de la prohibición de vivir que pesaba sobre ella. A la vista de la aflicción de su padre, de los gritos de desesperación de su madre, que sonaban al otro lado de la puerta, se olvidó de sí misma y de sus pesares. Corrió junto al Conde. Agitando débilmente la mano, éste le mostró la puerta de la habitación de su mujer. La princesa María, pálida, con los labios temblorosos, salió por aquella puerta, cogió a Natacha de la mano y murmuró unas palabras a su oído. Natacha no veía ni oía nada. A paso ligero franqueó el umbral, se detuvo un instante como si luchase consigo misma, y después corrió al lado de su madre.

La Condesa, tendida en el sofá, se retorció convulsivamente y daba cabezazos contra la pared. Sonia y las doncellas la asían por los brazos.

-¡Natacha, Natacha, no es cierto, no es cierto...! ¡Mienten...! ¡Natacha!- dijo rechazando a las personas que la rodeaban-. Marchaos todos. No es cierto que le hayan matado. ¡Ah, no es cierto!

Natacha apoyó una rodilla en el diván, se inclinó sobre su madre, la abrazó y, con una fuerza que nadie le hubiera atribuido, la levantó, le volvió la cara y apoyó la suya en ella.

-¡Madrecita mía, palomita mía! Estoy aquí, mamá, estoy aquí- murmuró.

-Natacha, tú me amas- dijo la Condesa en voz baja y en son de súplica-. Natacha, tú no me engañarás. ¿Me dirás la verdad, toda la verdad?

Natacha la miró con los ojos llenos de lágrimas; su rostro expresaba amor y pedía indulgencia.

-Madrecita, querida mía- repetía desplegando todas las fuerzas de su amor para arrancarle el exceso de dolor que la oprimía.

Y de nuevo, en su lucha infructuosa contra la realidad, la madre se negaba a creer en la posibilidad de vivir mientras que su hijo bienamado, lleno de vida, había muerto; se inhibía de esta realidad para sumirse en el mundo de la locura.

Natacha no recordó después cómo transcurrieron aquel día ni el siguiente. No durmió; por la noche no se apartó de su madre un solo instante. Su amor filial, un amor perseverante, paciente, sin explicación, sin consuelo, se mostraba a cada segundo, como llamamiento de vida, a la Condesa. Esta se calmó un poco en la tercera noche. Entonces, apoyando la cabeza en el brazo de su sillón, Natacha cerró los ojos.

Poco después oyó crujir el lecho. Natacha abrió los ojos. Sentada en la cama, la Condesa le hablaba en voz baja.

-¡Cuánto me alegro de que estés aquí!- decía-. Estás rendida, ¿quieres una taza de té?

Natacha se acercó a ella.

Has envejecido, pero estás bella- continuó la Condesa asiéndole una mano.

-¿Qué dices, madrecita?

-¡Natacha! ¡Él ya no existe! ¡No existe!

La Condesa le pasó un brazo por la cintura y, por vez primera, se echó a llorar.

VI

La princesa María aplazó su marcha porque Sonia y el Conde trataban de

reemplazar a Natacha, pero no podían. Sólo ella sabía impedir que su madre se dejara llevar de la desesperación.

Natacha vivió por espacio de tres semanas al lado de su madre, en su misma habitación, sentada en un sillón. La obligaba a beber y a comer, le hablaba sin cesar, porque su voz tierna y acariciadora la calmaba.

La herida moral de la Condesa no acababa de cicatrizar. La muerte de Petia había destrozado su vida. La triste noticia que sorprendió a una mujer de cincuenta años, todavía fresca y robusta, la dejó convertida en una vieja, medio muerta y a la que ya no interesaba la vida. Pero la herida que casi mató a la Condesa resucitó a Natacha.

Por extraño que pueda parecer, la herida moral infligida a su ser espiritual exigía una especie de herida física; y cuando ésta se cicatrizó, cuando desapareció, la herida moral se cicatrizó también por obra de la vida que ocultaba en su interior.

Los últimos días del príncipe Andrés habían aproximado a Natacha a la princesa María; la nueva desgracia las unió más si cabe. La princesa María, que había aplazado la marcha, cuidó por espacio de tres semanas a Natacha como a un niño enfermo, porque la última semana que pasó junto a su madre aniquiló sus fuerzas físicas.

Después nació entre ellas esa amistad tierna y apasionada que únicamente se ve en las mujeres, se besaban con frecuencia, se decían palabras tiernas, pasaban juntas la mayor parte del día. Si una de ellas salía, la otra la echaba de menos e iba a reunirse con ella. Estaban unidas por un sentimiento más fuerte que el de la amistad: el sentimiento de que sólo podían vivir estando unidas. A veces permanecían silenciosas horas enteras; a veces hablaban en el lecho hasta la madrugada. Conversaban, sobre todo, del pasado lejano.

La princesa María le refería su infancia, hablaba de sus padres, de sus sueños, y Natacha, que otras veces se había separado de ella porque no comprendía aquella vida cristiana, de abnegación sumisa, de sacrificio, ahora, por el afecto que le profesaba, amaba su pasado y comprendía su vida. No pensaba aplicar a la propia la sumisión y el sacrificio, porque estaba acostumbrada a buscar otras alegrías, pero comprendía y amaba en los demás unas virtudes que antes eran incomprensibles para su entendimiento. A la princesa María, la narración de la infancia y de la primera juventud de Natacha le descubría un lado insospechado de la existencia: la fe en la vida, en el goce de la vida.

A últimos de enero, la Princesa partió, por fin, hacia Moscú, y el Conde se empeñó en que la acompañase Natacha para que consultara a los médicos de la ciudad sobre el estado de su salud.

VII

Como suele suceder, Pedro no se dio cuenta de la dureza de las privaciones físicas sufridas ni de los sufrimientos de su cautiverio hasta que, gracias a los cosacos, se vio libre de él. Una vez en libertad, se dirigió a Orel y, al tercer día de su llegada a ella, mientras hacía los preparativos de la marcha a Kiev, cayó enfermo y tuvo que guardar cama por espacio de tres meses. Tenía una fiebre biliosa, según el diagnóstico médico. Y a pesar de los cuidados de los doctores y del gran número de drogas que le prescribieron, curó y pudo levantarse.

Todo lo ocurrido desde el momento en que le libertaron hasta aquel en que se puso enfermo apenas dejó en su espíritu la más ligera impresión. Recordaba solamente el tiempo gris, sombrío, la lluvia, la nieve, el enemigo, el dolor que sentía en las piernas y en el costado, la impresión que en general le producían los sufrimientos de los hombres, la curiosidad de los oficiales que le interrogaban, sus caminatas, las dificultades con que tropezó para hallar un coche y un caballo, y, sobre todo, su incapacidad para pensar y sentir durante todo aquel tiempo. El día de su liberación vio el cadáver de Petia Rostov; el mismo día supo que el príncipe Andrés había vivido hasta después de la batalla de Borodino y que había muerto en Iaroslav, junto a los Rostov.

Denisov, que fue quien le dio esta noticia, en el curso de la conversación mencionó por casualidad la muerte de Elena, suponiendo que Pedro la conocía desde bastante tiempo atrás. Todo aquello le pareció a Pedro extraño, pero nada más: se sentía incapaz de comprender la importancia de aquellos hechos. Sólo pensaba en abandonar lo antes posible aquellos lugares donde se mataban los hombres entre sí y reemplazarlos por un refugio sosegado donde poder rehacerse, reposar y reflexionar en todas las cosas nuevas y extrañas que había aprendido.

Mas en cuanto llegó a Orel cayó enfermo. Al recobrar el conocimiento halló a su lado a Terenti y a Vaska, sus dos antiguos servidores.

Durante la conversación, Pedro fue rehaciéndose poco a poco de unas impresiones que se habían convertido en hábito, y se adaptó a la idea de que nadie le arrojaría ya de ninguna parte, de que nadie le quería privar de un lecho abrigado y de que todos los días comería, tomaría el té y cenaría.

Pero en sus sueños veíase nuevamente en el cautiverio. Poco a poco también, se fue dando cuenta de la trascendencia de las noticias que le comunicaron al quedar libre, de la muerte del príncipe Andrés, del fallecimiento de su esposa, del aniquilamiento de los franceses.

El sentimiento agradable de la libertad, de esa libertad total tan preciosa

para el hombre, se despertó en él por vez primera durante el primer relevo de caballos después de su salida de Moscú. y este sentimiento inundó su alma durante toda la convalecencia:

Se asombraba al ver que aquella libertad interior, independiente de las circunstancias externas, estuviera ahora acompañada de la libertad exterior. Estaba solo en una ciudad extraña, donde no tenía conocimientos; nadie le exigía nada, nadie le enviaba a ninguna parte, tenía todo lo que se le antojaba y se veía libre de un recuerdo que antes le atormentaba sin cesar: el recuerdo de su esposa.

«¡Ah, qué agradable es todo esto!- se decía cuando se veía ante una mesa bien puesta, con un buen caldo, o cuando por la noche se acostaba en una cama limpia y blanda, o cuando se acordaba que estaba libre de su mujer y de los franceses-. ¡Ah, qué cosa tan agradable!- y, obedeciendo a una antigua costumbre, se dirigía esta pregunta-: Bueno, y ahora ¿qué voy a hacer?- y se respondía al punto-: Nada; ya veremos. ¡Ah, qué agradable!»

Lo que antes le preocupaba, lo que siempre trató de solucionar, la cuestión del objeto de la vida, ya no existía para él. Se había concluido la búsqueda, y no por casualidad y momentáneamente, sino porque comprendía que no existía tal objeto ni podía existir. Precisamente este convencimiento era lo que le producía aquella alegre sensación de libertad, lo que le hacía dichoso.

Ya no quería buscar el objeto de la vida, porque tenía fe, pero no fe en unos principios, palabras o ideas, sino fe en Dios vivo. Antes le buscó en sus propios objetivos, pero, en el fondo, aquella búsqueda era la búsqueda de Dios. Luego, durante su cautiverio, se percató, no verbalmente, no mediante razonamientos, sino por intuición, de lo que su buena fe le venía diciendo desde largo tiempo atrás: que Dios está aquí y en todas partes. En el cautiverio se dio cuenta de que el Dios de Karataiev era más grande, más infinito, más comprensible que, por ejemplo, el Arquitecto del universo que reconocen los masones. Y experimentaba la sensación del hombre que ha tenido a sus pies lo que buscaba muy lejos. La terrible pregunta «¿por qué?», que en otras ocasiones había destruido todos sus razonamientos, ya no existía. Ahora conocía ya la respuesta, una respuesta sencilla: porque Dios existe, porque hay un Dios sin la voluntad del cual no cae ni un solo cabello de la cabeza del hombre.

VIII

A fines de enero llegó a Moscú y se instaló en el pabellón que por milagro

quedaba todavía en pie.

Hizo una visita al conde Rostoptchin, así como a otros conocidos recién llegados como él a la ciudad, y al tercer día se dispuso a partir para San Petersburgo. Todos estaban radiantes a causa de la victoria; la vida bullía en la capital destruida, que se disponía a reanudar su existencia. Todo el mundo sentía el deseo de ver a Pedro y se interesaban por lo que él había presenciado. Pedro se sentía bien dispuesto con todas las personas a quienes se tropezaba; sin embargo, se mantenía en guardia con objeto de no dejarse llevar por nada ni por nadie. A todas las preguntas que se le dirigían- superficiales o importantes respondía: «Sí, es posible, ya lo pensaré.»

Supo que los Rostov estaban en Kostroma, pero pensaba poco en Natacha y, cuando lo hacía, era como si recordara un pasado remoto y agradable.

Se sentía libre, no solamente de todas las condiciones sociales, sino asimismo de un sentimiento que, a su parecer, se impusiera voluntariamente.

Tres días más tarde de su llegada a Moscú supo por los Drubetzkoj que también se hallaba allí la princesa María. La muerte, los sufrimientos, los últimos días del príncipe Andrés preocupaban a Pedro con frecuencia y, sobre todo entonces, se presentaban a su memoria con una vivacidad sorprendente. Al saber, después de comer, que la princesa María estaba en Vosvijenka, en su hotel, que se conservaba intacto, decidió ir a hacerle una visita aquel mismo día.

Por el camino no dejó de pensar en el príncipe Andrés, en su amistad, en las muchas veces que se habían visto, en su último encuentro antes de la batalla de Borodino.

«¿Habría muerto en aquel estado de espíritu tan lamentable en que se encontraba entonces? ¿No se le habrá revelado, antes de morir, la explicación de la vida?», pensaba.

Recordaba a Karataiev y su muerte, y, a su pesar, comparaba a aquellos dos hombres tan distintos y al propio tiempo tan parecidos por el amor que él les profesara, porque los dos habían vivido y porque los dos habían muerto.

En la más grave disposición de espíritu llegó, pues, a la casa de los Bolkonski. Estaba intacta; todavía ostentaba huellas de la devastación, pero, aún así, se conservaba lo mismo que antes.

El viejo mayordomo recibió a Pedro con expresión severa, como si quisiera darle a entender que la ausencia del anciano Príncipe no variaba un ápice el orden de la casa. Le comunicó que la Princesa se había retirado a sus habitaciones y que le recibiría el domingo.

-Anúnciame. Quizá quiera recibirme antes- insistió Pedro.

-Obedezco. Entre en la galería de los antepasados.

Al poco rato apareció Desalles, el ayo. Manifestó a Pedro, en nombre de la Princesa, que ésta sentía muchos deseos de verle, que la excusara y que hiciera el favor de subir a su departamento.

En una sala del primer piso, iluminada por una sola bujía, hallábase la Princesa acompañada por una persona vestida como ella de luto. Pedro recordó que la Princesa tenía siempre a su lado a una señorita de compañía, pero ¿quién era y cómo era? No lo recordaba. «La habrá cambiado por otra», pensó al contemplar a la persona vestida de negro.

La Princesa avanzó, rauda, a su encuentro y le tendió la mano.

-¡Al fin volvemos a vernos!- exclamó mirando fijamente aquel rostro cambiado mientras él le besaba la mano . ¡Si supiera cómo hablaba mi hermano de usted...!- agregó mirando con timidez a Pedro primero y luego a la señorita de compañía-. No puede imaginarse cuánto me alegro de su liberación. Fue la única noticia buena que recibimos en todo este tiempo.

En este punto se volvió inquieta hacia la señorita de compañía y quiso agregar algo, pero Pedro la interrumpió.

-En cambio, yo no sabía nada de él. Creía que había muerto durante la batalla. Luego supe que encontró a los Rostov. .¡Qué cosas tiene el destino!

Pedro se expresó vivamente, con animación. Al fijar los ojos en la señorita de compañía advirtió que ella clavaba en él una mirada tierna, de curiosidad, y, como sucede en ocasiones durante una conversación, se dijo para sí que aquella mujer era una persona bondadosa que no interrumpiría su charla íntima con la princesa María.

Pero cuando él pronunció sus últimas palabras sobre los Rostov, aumentó la confusión de la Princesa. Su mirada pasó de Pedro a la señorita de compañía y, al fin, exclamó:

-Pero ¿es que no se reconocen ustedes?

Pedro se volvió a mirar el rostro pálido, delgado, los ojos negros, la boca singular de la señorita. Y aquellos ojos, que le miraban con atención, suscitaron en él el recuerdo de un ser querido y olvidado.

«Pero ¡no es posible!- pensó-. No puede ser ella, con ese rostro pálido, flaco, envejecido... Debe de ser un reflejo...»

En aquel momento la Princesa exclamó:

-¡Natacha!

La boca de la mujer de la mirada atenta sonrió mediante un esfuerzo como

puerta que se abre, y aquella sonrisa inspiró a Pedro, de improviso, una dicha tal, que, a su pesar, se apoderó de su ser y le dominó por entero. Al verla sonreír, ya no era posible dudar. Era ella, Natacha. Y él la amaba todavía.

Pedro se había ruborizado, y de tal modo, que se dio cuenta de que había revelado su secreto.

En vano quiso disimular su emoción. Cuanto más se esforzaba en ello, más y con mayor claridad que si hablase ponía de manifiesto aquel amor.

«Es sólo la sorpresa», pensaba, tratando de engañarse a sí mismo.

Al querer continuar la conversación iniciada, miró a Natacha, y un rubor más vivo todavía se le extendió por el rostro, una emoción más profunda, mezcla de temor y de gozo, le invadió el alma. Sin saber lo que decía, tartamudeó unas palabras y calló en mitad de la frase comenzada.

No había reparado en Natacha al entrar porque no esperaba encontrarla allí; no la había reconocido porque desde que la vio por última vez se había operado un gran cambio en ella.

Estaba más pálida y más delgada. Pero no era esto lo que impedía reconocerla: eran sus ojos, en otro tiempo brillantes, risueños, reveladores de la alegría de vivir, y ahora nublados, atentos, bondadosos y melancólicos.

Afortunadamente, Pedro no le transmitió su confusión. Por el contrario, su vista produjo en ella un placer que iluminó ligeramente su semblante.

IX

Vive conmigo de momento- explicó la Princesa-. El Conde y la Condesa vendrán cualquier día. La Condesa se halla en un estado deplorable. Natacha tenía que ver a un buen médico y por eso vino conmigo.

-¿Conoce usted a alguna familia que no padezca en estos momentos?- preguntó Pedro dirigiéndose a Natacha-. Yo le vi el mismo día de nuestra liberación. ¡Qué guapo muchacho era!

Natacha le miró y se avivó el brillo de sus ojos en respuesta a aquellas palabras.

-No encuentro palabras para consolarla. En absoluto. ¿Por qué habrá muerto un muchacho tan sano, tan lleno de vida?

-En estos tiempos sería difícil la vida... si no se tuviera fe- observó la princesa María.

-Cierto, cierto- asintió Pedro, interrumpiéndola.

-¿Por qué?- interrogó Natacha, mirándole con atención.

-¿Cómo que por qué?- dijo la Princesa-. El solo pensamiento de lo que aquí abajo nos espera...

Sin escuchar a la princesa María, Natacha interrogó con la mirada a Pedro.

-Porque únicamente quien cree en la existencia de un Dios que nos guía puede soportar pérdidas como las tuyas- prosiguió Pedro.

Natacha abrió la boca para decir algo, mas la cerró de repente. Pedro volvió la cabeza y, dirigiéndose a la Princesa, le rogó que le hablara de los últimos días del Príncipe.

La confusión de Pedro se había disipado, pero, al propio tiempo, se daba cuenta de que su antigua libertad estaba desapareciendo. Advertía que cada una de sus palabras y cada uno de sus actos tenía ahora un juez cuya opinión le era más cara que la de todos los jueces de la tierra. Ahora, mientras hablaba, pensaba en la impresión que podían causar sus palabras a Natacha. No es que dijera aquello que pudiese complacerla, sino que juzgaba desde el punto de vista de ella todo lo que decía.

Maquinalmente, como suele hacerse en estos casos, la princesa María empezó a hablar del estado en que había hallado al príncipe Andrés. Pero las preguntas de Pedro, su mirada inquieta y animada, su rostro tembloroso de emoción, la movieron poco a poco a entrar en detalles de los que no se quería acordar.

-Sí, sí, así es, así es- corroboraba Pedro inclinándose y escuchando con avidez el relato de la Princesa-. Sí, sí. ¿De manera que se calmó, que se dulcificó después? Con todas las fuerzas de su alma buscó siempre una cosa: ser bueno. Por eso no le tuvo miedo a la muerte. Los defectos que tenía, si es que los tenía, no provenían de él... ¿De modo que se dulcificó...? ¡Qué dicha que se encontrasen ustedes!- exclamó de pronto dirigiéndose a Natacha y mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

El rostro de la muchacha temblaba. Frunció las cejas un momento y bajó los ojos.

-Sí, fue una dichosa casualidad- concedió tras un momento de vacilación-. Sobre todo para mí, fue una suerte.

Calló un momento y añadió:

Y él... él... dijo que deseaba mucho verme...

La voz de Natacha se entrecortaba. Se ruborizó, apoyó ambas manos sobre las rodillas y de pronto, haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza y comenzó a

hablar rápidamente.

-Nosotros no sabíamos nada cuando salimos de Moscú. Yo no me atrevía a preguntar por él. De improviso, Sonia me dijo que viajaba con nosotros. Yo no pensaba nada; no sabía bien cuál era su estado. Únicamente experimentaba la necesidad de verle, de estar junto a él dijo temblando, sofocada.

Y sin interrumpirse refirió lo que jamás confesara a nadie, todo lo que sintió durante los tres meses de su estancia en Iaroslav.

Pedro la escuchaba con la boca abierta, sin bajar los ojos, llenos de lágrimas. Y al escucharla no pensaba en el príncipe Andrés ni en su muerte, sino en lo que ella refería. La escuchaba y sentía compasión de los sufrimientos que suscitaba en ella su relato.

La Princesa, que se esforzaba por retener el llanto, estaba sentada junto a Natacha y escuchaba por vez primera la historia de los últimos amores de su hermano y de su amiga.

Aquel penoso relato le era evidentemente necesario a Natacha. Hablaba mezclando los detalles más nimios con los más importantes y parecía que no iba a concluir nunca. Varias veces repitió lo mismo.

La voz de Desalles sonó al otro lado de la puerta. Preguntaba si Nikoluchka podía entrar para darles las buenas noches.

-Sí, esto es todo, todo...- concluyó Natacha.

Cuando entró el niño, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Tanta fue su precipitación que se dio de cabeza contra la cerradura, disimulada por una cortina. Lanzó un gemido de dolor o de sorpresa y huyó.

Pedro se quedó mirando el punto por donde había desaparecido y no comprendió por qué experimentaba la súbita sensación de hallarse solo en el mundo.

La princesa María puso fin a su distracción hablándole de su sobrino, que entraba.

El rostro de Nikoluchka, que recordó a Pedro el de su padre, en aquel momento de emoción, le produjo una impresión tal que, después de abrazar al niño, se levantó, sacó el pañuelo y se acercó a la ventana.

Quería despedirse de la princesa María, pero ésta le retuvo.

-No, ni Natacha ni yo nos vamos a la cama antes de las tres. Quédese, se lo ruego; ordenaré que sirvan la cena. Baje al comedor; le seguimos enseguida.

En el momento en que Pedro salía de la habitación dijo la Princesa:

-Es la primera vez que Natacha habla así de él.

X

Se introdujo a Pedro en el espacioso y bien iluminado comedor. A poco oyó pasos y entraron en él Natacha y la Princesa.

Natacha estaba tranquila, pero su rostro volvía a tener la severa expresión de costumbre.

La Princesa, ella y Pedro experimentaban en aquellos instantes un mismo sentimiento de confusión: el que sucede, de ordinario, a una conversación íntima y seria. Como parece difícil volver sobre los temas anteriores, uno se avergüenza de decir cosas superficiales, y, por otra parte, es enojoso estar callado cuando se desea hablar y no fingir. Los tres se acercaron a la mesa en silencio: los criados se pararon y luego acercaron las sillas para que se sentaran. Pedro desplegó la servilleta, decidido a romper el silencio, y miró a Natacha y a la princesa María.

Las dos parecían dispuestas a imitarle. En los ojos de ambas brillaba el placer de vivir, la seguridad que la vida no nos brinda sólo dolor, sino también alegrías.

-¿Quiere un poco de aguardiente, Conde?- preguntó la Princesa.

Estas sencillas palabras disiparon de pronto las sombras del pasado.

-Háblenos de usted. Hemos oído referir tantas cosas...

-Sí- repuso Pedro con la sonrisa dulce e irónica que le era peculiar entonces-. Ya sé que se cuentan hechos en que ni siquiera he soñado. El otro día, durante la comida, María Abramovna me refirió lo que me ha sucedido o estuvo a punto de sucederme. Estepan Estepanitch me indicó también lo que yo debía contar. ¡Qué cómodo es ser hombre interesante! Porque lo soy, por lo visto. Todo el mundo me invita para explicar lo que me ha ocurrido.

Natacha sonrió, quiso decir algo, mas la interrumpió la princesa María.

-Dicen- manifestó- que ha perdido usted dos millones en el saqueo de Moscú.

-¿Es cierto?

-Sí; no obstante, soy tres veces más rico que antes- contestó Pedro-. He ganado la libertad- comenzó a decir en serio. Pero no continuó. Aquel tema de conversación era demasiado personal.

-Está volviendo a levantar su casa, ¿verdad?

-En efecto. Me lo aconsejó Savelitch.

Dígame, ¿sabía que había muerto la Condesa cuando se quedó en Moscú?- interrumpió María, y enseguida se ruborizó al darse cuenta de que su pregunta, después de lo que él acababa de explicar acerca de su independencia, podía hacerle creer que sus palabras encerraban un significado que en realidad no tenían.

-No- repuso Pedro sin molestarse por la interpretación que parecía haber dado la Princesa a su alusión a la libertad-. Lo supe en Orel y no puede imaginarse lo que me impresionó. No fuimos un matrimonio modelo- añadió con rapidez mirando a Natacha y observando en su rostro la curiosidad, el deseo de saber lo que pensaba de su esposa-, pero su muerte me impresionó extraordinariamente. Cuando media entre dos personas una desavenencia cualquiera, la culpa es siempre de las dos; y la culpa de la que conserva la vida es más dolorosa que la de la persona que ya no existe; además, una muerte así, sin amigos, sin consuelo... Lo siento mucho, muchísimo.

Pedro reparó con placer en la gozosa aprobación impresa en el semblante de Natacha.

-Sí, y ya le tenemos libre otra vez y convertido en un buen partido...- observó la Princesa.

Pedro se ruborizó y trató de no mirar a Natacha., Cuando se atrevió a mirarla, al fin, vio que su rostro era frío, severo y algo desdeñoso, o así lo pareció.

-¿Es cierto que habló con Napoleón? La noticia corre de boca en boca- dijo la Princesa.

Pedro rió.

-No. Ni siquiera una sola vez. Todo el mundo se imagina que estar prisionero es como hallarse de visita en casa de Bonaparte. No sólo no le he visto, sino que ni siquiera he oído hablar de él. Me rodeaba una sociedad poco distinguida.

La cena tocaba a su fin, y Pedro, que en un principio rehuía hablar de su cautiverio, se fue dejando llevar de la emoción de su relato.

-Pero ¿es cierto que se quedó aquí animado por la idea de matar a Napoleón?- le preguntó Natacha sonriendo levemente-. Lo adiviné cuando nos vimos cerca de la torre Sukhareva, ¿lo recuerda?

Pedro confesó que era cierto, y, guiado poco a poco por las preguntas de la Princesa y, sobre todo, por las de Natacha, se dejó de nuevo arrastrar por el recuerdo de sus aventuras. Primero se expresó de acuerdo con aquella opinión irónica y amable que tenía entonces de los hombres y de sí mismo, pero al

referir los sufrimientos y los horrores que había presenciado, empezó a hablar, sin darse cuenta, con la emoción contenida del que revive en su memoria acontecimientos terribles.

La princesa María, con una dulce sonrisa, miraba ora a Pedro, ora a Natacha. Durante el relato sólo veía a Pedro y a su bondad. Natacha, de codos sobre la mesa, seguía las palabras de Pedro con atención, reviviendo con él los sucesos que refería. Y no sólo su mirada, sino sus exclamaciones, las breves preguntas que le dirigía, demostraban a Pedro que comprendía precisamente aquello que él quería dar a entender. Se veía que no sólo captaba lo que él refería, sino lo que quería y no podía expresar por medio de la palabra. Pedro narró también el episodio de la mujer y la niña, por culpa de las cuales le prendieron.

Era un terrible espectáculo... Niños abandonados... y algunos entre las llamas... A las mujeres les quitaban las joyas...

Pedro enrojeció de pronto y calló un momento.

-De improviso- añadió-, llegó un destacamento francés y nos cogieron a todos los que no habíamos quitado nada.

-Usted no lo dice todo. Usted debió de hacer algo... algo bueno- observó Natacha.

Pedro continuó su historia. Cuando llegó a la ejecución, quiso pasar por alto sus horribles detalles, pero Natacha le exigió que lo refiriera todo.

Luego habló de Karataiev. Natacha le miraba atentamente.

-No se pueden ustedes figurar- dijo deteniéndose-lo que he aprendido de ese ignorante.

-Hable, hable- insistió Natacha-. ¿Dónde está?

-Le mataron casi delante de mí.

Y Pedro comenzó a referir la retirada, la enfermedad de Karataiev (su voz temblaba), su muerte. Habló con pasión de sus aventuras: parecía haber descubierto una nueva importancia en todo lo que le había sucedido.

Al propio tiempo, hablar de sí mismo a Natacha le producía el raro placer que proporcionan las mujeres escuchando, pero no las mujeres inteligentes que escuchan tratando de retener lo que se les dice, a fin de enriquecer su espíritu, y, cuando se presenta la ocasión, servirse de lo que se les ha contado para aplicarlo a su situación, sino el que procuran las mujeres bien dotadas de la capacidad de discernir y de asimilarse lo mejor que hay en las manifestaciones del alma humana. Sin embargo, Natacha era toda oídos. No dejaba escapar una sola palabra, ni un matiz de la voz, ni una mirada, ni una contracción del

rostro, ni un solo gesto de Pedro. Se apoderaba al vuelo de las palabras inexpresadas todavía, las llevaba a su abierto corazón y adivinaba el sentido misterioso de toda la labor moral del Conde.

La princesa María comprendía y simpatizaba, pero veía además una cosa que absorbía toda su atención: veía la posibilidad del amor y de la dicha entre Pedro y Natacha, y esta idea que cruzó su mente por primera vez le inundó de gozo el corazón.

Eran las tres de la madrugada. Los sirvientes, con rostro triste y grave, entraron para renovar las bujías, pero ninguno de ellos los miró.

Pedro terminó su relato. Con los ojos brillantes, animados, Natacha seguía observándole atentamente: era como si quisiera comprender lo que ya no decía. Lleno de gozosa confusión, Pedro la miraba de vez en cuando y buscaba algo que decir para cambiar de conversación. La princesa María callaba. Ninguno de los tres se daba cuenta de lo avanzado de la hora:

-Se habla mucho de la crueldad del sufrimiento- comenzó Pedro . Si me dijeran: «¿Quieres volver a ser lo que eras y no pasar lo que has pasado o prefieres vivir nuevamente lo que has vivido?», respondería: «¡Que vuelvan el cautiverio y la carne de caballo!» Cuando se nos arroja de nuestro camino habitual, creemos que lo hemos perdido todo; sin embargo, es entonces cuando se empieza a vivir una vida nueva, una vida provechosa. Mientras dure la existencia, durará la dicha. Todos tenemos mucho por delante, muchísimo, no me cabe duda- agregó dirigiéndose a Natacha.

-¡Sí, sí! También yo querría recomenzar la vida- exclamó ella en respuesta a otra pregunta distinta.

Pedro la miró atentamente:

-Sí, sí- repitió Natacha.

Y de pronto, ocultando el rostro entre las manos, rompió a llorar.

-¿Qué tienes, Natacha?- preguntó la Princesa.

-Nada, nada.

Natacha sonrió a Pedro a través de sus lágrimas.

-Adiós- dijo-; creo que ya es hora de que nos vayamos a dormir.

-Adiós- contestó Pedro poniéndose en pie.

Al volver a verse, como de costumbre, en el dormitorio, la princesa María y Natacha comentaron lo que Pedro les acababa de contar.

La princesa María no expresó la opinión que se había formado de él. Tampoco Natacha habló de su visitante.

-Bien, buenas noches, María... ¿Sabes lo que pienso? Que no hablamos nunca de él- el príncipe Andrés-Tememos deshojar nuestros sentimientos y le estamos olvidando.

La princesa María suspiró profundamente. Aquel suspiro parecía confirmar la exactitud de las palabras de Natacha. Sin embargo, María no compartía su opinión.

-¿Acaso se puede olvidar?- preguntó.

-Te confieso que al expresarme hoy como lo he hecho me he sentido mejor, mucho mejor. Estaba segura de que Pedro había estimado de veras a Andrés y por eso se lo he contado todo. ¿Hice mal?--preguntó ruborizándose.

-¡Oh, no! ¡Pedro es muy bueno...!

-Oye, María- volvió a decir Natacha con una sonrisa que le iluminaba el rostro-. Pedro ha cambiado mucho, ¿verdad...? Parece más sano, más limpio..., como si acabara de salir del baño... Naturalmente, me refiero a la parte moral...

-Sí, ha ganado mucho.

-A veces le comparo a papá, con su chaqueta corta y esos cabellos tan recortados...

Andrés lo quería mucho. Ahora me doy cuenta.

-¡Oh, sí! No es un hombre vulgar. Se dice que los hombres diferentes son más amigos. Y debe de ser cierto, porque Pedro no se parece en nada a Andrés.

-No, pero es muy bueno.

-Buenas noches otra vez- dijo Natacha.

Y una frívola sonrisa iluminó su rostro largo rato.

XI

Pedro no pudo conciliar el sueño aquella noche. Se estuvo paseando por la habitación, ora frunciendo el ceño como quien piensa en algo dificultoso, ora encogiéndose de hombros y estremeciéndose, y a veces sonriendo feliz. Pensaba en el príncipe Andrés, en Natacha, en su amor por ella. Se arrepentía de su conducta anterior, se dirigía mil reproches, se perdonaba. A las seis de la mañana todavía no estaba acostado.

«Pero ¿qué hacer si es imposible de otro modo? Es preciso aceptar las

cosas conforme vienen», se dijo.

Luego se desnudó deprisa, se metió en la cama, feliz y conmovido, mas sin sentir ya dudas ni indecisiones.

«Por extraña, por imposible que pueda parecer esa felicidad- se dijo-, tengo que hacer lo que pueda para que se case conmigo.»

Al día siguiente volvió a comer en casa de la Princesa.

Al recorrer las calles, pasando entre las casas quemadas, admiró la belleza de las ruinas. Los tubos de las chimeneas, las demolidas paredes, le recordaron, por su aire pintoresco, el Rin y el Coliseo. Los cocheros, los viandantes que le salían al paso, los carpinteros que aserraban las vigas, los comerciantes, con sus caras alegres, miraban a Pedro y parecían decirle:

«¡Ah, ya le tenemos aquí! Veremos lo que ahora sucede.» Al llegar ante la casa de la Princesa le asaltó una duda: ¿sería, de veras, allí donde había visto a Natacha, donde habían hablado?

«Quizá lo haya soñado. Quizás al entrar vea que no hay nadie.»

Pero en cuanto se halló en el salón, la pérdida de la libre disposición de su ánimo y todo su ser le anunciaron su presencia. Llevaba el mismo vestido negro, de graciosos pliegues, e iba peinada del mismo modo que la víspera, pero parecía otra. De haber estado así la noche anterior, la hubiera reconocido en el acto.

Estaba lo mismo que cuando la conoció casi niña y luego, muy pronto, ya prometida del príncipe Andrés. Sus ojos brillaban alegres e interrogadores, su rostro adoptaba una expresión tierna muy particular.

Pedro hubiera querido quedarse un rato después de comer, mas la princesa María tenía que salir y se fue con ella.

Al día siguiente volvió muy temprano y pasó toda la tarde en casa de la Princesa. A pesar de que María y Natacha estaban encantadas de esta visita y aunque todo el interés de Pedro se concentraba ahora en aquella casa, esta vez la conversación se agotó. Pedro pasaba de un tema insignificante a otro y se interrumpía con frecuencia.

Aquel día, Pedro se quedó hasta tan tarde, que Natacha y la Princesa se miraban como si se preguntaran cuándo iba a decidir marcharse. Pedro se daba cuenta, pero no podía irse. Estaba molesto, se sentía incómodo, mas se quedaba porque le era materialmente imposible ponerse en pie. La princesa María fue la primera en levantarse, quejándose de dolor de cabeza, y se despidió.

-¿De modo que se va mañana a San Petersburgo? preguntó a Pedro.

-No, no pienso irme- repuso él, sorprendido. Y al punto rectificó, azorado: ¿Habla de mi viaje a San Petersburgo? ¡Ah, sí!, me voy mañana. Pero no me despido de usted. Ya pasaré por aquí para ver si desean alguna cosa- contestó.

Natacha le tendió la mano y salió.

En vez de irse también, María volvió a sentarse y-con su mirada profunda, radiante, observó grave y atentamente a Pedro. Se había desvanecido el dolor de cabeza de que se quejaba poco antes. Suspiró profundamente y esperó como si se dispusiera a sostener una larga conversación.

La confusión, la incomodidad que experimentaba Pedro ante Natacha desaparecieron de pronto y fueron reemplazadas por una conmovida animación. Acercó su silla a la de la Princesa.

-Sí, voy a decírselo- dijo respondiendo a su mirada como hubiera respondido a sus palabras . Princesa, ¡ayúdeme usted! ¿Qué debo hacer? ¿Puedo esperar...? Princesa, amiga mía, escuche. Sé que no la merezco. Sé que por ahora será inútil hablarle de mi cariño. Pero deseo ser su hermano. No, no la merezco, pero...

Calló y se pasó la mano por la cara, por los ojos.

-Bueno- prosiguió, haciendo un esfuerzo para hablar de manera más razonable-. Yo mismo ignoro desde cuándo la amo. Pero estoy seguro de que es a ella a quien he amado toda la vida, y la amo tanto, que no puedo imaginar la vida sin ella. Hoy no me atrevo a pedir su mano, pero, cuando pienso que puede llegar a ser mía y que he de dejar escapar esta posibilidad... ¡Es terrible! Dígame, ¿puedo esperar? ¿Qué debo hacer, querida Princesa?- profirió tras un breve silencio, tocándole el brazo, porque ella no respondía.

-Pienso como usted- contestó al fin la Princesa-. Hablarle ahora de amor...

María calló. Iba a decir:- «No hay que pensar en ello por ahora.» Pero no lo dijo porque hacía tres días que venía asistiendo a la transformación que se operaba en Natacha y sabía que no sólo no se ofendería de que Pedro le hablase de amor, sino que tal vez esperaba que él se decidiera a hacerlo.

-Hablarle ahora... no sería prudente- dijo no obstante.

-¿Qué debo hacer en ese caso?

-Confíe en mí- respondió la Princesa-. Yo sé...

Pedro la miraba a los ojos.

-Diga, diga.

-Sé que le ama..., que le amaré- rectificó.

Apenas hubo acabado de proferir estas palabras, Pedro, dando un salto y

con un gesto de turbación, le asió de la mano.

-¿Por qué lo cree? ¿Cree que puedo esperar? ¿De verdad lo cree?

-Sí- repuso sonriendo la princesa María-. Confíe en mí; escriba a sus padres. Yo hablaré con ella en el momento oportuno. Lo deseo y el corazón me dice que se realizará.- ¡No, no es posible! ¡Qué feliz soy! ¡No, no es posible! ¡Qué feliz soy!- repetía Pedro besando la mano de la Princesa.

Lo mejor será que se vaya a San Petersburgo. Ya le escribiré.

-¿A San Petersburgo? ¿Quiere que me aleje? Sí. Bueno. Pero ¿podré volver mañana?

Al otro día volvió, en efecto, para despedirse. Natacha parecía estar menos animada que la víspera, mas aquel día, al mirarla de vez en cuando a los ojos, Pedro se transfiguraba; le parecía que ya no existía ni él ni ella, sino únicamente un sentimiento conjunto de felicidad. «¿Será posible? No, no puede ser», se decía a cada mirada, a cada gesto, a cada palabra de Natacha, sintiendo henchida de gozo su alma.

Cuando, al despedirse, le cogió la fina y delgada mano, no pudo menos de retenerla un momento en la suya, mientras pensaba:

«Esta mano, ese rostro, esos ojos, todo ese tesoro de gracias femeninas ¿serán míos para siempre, tan míos como mi propio ser? ¡No, es imposible!»

-Conde, hasta la vista- dijo Natacha en voz alta-. Le esperaré con impaciencia- agregó en voz baja.

Estas sencillas palabras y la mirada, la expresión del rostro que las acompañó, fueron para Pedro, por espacio de dos meses, motivo de recuerdos, de comentarios, de sueños felices. «"Le esperaré con impaciencia..." Sí, sí... Cómo lo dijo? Sí: "Le esperaré con impaciencia..." ¡Ah, qué feliz soy!»

XII

Desde la noche en que Natacha supo que Pedro partía, aquella noche en que, con una sonrisa alegre y burlona, dijo a la princesa María que él tenía el aire de salir del baño..., con la chaqueta corta..., los cabellos recortados...; desde aquel mismo instante, un sentimiento secreto, ignorado por ella misma, pero invencible, empezó a despertar en su interior.

Su expresión, su andar, su mirada, su voz, todo se modificaba. La fuerza de la vida, la esperanza de una felicidad insospechada, brotaban en ella y pedían que se les diera satisfacción. A partir de aquel día, Natacha pareció olvidar

todo lo acaecido anteriormente. Ni una sola vez volvió a quejarse de su suerte, no dedicó ni una palabra al pasado, no volvió a temer a hacer planes alegres para el porvenir. Hablaba poco de Pedro, pero cuando la princesa María pronunciaba su nombre, una luz desvanecida hacía tiempo volvía a brillar en sus ojos y una singular sonrisa desplegaba sus labios.

Esta transformación que se producía en Natacha empezó por asombrar a la princesa María y, cuando la comprendió bien, la entristeció. «Amaba tan poco a mi hermano, que ha podido olvidarlo en cuatro días», se decía al observar aquel cambio. Pero cuando tenía ante sí a Natacha no le hacía ningún reproche, no le guardaba rencor. La fuerza vital que se despertaba en la joven y se apoderaba de ella era, evidentemente, tan involuntaria e inesperada que cuando la veía se daba cuenta que no tenía derecho a reprocharle nada.

Natacha se abandonaba tan por entero y tan sin reservas al nuevo sentimiento, que no trataba de ocultarlo, y ya no estaba triste, sino alegre y contenta.

Cuando, después de su explicación con Pedro, entró María en su dormitorio, Natacha le salió al encuentro.

-¿Lo ha confesado? ¿Lo ha confesado?- preguntó.

Y una expresión gozosa y lastimera a la vez, como si quisiera hacerse perdonar su dicha, se pintaba en su rostro.

-Hubiera querido detenerme a escuchar detrás de la puerta, pero sabía que tú me lo dirías.

Por comprensible y conmovedora que fuera para la princesa María la anhelante mirada de su amiga, y a pesar de la pena que le produjo su ansiedad, en el primer instante la hirió su actitud. Se acordaba de su hermano y de su amor por ella. «Pero ¿qué le vamos a hacer si es así?», pensó. Y con semblante triste y un poco severo contó a Natacha todo lo que le había dicho Pedro. Natacha se sorprendió de que estuviera dispuesto a marcharse a San Petersburgo.

-¡A San Petersburgo!- repitió como si no comprendiera.

Pero, al fijarse en la triste expresión del semblante de su amiga y adivinar el motivo, se echó a llorar de repente.

-María, dime lo que debo hacer. Temo ser mala. Haré lo que tú digas... Enséñame...

-¿Le amas?

-Sí- murmuró Natacha.

-Entonces ¿por qué lloras? Lo celebro por ti- dijo la Princesa, que, a causa

de aquel llanto, perdonaba la alegría de Natacha.

-La boda no se celebrará enseguida, sino más adelante. ¡Pero piensa en lo feliz que seré cuando sea su esposa y tú la de Nicolás!

-¡Natacha! Te he rogado ya que no me hables de eso. Hablemos de ti.

Las dos callaron.

-Pero ¿a qué va a San Petersburgo?- inquirió de súbito Natacha; luego se apresuró a decir:- Vale más así, ¿verdad, María? Vale más así.

XIII

El casamiento de Natacha con Bezukhov, en 1813, fue el último alegre acontecimiento que presenció la familia Rostov. En aquel mismo año murió el viejo conde Ilia Andreievitch y, como sucede siempre en estos casos, tras su desaparición, la familia se deshizo.

Los sucesos del año anterior: el incendio de Moscú, la muerte del príncipe Andrés y la desesperación de Natacha, la muerte de Petia y el dolor de la Condesa, fueron rudos golpes que hirieron, uno tras otro, al anciano Conde. No pareció comprender, ni podía en realidad, el porqué de aquellos acontecimientos, por lo que, inclinando dócilmente la blanca cabeza, aguardó el nuevo golpe que acabase con él. Ora aparecía como asustado, ora se mostraba extraordinariamente animado y activo.

El matrimonio de Natacha, con los mil detalles que lo rodeaban, le ocupó la atención unos días: encargaba comidas y cenas, se esforzaba a ojos vistas por aparentar alegría. Pero ésta no se comunicaba a los demás, como en otros tiempos, sino que, muy al contrario, suscitaba la compasión de los que le amaban y conocían.

Después de la marcha de Pedro y de su esposa se calmó y comenzó a quejarse de aburrimiento. Al cabo de pocos días cayó enfermo y hubo de guardar cama. A pesar de las palabras consoladoras de los médicos, comprendió desde un principio que no saldría de su enfermedad. La Condesa permaneció sentada a su cabecera por espacio de dos semanas. Cada vez que le daba una medicina, el Conde, sin decir una palabra, le cogía la mano y se la besaba. El último día le pidió perdón, sollozando, y, a pesar de que su hijo no estaba allí, le pidió también a él le perdonara por haber disipado su fortuna, única gran falta de que se sentía culpable. Después de comulgar, se extinguió dulcemente, y al día siguiente la multitud de amigos y conocidos que fueron a rendirle los últimos honores llenó el departamento alquilado por los Rostov.

Las mismas personas que habían comido y bailado en su casa en tantísimas ocasiones, las mismas que tanto se habían burlado de él, sentían entonces pena y remordimiento y se decían para justificarse: «Sí, era un hombre admirable. Hoy ya no se encuentran hombres así. ¿Quién está exento de debilidades...?»

Precisamente cuando le iban tan mal los negocios, que no se podía suponer cómo concluirían, el Conde murió de improviso.

Nicolás se encontraba en París con las tropas rusas cuando le participaron el fallecimiento de su padre. Enseguida pidió la excedencia y, sin aguardar a que se la concedieran, se despidió de sus superiores y volvió a Moscú. Un mes después, desenmarañados los asuntos de la casa Rostov, la situación era clara: su padre había contraído una enormidad de pequeñas deudas cuya existencia nadie sospechaba. Estas deudas se elevaban al doble del haber.

Parientes y amigos aconsejaron a Nicolás que renunciase a la herencia, pero el joven, que consideraba esta renuncia como un reproche a la memoria de su padre, no quiso oír ni hablar de ello. De modo que la aceptó y, con ella, la obligación de pagar las deudas.

Los acreedores habían guardado silencio largo tiempo, en vida del Conde, a causa de la influencia indefinible pero profunda que ejerció su bondad sobre ellos. Ahora recurrieron, sin previo aviso, a los Tribunales. Como suele suceder en parecidas ocasiones, obedecieron al impulso de unos celos disimulados, y gentes como Mitenka y otros, que recibieron del Conde regalos importantes, fueron los acreedores más exigentes. No se dio a Nicolás tregua ni respiro, y las mismas personas que lloraban al Conde- el causante de sus pérdidas- se ensañaban, implacables, con el joven heredero, que era inocente y se encargaba de pagarles.

Ninguno aceptó ni uno solo de los arreglos que propuso Nicolás. Al ser vendidas por necesidad, las posesiones tuvieron que cederse a bajo precio y la mitad de las deudas quedaron sin pagar. Nicolás aceptó de Bezukhov, su cuñado, treinta mil rublos para poder pagar lo más imprescindible, y para que no le detuvieran- pues los acreedores le amenazaban con la cárcel- pensó en reanudar el servicio.

Pero volver al ejército, donde figuraba en el cuadro de ascensos con el grado de comandante, le fue imposible porque él era el último apoyo de su madre. Por este motivo, y a pesar de las pocas ganas que tenía de permanecer en Moscú, donde todo el mundo le conocía, y no obstante su repugnancia a la vida civil, aceptó un empleo, renunciando al venerado uniforme, y se instaló con su madre y Sonia en un departamento de la calle Sivtez Vrajek.

Natacha y Pedro, desde San Petersburgo, tenían una idea poco clara de la situación de Nicolás. Éste había aceptado el préstamo de su cuñado con ánimo

de ocultar su miseria. La situación de Nicolás era particularmente penosa porque, con sus mil doscientos rublos de sueldo, debía no sólo alimentar a su madre y a Sonia, sino vivir de manera tal que su madre no se diera cuenta de su pobreza. La Condesa no podía comprender la vida sin el lujo que había conocido desde la infancia, y como no se daba cuenta de los conflictos que creaba con ello a su hijo, exigía a cada momento un coche para ir a ver a una amiga, carne de calidad superior para ella, vino para su hijo, dinero para hacer regalos a Natacha, a Sonia, al mismo Nicolás.

Sonia se ocupaba del manejo de la casa, cuidaba de su tía, soportaba sus caprichos y ayudaba a Nicolás a disimular la pobreza en que se hallaban. Nicolás se sentía deudor de Sonia y, viendo lo que la muchacha hacía por su tía, admiraba su paciencia y su abnegación. Sin embargo, procuraba mantenerse espiritualmente alejado de ella. Le reprochaba su exceso de perfección, que no hubiera nada censurable en ella. Sonia poseía, verdad es, todo lo que inspira aprecio a las gentes, pero poco de lo que nos hace amarlas.

Habiendo tomado al pie de la letra la carta en que ella le devolvía la libertad, la trataba como si hubiera olvidado lo pasado.

La situación de Nicolás fue de mal en peor; porque la sola idea de hacer economías con su sueldo era un sueño. Es más: no sólo no economizaba, sino que, para satisfacer las exigencias de su madre, contraía pequeñas deudas.

La situación no parecía tener salida. La idea de su matrimonio con una rica heredera que sus parientes le propusieron le repugnaba. Otra solución, la muerte de su madre, ni siquiera le pasaba por el pensamiento. No deseaba nada, no esperaba nada, y, en el fondo de su alma, experimentaba un austero placer en aquella pasiva aceptación de su suerte. Evitaba tropezarse con antiguas amistades, con su compasión y su oferta compasiva de ayuda; evitaba toda distracción y placer, y en casa tampoco se ocupaba en nada, salvo en tener paciencia con su madre, andar en silencio por la habitación y fumar pipa tras pipa. Parecía fomentar aquel humor sombrío, única cosa que le ayudaba a soportar la vida.

XIV

La princesa María regresó a Moscú a principios del invierno. Por los murmuradores supo enseguida la situación de los Rostov y, sobre todo, que «el hijo se sacrificaba por la madre», según decían.

«No esperaba menos de él», pensó, llena de gozo, porque el hecho le confirmaba que merecía el amor que le tenía.

En vista de ello, su amistad, casi su parentesco, con la familia la movieron a pensar en hacerle una visita.

Pero, al recordar sus relaciones con Nicolás en Voronezh, temió verlo. Al fin, cogiendo firmemente con las dos manos las riendas de su voluntad, fue a casa de los Rostov dos semanas justas después de su llegada.

¡Qué casualidad! A quien primero se tropezó fue a Nicolás, porque para llegar a la habitación de la Condesa tuvo que pasar por la de él.

Pero, en vez de expresar la alegría que ella esperaba, el rostro de Nicolás adquirió al vuelo una expresión fría, de sequedad, de orgullo, que ella no había visto nunca en él. Después de informarse del estado de su salud le acompañó hasta la habitación de su madre y allí la dejó.

Al despedirse la Princesa, le salió al encuentro y la acompañó hasta el recibidor con aire grave y frío. A las preguntas de María, nada contestó.

«¿Qué mal le he hecho yo? ¡Déjeme en paz!», parecía contestarle con la mirada.

Y cuando se alejó el coche de la Princesa, exclamó delante de Sonia, en voz alta, incapaz de reprimir su despecho:

-¿A qué viene? ¿Qué quiere? ¡Detesto a esas mujeres y sus amabilidades!

-¡Ah, Nicolás! ¿Cómo puedes hablar así?- replicó Sonia disimulando mal su satisfacción-. Es muy buena y mamá la quiere mucho.

Nicolás no respondió ni volvió a hablar de la Princesa. Pero la anciana Condesa comenzó a mentarla cien veces al día a raíz de su visita. La alababa, rogaba a su hijo que fuera a verla, expresaba el deseo de tenerla al lado con más frecuencia. Pero, al mismo tiempo, la ponía de mal humor hablar de ella.

Nicolás callaba y su silencio enojaba a la Condesa.

-Es una muchacha muy digna y muy buena- decía la madre-. Debes ir a hacerle una visita. No quiero que te aburras a nuestro lado. Debes tener amistades.

-¡Pero si no las necesito, mamá!

-Antes hubieras deseado verla continuamente; ahora no la quieres. Con franqueza, hijo mío, no te comprendo. Dices que te aburres, y te niegas a ver a la gente...

-No he dicho que me aburra...

Pero sí que no quieres verla. Es una mujer dignísima. Antes te gustaba; ahora, en cambio... ¡Todos me ocultáis vuestros verdaderos sentimientos!

-No, mamá, te equivocas.

-Si te pidiera algo enojoso... Pero te pido que hagas una visita, que seas cortés. Bueno, ya te lo he pedido. De hoy en adelante no volveré a mezclarme en tus asuntos, puesto que tienes secretos para tu madre.

-Si tanto lo deseas, iré.

-A mí me da igual. Lo decía por ti.

Nicolás suspiró, se mordió el bigote, trató de desviar la atención de su madre de aquel asunto.

Pero al día siguiente, y al otro, y al otro, la Condesa sacó a relucir el mismo tema.

Entre tanto, el frío e inesperado recibimiento de Nicolás convenció a la princesa María de que tenía razón al no atreverse a ir a ver a los Rostov.

«No cabía esperar otra cosa. Por suerte, no tengo nada que ver con él, únicamente quería volver a ver a la anciana, que fue siempre muy bondadosa conmigo y a quien debo mucho», se decía, llamando en su ayuda al orgullo.

Pero tales razonamientos no tenían la virtud de calmarla; cada vez que recordaba la pasada visita la asaltaba una especie de remordimiento, y, aunque estaba firmemente resuelta a no volver a casa de los Rostov y a olvidarlo todo, se sentía siempre como en una postura falsa, y acabó por tener que confesarse que la atormentaba la cuestión de sus relaciones con Nicolás. Su tono frío, correcto, no se derivaba de sus sentimientos- estaba segura-, sino de alguna otra cosa, y hasta que consiguiera explicarse lo que era aquella cosa no estaría tranquila.

A mediados del invierno se hallaba en el cuarto de estudio, repasando las lecciones de su sobrino, cuando le anunciaron la visita de Nicolás Rostov.

Firmemente resuelta a no hacerse traición ni a demostrar enojo, llamó a la señorita Bourienne y entró con ella en el salón.

Le bastó una mirada para comprender que Nicolás estaba allí para pagar una deuda de cortesía, y decidió mostrarse igualmente cortés.

El empezó por hablar de la salud de la Condesa, de los conocidos comunes, de las últimas noticias de la guerra, y cuando transcurrieron los diez minutos que exige la buena educación, saludó y se puso en pie.

La Princesa sostuvo muy bien la conversación con ayuda de la señorita de compañía, pero, al levantarse Nicolás, estaba tan fatigada de haber hablado de cosas que no le incumbían, y tan abrumada por la dolorosa idea de las pocas alegrías que la vida le proporcionaba, que, con las brillantes pupilas fijas en el vacío, continuó sentada e inmóvil, sin advertir que Nicolás se hallaba de pie

ante ella.

Nicolás la miró y, para disimular que se había dado cuenta de su ensimismamiento, cruzó todavía algunas palabras con la señorita Bourienne. Luego volvió a mirar a la Princesa. Seguía sentada e inmóvil; su dulce semblante tenía una expresión de sufrimiento.

De súbito, Nicolás la compadeció. Pensando vagamente que quizá fuera él la causa de aquel dolor, quiso pronunciar una palabra amable, pero, no encontrándola, dijo:

-Adiós, Princesa.

María salió de su ensimismamiento, ruborizándose, y exhaló un profundo suspiro.

-¡Ah! Perdona, Conde. ¿Se va usted ya? ¿Y el almohadón para la Condesa?

-¡Un momento! Voy a buscarlo- rogó la señorita Bourienne, echando a correr.

María y Nicolás callaban. De vez en cuando cambiaban una mirada.

-Sí, Princesa- habló al fin Nicolás sonriendo con melancolía . Todo parece reciente, y, no obstante, ¡cuánta agua ha corrido desde que nos vimos por vez primera en Bogutcharovo! Entonces nos juzgábamos desgraciados, y, sin embargo, ¡cuánto daría yo por volver a aquellos tiempos! Pero eso es imposible...

La Princesa clavaba en él sus ojos radiantes. Parecía esforzarse por comprender el sentido misterioso de aquellas palabras que le explicarían lo que él sentía por ella.

-En efecto- contestó-, pero no debe usted lamentar lo pasado, Conde. Usted recordará siempre con placer su vida actual, porque los sacrificios que está haciendo...

-No puedo aceptar sus alabanzas- se apresuró a decir él, interrumpiéndola . La verdad es que no dejo de dirigirme reproches. Pero, en fin, esto es muy poco interesante y divertido...

Su mirada volvió a adquirir una expresión fría, seca. Mas la Princesa había vuelto a ver en él al hombre que amaba, y se dirigía a aquel hombre.

-He creído que me permitiría esta confianza. Como estamos tan unidas las dos familias... Nunca creí que mis cumplidos le parecieran excesivos. Pero ya veo que me he equivocado.

Empezó a temblarle la voz.

No sé por qué, pero antes era usted muy distinto a como es ahora...-

prosiguió, rehaciéndose.

-Existen motivos a millares- repuso Nicolás recalcando sus palabras-. De todos modos, gracias, Princesa.

«Ya lo comprendo; ahora lo comprendo todo- decía una voz en el alma de la Princesa-. No es sólo esa mirada de expresión bondadosa y franca, no es sólo la belleza externa la que vi en él. Es su alma noble, valiente, abnegada. Ahora él es pobre y yo soy rica. Esto explica su actitud... Pero ¿y si no fuera así...?»

Sin embargo, al recordar su antigua ternura, al reparar en la expresión bondadosa y triste de su rostro, se convenció de que estaba en lo cierto.

-¿Qué le ocurre, Conde, qué le ocurre? Dígame usted- exclamó acercándose a él involuntariamente-. Debe decírmelo.

El callaba.

-Ignoro las razones que tiene para adoptar esa actitud..., pero me resulta penoso, puede usted creerlo... No quisiera verme privada de su antigua amistad.

Las lágrimas brotaban de sus ojos, temblaban en su voz.

-Tengo tan pocas alegrías, que perder una más me resulta muy doloroso. Perdóneme. Adiós.

De improviso se echó a llorar y se dirigió a la puerta.

-¡Princesa! ¡Espere! ¡En nombre de Dios, espere!- exclamó Nicolás-. ¡María...!

Ella se volvió. Por espacio de unos segundos se miraron en silencio. Y lo que parecía imposible, lejano, se convirtió de improviso en algo muy próximo, posible, inevitable.

En el otoño de aquel mismo año, Nicolás Rostov y la princesa María se casaron...

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

